

FEUDALISMO

Liborio Salazar



Feudalismo

Liborio Salazar

Epílogo

Prof. Alfonso Torres de Castilla

Traducción
Fernando Garrido Baixauli

Título original: *O feudalismo*

Ilustración: «American University», (1926). Library of Congress Prints and Photographs (LC-DIG-npcc-15903)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización expresa y por escrito de los titulares de los derechos de autor o *copyright*, la reproducción total o parcial de este libro, su incorporación a un sistema o soporte informático y su transmisión en cualquier forma o medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación o por otros métodos. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

1.^a Edición: junio de 2019

<https://sivainvi.wixsite.com/valis>

<https://www.facebook.com/La-Edad-Posmoderna-110840737002998/>

© Liborio Salazar, 2003

© del epílogo, Alfonso Torres de Castilla, 2019

© de la traducción, Fernando Garrido Baixauli, 2019

Para mi hermano, Enrique Giménez Lucía, por prestarme su voz e inspirarnos con el ejemplo de su magisterio

Para mis alumnos del Serpis y el Vega Baja, con los que siempre estaré en deuda por enseñarme a ser profesor

«La erudición y el rigor académico del historiador profesional están ausentes [de este libro]. En un sentido específico, escribir historia es inseparable de investigar directamente los materiales originales del pasado, ya sean arqueológicos, epigráficos o de archivo. El estudio que sigue no aspira a esa dignidad. Más que un verdadero estudio de historia, este libro se basa en la lectura de las obras disponibles de los historiadores modernos. (...) Lo que generalmente acepta una generación de historiadores puede ser desechado por la investigación de la siguiente. Por tanto, cualquier tentativa de formular afirmaciones generales basadas en opiniones existentes, por muy eruditas que éstas sean, tiene que ser inevitablemente precaria y condicional».

«El modo de producción feudal que apareció en Europa occidental se caracterizaba por una unidad compleja. (...) El campesino estaba sujeto a la jurisdicción de su señor. Al mismo tiempo, los derechos de propiedad del señor sobre su tierra eran normalmente sólo de grado: el señor recibía la investidura de sus derechos de otro noble (o nobles) superior, a quien tenía que prestar servicios de caballería (...). A su vez, el señor ligio era frecuentemente vasallo de un superior feudal, y la cadena de esas tenencias dependientes vinculadas al servicio militar se extendía hacia arriba hasta llegar al punto más alto del sistema –en la mayoría de los casos un monarca–. (...) La consecuencia de tal sistema era que la soberanía política nunca se asentaba en un solo centro».

Perry Anderson. Transiciones de la Antigüedad al feudalismo. Madrid, Siglo XXI, 1995.

Contents

[Title Page](#)
[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[EPILOGO](#)

Capítulo 1

El régimen señorial

«Algunos señores pretenden y observan que los dichos payeses [campesinos] puedan justa o injustamente ser maltratados a su entero talante, mantenidos en hierros y cadenas y aun reciben golpes. (...) Pretenden algunos señores que cuando el payés toma mujer, el señor ha de dormir la primera noche con ella, y en señal del señorío, la noche que el payés deba hacer nupcias estar la mujer acostada, viene el señor y sube a la cama (...). Usan y practican algunos señores, que cuando el payés tiene un hijo o una hija, ya en edad de casarse, fuerzan al payés a dejarle su hijo o hija, para que les sirva algún tiempo sin paga alguna y remuneración, de lo que se siguen cosas deshonestas y gran subyugamiento para el payés».

Capítulos del proyecto de concordia entre los payeses de remensa y sus señores, 1462.

El bote de plástico se antoja un abismo para el navegante, que lo estudia con la respiración contenida. Más que un frasco bien parece un balde, un aguadero, una piscina olímpica a la espera de que el nadador la colme. Gabriel S. busca una cita que le ayude a salir bien parado, e inmediatamente le viene a la cabeza Stefan Zweig: «A los cincuenta y ocho años, un hombre no pide ni suplica». Aquel bote, sin embargo, representa la oración del penitente que ruega ser absuelto, saberse querido, hallar refugio en una narrativa preñada de rendiciones, propias y ajenas.

Antes de cerrar, Gabriel S. ha colgado de una alcayata el distintivo rojo que reclama privacidad y respeto. El baño corrompe la libido con una aséptica declaración de principios en porcelana blanca. Gabriel se baja los pantalones y se sienta sobre la tapa del váter: no hay razón para levantarla, piensa el profesor, con una mano en el bote de plástico y la otra en los testículos. Gabriel combate con el gusano flácido que anida entre sus piernas, pero el frasco transparente le abrumba. No hace falta que rebose, no sostienes una manga pastelera con la que desbordar a chorro el bocado de merengue, no te piden que salgas del cuarto con un balde de leche en cada mano y la vaca exangüe a tus espaldas, basta con que encharques el fondo, apenas un poso en la taza que olvidaste sobre la pila del fregadero.

La secuencia de imágenes entorpece la tan preciada erección. Los ecos al otro lado de la puerta tampoco ayudan: unos tacones que cruzan el pasillo, el murmullo del personal sanitario discutiendo el cambio en los turnos del mes, el flujo y reflujo del agua en peregrinación por las cañerías. Gabriel se arrepiente, y la derrota cruza su conciencia, hasta que una leve torsión de cuello le recuerda los achaques tras dos semanas durmiendo en un sofá. Este problema empezó con mi polla en la mano, y es justo que así termine. Su esposa puso una sola condición para permitir su vuelta a casa: darle un hijo, y el caduco adolescente de cincuenta y ocho años, bebedor y mujeriego confeso, ha tenido que aceptar este portazgo para reencontrarse con su cama, con sus antigüedades de baratillo, con una biblioteca de libros precintados, con sus acartonadas revistas porno, con el busto hueco de Marx donde esconde los condones y el hachís, con la huera certeza de que no sucumbirá al vértigo de saberse solo.

La emisión de esperma debe continuar. El honorable catedrático, doctor en Historia, integrante de numerosos consejos editoriales, director de seminario, eminencia con su nombre labrado a la chapa de una puerta en la mediocre Facultad de Geografía e Historia de una insípida universidad, agarra su pene como un vikingo asiría su hacha, y lanza en ristre despelleja su prepucio cual barbero ante un caso agudo de fimosis. Fuera, los sanitarios aguardan para contar espermatozoides como quien suma manifestantes el primero de mayo; ¡correrse con la violencia de una bomba

liberada de su nudo gordiano demostrará que a este viejo le resta más gallardía que a muchos jóvenes, adictos a la impostura de las redes sociales! Gabriel abraza las trancas y desprecia las barrancas, erigiéndose en el más alfa de los machos, el más primo de los números, el más breve de los Pipinos, con un alarido presto en los labios, el grito de un corazón leonado, la arenga de un marqués a sus condes en la noche que precede a la apoteosis.

Pero no hay forma. Gabriel medita que, tal vez, debería haberse tomado aquella pastilla azul. El profesor cierra los ojos, con la esperanza de que una escena se proyecte en la pantalla de sus párpados. Pero al viejo no le llega nada, así que echa mano de la profesión y se instala en el recuerdo. Alumnas junto a la ventana en las últimas clases de junio, faldas cortas, escotes, surcos en blusas encarnadas y abiertas como el Mar Rojo, labios trémulos, lenguas tímidas que asoman de sus caparazones. El primer paso para tener un hijo con la esposa a la que ha sido infiel tantas veces es violentar en la imaginación a todas las jóvenes con las que ha deseado revolcarse. En su mezquindad, Gabriel S. no recurre a los lechos que ha quebrado; tal vez porque esas conquistas, aprehensibles, materiales, salpicadas de efluvios, siempre terminaron con la constatación de un deseo insatisfecho. La promesa de las otras jóvenes, sin embargo... Sí, con ellas funciona, ellas le enervan, ellas le encienden, solas, en grupo, vestidas y desnudas, entre gemidos políglotas, con distintos acentos, una panoplia de promesas que le conduce a un violento orgasmo mientras el viejo profesor, desleído en sudores, emboca con su glande el bote, chorreando sobre las paredes que perla con líneas difusas más propias de un lienzo de Jackson Pollock que de la muestra para un espermograma.

Tras entregar el frasco, que las enfermeras etiquetan para su adecuada gestión, Gabriel sale de la consulta con paso firme y conciencia encallecida. Fuera le espera su mujer, una de esas muchachas en otro tiempo, una de aquellas promesas que para desgracia de ambos se cumplió. Ella, veinticinco años más joven y treinta centímetros más menuda que el gigantón catedrático, sonríe y abraza a su marido. Gabriel saca las manos de los bolsillos y la envuelve con sus alas. El mentón del profesor descansa sobre la coronilla de la mujer, y cuando ella alza la vista y el matrimonio cruza miradas, a Gabriel no se le ocurre otra cosa que besar la frente de su esposa, como si la bendijera desde su atalaya. La pareja abandona el hospital privado, dejando atrás aquella costosa muestra de semen mientras la primavera de hermosas adolescentes todavía revolotea en la cabeza de Gabriel S.

Unas horas después, el catedrático navega en un fluido más benévolo. Esa tarde se clausura un ciclo de conferencias, y Gabriel se ha reservado un momento de gloria para codearse con las autoridades. A los pies del estrado se extiende el público, un enjambre de miradas circunspectas entre las que Gabriel busca una referencia, joven, atractiva, inasequible. Atrás quedaron los días en los que el viejo se frotaba contra el atril en el curso de sus ardidadas jaculatorias; ahora, sentado a la mesa de sus iguales, se contenta con atraer la mirada de alguna estudiante. Gabriel S., responsable de estas charlas, sólo guarda un criterio a la hora de conformar la lista de expertos que le acompañan: que todos sean gordos o calvos, para así parecer más joven.

—El debate sobre las raíces consuetudinarias, ya sean visigóticas o musulmanas, en la conformación de los reinos hispánicos resulta estéril desde las posiciones de un integrismo teórico que imposibilita el diálogo. —Prácticamente nadie ha entendido tan ufana afirmación, pero la mayoría asiente, como si supieran de qué se está hablando. Sólo unos pocos se revuelven, encorajinados por la estulticia del ponente. Gabriel S. continúa pletórico, pues sabe que está a punto de eyacular sobre el auditorio con la idea que le ha dado renombre—. La casuística del fenómeno que supone la Edad Media en la Península ibérica no se resuelve asumiendo o rechazando el régimen dominical, de herencia carolingia, que se impone en toda Europa antes del

año mil. Por contra, cabe respetar la singularidad de la Marca hispánica, entendiendo que los reinos peninsulares hasta el siglo XV constituyen estructuras *feudalizantes*.

Ahí está, saliendo en tromba, surcando los oídos y las conciencias del público. Aún se escuchan los estertores tras la última palabra, el bramido del toro que ha preñado a toda la vaquería. *Feudalizante*. Treinta años de profesión, miles de páginas, un asiento en la academia, un lugar en la historiografía tallado sobre la dura roca del tiempo con una sola palabra: *feudalizante*. Hace treinta años, Gabriel S. se encontraba al borde del olvido, con una tesis doctoral repleta de lugares comunes y afirmaciones descafeinadas, cuando tuvo la idea de convertirse en un diletante. Al principio, le llovieron invectivas de todas partes: ¿qué demonios significa *feudalizante*? Ni él mismo lo sabe; en el fondo, era una forma de decir:

«Soy-uno-de-esos-gilipollas-mediocres-convencido-de-que-no-tiene-nada-que-aportar-al-desarrollo-de-la-ciencia-pero-quiero-que-me-aceptéis-para-creerme-importante-y-no-acabar-mis-días-esclavo-de-un-empleo-de-mierda».

Feudalizante. No acepta el feudalismo, pero tampoco lo niega, con la erótica de un rebelde que vive al límite de la tarjeta de crédito de sus padres. Los marxistas lo criticaron, reforzando su prestigio entre los conservadores, y cuando los ultramontanos lo reprendieron, una nueva generación sin brújula metodológica lo convirtió en profeta. En poco tiempo, *feudalizante* pasó de repugnar a la mayoría a contentar a todos: los nacionalistas lo vieron como un signo de identidad, los progresistas un avance en la disciplina, los demócratas una esperanza de consenso, y algún viejo elefante lo tomó como báculo para deambular sus últimos años al compás de la manada.

Una sola palabra puede definir la existencia de un hombre. Gabriel S. no tiene más, pero tampoco lo requiere. Su patrimonio empieza y termina en ese fardo de letras convenientemente armado. Tampoco aspira a mayor grandeza, porque nadie como él es consciente de que nada sabe, y nada importa.

—Mantenemos esta discusión desde hace años, y persistir en ella sólo contribuye a dar volumen a una idea sin sustancia. —Al término de la larga y abstrusa intervención de Gabriel S., otro especialista ha tomado la palabra. Marcos B. es el contrapunto que ciertos poderes en la universidad imponen a Gabriel como compañero de seminario. A Marcos le agota insistir en la misma evidencia, una y otra vez, y no tardará en renunciar al apostolado de la sensatez frente a la necedad satisfecha—. Feudalismo es un concepto históricamente determinado, no una ley salomónica. Buscar el feudalismo en los ejemplos particulares como reflejo de una realidad unívoca resulta absurdo en una Edad Media definida por la atomización del poder, y por lo tanto obligada a dibujar un crisol de matices en la particularidad de feudos y señoríos. Llamar *feudalizante* al régimen señorial en los reinos hispánicos es tan necio como distinguir diferentes razas en los matices de brillo del color de la piel.

Gabriel odia a Marcos por la amenaza que representa. Sin embargo, en el pulso que mantiene desde hace tiempo es su colega quien más ha perdido, y no sólo porque al ir contra la corriente de una simpatía totalitaria hacia el régimen *feudalizante* ha renunciado a alianzas estratégicas en el mundo académico, sino porque el esfuerzo de rebatir lo inadmisibile le ha obligado a cambiar el rumbo de su trabajo, conduciéndolo allí donde la crítica a la palabrería del catedrático se vuelve más necesaria. Al final del debate, agrio tras un telón de matices grises, los especialistas se dan la mano, y Marcos renuncia a la vehemencia para saludar a Gabriel.

—Eres... imbécil —musita Gabriel entre dientes, vestido con una sonrisa de gala bajo el chaparrón de aplausos que cierra el ciclo de conferencias y mesas redondas.

—Querrás decir... *imbecilizante* —replica Marcos, con la misma técnica de ventriloquía.

—Cómeme... los... huevos...

–Qué más... te... gustaría...

Al final del acto, Gabriel S. baja del púlpito a trompicones; con ansiedad nerviosa, el catedrático busca a su asistente, quien le aguarda en primera fila.

–¿Has oído al hijo de la gran puta? –despotrica Gabriel–. Esos cabrones de rectorado me obligan a darle la palabra sólo para tocarme los huevos, y todo porque hice campaña por el candidato equivocado, ¡cómo si a mí me importara una mierda quien coño dirige esta puta universidad de los cojones!

–No te preocupes –responde el esbirro–, nadie escucha a ese infeliz. Sólo habla por hablar, por crear polémica, pero en el fondo no tienen nada que decir.

–Estoy de los nervios. Llevo un día de mierda. Esta noche necesito algo que merezca la pena. Dime que me has conseguido algo bueno, y no las vacas burras de siempre.

–Creo que tengo algo que te gustará.

Archibald F. espera en el vestíbulo del hotel, sentado en un butacón de molesquín verde, con brazos decorados con remaches de metal envejecido. La noche ha sido larga, y las tripas del pobre becario ya no aguantan los baños de alcohol como antes. Archibald va por su tercera botella de agua, bajo la atenta mirada del recepcionista que, pasadas las dos de la madrugada, se pregunta cuándo se irá aquel desgraciado. Pero Archibald no es libre para marcharse; depende de su señor, a quien debe un obligado respeto, imposible de entender para el empleado del hotel, a pesar de que no es la primera vez que coinciden y ambos conocen ya las rutinas del otro.

Cuando el tedio y el silencio parecen ir a ganar la partida del sueño, a Archibald le espabila la fricción de las puertas correderas de cristal. Pasa bajo el dintel un mujer joven, enfundada en unos pantalones ceñidos, cabello claro y piel bronceada. Archibald suspira incómodo, revolviéndose en su asiento al ver acercarse a la intrusa. Ella sonríe, y él, que siempre la ha encontrado atractiva, empleando su imagen más de una vez como recurso erótico, maldice su suerte. La mujer se sienta en el butacón gemelo junto a Archibald, y los dos esperan, manteniendo un pulso de silencio que el becario pierde.

–¿Has venido por el congreso? –La mujer sonríe, pletórica, deslumbrante, sublime–. ¿Con quién? ¿Melho?

–¿Está Gabriel arriba? –Archibald baja la mirada; aunque nadie lo pensaría, aún le queda un atisbo de decoro–. ¿Qué le has conseguido?

–No me jodas, Claudia.

–¡Vamos! Estamos en familia. Dime qué le has conseguido.

–Una estudiante de posgrado –contesta Archibald, incómodo–. Una de las alumnas en las clases de Gabriel que yo imparto.

–¡Joder! –exclama Claudia, para consternación de su interlocutor y desasosiego del recepcionista–. No pretendo ofenderte, pero... ¡Tienes que decirme cómo lo haces! ¿Cómo un tío gordo, con una coleta grasienta que nunca pudo estar de moda, ojos de besugo y los dientes torcidos de una sierra desmochada convence a una mujer, ¡cualquier mujer!, para que se vaya a la cama con ese viejo baboso de Gabriel S.? ¡En serio! ¿Cuál es tu secreto? Ilústreme, te lo suplico.

–El alcohol –contesta Archibald, con rotunda sinceridad. Por algún motivo, Claudia tiene el don de manipular al becario, más si se muestra vanidosa y despreciativa–. Exceptuando a las putas y a sus tres esposas, Gabriel no ha follado con una mujer sobria en veinte años, aunque tampoco me extraña... Y tú, ¿qué le has conseguido a Melho?

–Una estudiante de intercambio danesa –explica Claudia, con orgullo–. Increíble. Una vikinga con unas tetas –matiza la mujer, resaltando con sus manos la probidad del busto.

–¿Cómo la has convencido? Cuéntame; quizás aprendo algo.

–Lo dudo.

–¡Vamos! Yo te he abierto mi corazón. Dime, ¿qué debería hacer para conquistar a una diosa nórdica, a una belleza intolerable al sentido común?

–Me temo –vacila la joven, con un falso rictus de amargura– que nuestra visitante no sólo encontraría intolerable tu aspecto simiesco; a mi nueva amiga tampoco le entusiasma ese colgajo que tenéis entre las piernas. No sé si me comprendes.

–¿Es una broma?

–No –contesta Claudia.

–Y... ¿vas a... con ella?

–Tal vez, no lo sé... Lo dejo a tu imaginación. Ya va siendo hora de que renueves el material de refuerzo con el que te entretienes por las noches.

Tras esta sugerencia desafiante, llega el silencio. Archibald F. se ve acorralado por un miedo impaciente, una necesidad irrefrenable de decir, de hacer, de participar, de que el tiempo se suceda bajo el paraguas de un motivo consecuente.

–Archibald –dice Claudia, y al pronunciar su nombre de pila, el longevo becario pierde la batalla de la compostura a manos de una rival más joven e inteligente, más refinada en la erosión de sus escrúpulos–, tonterías aparte, me alegra que nos hayamos visto. Hace tiempo que quiero comentarte una cosa. No sé si te has enterado, pero el Consejo Europeo se propone frenar la endogamia en las universidades, y para ello va a introducir como requisito en la contratación de profesores que los candidatos hayan trabajado, al menos, dos cursos en un centro distinto al que optan.

–Genial. Ahora los catedráticos se llamarán por teléfono para cambiarse becarios como si fueran sellos o cromos de fútbol.

–He tenido una idea que nos puede beneficiar a ambos –continúa Claudia, pasando por alto la ocurrencia de su colega–. Tú y yo nos movemos en este mundillo desde hace tiempo, y a los dos nos llegan noticias de plazas y vacantes que aparecen en universidades de toda Europa.

–¿Y quieres que te ponga al día para que puedas robarme cualquier oportunidad? Claudia, me sorprende que me consideres tan estúpido.

–No es eso. –La joven acerca su mano a la rodilla de Archibald–. Estoy convencida de que algunas de las ofertas que te llegan no se ajustan a tu perfil, como me ocurre a mí. Había pensado en compartir información, colaborando en beneficio mutuo.

–No sé –duda Archibald, sabiendo que sucumbirá a lo que, en principio, parece una proposición sensata–. Las convocatorias de plazas se publican en medios oficiales; sólo has de permanecer atenta y revisar periódicamente los boletines.

–Tú y yo sabemos que los concursos y becas en la universidad son cualquier cosa menos transparentes. ¡Vamos! No me digas que no te han llegado rumores sobre contratación de personal, jubilaciones, proyectos, grupos de trabajo.

–¿Qué me propones, que intercambiamos cotilleos? Está bien. Empieza tú.

–De acuerdo. –Claudia saca un teléfono del bolsillo de su chaqueta, trasteando con la pantalla–. Aquí tengo uno. El Ministerio convocará en breve una beca de colaboración con los Países Bajos para estudiar las relaciones comerciales entre los reinos hispánicos y Flandes antes del siglo XVI. Resulta requisito indispensable el dominio certificado de un nivel nativo de holandés.

–Yo no hablo una sola palabra de holandés.

–No te piden que hables holandés, sólo que muestres el título. Yo no sé alemán y tengo el certificado superior de la Escuela Oficial de Idiomas.

–¿Y cómo lo conseguiste? –pregunta Archibald, ingenuo.

–El profesor que nos examinaba quería cambiarse de coche, y mi padre le vendió un modelo nuevo a precio de fábrica.

–Ya. El problema es que mi padre tiene un quiosco; lo máximo que podría ofrecer es una suscripción gratuita a *Jara y Sedal*. Además, si tan fácil te resulta aprender idiomas, ¿por qué no te presentas tú a esa beca?

–Joder, porque no quiero irme a Holanda. –Claudia sonrío, a la espera de que su colega tome la iniciativa–. ¡Te toca! ¡Vamos!

–Está bien –asume Archibald, entre azorado y divertido–. En Castilla-La Mancha, van a sacar una plaza de ayudante doctor. Las condiciones son las típicas, con una salvedad: el mérito que más puntúa es tener el permiso de conducción para camiones.

–¿Camiones? –se pregunta incrédula Claudia–. ¿Es una broma?

–No –contesta Archibald, con una sonrisa ladina–. Quieren favorecer a un profesor de la casa, un inepto que apenas ha escrito un par de artículos en los veinte años que lleva en la universidad. Resulta que a este tío todavía le llamaron a filas cuando era un chaval, y mientras hacía la mili se sacó todos los permisos de conducción, de ahí que hayan introducido este mérito para favorecerle.

–¿Y qué argumento utilizan para justificar que un profesor de Historia haya de tener el permiso de camiones?

–La universidad alega que necesita desplazar material de investigación entre sus sedes; incluso han comprado una especie de furgoneta.

–Por el amor de Dios... ¿Y qué te ha hecho pensar que esa plaza me interesaría?

–Tu familia está relacionada con el mundo del automóvil –comenta Archibald.

–¡Mi padre es dueño de una cadena de concesionarios!

–Bueno, todo son coches. Creo que es tu turno... Sabes, creía que esta noche iba a ser un coñazo, pero me alegro de que nos hayamos visto. Cuéntame. –Claudia se siente molesta por el tono mordaz, pero se cuida de no desafiar a su colega, espabilado tras cruzar el ecuador de la noche.

–Bien. Eh... En Madrid... Esta te va a gustar... El Centro Superior de Investigaciones convocará en unos meses dos becas para un estudio sobre el viaje de Colón y el encuentro entre Europa y los pueblos precolombinos. Es requisito que los candidatos estén en posesión de un título oficial como instructores en bailes latinos.

–¡No! –exclama Archibald, riendo a carcajadas mientras rompe con aplausos la quietud del vestíbulo del hotel pasadas las tres de la mañana.

–Una de las directoras adjuntas del CSIC ha dejado a su marido por un estudiante cubano que se gana la vida dando clases de salsa y merengue. La tía ha mediado con el Ministerio para que le convaliden un par de titulaciones académicas que el mulato obtuvo cuando estudiaba en Venezuela, o Colombia, no sé. El caso es que esta mujer quiere asegurarse de que le dan la beca a su novio, y como el mulato tenía un diploma que le acredita como profesor de baile, pensaron en utilizarlo.

–Increíble. –Archibald sonrío por primera vez en toda la noche, tal vez en toda la semana–. Y, una duda, una curiosidad: ¿has dicho que convocan dos plazas?

–Sí. El CSIC temía que le criticaran por nepotismo, así que decidieron convocar dos plazas con idénticos criterios para demostrar su ecuanimidad.

–¡Qué bueno! Yo tengo otro, sí. –Archibald se revuelve en la butaca, inclinado el cuerpo sobre Claudia a fin de compartir la siguiente confidencia–. Hace unos años, sacaron una plaza de titular en el departamento. Gabriel, Carmen y los demás urdieron las condiciones de acuerdo con los

méritos del candidato de la casa; no te voy a decir quién era, pero no te resultará difícil adivinarlo, conociendo a los protagonistas. Lo único que podía trincar los planes de la comisión era que se presentara alguien más cualificado, así que a Gabriel y Jesús se les ocurrió una argucia: para disuadir a gente de fuera, engordaron la relación de aspirantes con alumnos de último año y becarios. La idea era que, al hacerse pública la lista provisional, cualquier curioso se viera intimidado por el torrente de candidatos, y así sucedió. El problema vino cuando empezaron a baremar las solicitudes: una de las becarias forzada a participar en el proceso tenía más puntos que el candidato de la casa. Resulta que esta chica, que estaba preparando su tesis con Juana sobre algo relacionado con la Historia de la Mujer, era licenciada en Arte, había publicado varios artículos, y aquél era su segundo doctorado.

»Como te puedes imaginar, todo el mundo en el departamento se llevó las manos a la cabeza, y Jesús M., que apadrinaba al candidato de la casa, reclamó una solución al problema. La becaria nunca quiso concurrir a este proceso selectivo, pero al enterarse de que podía conseguir la plaza, se negó a renunciar. Jesús exigió entonces a Juana que sacrificara a su alumna; se formaron bandos, se restablecieron las viejas camarillas, y al final prevaleció Jesús gracias al apoyo del rector, Pedro R., quien demandó la cabeza de la becaria. Tras semanas de demora, el comité de sabios halló una solución: a instancias de Jesús, Juana A. presentó una denuncia ante la junta disciplinaria de la universidad, acusando a su protegida de plagio. Por supuesto, todo era una farsa, y la denuncia no prosperaría, pero mientras tanto Jesús, Gabriel y los suyos expulsaron del proceso selectivo a la rival de su candidato, convertido en nuevo fichaje de la facultad. Aquella chica, la becaria, no encontró nadie que quisiera dirigir su tesis, y con el tiempo renunció a la investigación; creo que terminó trabajando en el aeropuerto, o algo así.

—Resulta triste —apostilla Claudia—, pero nos hemos desviado del tema. Se supone que debíamos compartir información de futuras convocatorias.

—Pero, ¿lo dices en serio? Creía que nos estábamos contando las penas. —Archibald va perdiendo lentamente la sonrisa, hasta que termina por bajar la mirada frente a su interlocutora, y la decepción que ve reflejada en su rostro—. Está bien. Eh... Sí, hay algo, en Cataluña, nos llegó hace unos días. Van a convocar tres plazas de profesor asociado, no demasiado bien pagadas y con una generosa carga docente.

—¿Cuál es el problema? —pregunta Claudia.

—El problema... Digamos que la selección de candidatos atiende a un perfil político, y no hablo de adhesiones y discursos de cafetería; están buscando historiadores a sueldo que certifiquen las conclusiones que ellos ya han preparado.

—Repito: ¿cuál es el problema?

—Claudia, es un cenagal del que difícilmente uno puede salir limpio. No se trata de llevar el traje de un catedrático al tinte, o de reclutar a una compañera de cama para un viejo chocho entre el público de una conferencia. Aquí te piden que vendas tu nombre, que empeñes la poca credibilidad que nos queda tras años de servicios humillantes.

—¡Por el amor de Dios! ¿Te estás escuchando? —Claudia guarda el teléfono móvil y pasa la cadena de su bolso por el hombro derecho—. Somos becarios; nosotros no tenemos el privilegio de conservar los escrúpulos o la dignidad... Supongo que la noticia de esas plazas te habrá llegado a través de Melho... Creo que la semana que viene me acercaré al departamento; hace tiempo que no paso a saludar.

—No has venido por la conferencia. —Archibald cae de pronto en la cuenta de que ha sido manipulado. Claudia sonrío, radiante como siempre—. Melho no está en el hotel.

Claudia se inclina sobre Archibald y besa sus labios, humedeciendo con su lengua el cierre de

una boca indefensa.

–Resulta fascinante distinguir cómo mantienes la inocencia en medio de esta escombrera moral. Pero ten cuidado, amigo mío, o de lo contrario te volverás una persona honesta, y no hay nada más patético que un eterno becario.

Archibald no guarda una réplica a esas últimas palabras, que resuenan en su cabeza como un eco eterno. Al cabo de una hora, mientras aún permanece aturdido por el confuso discurrir de la noche, su teléfono vibra, advirtiéndole con un mensaje de texto de las obligaciones pendientes. Al momento, Archibald se persona en la habitación 207; apenas tamborilea con sus dedos sobre la madera y la puerta ya se abre. Gabriel, vestido con un albornoz de ducha, le invita a pasar.

–Ahí la tienes. –El catedrático señala al bulto de carne tendido boca abajo sobre la cama–. Llévatela a su puta casa.

La noche refresca. Gabriel bebe sin miramientos, y el licor se derrama por su barbilla, salpicando el suelo. Tras él, su sirviente manipula el peso muerto de la joven que esa noche ha corrompido; Archibald termina de vestir a la mujer, espabilándola con ligeras bofetadas para que vuelva en sí. Gabriel admira el paisaje iluminado de la ciudad en calma. El día ha sido largo, agotador, burlesco, y el viejo se siente rejuvenecido al creerse señor de aquellas gentes minúsculas sin carácter ni decisión, que se resguardan en la simpleza de sus vidas. Desde su perspectiva torreada, Gabriel se siente imbatible.

Capítulo 2

El vasallo

«Si alguien quiere abandonar a su señor, que sea autorizado a hacerlo si puede aportar la prueba de los siguientes crímenes: en primer lugar, si el señor ha querido reducirle injustamente a la servidumbre; en segundo lugar, si ha alimentado un propósito contra su vida (...); en quinto lugar, si pudiendo asegurar la defensa de su vasallo después de que éste se encomendó en sus manos, no lo hubiera hecho».

Capitular del reino de los francos, 801-813.

Sacrificio. Aunque parezca lo contrario, nada queda al azar. Desde que ingresó en el departamento hace dos décadas, todas sus acciones han resultado medidas, si bien no siempre certeras. Archibald es el primero en llegar y el último en marcharse. Por el despacho han desfilado infinidad de becarios, y Archibald aún conserva la misma mesa junto a la entrada, cerca del pasillo, con la puerta entreabierta para así escuchar el ascensor cada vez que sube a la quinta planta. Con los años, Archibald ha aprendido a reconocer en el sonido de los pasos la identidad de sus amos, y antes del encuentro, el becario ya sabe qué debe decir, a quién complacer, cómo y de qué forma. Para ello, resulta esencial saberlo todo de todos, y ante el desconocimiento la mentira, el rumor, dosificado con sutileza para que provea al que lo esparce de una ventaja, sin desnudar sus intenciones.

El becario escucha cómo las puertas del ascensor se repliegan, y unas suelas se arrastran por el terrazo vitrificado. Aún en su madriguera, Archibald ya sabe que el visitante es un ilustre anónimo: se trata de Pedro R., el rector caído en desgracia, quien tras perder el trono regresa a su cátedra. Para este príncipe, la quinta planta es un gris consuelo al cabo de un lustro luciendo blasones coronados. Archibald lleva horas al acecho, pero debe tener paciencia, no precipitarse, ahuyentando a su presa; por ese motivo, cuando Pedro se detiene en el despacho de Marcos, dispuesto a intercambiar unas palabras de cortesía, Archibald se agarra con las uñas al suelo. Debe esperar.

Sacrificio. Hace veinte años, un joven, esclavo de sus ínfulas, atravesó aquella puerta con la intención de revolucionar el conocimiento histórico. Su tesis era la prolongación de su orgullo: *El sistema gremial: identidad y sociabilización en la Edad Media*. Ensoberdecido por las fanfarrias que anunciaban su ingreso en el Panteón, Archibald no escuchó las críticas de quienes bien le quisieron, que también los hubo, de quienes trataron de ahorrarle el desengaño. Pero no fueron las advertencias bienintencionadas las que le frenaron, sino la obvia necesidad de sustanciar con fuentes y archivos la grandilocuencia de sus anhelos, y de esa forma nació *Identidad y socialización en la Edad Media: el gremio de fusters*. Con el tiempo, los compromisos empezaron a devorar su tiempo y sus energías, y aquellos carpinteros universales quedaron encerrados en una ciudad, en un siglo, y más tarde en un barrio, una calle, una generación, un taller, y al final un supuesto: *La madera y la carcoma. Fuster, historia de un carpintero en la Baja Edad Media*. Y así, de la noche a la mañana, aquella biografía de un mundo se redujo a la excepción de una conciencia en tránsito. La principal ventaja es que sin apenas fuentes tampoco fue necesario perderse en archivos o bibliotecas, y con los años cuanto el eterno aspirante a doctor hizo fue compilar reflexiones manidas, síntesis de los estudios a los que había de rendir cuentas.

Pedro concluye su monólogo; Archibald no ha perdido detalle del soliloquio plañidero e infantil, que Marcos ha soportado con cintura de buen fajador. Ahora llega su momento. Sacrificio, decíamos, y el primero de todos, el más importante: su tesis. Archibald ha perdurado en el departamento convirtiéndose, si no en necesario, sí al menos en una presencia fiable. Todos pueden contar con él: ha limpiado sus coches y sus residencias de verano, ha impartido clases a sus hijos y sobrinos, les ha escrito artículos, reseñas, capítulos enteros de libros en los que otro firmaba la colaboración como propia; ha sido fámulo, doméstico, correveidile, confesor, alcahuete y camello, encubridor y comparsa. Y en ese esfuerzo ha visto consumido su tiempo, como un cáncer que devora al enfermo. Y a todo ello consintió, creyendo que tarde o temprano alcanzaría su recompensa, pero ahora entiende que ese día nunca llegará, ahora se descubre preso de su diligencia: habiéndose vuelto imprescindible, Gabriel y los otros nunca le dejarán marchar. Archibald ha visto a demasiados juguetes rotos, apartados en la orilla de un olvido para el que nadie guarda memoria, ni siquiera la Historia. Alguien debería trazar una biografía de aquellas promesas que la universidad ahogó en la cuna, pero ese alguien no será Archibald, no; cuanto a él le preocupa es sobrevivir, en un sentido continuo que retuerce la lengua: vivir sobre vivir, seguir viviendo, terrible expresión de desaliento.

Pedro R., el rector depuesto, vuelve al pasillo, y el becario sale a su encuentro con un arsenal de frases articuladas.

—Pedro. Buenos días. Me alegro de verte. Dudo que me recuerdes. Soy Archibald, Archibald F. Nos presentó Jesús en un acto que presidías con motivo del inicio de curso.

—Sí —dice el rector excomulgado, sin demasiada certeza—. Tú eres el chico de Gabriel, el que trabaja los gremios, ¿no?

—Sí, bueno, la verdad es que he ido ajustando el tema de...

—Oye —interrumpe Pedro, a quien en nada interesan las cuitas de este tipo mal vestido y peor peinado que le interpela con una incorregible presunción—, ¿sabes cuál es mi despacho? No sé dónde me habrán metido los de administración.

—Deja que te acompañe. Está ahí mismo, girando a la derecha. Por cierto —continúa Archibald, iniciando la marcha—, debo pedirte disculpas porque esta mañana he entrado en la primera de tus clases. Espero que no te moleste, pero no me he podido resistir. Seguro que ya te lo habrán comentado; ha sido la presentación más lúcida que he escuchado en todos estos años. Siento envidia por la suerte de tus alumnos.

—Pues, la verdad —Archibald tiembla. El halago hiperbólico resulta un arma de doble filo: si se extiende a los pies de una persona inteligente, o cuanto menos saeteada en estos trucos, el resultado puede ser nefasto; los necios, sin embargo, los infelices son presa fácil, y cuanto más se edulcora o exagera la adulación mejor para todos—, hace un momento se lo comentaba a Marcos. No sé qué le pasa a esta generación. En mi época, los estudiantes hacíamos como tú, y nos colábamos en las clases de los catedráticos de prestigio, profesores incluso de otras carreras, con tal de escucharles, porque sabíamos que cuanto tenían a bien compartir con nosotros representa una sabiduría que no mora en los libros. Estos alumnos míos, sin embargo, los tenía ahí sentados, como pasmarotes, pendientes del teléfono.

—Me temo que vuestra generación maduró bajo los golpes de la Policía Armada, y gracias a eso aprendisteis a valorar cuanto a nosotros se nos escapa: y suerte tendrán los que, en el mejor de los casos, se despierten un día arrepintiéndose por la oportunidad que han desperdiciado. Los demás seguirán siendo unos idiotas felices... Perdona la brusquedad de mis palabras.

—¡No! —exclama el príncipe destronado—. ¡Nada que disculpar! Tienes toda la razón. Yo no lo hubiera expresado mejor.

La pareja ríe: Pedro satisfecho por el talante de su subalterno, y Archibald aliviado por la simplicidad del rector. Los pasos del becario se detienen frente al despacho que la universidad ha asignado al catedrático, y aunque Archibald señala la evidencia inscrita sobre la chapa de la puerta, Pedro no da crédito a lo que sus ojos ven.

—¿Qué cojones...? ¿Qué significa esto? No entiendo. Este... Este no puede ser mi despacho; tiene que haber un error.

—¿Por qué lo dices? —Archibald se arriesga a comprometer la paciencia del rector.

—¿Por qué lo digo!? ¿No lo ves!? ¡Me han dado un despacho compartido! ¡A mí! ¿¡Quién coño se cree esta gente que soy yo, un becario de mierda!? Un despacho compartido. Y, encima, compartido con Joan B., ¡con Joan B.!, ¡el mayor inútil de toda la universidad! Esto es un insulto, una ofensa; han querido reírse en mi cara, han querido burlarse después de cinco años de servicio. Que te sirva de lección —añade Pedro—: ningún buen propósito queda sin castigo.

—Pedro, te lo ruego, cálmate. Creo que puedo ayudarte con este asunto. —Aquí está, el desenlace que el becario lleva semanas planificando; el momento justo, las palabras adecuadas, y su futuro, tal vez, empiece de nuevo a clarear. Archibald tiene toda la atención del rector, presa de sus debilidades—. Si me lo permites, puedo hablar con Joan, y te garantizo que, si yo se lo pido, te cederá el despacho sin ningún problema.

Pedro confía en esta oferta, y con el ánimo sosegado introduce la llave en la cerradura, abre la puerta e ingresa en la estancia como un conquistador, y no como el desplazado, huésped de la caridad, que era antes. Pedro contempla a ese intruso astroso que ha aparecido para resolver sus cuitas, y se pregunta hasta dónde alcanza el poder, la influencia, los dones que el extraño derrocha.

—¿Crees que... —Pedro duda, señalando los detalles de un interior abigarrado, con libros, estanterías, estampas, carpetas y plantas mustias, cuando no muertas—, puedes conseguir que B. se lleve todo esto?

—Por supuesto. Dentro de un rato llamaré a Joan a su casa, y esta misma tarde, sin falta, yo mismo me encargo de despejar el despacho. Es lo mínimo que puedo hacer en agradecimiento por la dignidad que aportas a este departamento.

Resulta fascinante. Pedro ha captado el exceso de adulación del becario, y sospecha de sus intenciones deshonestas, pero no puede sustraerse a la embriagadora calidez que le llega desde el núcleo radiante de su estómago y sus genitales. De alguna forma, Pedro R. entiende que es así como todos deberían tratarle. Lo que el rector no sabe, por supuesto, es que la munificencia de Archibald deviene un gesto planificado. El becario solicitó a un administrativo, amigo suyo, que asignara a Pedro R. el despacho de Joan B., uno de los grandes absentistas de la universidad, un espectro que no pisa un aula desde hace una década. Durante ese tiempo, Archibald y otros becarios han impartido sus clases a cambio de un beneficio mutuo: acceso a la publicación de artículos, donde los becarios firman como coautores junto a Joan B. De alguna forma, Joan B. ya no existe, si no es como un pseudónimo que distintos meritorios engarzan a sus nombres. Archibald lleva años disponiendo del despacho, y lo que Pedro no sabe es que esos trastos que esta misma tarde moverá, guiando a una comparsa de alumnos serviciales, son propiedad de Archibald: sus libros, sus muebles, su ordenador.

—Eh... ¿tu nombre era?

—Archibald, Archibald F.

—Archibald, claro. Permite que te dé las gracias. Reconozco que estas nimiedades pueden resultar muy molestas. Tú trabajabas con... Gabriel, ¿verdad? Sí, lo hemos hablado antes. ¿Aún estás con tu tesis? Algo sobre gremios, creo recordar.

–Sí, pero lo cierto es que me siento frustrado; tengo la sensación de que no avanzo... Lo lamento –se interrumpe Archibald, fingiendo reparos–, no quiero aburrirte con este asunto. Tampoco estoy diciendo que Gabriel sea un mal director...

–Gabriel es gilipollas. –Pedro toma asiento al borde de la mesa, e invita a su contertulio a ocupar la silla frente a él–. Le conozco desde que era estudiante, y siempre ha sido un inútil. Dime, ¿te has planteado reorientar tu investigación?

–No lo había pensado, pero sería un honor contar con tu consejo, tu dirección si es que lo consideras, y en algo puedo serte de utilidad por ello.

–Creo que podrías aprovechar mi ayuda –sentencia Pedro, con todo el paternalismo del que es capaz–. Pero antes, necesito que me eches una mano.

–En lo que sea, lo que me digas. –Archibald se teme lo peor, recordando el viaje en taxi de la noche pasada hasta la casa de aquella estudiante, violada y ebria, a quien abandonó en el portal de un edificio del casco antiguo por miedo a que en su apartamento hubiera alguien dispuesto a denunciar al corruptor.

–Verás, llevo años absorto en asuntos de política universitaria que me han robado más tiempo del que dispongo. El caso es que mi posición requiere que me mantenga al día con las publicaciones en nuestro campo de especialidad.

–Por supuesto –respira Archibald, aliviado–. Será un placer pasarte reseñas de los trabajos, artículos y novedades editoriales que vayan apareciendo.

–Bien, pero pon cuidado en esa labor. Que las reseñas no sean muy extensas; límitalas a una frase, un párrafo como mucho, y destaca alguna línea o idea que me permita citar la obra. Y si vas a delegar la tarea en tus alumnos, asegúrate de escoger a los más capaces; entiendo que tú solo no tendrás tiempo, ni tampoco la capacidad de alguien como yo, por eso te pido que confíes en personas aptas para evitar una cadena de errores. ¿Me he explicado con claridad? –Archibald asiente, para satisfacción del rector destronado–. Quiero que me entregues un informe por semana; si recibo algún libro o manuscrito para su valoración, te lo haré llegar y espero una reseña cuanto antes.

–Será un honor.

–¿Conoces a Carmen?

–¿Carmen G.? Sí, por supuesto. –Archibald cruza los dedos, ilusionado: la profesora en cuestión pertenece al partido del príncipe depuesto.

–Pásate a hablar con ella en unos días. Han montado un grupo de trabajo para investigar algo de relaciones comerciales en la Baja Edad Media, y tal vez te puedan meter allí. Yo hablaré con Carmen esta semana, y estoy convencido de que, como favor personal, te harán un hueco.

–Muchas gracias, Pedro, estoy en deuda contigo.

–Claro. No te preocupes. Ya iremos hablando.

La situación que sigue debería percibirse con incomodidad, pero lo extraño es que a nadie sobresalta. Cuando Archibald se incorpora, dispuesto a salir de la habitación, Pedro descabalga del pico de la mesa; en ese gesto sincronizado, la mano del rector de adelanta, y Archibald la estrecha, pero al momento, cuando sus posaderas ya no tocan la silla, el becario se inclina y sus labios rozan los dedos del príncipe. ¿Qué ha pasado? ¿Ese chasquido modoso ha sido el cuero de la tapicería o el eco de un beso? ¿Por qué Archibald no ha rectificado la postura sumisa mientras se retiraba? ¿Por qué a nadie le sorprende lo que desde fuera solo podemos considerar grotesco? Sacrificio.

Carmen G. es una mujer robusta, de aspecto y conducta sobrios, sentido del humor precario y obstinación inquebrantable. Rigurosa con sus alumnos y subordinados, no acepta los desafíos, y

castiga las conclusiones de un pensamiento autónomo. Su criterio se ha forjado en el estudio: es una académica, una intelectual que, por todos los medios, se protege de un ambiente hostil, de la ambición y la estulticia, de los suyos y de los otros, en un estado perenne de guerra.

—¿Carmen?

Archibald ha esperado al momento oportuno. Durante los días previos, ha evitado a Carmen G., ocupando su tiempo en volver cordial la existencia de su nuevo protector. Pedro R. no ha resultado un holgazán, como tantos otros, sino antes un infortunado famélico de adulación, un pretencioso que dedica las clases al arrebatado de su egolatría; una excelente noticia para Archibald, quien no podría haber caído en mejores manos.

—Hombre, Archibald. Pasa, pasa.

El becario ingresa en el despacho de Carmen. La luz del mediodía deambula entre las filas de libros perfectamente ordenados. Archibald toma asiento: hoy se ha cambiado de camisa y de pantalones, hasta de calzoncillos, si bien nadie ha de percatarse de ello; incluso se ha lavado el pelo, grasiento por lo común. Carmen aguarda al otro lado de la mesa, formal, dura, media melena, blusa abotonada hasta el cuello, pantalones holgados, impecable, seria, algo cariacontecida.

—La semana pasada hablé con Pedro —comenta la mujer—. Me dijo que estás interesado en colaborar con nosotros. Fue una sorpresa. Todo el mundo sabe que eres el chico de Gabriel.

—Pedro me contó lo que estabais haciendo —certifica Archibald—, y me pareció especialmente sugerente, así que me ofrecí a participar. Estáis investigando la actividad mercantil en la Baja Edad Media, ¿no es así?

—Las relaciones comerciales entre los puertos de la Corona de Aragón y las ciudades-Estado italianas durante los siglos XIV y XV. Mira, Archibald, no quiero engañarte: el proyecto está dotado por el Ministerio con una subvención que nos permite becar a dos ayudantes, pero ambas plazas ya están cubiertas.

—Lo sé. No te preocupes. Yo estoy en la misma tesitura. Me queda un año de beca con Gabriel en el marco de un estudio sobre el pensamiento paneuropeísta en la Edad Media. Te aseguro que mi único propósito es colaborar en cuanto pueda.

Llegados a este punto sería conveniente explicar qué da de comer a los habitantes de este universo. Catedráticos, equipos directivos y titulares disfrutan de privilegios, riquezas y lujos extraños al vulgo; los profesores asociados malviven en condiciones de esfuerzo ímprobo y remuneración insuficiente, aspirando a consolidar algún día su plaza; por debajo, una pléyade de cargos intermedios subsiste en los márgenes del sistema inventando cursos y proyectos, innovadoras soluciones académicas y formulaciones científicas, con el fin de juntar las migajas del banquete para dar sustento a becarios sin futuro; y en la base, los estudiantes, una curiosa paradoja, pues siendo ellos quienes dan sentido a una institución de enseñanza son los que nada importan, a los que nadie tiene en consideración, de los que más fácilmente se abusa. Pero, y aquí viene lo más interesante, por más que un alumno sufre vejaciones durante su carrera, la mayoría sueña con quedarse en la universidad, y no para transformarla, sino antes para perpetuar la pirámide de pequeñas y grandes tropelías que fluyen en cascada.

—Yo sólo quiero colaborar.

—Está bien —acepta Carmen, y al momento escribe unos garabatos en un trozo de papel, deslizándolo sobre la mesa.

—¿Qué es esto? —pregunta el becario.

—Es la referencia de la documentación que se encuentra en el Archivo de la Corona. Necesitamos ordenar los legajos y protocolos que se hallan dispersos. En concreto, nos estamos

centrando en el tráfico de hielo, que bajaba desde la Serranía y era embarcado en los puertos peninsulares camino de Italia. A los envíos de hielo los llamamos *copos de nieve*. Debes localizar cada *copo*, anotando la fecha de embarque, el puerto de origen y el de destino; con eso luego mi gente elaborará un estudio estadístico, y lo incorporaremos a la memoria final del proyecto.

–¿Qué parte de ese trabajo podría desarrollar yo? –Archibald teme la respuesta–. Quiero decir, ¿después me encargaría de la redacción de algún capítulo, tal vez?

–No, eso lo hará mi gente. La verdad, Archibald, cuando Pedro me dijo que estabas dispuesto a ayudarnos me sorprendió. Esta labor es más propia de alumnos de último curso, a los que convalidamos el TFG –Trabajo Fin de Grado– a cambio de que pierdan dos o tres meses contando *copos de nieve* en el archivo. Pensé que a alguien con tu experiencia difícilmente le podría interesar una tarea tan infausta, pero he de reconocer que tu generosidad resulta admirable. Ya me gustaría tener más gente como tú; en los tiempos que corren, todo el mundo piensa en primer y único lugar en sí mismos.

–Será un placer ayudar en cuanto esté en mi mano.

Archibald se retira con un nudo en el estómago. Mientras se arrastra de vuelta a su cueva, ve al final del pasillo a Gabriel charlando con un alumno de último año. Cuando los dos entran en el ascensor, Archibald se fija en el muchacho: silueta gibosa, manos pequeñas, barba desaliñada, pelo largo recogido en una coleta, los mismos calveros que él descubrió en su frente veinte años atrás, las pocas canas que ahora tiñen su melena, una panza discreta donde él almacena un buche inflado, la misma ropa de adolescente posmoderno, y una confianza que él ha perdido. Las puertas del ascensor se cierran, y Gabriel desciende desde la quinta planta junto a una versión rejuvenecida del traidor que mira atrás, sabiéndose desguarnecido.

Capítulo 3

El príncipe destronado

«Privamos por sentencia a dicho Pedro [III], rey de Aragón, por exigirle así la justicia, de su reino, tierras y honor real (...). A sus vasallos, a quienes hemos absuelto ya del juramento de fidelidad por el que pudieran estarle sujetos, los declaramos totalmente libres y los eximimos (...) de cualquier vínculo de fidelidad y homenaje».

Bullarium Romanum, IV, 64 (1283)

A última de hora de la tarde, la casa respira quietud, sólo rota por la voz de Pedro que advierte de su llegada. La asistenta, de origen ecuatoriano, es la única que sale a recibirle. La mujer, acopio de cariño y modales empalagosos, ofrece a su patrón una comida caliente en la cocina, pero Pedro la excusa, obsequioso, con el estómago lleno tras regalarse un festín de tres platos y postre en un restaurante junto al campus. Los chavales están en sus habitaciones, constata el catedrático al pasar ante las puertas atrancadas, y su esposa disfruta de la sobremesa frente al televisor, opio sangrante de las mentes pequeñas, piensa el Excelentísimo Señor Rector Magnífico.

–Ya has vuelto –advierde la mujer–. ¿Qué tal tu primer día?

–Agotador. He padecido una clase insufrible, con una recua de analfabetos que no diferenciarían un censo enfitéutico de otro consignativo ni aunque les fuera la vida en ello; y luego, encima, he tenido que soportar el desplante de un descarado sin modales. Lo hablaba con Marcos: los jóvenes llegan cada día peor formados a las universidades, y eso es responsabilidad vuestra –concluye Pedro, señalando a su esposa, profesora de instituto desde hace veinticinco años, el mismo tiempo que dura ese matrimonio–. Y, claro, vuestra dejación nos rebaja al grado de maestros, enseñando las primeras letras a una tropa alborotada.

–¿Has visto a Marcos? –pregunta la mujer, desoyendo las necesidades de su marido–. ¿Cómo se encuentra?

–Bien, supongo. Envejecido, si me preguntas, y no me extraña. ¿Puedes creer que nos obligan a impartir más de ocho horas semanales de docencia? ¿Cómo esperan que contribuyamos a edificar las bases del pensamiento moderno cuando nos explotan como si fuéramos engranajes de una cadena *taylorista*?

–Querido –replica la mujer, paciente por desafección–, un profesor de secundaria imparte entre dieciocho y veinticinco horas de pizarra a la semana, y eso sin contar con la gestión de los grupos, preparación de clases, atención a padres.

–Cariño, te ruego que no humilles tu inteligencia con esas comparaciones. Al fin y al cabo, de vosotros se espera que mantengáis estabulados a los críos en las aulas; nosotros, sin embargo, somos la conciencia de Occidente.

–Si eso es lo que piensas de la profesión, luego no te quejes y refunfuñes por el bajo nivel de tus alumnos, quienes, te recuerdo, serán docentes en el futuro.

–Querida –concluye Pedro, cuando su esposa ya le ha dado la espalda–, te dejo viendo la televisión; yo, mientras tanto, me encerraré lo que queda del día en mi despacho a vigorizar con la lectura el músculo de un criterio académico.

Soplapollas, musita ella; subnormal, piensa él; y en esa discreción llevan enredados tres décadas. Tras cambiarse en el dormitorio, Pedro entra en su santuario, la estancia más grande de

la vivienda, dos cuartos, en realidad, que el rector mandó unir, forradas las paredes con libros. Pedro cierra la puerta, pasando el pestillo que preserva su intimidad. En la esquina, tras una colosal mesa y un mueble estantería que hace las veces de muro, se encuentra la joya de la casa: un butacón reclinable. Pedro se sienta en él, dejando sobre sus piernas el ordenador portátil. Al encender la máquina, los ventiladores rugen, y una luz cálida ilumina al catedrático, que se acomoda al refugio de su guarida. Tras introducir la contraseña, Pedro entra en su navegador, y desde ahí se dirige al servidor que aloja una amplia variedad de videos: sus favoritos son los canales donde jóvenes intrépidos aceptan retos absurdos, como ingerir chiles picantes hasta vomitar o colarse en casa de un desconocido. Pedro también sigue la actualidad del corazón, tanto nacional como internacional, y por supuesto no pasa un día sin que le eche un vistazo a las andanzas de un grupo variopinto de concursantes que conviven bajo la vigilancia de las cámaras. De esta forma, la tarde se desvanece, y cuando llega la noche y el hambre aprieta, Pedro R. manda un mensaje de texto a la sirvienta ecuatoriana, indicándole qué desea cenar: hasta hace poco, la familia se comunicaba con Dolores a través de un foro común, pero Pedro se sentía incómodo publicitando sus antojos, así que decidió iniciar su propio hilo de conversación. Pizza, refresco y patatas fritas; han estrenado un *reality* donde parejas ideológica y emocionalmente antagónicas se enfrentan al reto de no sucumbir a una cita de ensueño: ¿triumfará el amor?

Unas horas antes, a la salida de su primera clase en años, Pedro R. regresaba a la quinta planta, de nuevo su hogar lejos del rectorado. Al salir del ascensor, el pasillo se desplegó largo e inhóspito. Quizás por ese motivo, tal vez porque no sabía dónde se encontraba su despacho, o puede que por genuino interés, el catedrático se alegró al descubrir la puerta de Marcos B. entreabierta. Sin pararse a llamar, Pedro invadió la privacidad de su colega, carraspeando como anuncio cortés de su presencia.

–Hombre, Marcos. ¿Cuánto tiempo? ¿Cómo te va? Yo, como ya ves, estoy de vuelta. Hoy es mi día de estreno, por así decirlo.

–Pedro, ¿qué tal? –Marcos se levantó de su silla, extendiendo el brazo para estrechar la mano del rector depuesto.

–Ha pasado mucho tiempo.

–Supongo –contestó Marcos.

–¿Tres, cuatro? No sé, puede que los cinco años que he permanecido al frente de la institución. Mucho tiempo, desde luego; tanto que ya apenas me guío por el campus, entre aulas, departamentos, laboratorios, bibliotecas. Resulta paradójico que la universidad haya prosperado al socaire de mi gobierno y que, por ese motivo, ahora me pierda en sus dependencias. No es que haya construido los nuevos edificios con mis propias manos, pero de alguna forma los considero mi obra. Ya me entiendes.

–¿Qué tal tu primer día? –preguntó Marcos, eludiendo una de las insufribles peroratas del rector depuesto. Los dos profesores nunca fueron amigos, compañeros tal vez, hace años, en un tiempo en el que Pedro no había descubierto que podía enmascarar sus limitaciones en la política, y por ello aún conservaba un mínimo de modestia y sentido del ridículo, cualidades que se encargó de dinamitar en su proyección. Marcos tuvo también un papel destacado en la gobernanza de la facultad, pero lo hizo por débito hacia alumnos y compañeros, y por ese motivo su paso por el decanato fue tan efímero como fructífero. Ahora los dos se reencontraban en la esencia común de su profesión, sin otro adorno que el verbo y la pizarra.

–Horrible –contestó Pedro, tras una pausa sin fundamento–. Marcos, no sé tú, pero yo, en verdad, no entiendo a los alumnos. Durante la presentación de mi asignatura, la mayoría estaba pensando en las musarañas; alguno se ha atrevido a chistar cuando les he recordado sus

obligaciones, y uno incluso me ha desafiado. ¿Te lo puedes creer? Pero qué te voy a contar a ti, que llevas los últimos cinco años en la trinchera. Una generación perdida, todos ellos; y éstos, los que se sientan en un aula, se supone que son los más preparados, los menos inútiles, si lo prefieres. Marcos, no puedo dejar de preguntarme qué ha ido tan mal para que las cosas terminen así.

–Nada –contestó tajante el profesor de Historia. Durante su discurso, Pedro quiso tomar asiento, pero Marcos no lo permitió, evitando que el rector, al acomodarse, convirtiera una visita accidental en una velada de sobremesa–. Estos muchachos no son muy diferentes a cómo éramos nosotros a su edad.

–¡Permíteme que discrepe! Nosotros éramos activos, beligerantes, vehementes a la vez que respetuosos con la autoridad de nuestros maestros. No, Marcos, no. Nosotros leíamos libros prohibidos, y acudíamos en procesión a escuchar clases magistrales de profesores que bien podían no ser de nuestra especialidad. Nosotros trajimos la democracia a este país. Nosotros nos hemos ganado el respeto que esos chavales nunca podrán exigir. Esa es la gran tragedia que nos sobreviene, Marcos: no la herencia recibida, sino la que está por legar.

–Hablas de nosotros como si fuéramos un solo cuerpo, coherente y tan imposible como el juicio único que extiendes a todos los alumnos. Pedro... son chavales, inseguros, apasionados, y se enfrentan a retos de los que tú y yo poco sabemos. Tienen tanto, o tan poco que ofrecer como nosotros a su edad; sólo hay que motivarlos, y guardar la paciencia que ellos desconocen.

–Me fascina tu optimismo –certificó el rector–. Ojala yo pudiera entregarme a esa confianza, pero me temo que soy esclavo de las evidencias, y del sentido común, y tanto unas como el otro invitan al desconsuelo, amigo mío.

–El curso es largo –concluyó Marcos, volviendo a su asiento como signo axiomático de que la conversación había terminado, y la presencia de Pedro en aquel despacho, por lo tanto, estaba de más–. Si me permites un consejo, tómatelo con calma, por tu bien y por el de tus alumnos.

A primera hora de esa mañana, Pedro R. subió con parsimonia las escaleras del aulario norte hasta el segundo piso. Tras un lustro lejos de las aulas, el rector regresaba a la cuna de su exilio. La afluencia a la sesión inaugural del nuevo semestre no era especialmente notable. Pedro esperaba turbas hambrientas de sabiduría, ocupando pasillos, recodos y peldaños; en lugar de eso, la clase 207 se desperezaba a media bandera entre murmullos y bostezos. Pedro, quien unos meses antes frecuentaba a ministros, consejeros y presidentes, había de acomodarse ahora a un horario escolar, a rutinas y giros prosaicos en la narrativa de una vida, la suya, que parecía haber naufragado en aquel piélago donde antes eran otros los ahogados, sus súbditos.

–Buenos días.

No hubo contestación. Nadie recordaba su voz, mucho menos su porte. Aquella plebe, que sin saberlo había vivido bajo la férula del rector, nunca conoció su semblante, siendo a lo sumo una presencia lejana, un eco imperfecto que, de tarde en tarde, algunos profesores y representantes sindicales citaban entre críticas o alabanzas. A otro Pedro, no a éste, le hubiera gustado escupirles a la cara espumarajos de rabia entre órdenes marciales propias de un sargento de instrucción prusiano. Este Pedro, sin embargo, se limitó a refunfunar antes de colgarse el micrófono en la solapa y subir a la tarima para dirigirse a aquella masa somnolienta e indolente.

–Buenos días. Empecemos. Les doy la bienvenida a *Poder y representación en la Edad Media*, una asignatura de seis créditos que se imparte en el segundo semestre. Mi nombre, como todos saben, es Pedro R.: soy doctor en Historia Medieval, catedrático, y hasta hace poco rector de esta universidad y asesor del Ministerio.

Silencio. En el silencio, las respiraciones cobran la personalidad de una voz amnésica, que se

enreda a los otros murmullos en una urdimbre de cuerpos escamados. Pedro desafió a los estudiantes con una mirada censora tras las gafas de pasta. Su cuerpo enjuto, alérgico a la actividad física, sus hombros caídos y su vientre blando, sus piernas raquíticas, signos de un intelecto puro, parecían encumbrarse sobre la tarima, dándole una autoridad de la que ninguna destitución administrativa podría privarle.

–Voy a ser completamente franco con ustedes, honesto hasta la fractura. Dificilmente tienen algo que aprender porque ignoran que no saben nada. No les voy a aportar bibliografía, ni seguiremos un manual donde puedan perderse en su insensatez. En las clases les haré partícipes de un regalo: mi conocimiento. Ustedes jamás podrán comprender, ni siquiera intuir, las ciencias sociales como yo lo hago; pero no se martiricen, tampoco está a su alcance. La existencia de un académico es una rendición sin condiciones a la ciencia. Cada día, yo leo más de quince libros, ¡cada día!, les repito; más de cuatro mil volúmenes al año, una biblioteca que amuebla mi cabeza con cincuenta, sesenta, ochenta, cien mil obras. Comparen la abnegación en la que he convertido mi vida, entregada a la causa del saber, con cualquiera de los requerimientos que les pida, las lecturas que les exija o los esfuerzos que les demande, y advertirán, ¡sin ninguna duda!, que hasta la más cualificada de sus quejas palidece a la sombra de esa monumental conciencia que yo he construido a lo largo de estos años.

»¡En mis clases les pido que no intervengan! Esas preguntas con las que pretenden sobresalir entre la multitud no tienen cabida. Aquí, sólo yo puedo arrojar luz sobre cualquier asunto, y el esfuerzo por opinar, más aún cuando viene enmascarado bajo la forma de una incertidumbre, resulta abominable a la razón. Y si temen que mis explicaciones desborden su entendimiento, no se preocupen; ya les digo que no puede suceder de otra forma, y no tanto porque mis disertaciones resulten confusas, sino antes porque ustedes carecen de la más básica noción de cuanto significa la Historia. Su mayor consuelo es que no son los únicos.

»Escuchen cuanto les diga, transcriban mis palabras aunque no sean capaces de desentrañar su sentido, y preserven esos apuntes como lo que son: el don más elevado al que pueden aspirar, ejerciendo de amanuenses, monjes analfabetos que copian garabatos con diligencia sin entender que están proyectando más allá de los muros de esta abadía el pensamiento de Aristóteles, Herodoto, Plutarco. Hagan cuanto les digo: escuchen, copien y memoricen, y así, tal vez, este semestre no será para todos nosotros una completa pérdida de tiempo; ¡así, tal vez, encontrarán un sentido al dinero que sus padres están derrochando en una educación superior!

»La mayor conquista de los que, como yo, trajimos la democracia y el bienestar a este país fue convertir el privilegio de unos pocos en el derecho de todos. La educación es un bien indispensable que nosotros, los que nos sabemos progresistas, hemos compartido con una sociedad donde ya no existen estamentos, divisiones ni clanes, ciudadanos todos de un proyecto común de prosperidad, garantías y orden. La inteligencia, sin embargo, no es un patrimonio que podamos colectivizar. Y así como el progreso nos lega una sociedad cada vez más igualitaria y justa, no ocurre igual con la inteligencia, que se degrada con cada nueva generación. Entre ustedes, tal vez, se encuentre una mente forjada para el discernimiento, un intelectual, digno heredero de los sofistas y la escolástica. Ese *rara avis* es el único interlocutor que nosotros, aquellos que nos dirigimos a ustedes desde esta tribuna, podemos aceptar como válido. A los demás, les ruego que guarden silencio y no desesperen: los colegios e institutos siempre necesitan profesores a los que tampoco se les exige que razonen, contentos padres y alumnos con que custodien a los muchachos unas horas a la semana a cambio de un generoso estipendio.

El discurso terminó ahí. La única respuesta fue un gesto de pasividad colectiva; ni siquiera de asombro o de indignación. Al fondo del aula, Pedro creyó ver a un alumno que, entre cabezazos de

asentimiento, aceptaba su vulgaridad y aplaudía la declaración de intenciones del rector. De pronto, rompiendo la apatía, una mano se alzó sobre la marejada de bustos. Todos se sorprendieron, incluido Pedro, que creía haber ahuyentado la duda, pero no era así, y eso le aterraba. Pedro necesita a sus alumnos silenciados porque les tiene miedo. Siempre ha vivido sujeto a esa desconfianza: cuando era más joven y pretendía labrarse una carrera en la universidad, temía el juicio de los otros, de sus superiores, de aquellos que podían truncar su ascenso; ahora, que se ha acomodado a la cumbre de su profesión, siente pavor por todos los que desde abajo le miran con recelo. En el fondo, Pedro sabe que es un imbécil, y le aterra pensar que algún día alguien expondrá esta evidencia en público.

–Veo que alguno de ustedes es incapaz de seguir las instrucciones más simples –comentó el rector, tras una pausa inadmisiblemente responsable de la tensión que corrumpía el aula.

–Disculpe, será sólo una pregunta, muy rápida. –El alumnado en masa se volvió sobre sus espaldas, buscando la voz desafiante que, con acento meloso de fado, interpelaba a la autoridad en su atalaya de soberbia. Liborio Salazar, nombre a todas luces prestado a algún libelo decimonónico o folletín tropical, ofreció su mejor sonrisa a los presentes–. Tengo una duda: ¿este discurso motivador entrará en el examen, o podemos pasar por alto su arenga infame, entre pedante y supremacista?

Pedro no tenía respuesta, porque en ninguna de las simulaciones que le habían atormentado los días previos fue capaz de concebir una reacción como aquella. Sin embargo, el vulgo esperaba su réplica, oliendo el miedo, como popularmente se dice de los perros salvajes, tiburones y alimañas.

–¡Las clases quedan suspendidas! –bramó el rector, con un hilo de voz entrecortado y agudo–. ¡Tienen dos semanas para leer a DUBY y Le Goff, y en quince días les haré a todos un examen! ¡Pueden darle las gracias a su compañero!

Pedro R. salió como una exhalación del aula, sin caer en la cuenta de que, al citar a los dos medievalistas, no había indicado qué obras debían los alumnos leer para aquel examen de emergencia que se había sacado de la manga. Al escuchar las murmuraciones y reproches que le dirigían, Liborio entendió que aquélla tampoco sería su clase, y con gesto resignado y cargo de conciencia, salió por la puerta, justo a tiempo para cazar al catedrático entrando en el ascensor. Al verle, Liborio alzó la mano y enunció su nombre, dispuesto a disculparse, pero el rector se apresuró a pulsar varios botones en el panel de instrumentos, rogando que las puertas se cerraran. Cuando el ascensor partió al fin, no sabemos si en una u otra dirección, Pedro dejó escapar un exabrupto que se escuchó en toda la planta, amplificado por el micrófono de la solapa.

Capítulo 4

El alodio

«Un poseedor de alodio, por poco que él mismo sea aún señor, puede con facilidad tener por debajo suyo a poseedores, o incluso feudatarios, cuyos derechos de disfrute del suelo, en la práctica, con frecuencia hereditarios, limiten imperiosamente el suyo. En otras palabras, el alodio no es forzosamente hacia abajo un derecho absoluto; pero, lo es hacia arriba. "Feudo del Sol" –entiéndase sin señor humano–, dirán de él, con elegancia, los juristas alemanes de finales de la Edad Media».

Marc Bloch. *La sociedad feudal*. Madrid, Akal, 2002.

Reside una irrevocable belleza en el fruto del trabajo honesto. Esa es una lección que aprendió de sus padres, agricultores pegados a la tierra. Cuelga una litografía de la pared de su despacho: *Las espigadoras*, de Jules Breton: las mujeres encorvadas se afanan en rastrillar los surcos, mientras una campesina, al fondo de la escena, asiste al ocaso con los brazos en jarras y las manos sobre el lomo derrengado. El cuadro destila verdad, y por ello resulta bello, como diría Keats: sus protagonistas son hermosas porque son honestas, sus colores son certeros porque acompañan esa virtud sencilla y honda que golpea el corazón. De otra pared cuelga una célebre estampa, con una cuadrilla de obreros sobre una viga, almorzando a doscientos metros del suelo en un descanso durante la erección de un rascacielos. Dos cantos heroicos, dos épicas proletarias donde por lo común prevalece la desdicha, el abuso, la desesperanza. Las únicas banderas de un marxista ajeno al dogma y la desfachatez de las soflamas fatuas.

El despacho de Marcos B. es como la tierra de sus padres, un campo roturado con esfuerzo. Marcos es uno de los pocos profesores en la universidad que puede reconocerse autor de su obra: ninguno de sus becarios ha pignorado palabras, ideas y horas de archivo y biblioteca para mayor gloria de otro nombre que el propio; Marcos jamás ha robado una tesis, nunca ha exigido peajes, y a sus alumnos siempre los ha tratado con respeto. Por todo ello, Marcos no gusta, Marcos incomoda, Marcos despierta celos. Es un historiador libre de cargas, sin deudas que aseguren la lealtad de su parecer; simplemente, se debe a sí mismo, a sus conclusiones y al método de la ciencia a cuya construcción contribuye. Pura insolencia. Marcos nunca medrará en la pirámide de favores y lealtades que sostiene la universidad. Pero tampoco puede existir al margen de ella. Marcos sobrevive en un medio depravado como una anomalía, hostil al vasallaje, la excepción en un mundo vanidoso y corrupto.

Encontrar a Marcos en su despacho es tan común como distinguir al labriego en el campo, de sol a sol. Desde hace años, el profesor vive entre una madreselva de libros prestados a la biblioteca. No está dando forma a la biografía definitiva de Carlomagno, no se ha propuesto revolucionar los pilares de la ciencia con un sesudo ensayo sobre los fundamentos filosóficos de la Historia, no escribe el éxito de crítica que le reportará una columna remunerada en la prensa. Desde hace años, Marcos se obstina en ofrecer a sus alumnos el mejor material de clase. En sus asignaturas, Marcos se ha propuesto convertir la inabarcable maleza de referencias, debates y nociones esquivas en una síntesis apta para cualquier estudiante, con el fin de que los chavales no pierdan el tiempo tomando apuntes como taquígrafos de un juzgado de guardia. Y ahí lo tenéis, ocho, diez horas al día, dando de comer a un mundo ingrato, como su madre y su padre.

—¿Te queda mucho?

La melena rubia de Juana A. asoma por la puerta. Marcos invita a pasar a su colega con un

gesto cómplice, una sonrisa que infla su rostro redondo y achina sus párpados. La mujer, de tez arrojada, ojos verdes y expresión melancólica, entra con el sigilo que acostumbra, con la suavidad de una pisada etérea.

—Pedro se ha pasado hace un momento —chismorreando Marcos, bajando la voz—. Es todo un personaje. Dice que no entiende a los alumnos. —Juana rompe a reír—. Ha empezado a desvariar, como si fuera un viejo chocho, asegurando que los estudiantes de hoy no saben nada, y que son unos insolentes. Por un momento, he temido que fuera a sentarse y tuviera que aguantarle toda la mañana pontificando majaderías.

—Eso te ocurre por estar siempre aquí —replica Juana—. Eres el único profesor de la quinta planta que utiliza su despacho para trabajar. Bueno, ¡en realidad, creo que ningún otro trabaja! La única forma de que pasaras más tiempo entre estas cuatro paredes sería que tu marido te echara de casa, como a Gabriel.

—¿No te has enterado? —murmura Marcos—. La señora S. le ha abierto las puertas del domicilio conyugal, y he oído que a condición de que amplíen la familia.

—¿Gabriel padre? ¡No, por favor! Lo puedo imaginar con setenta años flirteando con las amiguitas de su hija en el instituto. Se me pone la piel de gallina —añade Juana—. Vámonos de aquí. Te invito a comer.

—Sí, mejor vámonos. Si nos descuidamos, aparecerá Archibald F. por la puerta mendigando una beca o una colaboración.

La cantina de la facultad es una cuadra donde la plebe se hacina entre bandejas, platos sucios, restos de pan, naipes, apuntes, libros, mochilas y chaquetones, envueltos por un calor entrañable que a más de uno convence para no ir a clase. Los profesores rara vez comparten mesa con sus pupilos; para ellos, la institución dispone una reserva de manteles satinados, cubertería de acero inoxidable, servilletas de tela, y el colmo de la satrapía: camareros cuyo único propósito es acarrear platos de las cocinas a las mesas, previniendo que sus excelencias se puedan herniar yendo ellos mismos a por la pitanza.

Aunque Marcos juzga cuestionable este pequeño privilegio de su estamento, también encuentra seductora la paz del comedor de profesores. Pero esta vez, ha sido Juana A., para sorpresa de un Marcos flemático al que nada parece perturbar, quien ha invitado a su amigo a codearse con la chavalería, cargando en su bandeja un plato de macarrones resacos, un muslo de pollo fosilizado, un mendrugo terroso y una pasta cementera que aseguran sabe a arroz con leche, ¿o era pudding de frutas?

—No sé cómo alguien puede sobrevivir a esta dieta. —Marcos señala a los jóvenes que alborotan el comedor universitario—. Sólo con ver la comida, se me despierta el reflujo ácido.

—Eso es porque ya no tenemos veinte años —sentencia Juana, algo melancólica.

—Lo siento, pero necesito que me expliques qué hacemos aquí. Me pregunto si pretendes envenenarme.

—¿No estás harto de conversaciones que siempre se repiten? —pregunta Juana—. No quiero cruzarme con Carmen o con Jesús, y fingir interés por estupideces que nada me importan. Y menos me apetecería que se sentaran a la mesa, y nos pasáramos la comida simulando que nos encontramos soportables.

—¿Has tenido una mañana difícil?

—No, no es eso. Es sólo que...

En el momento en el que Juana se dispone a sincerarse, o más bien a verbalizar el caos de ideas y emociones que pueblan su mente, un intruso les interrumpe. Estos son los peligros de la cantina, y más cuando los protagonistas pertenecen a ese género de profesores que siembra

afectos, y es que algún alumno puede sentir la tentación de pararse a saludar. En este caso, la desvergüenza parece justificada, pues existe cierta sintonía, rallante en la amistad, entre los actores del sainete.

–No me digas que ahora los residentes de la quinta planta se codean con el populacho. –El joven saluda a la profesora y estrecha la mano de Marcos, dedicándole una sonrisa. Liborio empalaga con su acento luso, combinado con una incierta arrogancia, envuelta en una confusa timidez.

–¿Quieres sentarte a comer con nosotros? –pregunta Juana, para desconcierto de los dos hombres, que jamás hubieran previsto la invitación.

–No, muchas gracias. Entro a trabajar en media hora.

–Ahí donde lo ves, Liborio es un artista de los fogones –informa Marcos.

–Artista del estropajo, en realidad.

–¿Y qué haces por aquí? ¿No se supone que te graduaste el semestre pasado?

–Eso creía, pero me faltan seis créditos. Jesús me regaló un 0,1 y aún no he podido hablar con él para que me explique a qué debo esa décima tras haber escrito catorce páginas en un examen de la materia que mejor conozco de toda la puta carrera.

–Parece una causa perdida –se compadece Marcos.

–Me he matriculado de varias asignaturas para evitar sorpresas. De hecho, esta mañana he tenido la primera clase con Pedro R. Creo que al Excelentísimo Señor Rector le hace falta una lavativa de humildad. Hacía tiempo que no me insultaban con tanto boato. Al final de su perorata, estaba convencido de que llamaría a unos lacayos para que me escupieran a la cara por insolente –declama Liborio, con afectación.

–Creo que nuestro joven amigo –explica Marcos, dirigiéndose a Juana– ha sido el responsable de amargar el regreso de Pedro a las aulas.

–De eso nada; el señor catedrático venía amargado de casa. Para mí que se quedó con la bota metida en el culo cuando le echaron a patadas del rectorado.

–No parece lo más inteligente desafiar a los responsables de que te gradúes. –Aunque Marcos aprecia al chaval, apenas soporta la forma cómo hipoteca sus opciones.

–Vengo de secretaría: he renunciado a la asignatura de Pedro y me he matriculado en un par de materias distintas, por si vuelvo a tener problemas. –Liborio fuerza una sonrisa de despedida, y palmea ligeramente el hombro de Marcos, tratando de cerrar la herida abierta–. Os dejo en paz, antes de que se enfríe el rancho. Nos vemos.

Liborio se aleja, lleno de energía. Juana tuerce el cuello, siguiendo la derrota del muchacho con la mirada. La profesora prefiere pensar que ha sucumbido a una divagación ligada a la silueta del joven, pero en realidad está admirando su culo.

–Es un buen chaval, con intuición, y escribe bien –diserta Marcos–, pero no sabe tener la boca cerrada. No lo comparo con Carla, ya me entiendes –Juana asiente, recordando a la antigua alumna, ahora becaria–, pero Liborio tampoco valora el efecto de sus palabras. Es como si necesitara ese punto de desdicha, de dificultad añadida a todo lo que ya lleva de por sí a las espaldas.

–Hay algo seductor en esa tragedia –razona Juana, para sorpresa de Marcos–. No me malinterpretes, pero... No sé. Encuentro sugerente esa forma de encarar la vida, ese descaro de quien no comparte tus miedos, tus prevenciones. No me digas que no te hubiera gustado pasarte esta mañana por el aulario, para ver como Liborio amargaba el regreso de ese imbécil rebozado en pedantería que es Pedro.

–¡Ana! –Marcos sonrío, con media pechuga de pollo enristrada con el cubierto y una cerveza

sin alcohol en la mano—. ¿Liborio? ¿En serio?

—¿Qué? ¡No! —exclama Juana, negando cualquier insinuación—. Por Dios, Marcos, si podría ser su madre. No, no es eso. Sólo digo que resulta atractivo, alguien así, que no acepta lo que le viene impuesto por la esperanza en un mañana que no existe. Marcos, me he pasado veinte años casada con un hombre, el padre de mis hijos, temiendo qué ocurriría si no estábamos juntos, y ahora que nos hemos separado entiendo que mi mayor tragedia es que no ha sucedido nada en veinte años. De hecho, mi matrimonio se terminó; nadie traicionó al otro, ni hubo terceras personas; simplemente, se acabó... No sé si me entiendes.

—Creo que sí —comenta Marcos, precavido.

—Os envidio —continúa Juana, subrayando el plural—, a ti y a Frederic, lo que tenéis.

—No hay nada que envidiar —contesta Marcos, con un aire críptico que Juana inmediatamente descifra—. Llevamos meses separados.

—No lo sabía. Lo siento. Parece una epidemia. —Juana trata de quitarle hierro al asunto—. ¿Qué nos está pasando, Marcos?

—No nos pasa nada. Cruzado el Rubicón de los cincuenta es cuando más conscientes somos de que todo es histórico, y por lo tanto todo cambia, se transforma, e incluso termina. Quizás nosotros, que por nuestra profesión apreciamos el significado íntimo de esa evidencia, somos menos tolerantes con la idea romántica de la eternidad.

—¿Puedo decirte algo sin que te rías? —Marcos asiente, afinando el oído para escuchar a su colega, que ha bajado la voz—. Echo de menos enamorarme. ¿Tú no?

—¡No! Me da pereza solo pensar en ello. ¿No será que echas de menos tener veinte años, y equivocarte sin remordimientos?

—Tal vez. Resulta absurdo. Ellos —dice Juana, señalando a la legión que llena el recinto— se rompen los cuernos por madurar, mientras yo les admiro, celosa de esa energía, de esa insensatez... ¿Crees que Gabriel es feliz?

—¿Te has vuelto loca? —pregunta el profesor, desconcertado—. Gabriel es un adicto al sexo, y aunque carezca de escrúpulos o limitaciones morales, seguramente no hay una persona más desdichada en toda la universidad. Gabriel es un depredador que se aprovecha de la inexperiencia de las estudiantes para seducirlas, pero al final de la noche nadie tiene más miedo que él a quedarse solo.

—¿Y los otros? El departamento es terreno abonado para el tópico. ¿Son felices quienes se reencuentran con la juventud en la piel de un alumno bajo las sábanas? ¿Es así como debemos acabar todos? ¿Es eso lo que necesito, lo que busco?

—No creo. No lo sé. Juana, estoy en la antípoda de cualquier certeza moral, y conozco como pocos la censura de extraños que nada saben de ti. En la situación que me planteas, sin embargo... El amor reside en las tripas, y es sinónimo de desesperación y duda; las relaciones sentimentales, por otro lado, resultan lesivas si no se basan en un acuerdo entre iguales, y esos muchachos, por muy maduros que se piensen, por muy avezados y despiertos que los veas, no dejan de ser chiquillos, que fundan su interés por nosotros, en el mejor de los casos en el respeto, y en el peor en la admiración. Puedes enamorarte de ellos, y ellos de ti, y podéis desbaratar la cama en embestidas salvajes hasta que el fuego prenda por fricción entre tus piernas —Ana se sonroja, oculta tras el flequillo—, pero preocúpate si a la mañana siguiente salís por la puerta cogidos de la mano. Al hacernos viejos, nos queda menos tiempo para cometer errores.

—Tal vez un último error —concluye Juana, mirando al horizonte con una sonrisa.

—Siempre un último error.

Al término de la comida, Marcos regresa a la quinta planta. Esta hora, en la que ya nadie

queda por los despachos y pasillos, ni siquiera los aduladores, resulta la más grata para B., que afronta el último tramo de escalera, esfuerzo al que se obliga para bajar el grasiento rancho. Mayúscula es la sorpresa de Marcos cuando ve merodeando a un estudiante. El profesor no recuerda su nombre, pero sí reconoce algunos detalles del personaje: pelo recogido en una resultona coleta azabache, barba pulcra, manos cortesananas y tez caliza. Se trata de un alumno recientemente graduado: al término del semestre, se ha abierto la veda de los estudiantes que acuden a los despachos en busca de profesores titulares o catedráticos a quienes encomendarse.

–Supongo que debo felicitarte –dice Marcos desde la distancia. El joven reconoce al profesor, saludando con un gesto torpe. Al llegar hasta su cubículo, Marcos introduce la llave en la cerradura y le invita a pasar–. ¿Ya han salido las notas?

–Sí –afirma el joven–. Creo que tengo el tercer mejor expediente de la promoción, tal vez el cuarto. Ya sabes cómo es esto; ahora, todo el mundo recela de los compañeros. Bueno, de hecho llevamos así desde los últimos exámenes, pendientes de rascar unas décimas en la media final.

–Y ahora andaréis a la búsqueda de una beca. –Marcos invita al estudiante a tomar asiento, antes de dejarse caer él mismo sobre la silla–. Nuestro equipo de trabajo estudia el papel de las universidades europeas en el tránsito entre la Edad Media y la Edad Moderna. Si quieres solicitar la beca a través de nuestro programa, debemos encontrar una tesis que encaje en esas líneas básicas. Aunque cabe incluir esa información en la solicitud, yo no me preocuparía demasiado: concédete un tiempo para sondear la bibliografía y las fuentes, hasta que encuentres un tema que puedas desarrollar con los archivos disponibles y, lo más importante, que te guste. Pasarás cuatro años dando forma a tu tesis, así que vale la pena que te motive.

–Vaya, lo siento mucho –manifiesta el muchacho–. En realidad, no estoy interesado en tu programa de investigación. La universidad parece un buen tema, y seguro que alguno de mis compañeros sentirá curiosidad, pero a mí me atrae algo más grande, más importante. Mi ambición es cambiar la forma misma de distinguir la Edad Media, el feudalismo, la Historia incluso.

–¿Cuál era tu nombre? –pregunta Marcos, a bocajarro–. Perdona, lo he olvidado.

–Miguel Vicente, pero todos me llaman Miguevi.

–Miguel –rectifica Marcos, tratando de no mostrar disgusto–. Evidentemente, he malinterpretado la situación. Dime, ¿querías hablar conmigo de algo en concreto?

–En realidad, no. He pasado para ver a Pedro R., y llevo aquí un buen rato esperándole, pero no ha aparecido por su despacho en todo el día.

–Pedro –afirma Marcos, concediéndose tiempo para digerir la idea–. Pedro se ha marchado después de su primera clase.

–Lo sé, lo de la clase, quiero decir. Estaba esta mañana en el aulario; he asistido como oyente, y debo reconocer que me ha conmovido su discurso.

–¿Conmovido?

–La forma como ha reivindicado la dignidad de nuestra disciplina, como ha exigido a sus alumnos el compromiso necesario con una ética del esfuerzo y la asunción de limitaciones que pocos respetan. Sonará exagerado, pero he sentido que, de alguna forma, se dirigía a mí, que me animaba como nadie lo ha hecho a entregarme sin reservas a la Historia. ¿Sabes si Pedro tiene algún grupo de investigación en marcha?

–¿Pedro? Pedro no ha pisado un archivo en treinta años. Desde que se doctoró, ha dedicado todos sus esfuerzos a la política universitaria, y a lo sumo ha cubierto la exigencia administrativa del cargo publicando un par de libros sobre epistemología. Es habitual que los historiadores con alergia a las fuentes se refugien en el ensayo.

Quizás sea por el cansancio, o por el ardor de estómago, pero el profesor se arrepiente de sus

palabras. Una técnica básica de cualquier vendedor de coches radica en no criticar abiertamente otros modelos; con ello solo se consigue que el cliente desconfíe del reproche, empujándolo a los brazos de la competencia. Tal vez Marcos se ha dejado llevar por una sincera preocupación por el futuro de este pobre infeliz, desorientado e ignorante de cuanto cree saber, pero con sus rebuznos no ha hecho sino arrojarle a los brazos de un déspota egocéntrico sin criterio ni aptitud.

–A riesgo de parecer impertinente –continúa Marcos, tratando de enmendar su exceso de sinceridad–, ¿me permites un consejo?

–Por supuesto –acepta Miguel, cruzado de brazos.

–Desde que empezaste la carrera, has hecho un gran esfuerzo, como no puede ser de otra forma atendiendo al logro de tu expediente. La recompensa es una beca de investigación que te garantizará el sustento los próximos años. Durante ese tiempo, no pierdas de vista una idea esencial: esa beca es el resultado de tu empeño, no la dádiva de ningún profesor, coordinador o director de tesis.

–Eso lo tengo claro.

–Bien. Por mi experiencia, hay dos cosas que puedes hacer en esos cuatro años. La primera, y más inteligente, es cumplir con los requerimientos mínimos de la beca, y mientras tanto prepararte las oposiciones para acceder al cuerpo de profesores de educación secundaria, lo que te garantiza un empleo de por vida dando clases de Historia, con un buen sueldo a fin de mes.

–Es una opción que en ningún caso contemplo –asevera con firmeza Miguel Vicente, recordando las palabras que el rector Pedro R. pronunció esa misma mañana–. No soy profesor de instituto; soy historiador.

–En ese caso –prosigue Marcos–, dedica estos años a tu tesis, y asegúrate de que, para cuando la beca se extinga, has conseguido tu doctorado. Renuncia a complacer al departamento asumiendo cargas que no te corresponden. No impartas las clases de otros, ni escribas sus artículos; no ejerzas de chófer, niñera, secretario ni mayordomo. No te conviertas en un eterno becario, atrapado en un círculo de promesas incumplidas.

–¿Y una vez termine mi doctorado?

–Empieza a preparar las oposiciones de secundaria, o cambia de trabajo.

Miguel Vicente fuerza una sonrisa, ejemplo de insatisfacción y soberbia, antes de despedirse de Marcos con el más cínico de los tonos. Cuando sale por la puerta, el estudiante chista. Marcos lo ve partir, y al momento gira la silla en dirección al ventanal. Pronto sobrevendrá el atardecer. Marcos coge un libro de una columna a sus pies y lo abre por la marca. A última hora, el profesor aprovecha los postreros rayos de sol para leer; sus murmuraciones se elevan como un ángelus al final del día.

Capítulo 5

Campesinos, menestrales e hidalgos

«Hablar del señorío es tanto como referirse a los señores, pero también a la población "señorializada". (...) La dominación señorial, no lo olvidemos, se ejercía sobre villas y aldeas, que tenían un tejido social sumamente complejo, pues en ellas había sin duda numerosos campesinos, pero también gentes dedicadas primordialmente a otras actividades, como artesanos y pequeños comerciantes, por no hablar de la existencia de sectores de la pequeña nobleza local, integrada por caballeros e hidalgos. Precisamente de estos últimos grupos solían salir los dirigentes de las protestas antiseñoriales».

Julio Valdeón. «Señorío y nobleza en la Baja Edad Media»,
en *Revista d'Història Medieval*, nº 8, 1997, p. 19.

Jesús M. mandó que instalaran una mirilla para espiar a los alumnos que se arraciman a la entrada de su despacho. Cuando algún incauto llama a la puerta, el profesor no responde, y si alguien le ve entrar o salir, y por esa razón persiste, él le tortura, haciéndole esperar durante horas hasta que renuncia. Jesús goza doblegando a los más tenaces: hace años, el decano ordenó disponer unos butacones en el pasillo para que los alumnos pudieran aguardar sentados; una mañana, Jesús sustrajo el mobiliario, confinándolo en un trastero.

Esta vez, la situación es distinta. El joven que aporrea la puerta parece inasequible al desaliento: lleva días apostado a la entrada de su oficina, preguntando a todos por el inquilino ausente. Jesús ha oído hablar de él: es un portugués con el que más de uno ha tenido problemas. Al profesor le subleva la actitud de quien no conoce su lugar, atreviéndose a pedir, a exigir. Jesús desprecia a los estudiantes, un mal necesario al que la universidad le expone. Si no hubiera alumnos; si le dejaran consagrarse al cultivo de su erudición; si alguien sensato advirtiera lo intolerable que resulta rendir cuentas a un párvulo. Pero parece que ese día no llegará, por lo que, después de tres horas atrincherado en su oficina, Jesús M. recibe al acosador.

–Usted dirá –sentencia Jesús, como único saludo.

–Mi nombre el Liborio Salazar. Fui su alumno el semestre pasado en *Rebelión feudal: actores, discursos y conflictos*.

–Una asignatura optativa, de último año. –Jesús finge que hace memoria–. El periodo de revisión de exámenes para el primer semestre expiró hace días.

–Ya. El problema es que llevo una semana tratando de hablar con usted, pero me ha sido imposible, bien porque no le he localizado en su despacho durante las horas de atención, bien porque me ha evitado de forma flagrante.

–Le aconsejo que modere su tono, si no quiere que esta conversación sea aún más corta de lo que mi paciencia dispone.

–Lo único que quiero –matiza Liborio, sin dejarse apabullar por el catedrático– es que me explique la razón de la nota de mi examen: un 0,1 en un ejercicio de catorce páginas sobre el tema que, quizás, mejor conozco, y para el que más me he preparado: los conflictos sociales entre los siglos XV y XVI.

–Eso tiene una fácil explicación. En mi benevolencia –argumenta Jesús–, me disgusta calificar un ejercicio con un cero absoluto, razón por la que aportó una décima, incluso a los trabajos más intrascendentes, simplemente por el mérito de que recuerden su nombre y apellidos sin haber de copiarlos de su documento nacional de identidad.

–¿Puedo ver mi examen, por favor? –solicita Liborio, agarrando con pies, manos y dientes las

riendas de un caballo que ansía zapatear con sus cascos la mueca de este mamarracho que la universidad tilda de docente.

Negar al alumno este derecho sólo prolongaría la tortura de su insistencia, razón por la que Jesús complace al portugués. Los exámenes se guardan en una caja certificada con un tejuelo manuscrito. El profesor los manipula como si se tratara de legajos mohosos, demorándose en hallar el pliego que anda buscando. Liborio revisa su ejercicio: siete folios, catorce páginas, y ni una sola anotación, ni un triste subrayado, sólo el 0,1 en la esquina superior derecha, un círculo envuelto en una circunferencia, un espumarajo de tinta roja hábilmente mecido por el bolígrafo.

–¿Podría explicarme el motivo de mi calificación? –insiste Liborio, agitando el examen pulcro, sin tacha.

–¿No es evidente?

–Pues no; más teniendo en cuenta que no ha incluido ni un solo comentario.

–¿Por qué malgastar mi tiempo en enmendar sus incorregibles errores cuando usted no se ha molestado en pasar por mis clases?

–Tal vez porque esta es una prueba de conocimientos y reflexión, no un control de asistencia al aula.

–Ahí radica el problema. –Por vez primera, Jesús se permite un gesto de humanidad. El catedrático, que en todo momento ha mantenido el desafío de Liborio, de pie frente al retador, aprovecha para sentarse en el pico de la mesa, tranquilo ahora que su causa ha cobrado ventaja—. Cuanto necesitaba saber sobre los conflictos sociales en época feudal fue explicado, clarificado, conjurado en mis clases, unas clases de las que usted decidió ausentarse, presunción tan ignorante como atrevida.

–¿Me está diciendo que no existe otra fuente para el conocimiento histórico que sus lecciones? ¿Insinúa que solo asistiendo a sus clases se puede comprender la compleja y vasta naturaleza del feudalismo? Lo pregunto porque, en caso afirmativo, tal vez debiéramos comunicar la noticia a los editores, librerías, bibliotecarios, escuelas y facultades del planeta, a fin de que desistan en su empeño estéril por explicar la historia de Europa entre el siglo VIII y el siglo XVIII.

–Para que vea hasta qué punto soy generoso, voy a pasar por alto esa última insolencia. Se lo aclararé de una forma simple, que incluso usted será capaz de entender. Dígame –inquieta Jesús–, ¿cuál es la tesis central del ensayo de catorce páginas con el que respondió a la pregunta de examen?

–¿La tesis? –Liborio duda; aunque no esperaba el interrogatorio, el joven fuerza ese verbo fácil que le caracteriza para salir del atolladero—. La tesis principal tal vez sería que el feudalismo alimenta la tensión entre sus estructuras consuetudinarias, que preservan la integridad de los instrumentos de poder de las clases dominantes, y las necesidades de cambio por parte de los grupos no privilegiados. Esa contradicción provoca conflictos que desembocan en revueltas, las cuales no trascienden en forma de revoluciones por falta de un proyecto político y de soporte material que permita a los conjurados derruir las bases del feudalismo. Sin embargo, el peso de esos anhelos se sublima en diferentes ideas e iniciativas, que fuerzan a repensar el feudalismo a lo largo de la Edad Moderna, como es el caso de la reforma protestante en el siglo XVI, bajo cuyo manto se resguardan ambiciones que van más allá de la religión.

–Ahí está la pega –pronuncia Jesús M., triunfal—. ¿No lo ve? Todo cuanto acaba de decir no es más que una confusa madeja de errores, de palabrería, tras la que se esconde el problema central que, de haber asistido a mis clases, usted también entendería ahora. Señor Salazar, durante el feudalismo no hubo tensiones, ni conflictos. Cuanto usted llama revueltas, rebeliones y conatos de revolución no es más que la propaganda de aquellos que, al paso del tiempo, y con fines y

objetivos torticeros, sobredimensionaron la huella social de algunos discursos díscolos para mostrarnos el feudalismo como una institución ingrata, corrupta, beligerante y opresiva, cuando no fue sino un principio de orden que garantizó la estabilidad y el progreso.

–Bromea usted. –Liborio apenas da crédito al aplomo del catedrático–. Le recuerdo que su asignatura se llama *Rebelión feudal: actores, discursos y conflictos*.

–El nombre no es más que una negación positiva de un hecho descarnado.

–No sé qué pretende insinuar con esa gilipollez –asevera Liborio, agotada su paciencia–, pero ¿está usted diciendo...?

–Esta conversación ha terminado –zanja Jesús, molesto por el exabrupto.

–¡Y una mierda ha terminado! ¿Está usted negando la rebelión de Koppány en la Hungría del año mil, las revueltas en Sahagún en el siglo XII, las guerras campesinas en Flandes en 1320....?

–¡Salga usted de mi despacho! –ordena tajante Jesús M.

–¡Saldré de este puto despacho cuando termine de hablar!

–¿¡Cómo se atreve a emplear ese tono conmigo!? ¿¡A quién cree usted que se está dirigiendo!? ¡Vaya con cuidado si no quiere que le expulsen!

–¿¡Que me expulsen!? –Liborio cierra la puerta con tanta fuerza que dos cuadros, dos óleos donde se representan un castillo y una abadía medievales, caen al suelo. Al oír cómo se rompen los cristales, y la madera de los marcos se quiebra, Jesús pierde el control sobre sus funciones motrices, paralizado por el miedo–. ¡Gracias a usted, un profesor de mierda que debería estar picando piedra en una puta cantera, no me he graduado, así que no me toque los huevos! Que me expulsaran sería el último de mis problemas y el primero de los suyos; y por si no le ha quedado claro déjeme decirle que sí, le estoy amenazando con partirle la cara. Y si piensa que estas amenazas vulneran de alguna forma sus derechos inalienables y desautorizan mi competencia moral, permítame decirle que me importa una puta mierda. ¿¡Estamos!?

»Bien, ahora, excelentísimo señor catedrático de los cojones, ¿me permite terminar la pregunta que le estaba formulando? –interroga Liborio, con un tono tan conciliador que Jesús está a punto de mearse en los pantalones.

–Por supuesto –responde el catedrático.

–A ver, estimado soplapollas, ¿me está diciendo que no hubo una rebelión popular en la Hungría del año mil, revueltas campesinas y motines urbanos en Aragón en el siglo XII, insurrecciones en los Estados germánicos e italianos entre los siglos XII y XIV, *jacqueries* en Francia, levantamientos en Flandes e Inglaterra, las revueltas taborita y husita en Bohemia, una guerra civil en Cataluña, las Comunidades en Castilla, las Germanías en Valencia, la Fronda en Francia? ¿Me está diciendo que nada de eso fue real, que su difusión sólo obedece al bullicio de unos pocos camorristas y el eco de unos historiadores irresponsables? ¿Me está diciendo que la bibliografía, con casi cien libros, que a principio de curso nos detalló, y que yo he leído de forma sistemática, resulta un inmenso folletín, ligero e insustancial? Por favor, se lo ruego, dígame si acaso usted, en su infinita sapiencia, ha descifrado la verdad del universo, y la esconde metida por el recto, destilando perlas de cognición cada vez que escupe mierda por la boca.

Jesús M. guarda silencio, tiembla, pide auxilio en su fuero interno, pero nadie escucha; teme al salvaje que tiene delante, al energúmeno asilvestrado a quien creía hasta hace poco dócil, obediente, sumiso. Cuando recupere el habla, cuando recobre la libertad coartada, el coraje, cuando regrese la intimidad a mi despacho, piensa el catedrático, erigiré una defensa, me rodearé con una mesnada que me proteja, y esto nunca habrá sucedido porque no lo permitiré, jamás.

–Es usted una vergüenza, para cualquiera que sea su profesión.

Al despedirse, el portugués niega con la cabeza, sin apartar la vista de un Jesús que no puede

mantener la mirada a su alumno; y tras esta última humillación, Liborio se va. Tan pronto como el joven ha salido, Jesús M. pasa el pestillo, arrima una silla y se cerciora de que el peligro ha pasado. En un momento, su cabeza se llena miedo y dudas, modelando el relato de cuanto ha sucedido, de cuanto puede y está dispuesto a contar.

En los pasillos de la quinta planta, Liborio se cruza con varias personas que esperan la llegada de un ponente. El portugués distingue a Carla, pero simula no haberla reconocido. Tras el enfrentamiento con Jesús M., Salazar no tiene ganas de fingir, por lo que se escabulle con disimulo. Carla asocia este desplante con el carácter rocoso del portugués. Antes de entrar en el seminario, la joven ve cómo Gabriel S. sube al ascensor en compañía de alguien: Carla piensa que se trata de Archibald F., pero justo entonces el becario aparece en este pasillo, tan transitado como un andén de metro en hora punta.

Mientras las puertas se cierran, Gabriel suspira y sonríe a Archibald, a quien reconoce a lo lejos. El viejo ha reclutado una versión más boba del becario, convertido en un estorbo con el paso de los años y la suma de confidencias. La pareja llega a la planta baja, y Gabriel se deshace en gestos de cortesía, rogando al joven que le acompañe, no, aquí no, hay demasiado ruido, y no poca furia, vayamos al comedor de profesores, se encuentra al final de la cafetería, a mano izquierda, detrás de esos paneles dispuestos como secciones móviles de un muro social, de un dique de contención de nos separa de ellos, y tú, amigo mío, ya no les perteneces, no, ahora eres uno de nosotros, un privilegiado, con mantel de lino y servilletas de tela.

–Creo que nunca había estado aquí –duda el muchacho.

–No es gran cosa, pero nos salvaguarda del bullicio. –Gabriel consulta el menú, ordenando al camarero los platos que debe traer presto–. ¿Bebes vino? –El muchacho asiente, animado por la oferta, y Gabriel no duda en impresionarle, pidiendo una botella de tinto peleón, que por el solo hecho de servirse con la ceremonia apropiada ya parece tan digno como un gran reserva–. No te preocupes, invito yo.

–No es necesario –se revuelve la trucha, tirando del anzuelo.

–Es lo menos que puedo hacer para provocar tu interés. –La pareja sonríe. Los comentarios son pueriles, por mucho que ambos crean estar restallando las espadas de un verbo afilado–. Dime, ¿has pensado ya en un tema para tu tesis?

–Tengo algunas ideas en mente, pero me gustaría sopesar mis opciones antes de decidirme, y oír vuestros consejos.

–Míguevi –Gabriel se atraganta intentado pronunciar sin sonrojo la estridente apócope–, ¿puedo ser completamente honesto contigo? Eso de darle vueltas y oír consejos es una tontería. La idea que tengas en la cabeza, ese tema que te seduce, que te atrae, esa tesis que sabes te va a reportar galones de historiador; ese es el libro que debes escribir. No escuches a los pusilánimes, a los cobardes que te exigen cumplir con su cuota de mediocridad. Cuídate de aquéllos que te piden contención y modestia, que te recomiendan aligerar tus ambiciones, que esperen de ti que te conviertas en una hormiguita hacendosa; esa gente te aconseja desde el recelo de saberse obsoletos.

–Me he topado con gente así –sentencia Miguel Vicente.

–La universidad está llena de conformistas dominados por el miedo, y considero mi obligación impedir que esa lacra proliferare. Más de uno te pedirá que reproduzcas su propia insignificancia, adecuando tu tesis a sus limitaciones. Ten precaución; esos son los peores, los que quieren aprovecharse de tu esfuerzo en su beneficio, y alguno incluso tendrá el descaro de denunciar los propósitos deshonestos de la competencia, como si ellos no pretendieran reducirte a simple mozo de cámara.

»Pongamos mi caso como ejemplo. El grupo que yo dirijo analiza la especificidad del régimen *feudalizante* en los reinos cristianos de la Península ibérica durante la Baja Edad Media. Ahora, dime, con total confianza, ¿qué tema de tesis tienes en mente? El más ambicioso, el más honesto.

–Pues –Miguel Vicente duda, pero al fin verbaliza las entrañas de una idea que hasta ahora ni siquiera se había atrevido a conjurar–, sí, eh... Las relaciones comerciales entre los reinos hispánicos y el Sacro Imperio en los siglos XIV y XV, antes del ascenso al trono de Carlos I y la llegada de los Austrias.

–¡Eso es lo que te decía! –exclama Gabriel, exagerando el afecto por una idea que le importa un carajo, y cuya investigación ve tan inaccesible como cruzar el Atlántico en un patinete de playa–. Esa es la tesis que te abrirá todas las puertas, ¡un libro por cuyos derechos los editores llegarán a las manos! Esos son los golpes de genio que te garantizan un sitio junto a Pirenne, Bloch, Vicens Vives o Umberto Eco.

Las viandas llegan con retraso, y Gabriel no tarda en entretener su paladar con los brotes de la ensalada. Miguevi, perdido en felices ensoñaciones, le sonríe al plato, al tenedor rampante, a los macarrones correosos que temen el arrebató del apetito... ¡Pero es incapaz de comer! Miguel Vicente está tan conmovido por la quimera de su éxito que ha olvidado masticar. Por su mente pasa una cornucopia de aplausos, reconocimientos, títulos, premios, legiones de fanáticos le abordan en la calle para que les firme el libro en el que ha volcado la síntesis de la sabiduría de las generaciones pasadas y futuras, dos mil páginas que hasta el más tonto ha leído al menos dos veces, rastreando los matices inabarcables de esa obra maestra del humanismo. Las universidades le agasajan con invitaciones, las editoriales extienden contratos millonarios a sus pies que le elevan sobre el suelo por donde merodean los simples mortales, las mujeres gritan enloquecidas sobre un alud de sujetadores y bragas mientras los hombres corren erectos por los campos verdes de una atracción forjada en el yunque de su carisma. Los ciudadanos le votan aun cuando no se presenta a los comicios, los países le reclaman para que resuelva sus desdichas, el Santo Padre le enviste como Carlomagno revivido, y la Dieta imperial le nombra príncipe, astro, constelación, universo en sí mismo.

–Se me ha ocurrido una idea. –Gabriel obliga al muchacho a bajar del limbo donde había quedado cautivo–. Un periódico nos ha pedido un manual que se publicará por fascículos. ¿Qué te parecería escribir la parte que corresponde a la Edad Media? Es un encargo modesto, pero podrías estrenarte firmando una colaboración en un libro colectivo junto a reputados académicos. ¿Qué me dices?

–Sería... Sería un honor, un placer, un sí, sí, sí, claro, sí, sin duda, sí...

Gabriel sonríe mientras su nuevo becario termina de entonar la letanía de un orgasmo. Lo que Miguel Vicente no sospecha, por supuesto, es que, terminado el trabajo, Gabriel lo rubricará con su nombre, culpando del hurto al pérfido consejo de redacción del periódico, que ha exigido dar lustre a esta obra colectiva con apellidos de alcurnia. Gabriel amortiguará la congoja del muchacho prometiéndole otras prebendas, y mientras, el catedrático se embolsará un aguinaldo para cubrir sus gastos en whisky y putas. Pero Miguel Vicente, por supuesto, no tiene ni idea de dónde se mete.

De regreso en la quinta planta, la pareja pasa junto al seminario, un aula espaciosa donde el departamento celebra algunos actos. La voz de la ponente planea sobre un auditorio sumido en el tedio. Cuando los asistentes ven pasar a Gabriel S. acompañado de un joven, más de uno tuerce el cuello. El catedrático da respuesta a esa curiosidad amarrando a Miguel Vicente por los hombros mientras dirige sus pasos.

Juana A. ve alejarse a la pareja. Sentada junto a la ponente, la profesora se abstrae por un

momento. No es que la conferencia la hastíe, al fin y al cabo ella es la organizadora; es solo que, últimamente, todo le parece reiterativo, las mismas palabras, idénticas ideas, similares apreciaciones. Juana intenta ver su reflejo en el público, a pesar de la distancia, los años, su carrera, una posición sólida, cierto bagaje a las espaldas. La profesora lleva tres décadas construyendo una identidad como adalid de la mujer, sujeto obviado en la historia oficial. Existe una Juana en cada departamento de cada facultad, y todas se reconocen; aunque esta Juana, tal vez, sea la única que duda.

La ponente, una historiadora profesional, que justifica su papel en el mundo prodigándose en sermones dirigidos a un público adepto, termina su intervención con una frase emocionalmente irrefutable. Tras los aplausos, Juana A. recita los méritos de la oradora: personal adscrito al CSIC, experta en las desventuras del sexo femenino durante la Edad Media, discípula de ésta y aquélla, con un rosario de publicaciones que no dejan de ser el mismo artículo retorcido de cien formas distintas, y una pléyade de estancias en centros de referencia donde repitió el sermón montañero que hoy han escuchado estudiantes y docentes. Al finalizar este soporífero cierre, Juana da la palabra al auditorio. En realidad, cuanto sigue no busca ni la clarificación de las ideas más confusas, ni el debate respecto a los principios más azarosos; lo que viene ahora no es más que una reafirmación fútil de la bondad de las tesis que todos comparten, un ejercicio de autoconvencimiento que niega cualquier disidencia.

Entonces se alza una mano, y Juana aplica su censura, evitando la interpelación; pero la joven no desiste, y su brazo inhiesto pone de relieve su inflexible tozudez. Juana en ningún caso le concedería la palabra, pero la ponente no está al tanto del peligro, y al final cede, cuando ya nadie queda por lisonjear sus banalidades, cuando sólo resta esa mano levantada. Juana previene a su colega entre susurros, poniendo sobre aviso a la incauta, pero la historiadora profesional se siente segura, y desdeña toda precaución.

Llegados a este punto, sería conveniente perfilar algunas ideas básicas sobre la joven que ha tomado la palabra. Carla S., veintipocos, ágil bailarina, políglota, rostro difícil de facciones caricaturescas, pelo limpio, pulcra, voz endomingada con un marcado sabor a pedantería. Hija única de una pareja de profesores: por parte de padre, carga con un apellido referencial en el mundo de la narrativa, la ficción, la integridad intelectual, la excelencia retórica; por parte de la madre, firmeza, control, esfuerzo, la regla de un fraile convertido al protestantismo nórdico, la diligencia de un eremita en un desierto helado. Carla aspira a tener respuesta para todo, a nunca dudar; no es brillante, pero su sabiduría resulta irreprochable. Algunos la admiran, otros la evitan, la mayoría la soporta, no pocos la temen. Tiene un látigo por verbo con el que flagela en cada conversación, incluso en las más frugales. Carla practica un despotismo ilustrado con aquellos que se cruzan en su camino. Pero esa actitud no es fruto del azar; la muchacha lleva media vida preparándose: veranos enteros encerrada en su dormitorio, devorando libros con glotonería, una obsesión que la llevó a enfermar más de una vez. Esas semanas en las que no duerme, la vemos pálida y ojerosa, buscando una víctima sobre la que arrojarle, apercollando su cuello para clavarle los colmillos. Cuando se encuentra descansada y lúcida, acude a espectáculos banales como el de esta tarde, con el único propósito de desnudar la mezquindad de sus ponentes. De hecho, Carla nada tiene que ver con Juana A. La única persona que se avino a tratar con ella fue Jesús M., y sólo aceptó acogerla porque Carla tenía un expediente excepcional, y Jesús necesitaba que la beca del Ministerio saneara las cuentas del grupo de trabajo que dirige.

–Corrijame si me equivoco, pero concluyo que la tesis principal de su larga, y algo inconexa, disertación es que, en la Edad Media, los hombres odiaban a las mujeres. De hecho –puntualiza Carla–, ha utilizado esa frase en varias ocasiones.

–Así es –responde la ponente–. Durante la Edad Media, las estructuras de poder patriarcal, como la Iglesia y sus doctores, fijaron en el imaginario colectivo un bosquejo deforme de la mujer como crisol de todos los males. En este periodo, la mujer fue objeto de un odio universalizado desde el púlpito y la cátedra, llegando a los más humildes peldaños de la jerarquía social.

–Deduzco de sus palabras que, según ese criterio, todos los hombres en la Edad Media odiaban a la mujer. ¿Sin excepción?

–Bueno –matiza la ponente–, quiero pensar que algunos esposos, amantes, padres e hijos vivirían con zozobra la contradicción entre sus sentimientos y la propaganda que definía las mentalidades medievales, señalando a las mujeres como origen de toda perfidia, tentación del pecado y eslabón de debilidad moral. Pero incluso los hombres más voluntariosos, los más sensibles y razonables, participaban de ese odio a cuanto se asocia con la mujer, a la esencia misma de la femineidad.

–¿En virtud de qué fuentes llega a esa conclusión? Le ruego que me ilumine, porque no sé de dónde brota esa sabiduría, capaz de penetrar en la conciencia, no ya de un ser humano mil años atrás en el tiempo, sino de todos los varones que transitaron por la Edad Media, desde los desiertos de Arabia hasta los fiordos escandinavos.

–Entiendo sus críticas. –Con un gesto, la ponente agradece a Juana la advertencia previa–. Durante siglos, las mujeres hemos asumido la indignidad de un discurso falocéntrico con la excusa de que la conciencia colectiva es impenetrable, de que no podemos extender la opinión o la conducta de unos pocos al conjunto de la sociedad, de que es imposible cuantificar los gestos cotidianos de dominación que escapan al registro de la Historia. Esos argumentos sirven de coartada a la supremacía masculina. Los hombres odiaban a las mujeres en la Edad Media, mujeres fuertes que no se rindieron, alumbrando una resistencia de la que somos herederas.

–Ahí está otra vez –vuelve Carla. La audiencia observan a la joven con disgusto: ¿cómo se atreve esta agitadora a calumniar la santidad de nuestro credo?–. ¿Todas las mujeres en la Edad Media eran fuertes y valientes?

–Habían de serlo para soportar la esclavitud del *heteropatriarcado*.

–Voy a dejar de lado la banalización del término esclavitud –explica Carla–, porque, si no respetamos un mínimo consenso sobre los conceptos básicos que articulan el análisis histórico, acabaremos entrando en un bucle de necedades que nos llevará a descalificar la Edad Media con anacronismos como fascista o totalitaria. Así que, dejando de lado la burrada de considerar esclava a la mujer en esta época, ¿realmente piensa que todas las mujeres en la Europa del año mil eran fuertes y valientes? ¿Todas! ¿Y todos los hombres eran unos desalmados?

–Por supuesto –se reafirma la oradora, cada vez menos serena, molesta por la terquedad de la becaria–. Es más, si alguna mujer reproducía los argumentos del discurso patriarcal dominante, como lo está usted haciendo ahora, dudo que debamos considerarla mujer, pues si en todo se comporta y actúa de acuerdo al pensamiento de un hombre, cabría tenerla como tal, ¿no creen ustedes?

Por un momento, el auditorio reacciona con asombro, extrañeza al menos, al punto enloquecido que ha alcanzado la argumentación de la ponente, a la que hasta hace unos minutos poco menos que veneraban. A pesar de que las palabras de la oradora resuenan imposibles en sus cabezas, nadie, ni siquiera Juana A., se atreve a negar la mayor. Carla, de nuevo, es la única que se muestra desconcertada.

–¿Me está diciendo que el sexo de un ser humano se define por su adhesión ideológica a una doctrina?

–Te estoy diciendo –replica la oradora, visiblemente turbada– que una mujer que, como haces

tú ahora, pone en tela de juicio el coraje de sus hermanas, sirviendo a los intereses de una falocracia de tiranos, despliega una identidad y una conciencia masculina que se impone al signo de sus genitales. ¡Las mujeres en la Edad Media eran quemadas en espectáculos públicos para el regocijo de la aldea sólo por ser mujeres!

–Y en esa aldea, que contemplaba aliviada arder a la bruja sobre la que descargaban todos sus miedos, ¿no habían mujeres?

–¡Por supuesto que habían mujeres, observando con estupor el terrible sufrimiento de sus hermanas! Ellas, ¡las auténticas mujeres!, eran personas fuertes que no se rendían, garantizando con su tenacidad el sustento en el campo, el trabajo en el burgo, la cohesión de la familia. Mujeres anónimas y mujeres ilustres, como Cristina de Pizán, Hildegarda de Bingen, Catalina de Siena, Brígida de Suecia, Leonor de Aquitania, Juana de Arco, Isabel de Castilla.

–Durante la conferencia –interviene Carla–, no ha dejado de perorar sobre la perfidia de los hombres y la valentía de las mujeres, pero a la hora de citar fuentes que legitimen su relato sólo menciona un puñado de casos, en su mayoría pertenecientes a estamentos privilegiados, extendiendo su ejemplo al conjunto del sexo femenino.

–La mujer es un sujeto sin historia; de eso se han encargado los hombres, purgando los vestigios más elementales que dieran cuenta de su concurso. Esas mujeres ilustres de las que habla nos representan a todas. El patriarcado medieval no pudo silenciar hasta la última voz femenina, de ahí que debamos enaltecer su contribución no sólo como ejemplo de genio individual, sino de dignidad colectiva.

–No sé si es consciente de la estupidez que está diciendo.

–¡Carla! –El grito de Juana A. se impone sobre los murmullos en la sala–. Las impertinencias son reprochables, pero los insultos no tienen cabida en el debate.

–No he insultado a nadie; sólo constato un hecho. Lo que esta persona acaba de decir, lo que lleva repitiendo desde hace una hora, es una estupidez. ¡Es una estupidez –alza la voz Carla sobre la algarabía– afirmar que los intereses de Estado de una reina son el reflejo de todo su sexo, que una campesina tardomedieval comulgaba con el discurso de Cristina de Pizán en *La ciudad de las damas*, que los genitales definen la condición moral y, al mismo tiempo, la conciencia de un ser humano determina su sexo al margen de los genitales! ¡Y todo construido sobre conjeturas, porque aún estoy esperando que nuestra ilustre ponente responda a la primera de mis preguntas! ¿¡Qué fuentes históricas ha empleado para llegar a estas conclusiones!?

–Está bien, Juana. –La oradora contiene a su colega, a punto de expulsar a Carla–. La descalificación es el recurso de quien no guarda argumentos. Supongo que estarás en tu último año, o tal vez preparando tu tesis. –La historiadora profesional interpela a Carla–. En breve, cuando te enfrentes a archivos y bibliotecas, a la necesidad de comprender y explicar a otros los procesos sociales en un relato deformado según los intereses dominantes; cuando llegue ese momento, espero que tengas el coraje para cuestionarte cuánto crees saber, y no termines reproduciendo lo que otros te indican que debes pensar. Y, por lo que respecta a mis fuentes –culmina la oradora–, los numerosos libros y artículos que he escrito en estos años hablan por sí solos.

–Sobre eso quería preguntarle. En su exposición, ha puesto como ejemplo a santa Hildegarda de Bingen.

–Sí –contesta orgullosa la ponente–, una mujer extraordinaria, precursora de la polimatía que los varones del Renacimiento le hurtaron, empezando por Leonardo, quien le robó el *Hombre de Vitruvio*. Hildegarda deviene un ejemplo de los límites que una mujer puede trascender, a pesar del machismo: fue teóloga, filósofa, politóloga, música, anatomista, botánica y poetisa, destacando

por la certeza de sus juicios.

–No siempre –puntualiza Carla–, y menos al concluir que la sangre menstrual se convierte en leche materna tras dar a luz. Pero, dejando de lado los lugares comunes por lo que pudo transitar esta mujer, dígame, ¿se considera usted una especialista en la figura de Hildegarda de Bingen?

–¡Por supuesto! –exclama la ponente–. Vea usted hasta qué punto soy una experta que me doctoré hace años con una biografía sobre Hildegarda, y se me considera por ello quizás la mayor autoridad mundial en su persona.

–Yo no diría tanto como autoridad mundial, pero sí, conozco su tesis. De hecho, me he tomado la molestia de leer su trabajo antes de venir hoy, y he encontrado algunos detalles curiosos. Dígame, ¿sabe usted quién es Régine Pernoud?

–Una prestigiosa colega. ¿Qué es esto: un examen de historiografía medieval?

–Carla. –Juana A. amonesta a la becaria.

–Termino enseguida. Verá, menciono a Régine Pernoud porque durante toda su conferencia no ha hecho sino repetir largos párrafos de los libros escritos por esta medievalista francesa, y su nombre no había salido a colación hasta ahora.

–Sobrevalora usted mi memoria –replica la ponente, al tiempo que empieza a recoger los apuntes esparcidos por la mesa–. Si no tiene otra impertinencia enmascarada de pregunta con la que atosigarme, creo que hemos acabado.

–En realidad –insiste Carla–, no me llaman la atención las citas de Pernoud en su charla, sino el plagio de capítulos enteros en su tesis doctoral, traducidos del francés para incorporarlos como propios a su biografía de Hildegarda de Bingen.

–Lo siento, Juana –dice la ponente, desdeñando a la becaria como interlocutor al dirigirse a la responsable del ciclo de conferencias–, pero no he recorrido cuatrocientos kilómetros para que insulten mi trabajo.

–¡No es mi intención insultarla, sólo constatar el hecho de que su tesis doctoral es un plagio! –Carla alza la voz por encima del tumulto, mientras la ponente termina de recoger sus cosas y abandona el seminario, sin permitir que Juana A. pueda poner paz, o tan siquiera disculparse–. ¡Tengo aquí una copia de su tesis, y otra de la biografía escrita por Régine Pernoud! ¡Si me permite, le leeré las más de doscientas páginas que incorporó a su texto, sin entrecomillar los fragmentos ni citar la fuente!

Carla empieza a declamar, con un taco de fotocopias en una mano y el libro de la historiadora francesa víctima del plagio en la otra. El murmullo del público aún se escucha por debajo de la voz de la becaria. Al rato, en el seminario sólo quedan dos figuras, enfrentadas en silencio.

–¿Estás satisfecha? –Juana A. no oculta su enfado.

–Esa mujer no sólo es imbécil; además, también es una farsante.

–¿Y era necesario montar este espectáculo para avergonzarnos a todas?

–Los únicos que deberían sentir vergüenza son esa supuesta historiadora y quiénes le dan cobertura. –Carla se acerca a Juana, de pie junto a la entrada–. La responsabilidad de que estos impostores sigan embaucando a los incautos es de todos vosotros, que consentís, cuando no aplaudís, sus necedades porque os sirven para justificar este circo.

La muchacha sale cargada con los libros y fotocopias que ha empleado en su intervención. Juana A. abandona el seminario al momento. Los pasillos están desiertos; sólo al cerrar la puerta se escuchan unos pasos que salen de unos de los cubiles: es Archibald F., pendiente de quién llega o abandona la quinta planta. El becario ve al final del corredor a Juana, a quien saluda sin entusiasmo. La profesora se encamina entonces hacia el ascensor, arrastrando el peso de una losa sobre los hombros.

Capítulo 6

La kermés campesina

«Entre los motivos que David Teniers II trató, se encuentran (...) las escenas festivas, al aire libre, con aldeanos y campesinos divirtiéndose a la entrada de posadas o de tabernas. Estos momentos de ocio, en los que estas clases sociales se reúnen para bailar, beber, comer y distraerse, serán el tema de estas composiciones donde Teniers II congregó a un buen número de personajes que se suman a la celebración en las más variadas actitudes y posturas. Es el caso de este óleo donde, a la derecha, bajo la atenta mirada de los posaderos, en el dintel de la puerta, se instala un tranquilo grupo en torno a una mesa, de los animados y briosos bailarines del centro de la composición o del grupo de la izquierda que empieza a acusar los excesos de la bebida».

Explicación al cuadro *Fiesta campesina* (c. 1650), en www.museothyssen.org

La celebración se ha pospuesto en varias ocasiones por problemas de agenda, pero ahora, al fin, están todos. El grupo queda de vez en cuando en este restaurante chino. La comida es indigesta, pero la bebida fluye barata desde que pones un pie dentro; además, pasada la medianoche disponen a su antojo del establecimiento, mientras los sufridos propietarios escancian cerveza y sangría tras las persianas bajadas. Al fondo del local, junto a una puerta que da a un patio interior, varios corrillos de fumadores departen, algo ebrios. Dentro todo es música, cortesía de un equipo de alta fidelidad caduco y rancio, como el arroz de la casa. Las canciones suenan distorsionadas por el contraste entre unos altavoces mediocres y un salón enorme. En el centro del comedor, despejado de mesas y sillas, un círculo de bailarines salta y se desgañita: son dos hombres y tres mujeres, que se abrazan, se despiden, se cogen y se sueltan, moviendo las caderas, flotando entre contorsiones cervicales. A su izquierda, dos borrachos están siendo atendidos por amigos dadivosos que les ofrecen agua, abanicán el aire y les acompañan fuera. En la otra esquina, los contertulios prolongan la conversación alrededor de una mesa con platos, restos de comida y decenas, centenares, miles de vasos y copas como testigos de la batalla.

Mientras habla, le hablan y es hablado, Miguel Vicente no deja de lanzar furtivas miradas a los bailarines; jamás se le pasaría por la cabeza sumarse al ridículo, pero empeñaría el alma por compartir la pista con las tres jóvenes. En Miguevi se confunden la envidia y el desprecio hacia Liborio Salazar, siempre importuno, brabucón y pendenciero, quien salta y grita junto a Dani. La noticia era que Liborio trabajaba hoy, pero ahí está. El portugués lleva toda la noche bebiendo, y con cada copa su voz ha cobrado altura, dando vida a insolencias malsonantes que despiertan la risa fácil, a sus disertaciones tendenciosas, sus aires subversivos de revolucionario, de gilipollas, piensa Miguevi, viendo cómo susurra al oído de Ángela y ambos ríen, entusiasmado él, caprichosa ella. Entre pasos de academia e improvisaciones, Carla mantiene un coqueteo platónico con Dani, mientras Lucía G. se deja llevar por la música y las letras; pero es el emparejamiento contra natura de Ángela y el friegaplatos portugués lo que desquicia a Miguel Vicente. El muchacho sólo desea que pare la música, que los pulmones y los tobillos de los bailarines revienten, y que por ello vuelvan con el grupo.

Pasadas las dos de la madrugada, la pareja dueña del restaurante avisa a los clientes de que deben renunciar al barullo si no quieren vérselas con los vecinos, o incluso con la policía. Mientras los fumadores persisten en sus coloquios ahumados, y los beodos salen por la puerta principal en busca de aire fresco, el cuerpo de baile se suma a la charla de sus colegas en la mesa central. Lucía, Ángela y Liborio ocupan una esquina, mientras Dani y Carla se reparten entre los

huecos hábiles.

–Nos estábamos poniendo al día –explica Miguevi–. Ángela, tú tienes el mejor expediente de la promoción: ¿con quién vas a pedir la beca?

–Aún no lo sé –contesta la muchacha–. Mañana he quedado con Carmelho.

–Parece prometedor –respira el joven, temiendo que Ángela amenazara sus intereses–. ¿Y tú, Liborio? ¿Has pensando en cursar un máster, preparar el doctorado?

En respuesta a la insolencia, el portugués se echa a reír, con sinceridad, sin afectación, genuinamente divertido por lo que considera una idea disparatada. Es su colega, Lucía G., quien se indigna en su nombre, con el agresor y con el agredido, a quien nada parece importarle su futuro académico.

–Aquí, el muy imbécil –explica Lucía, golpeando a Liborio para que renuncie al cachondeo–, se ha esforzado en ofrecer una excusa a Jesús M. para que le suspenda.

–¿Jesús te ha jodido? –pregunta Dani, que hasta ahora no había tratado con su colega estos asuntos, pendientes ambos del alcohol y el baile.

–Sí, pero no pasa nada. Me he matriculado en un par de asignaturas, así que para finales de este semestre supongo que ya estará resuelto.

–Corre el rumor en el departamento de que Jesús tuvo una bronca con un alumno que fue a reclamarle la calificación de un examen –comenta Carla, mientras apura el poso fucsia de una copa con pequeños trozos de fruta.

–Podría decirse que tuvimos un pequeño desencuentro, durante el cual se elevó el tono, alcanzando cierta crispación en el cruce de impresiones.

–Y eso, ¿qué quiere decir? –pregunta Dani.

–Que le mandé a tomar por culo, e hice que casi se meara en los pantalones –reconoce Liborio, rozando con alevosía el orgullo.

–¿Eres tonto o qué te pasa? –replica Lucía, bajando los humos de un Liborio que siempre ha respetado el juicio de su amiga–. ¡Podrían expulsarte!

–No creo –se defiende el portugués, sin ningún convencimiento–. Jesús es un abusón que intimida a los alumnos exhibiendo su majestad, un desprecio con el que estrangula cualquier réplica. Seguro que es rencoroso y vengativo, y si estuviera en su mano me denunciaría, pero en su fuero interno sólo reza para no volver a verme.

Tras esta reflexión, Liborio apura la cerveza y demanda a sus vecinos en las antípodas que le pasen la jarra medio vacía que ya no importa a nadie. El muchacho ha esbozado una satisfacción fugaz, a medio camino entre el estímulo del alcohol y una contenida complacencia. Ese rictus no hace sino enervar a Lucía, que guarda sus reproches para más adelante, cuando estén solos.

–¿Y tú? –Liborio sirve la bebida. Miguel Vicente se da por aludido, desde el extremo opuesto de la mesa–. ¿Ya sabes con quién vas a pedir la beca?

–Pues, sí –asegura Miguevi, que ha reservado la divulgación de la noticia para el momento adecuado, a su mayor gloria–. Después de hablar con varios profesores, he terminado aceptando la oferta de Gabriel S.

–¿Gabriel? –Dani guarda un propósito malintencionado–. Yo tendría cuidado de no agacharme, si no quieres que te empotre contra la fotocopidora.

El grupo estalla en una sonora carcajada, para disgusto de Miguevi, que siente como propia la ofensa de este humor procaz.

–Salvo que te crezcan tetas –contribuye una compañera, sentada junto a Miguel Vicente y su cohorte–, yo no me preocuparía demasiado. Gabriel es un heterosexual compulsivo, además de homófobo.

–Esos son los peores –replica otro recién graduado, entre murmullos y risas.

–Os equivocáis con Gabriel –se defiende Miguevi–. Es un historiador serio, diligente; y si le gustan las mujeres, pues bueno, lo que haga con su vida es asunto suyo, pero como académico resulta difícil encontrar a alguien más respetable.

–Gabriel es imbécil –concluye Liborio, con ese tono irritante que cierra debates, asevera ideas y desacredita cualquier discrepancia. El portugués no es consciente, y cuando algún amigo se lo reprocha, él no deja de lamentarlo.

–¿Y en qué basas ese elevado juicio? –pregunta Miguevi–. Comparte tu secreto, porque parece que conoces a todos los profesores del departamento. ¿También te has puesto bravucón con Gabriel y has hecho que se mee en los pantalones?

–Miguevi –interviene uno de sus amigos, tratando de impedir la escalada verbal.

–Oye –replica el portugués, incapaz de reproducir la contracción aburguesada que da nombre al becario–, dejando su conducta sexual al margen, Gabriel S. es un incompetente. Su único logro es haber inventado un concepto de cuya ficción lleva treinta años mamando. Gabriel no investiga, ni escribe, ni le preocupa otra cosa que no sea perseguir faldas. ¿Quién te crees, entonces, que se parte el lomo por él? Gabriel vive del plustrabajo de sus colaboradores, y la mayoría, cuando al cabo de cuatro años termina su beca, descubre que no ha hecho otra cosa que servir a un pederasta cabrón... Sólo digo que, si realmente quieres aprovechar esta oportunidad, deberías buscar a alguien honrado que no abuse de ti. Pásate a hablar con Marcos.

–Ya visité a Marcos –se revuelve Miguel Vicente–. ¿Sabes lo que tu idolatrado Marcos B. me dijo? Que no perdiera el tiempo investigando y aprovechara la beca para prepararme las oposiciones a profesor de secundaria.

–Supongo que no es un mal consejo.

–¡Es una mierda de consejo! –estalla Miguevi–. No pienso desperdiciar mi carrera en un instituto con niñatos a los que les importa una mierda la Historia sólo porque un profesor amargado tiene miedo a que una nueva generación ponga en evidencia su carácter obsoleto. Si alguna vez doy clases, será en la universidad.

–¡Venga! –Liborio prorrumpe en una risotada fuera de lugar–. ¡Aquí ninguno terminará en la universidad!

En el silencio que sigue sólo se escuchan las últimas sacudidas de la risa hiriente del portugués. Liborio tiene este don: a veces, consigue irritar a todos, a su pesar, sin apenas proponérselo. Por sus rostros, parece que en la mesa no ha quedado prácticamente nadie a quien no haya ofendido, alguien quien no albergara la esperanza, en lo más hondo, de convertirse en un distinguido profesor, cumpliendo con el sueño académico del que ni el más lúcido ha logrado aún despegarse.

–¿Nos envidias porque no has conseguido graduarte –pregunta Miguevi–, o es sólo que también quieres que nos caguemos de miedo?

–Si realmente crees que puedo envidiarte por algo, es que eres mucho más tonto de lo que cabía esperar.

–Dime, tú que lo sabes todo –interviene una amiga de Miguel Vicente, una muchacha menuda, con facciones de roedor, pelo lacio, mirada depredadora–, ¿por qué ninguno de nosotros terminará en la universidad? ¿No tenemos talento, habilidades? Ilumínanos, dinos qué nos falta. Tal vez aún podamos aprender algo de ti.

–No pretendía ofenderos. Sólo constataba un hecho. La universidad española es un régimen autoritario y endogámico, en manos de una oligarquía dispuesta a agarrarse con uñas y dientes a las poltronas mientras le quede un hálito de vida. Ninguno de nosotros terminará como titular de

una plaza universitaria, con la salvedad tal vez de algún grano en el culo como Carla, porque no hay sitio para nadie. Somos reservas pegados a un perpetuo banquillo con la promesa imposible de que algún día llegará nuestro momento. Los Gabriel, Jesús y Carmen abusarán de vuestro esfuerzo hasta que otros os reemplacen, y mientras tanto, sin un empleo estable, sin un futuro cómodo, prolongaremos nuestra adolescencia diez o veinte años.

»No es un problema de talento, ni de capacidad; de hecho, ahí radica la tragedia de esta situación: cada uno de vosotros podría ser el próximo Marc Bloch, el próximo Eric Hobsbawm, pero ¡a nadie le importa una mierda! Al contrario; cuanto mejores seáis más vais a sufrir. Seguramente, Lucía, Ángela y Carla lo pasarán peor, porque son las más inteligentes –afirma Liborio, avivando la ira de Miguevi y su claqué–, y por lo tanto suponen la mayor amenaza para ese monumento al oropel que es nuestra universidad. Los titulares y catedráticos de la quinta planta pueden tolerar la competencia de un tarugo como Archibald F., que no sabe hacer otra cosa que lamer culos, pero ¿¿alguien con un talento legítimo!?. Si dejaran entrar a alguien así, la mera comparación haría resaltar sus limitaciones, les dejaría en evidencia, y eso es lo último que están dispuestos a asumir. ¡Por eso ninguno de nosotros llegará hasta allí! Porque no se nos espera ni se nos requiere, porque en el mejor de los casos seríamos un estorbo, y en el peor una catástrofe, porque la universidad es un espacio de poder dedicado a perpetuarse en el tiempo, asegurando la existencia de quienes disfrutan de sus privilegios... Asumid que no estamos llamados al Eliseo.

Aunque la velada se ha torcido, los más impetuosos apuran la diversión, vagando de un local a otro, entre amenazas de cierre y consumiciones portátiles en vasos de plástico. Al final de la noche, la última esperanza es el apartamento de Ángela V., y allí que se dirigen los náufragos: unos con la esperanza de no rendirse hasta el amanecer, y otros con la excusa para conocer mejor a la joven que les abre las puertas de su casa.

Ángela vive en una caja de zapatos, cerca de la universidad. El piso se despliega como un bloque de existencia compacto. La entrada da a un pasillo que es toda la vivienda, con un baño a la derecha y una cocina a la izquierda, oculta tras dos hojas de acordeón que enmascaran una pila, un par de fogones y una nevera bajo la encimera. Al cruzar los tres metros de *pasillobañococina*, se accede al salón, que es al mismo tiempo comedor, dormitorio y, a poco que uno se descuida, balcón, barandilla y precipicio.

El cónclave de historiadores bisoños no tarda en buscar el mejor acomodo a sus necesidades: los fumadores salen a la terraza prensada, los arqueólogos merodean tras el biombo de la cocina, y el resto se sienta donde puede, ya sea en la cama, el sofá o el suelo. La anfitriona se preocupa por agrandar, ofreciendo vino, queso mohoso y biscotes. Lucía, Carla y Dani debaten sobre las aplicaciones de tan fascinante distribución del espacio, a la vez que Miguevi interroga a la arrendataria sobre las vicisitudes que la han traído hasta este lujoso cuchitril. Y mientras, Liborio Salazar, el contestatario, ebrio, orgulloso y violento apátrida, se encoje bajo el cruce de conversaciones, escuchando sin oír otra cosa que su pecho. Ángela se sienta ligeramente de espaldas al portugués; el meñique de él roza la mano de ella, apoyada en la espuma del sillón, como el contrafuerte de un catedral gótica que eleva su cuerpo hacia el paraíso.

Liborio prescindiría gustoso de su brazo con tal de dilatar ese momento; pero eso no va a suceder. Los estertores de la velada tañen plañideros, y lentamente todos renuncian. Miguevi, Lucía y Liborio son los últimos en marcharse: el becario se despide recordando a la joven que al día siguiente se verán las caras en el departamento; al muy necio sólo le falta un chasquido de dedos, un beso al aire, un índice acusador, una medialuna de suficiencia en los labios de galán enclenque, estirado sólo a expensas de un ego que coloniza el rellano. Lucía, como es costumbre en ella, se prodiga en besos y achuchones, se despide con la carnalidad segura de quien conoce

los límites de su seducción. Y Liborio; bueno, el portugués moriría feliz despertando cada mañana junto a Ángela, y quizás por eso no la mira, no habla, tan pedregoso como los demás le piensan, aterrado por la belleza de esa mujer a quien ama sin remedio.

En ausencia de Ángela, la cortesía entre Miguevi y sus compañeros se esfuma. No es necesario un hasta luego; a los pies del edificio, cada cual toma caminos separados: el becario regresa a su casa, no muy lejos de allí, mientras Lucía y Liborio se encomiendan a la gula. La pareja monta en el coche de la mujer, y tras dar tumbos por las calles colindantes, encuentran un local de comida turca, regentando por pakistaníes que sirven una pitanza griega en envases de polietileno fabricados en China. La pareja se acomoda sobre el capó, y sin precaución, hunden los dedos en la salsa de yogurt y el ketchup que embadurna la carne y las patatas, comiendo con las manos.

–¿Sabes algo de Jesús M.? –pregunta Lucía, con la boca llena–. ¿Te han llegado rumores? ¿Crees que podría denunciarte?

–Ya te he dicho que no pasará nada –responde Liborio, preocupado sólo por la comida–; y si no es así, bueno, la verdad es que me importa una mierda.

–No seas imbécil. Después de estos años aguantando las excentricidades, los egos y la incompetencia que cunde en la universidad, no vas a escabullirte por la puerta de atrás, sin tan siquiera un título.

–Un título, un título, un título –reza el portugués, harto de escuchar siempre la misma letanía–. Todo el mundo está obsesionado con el puto título, como si un papel fuera a resolver cualquier problema.

–No me jodas, Liborio. ¿Qué quieres: pasarte los próximos años encerrado en una cocina, o poniendo adornos navideños subido a lo alto de una grúa?

–Alguien tiene que decorar las calles, por el bien de la sociedad occidental; piensa en los niños... Pero, cambiemos de tema. ¿Por qué no hablamos de ti? Dime, ¿qué vas a hacer ahora? Deberías solicitar una beca. Ya sé que es meterme donde no me llaman, pero creo que deberías hablar con Marcos. Tienes cuatro años de crédito, y con la dirección adecuada, podrías escribir una tesis brillante. Oye –Liborio aparca por un momento el canasto de comida para encarar a Lucía–, sé que la universidad es un saco de mierda, y lo que he dicho antes, en el restaurante; bueno, no me hagas caso. Lucía, tienes la oportunidad de hacer algo grande, de meter cabeza en la facultad, de demostrar a esos vagos e inútiles qué significa derrochar talento.

–Liborio. –Aunque rara vez se amilana, a Lucía le cuesta sincerarse con su amigo–. No voy a solicitar ninguna beca.

–¿Te has vuelto loca? ¿Por qué? Son cuatro años en los que no tendrás que volver a limpiar una puta habitación de hotel, cuatro años sin cambiar las sábanas de otra cama que no sea la tuya; cuatro años para disfrutar investigando, escribiendo.

–Liborio... Quiero ser profesora.

–¡Perfecto! –exclama el portugués, algo dubitativo–. Pues, cumple con el expediente, y mientras te preparas las oposiciones.

–No me parece ético –arguye la mujer–, que me paguen por eludir mi responsabilidad. Liborio, yo soy como tú, y los dos nos conocemos: si me comprometiera con Marcos, aparcaría cualquier otro interés para centrarme en la tesis.

–¿Y qué tiene eso de malo? ¿Qué problema hay en que, por una vez, alguien en esa quinta planta se dedique con pasión a su trabajo?

–El único problema es que... Liborio, el único problema es que yo quiero ser profesora –sentencia Lucía, verbalizando una obviedad a la que parece resistirse.

El portugués regresa a su comida, cariacontecido a su pesar. Liborio respeta y admira a Lucía, pero no es por ese cariño que se siente frustrado. El joven es consciente como pocos de que la capacidad de su amiga no abunda en este erial de conformismo. No es que pretenda vivir un sueño frustrado a través de Lucía; más bien, Liborio querría sublimar sus numerosas derrotas en el triunfo de la muchacha, como si al verla llegar allí donde tantos otros han sido repudiados, el mundo fuera por ello un lugar menos hostil, más coherente. En el fondo, este rebelde, inconformista y brabucón, sólo quiere leer un final feliz como broche a una novela que aún no ha terminado.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —El protocolo sobra, y Salazar se lo hace saber a su amiga con una mirada—. ¿Por qué estudiaste Historia?

—¡No me jodas! Es un poco tarde para ponerse trascendente. ¿No irás a cogermelo de la mano para cantar el Cumbayá?

—Vamos —insiste la mujer, apelando a una camaradería sin fronteras entre los dos—. ¿Por qué decidiste estudiar Historia?

—La verdad es que no decidí estudiar Historia. Yo quería ser novelista. —La joven se atraganta con el bolo de carne y col—. No te rías, es cierto. A los doce años, por Navidad, le pedí a mi madre que me regalara una máquina de escribir, ¡una Olivetti! Quería dar forma a las historias que me rondaban la cabeza, pero ya sabes que mi caligrafía es ilegible, así que le pedí a mi madre que me comprara una máquina de escribir, y ese trasto me cambió la vida. Recuerdo que me dio el regalo a media tarde, el día de Nochebuena. Me puse a aporrear las teclas después de la cena, y cuando me di cuenta había amanecido. Aquella noche pasaron por televisión *2001*, la película de Kubrick, y frente a la pantalla, boquiabierto y excitado, concluí mi primer relato, una especie de novela, veinte o treinta páginas, un bloque de texto imposible de leer, de seguir, sin signos de puntuación, insolente con una ortografía que me era tan extraña como las tabulaciones o las sangrías. Aquel fue el día más feliz de mi vida.

—¿Conservas ese cuento?

—Lo quemé —confiesa Liborio—, en un gesto de soberbia, como sólo puede ocurrir cuando tienes dieciocho años y crees que nada es imposible. Fue poco antes de empezar la universidad; en aquel entonces, estaba convencido de que iba a dejar mi huella en el mundo de la literatura, y por eso quemé todo cuanto había escrito, un fajo de cuartillas con decenas de cuentos inconclusos. Me deshice de aquellos fracasos como una ofrenda, un sacrificio a los inmortales para que me ayudaran a terminar mi primera novela, que seguro sería una obra maestra. Ahora que lo pienso, nunca he sabido qué es una obra maestra, pero el aborto que parí a la carrera mi primer año en la universidad insultaba a los principios más elementales del decoro.

—¿Y qué tiene que ver eso con tu decisión de estudiar Historia? —pregunta Lucía.

—Cuando accedí a la universidad, me matriculé en Filología porque pensaba que iba a ser escritor. Con el tiempo me di cuenta de que eso nunca iba a pasar, y que me importaba una mierda la Filología, así que me cambié a Historia.

—Y, ¿por qué lo hiciste? ¡Vamos! No es tan difícil.

—Siendo completamente honesto —se resiste Liborio, con cierta picardía—, porque se me da bien, y nunca he tenido que esforzarme. Siempre he demostrado capacidad para comprender los procesos, urdir las tramas. En los cinco o seis años que llevo aquí, apenas he pisado las aulas si no ha sido para cumplir con el trámite de las pruebas, y nunca he necesitado clavar los codos para un examen.

—Eso no es del todo cierto —matiza Lucía, conocedora de los ardides que se gasta su compañero—. Te he visto pasar horas en la biblioteca, abstraído, devorando un libro tras otro. Tal

vez no eran lecturas obligatorias, pero nunca has dejado de formarte en aquello que te interesa. Tienes ese don, tan admirable como recalcitrante, y es que eres capaz de sucumbir a un tema con ímpetu sistémico, leyéndolo todo, abarcándolo todo. Pero, dime: ¿por qué? ¿Para qué? ¿Nos rendimos a la lujuria de la letra impresa sólo por el placer de la erudición? ¿Entrenamos para participar en algún concurso televisado?

–Claro que no. –Liborio levanta la mirada, buscando inspiración y sobriedad entre las brumas de su entendimiento–. La Historia es sólo una herramienta para comprender la sociedad, y por ello transformarla de manera consciente.

–Ya –ríe Lucía, advirtiendo como su colega se parapeta tras frases hechas–, pero más allá de la respuesta litúrgica del buen marxista, ¿para qué sirve la Historia?, ¿qué sentido tiene comprender al detalle los mecanismos de coerción extraeconómica en la sociedad feudal?, ¿por qué nos esforzamos en memorizar largas listas de batallas, príncipes y genealogías?, ¿qué valor práctico tiene todo el esfuerzo en el que nosotros hemos invertido un lustro, y algunos media vida?

–No lo sé. –Liborio rinde las armas, hastiado y confuso, entre el sueño y la vigilia–. No lo sé, en serio. Dímelo tú.

–Yo creo que... Creo que nuestra ciencia existe para educar en ella, y no tanto desde la exhibición como desde la pedagogía. La Historia existe para ser expresada, transmitida... enseñada. Comprender un proceso social, desde el debate, desde la contraposición de ideas y fuentes, en un ejercicio de construcción continuo, sólo tiene sentido si comunicamos nuestras conclusiones. La Historia no se produce; la Historia se comparte, porque de otra forma no es Historia sino erudición, y la erudición sin pedagogía no es más que un recurso baldío, una muleta para conciencias inseguras.

»¿No te subleva que, en esa universidad que dejamos atrás –continúa Lucía, sin percatarse de que su colega todavía lucha por salir de allí–, a los profesores no se les exija una formación pedagógica, que cuanto se espera de ellos es una suficiencia investigadora, ¿cuando en última instancia no serán sino maestros!? La miseria de esa quinta planta, entendida como una sinécdoque de toda la universidad, es fruto de la negación de una evidencia: los historiadores seremos educadores o no seremos.

–¿Y no puedes iniciar tu revolución pedagógica desde la facultad? –pregunta el portugués, que no renuncia a sus ambiciones para con Lucía.

–Si acepto esa beca, me convertiré en aquello que critico. La universidad no quiere docentes, sino sabios. Esos cuatro años son un periodo de servidumbre a las leyes consuetudinarias de la institución: obediencia a los estamentos superiores y desprecio a los inferiores, que son los alumnos, tan indispensables como molestos. No quiero formar parte de una dinámica que cultiva el descrédito y el miedo a la inteligencia de aquellos que pueblan la aldea del aula, a los pies de la tarima. No quiero terminar mis días perorando desde una atalaya retales de sabiduría, tan pedantes como inútiles.

–Brindo por eso –concluye Liborio, al fin convencido.

Al término del almuerzo y la conversación trasnochados, la pareja huye del campo de batalla, plagado de envases, servilletas y fragmentos de papel de aluminio. Los dos jóvenes se montan en el coche; no es necesario que Liborio diga nada, ambos saben que la muchacha le llevará a casa, como de costumbre, no sin antes reprochar al portugués que a su edad aún no haya aprendido a conducir un automóvil, confiado siempre en la fortaleza de sus piernas y en la misericordia de los amigos.

Salazar no presta atención a las señales, y por ello no se percata de que Lucía se ha equivocado de dirección hasta que es demasiado tarde. Cuando el coche se detiene, Liborio abre

la puerta y pone un pie en el asfalto, cayendo al momento en el error. La fachada del edificio frente al que han parado le resulta, sin embargo, familiar.

–Creo que te has equivocado.

–No –sentencia Lucía–. Séptimo piso, puerta doce.

–¿Qué?

–Eres la persona más inteligente que conozco, y a la vez el más estúpido.

–Son casi las cinco de la mañana –argumenta Liborio, descubriendo al fin dónde se encuentra–. No puedo, simplemente, llamar y... No puedo.

–¿Qué puedes perder con ello? Nada, salvo tus cadenas, y sin embargo, tienes un mundo que ganar... ¡Así se cita a Marx!

Antes de que Liborio pueda responder con algún argumento lógico, Lucía suelta el embrague y se marcha. Al portugués apenas le da tiempo a cerrar la puerta, negando con la cabeza antes de girarse y encarar el majestuoso enjambre de minúsculos apartamentos de lujo que le aguarda silencioso a su espalda.

Capítulo 7

Abelardo y Eloísa

«La vio y habló Abelardo, y quedó absorto y prendado de ella, no sucediendo menos a Eloísa, cuyo corazón quedó herido de amor hacia un hombre en cuyo rostro brillaba a porfía la gallardía y gentileza (...), a par que su jovial conversación y demás virtudes que la adornaban... Ambos experimentaron a un tiempo y en su primera vista los poderosos efectos del amor, y sus corazones se sintieron irresistiblemente impelidos a mutua correspondencia. (...) Los amantes se entregaron a sus placeres tan exclusivamente, que descuidaron todo lo demás (...). Cundió la voz, y pronto el rumor se extendió por París, que hasta se publicaron canciones».

Historia y cartas auténticas en prosa y verso de los célebres amantes Abelardo y Eloísa. Madrid, Sucesores de Hernando, 1839, pp. 3 y 4.

La puerta se abrió, y Liborio no pudo alzar la vista. Más tarde, se manifestarían dudas sobre el relato, cuya precisión poco importa. Él empezó repitiendo la excusa que ya había susurrado entre balbuceos al interfono. Ella le invitó a pasar, y él no tuvo valor para seguir con la farsa, que había durado unos minutos, por lo que se confesó un patán sin remedio... Pero es que tenía que volver a verte, necesitaba perderme en esos ojos, porque tengo la certeza de que no debo estar en otro sitio, de que cualquier aventura que emprenda distinta a admirarte sería una trágica pérdida de tiempo.

Liborio extravía el compás de su respiración, de la pleamar en su pecho, de las lágrimas refulgiendo en sus ojos sin llegar al estallido, y de pronto ella sonríe, y el mundo se detiene, sin eufemismos, sin vacilaciones; sus labios, sus dientes ligeramente torcidos, sus mejillas erguidas con la audaz delicadeza de la brisa atrapada en un suspiro. El muchacho sigue glosando aquel rostro de porcelana con sandeces que desmerecen la belleza de ella y los sentimientos de él. Y entonces, Ángela, que siempre fue más inteligente, más decidida, sin los remilgos puritanos de este obrero portugués orgulloso de su ética laboral y arredrado ante un mundo de convenciones... y entonces, Ángela besó, besa y besará a un Liborio en cuya conciencia se sublima el tiempo.

El primer roce es un choque de trenes, de astillas calcáreas y gigantes patosos entrando y saliendo de una cacharrería. Pero el ímpetu pasa, y los jóvenes encuentran el medio de cabalgar sobre sus lenguas, sus labios, con pequeñas dentelladas que espolean el martirio del deseo. Ángela nota la barba espinosa de Liborio en su mentón. Al portugués le tiemblan las rodillas, y teme desplomarse, por lo que arrincona a la mujer, apoyando en la pared las manos, que indecisas no se atreven a deslizarse por el cuerpo firme de la joven. Ángela se siente cómoda en aquel cajón, ella que nunca ha permitido que la acorralen; en realidad, la muchacha espera que Liborio tome la iniciativa, pero el portugués carece de confianza ante la mujer en cuya saliva se consume. Los amantes no pueden deshacer este nudo, y el beso, ardiente y tierno, se alarga hasta el quebranto, con la puerta abierta y el vestíbulo en ascuas.

Liborio recordará con nitidez un momento de aquella noche: fue cuando Ángela cogió su cintura, y él se apartó cauteloso para que la muchacha no notara la erección que le había provocado sólo contestando al telefonillo. Entonces, Liborio Salazar se despegó de los labios eternos de Ángela, con el firme propósito de hablar, de seguir lisonjeando su belleza, o vomitando frases inconexas y sentimientos verdaderos; pero al ver sus ojos el portugués se supo enamorado sin remedio. Fue un fogonazo de lucidez y dolor. En aquel momento, Liborio descubrió la felicidad, y no me refiero a ese subproducto de mercachifles, efímero y manoseado, que colma la

literatura rosa y sus excrecencias amarillas, no. El muy imbécil tuvo la mayor de las epifanías al borde del precipicio: aquello era la felicidad, y dio gracias, ni él mismo supo a qué o quién, tampoco importaba. Liborio Salazar sintió en lo más hondo que debía dar las gracias; el ateo, el agnóstico, el marxista puritano, siempre ausente en cuestiones de fe, entendió que era portador de un alma en presencia de Ángela. En cualquier otro momento, tal revelación hubiera sido juzgada como la mayor de las necedades a las que un friegaplatos puede aspirar, pero en presencia de aquellos ojos difícilmente algo podía tener más sentido. Liborio era el guardián de un alma eterna; era la única explicación a ese soplo de gracia. Durante el tiempo que la pareja estuvo junta, hasta en los peores momentos, incluso después, en la soledad, ausente o acompañada, Liborio nunca perdió la certidumbre de que amaba a esa mujer, y de que una vez fue feliz.

Entre jadeos, la pareja se dirige a la cama, integrada en el salón junto al resto del mobiliario. Ángela atrapa con sus caderas al joven, y lo arrastra sobre ella. Como un ancla, el cuerpo del boxeador derrotado cae sobre la tersura de la muchacha. El portugués la inunda con su saliva, lubricando los labios que devora con dulzura. De la boca, el joven desciende al cuello, que besa, lame y muerde, todo uno, bajo una mata de pelo castaño, rubio según la luz, mientras sus manos desgarran la blusa de la muchacha. Los pechos de Ángela aparecen tras la tela, y su torso desnudo atrae ahora las atenciones del portugués, que dibuja círculos concéntricos con su lengua en torno a los pezones, recorriendo con suaves caricias la superficie terrosa.

Los amantes se enredan en sus propósitos, y mientras Ángela afloja el cinturón de Liborio, el portugués desciende, hasta el ombligo y más allá. El hombre se desliza tobogán abajo, y con un movimiento firme es capaz de quitarle los pantalones a la mujer. El destino de Liborio es la entrepierna rasurada. Con las manos en los glúteos de Ángela, Salazar efunde un torrente más allá del belfo, de la barbilla espigada, un chorro cayendo sobre los labios que destilan un aroma a madreSelva, a bahía perfumada, a hogar, a húmeda tarde de otoño al fuego salino de un pecio mudado en leña para el llar.

Ángela no piensa con claridad: exige a su amante que continúe, a la vez que lo reclama a su lado; lo agarra por el pelo con una mano, mientras con la otra saca su cuerpo robusto de las aguas, y lo sube a cubierta, donde el sol castiga y reconforta, donde la mujer bebe del hombre, como si fuera una tina en mitad del desierto. La pareja está prácticamente desnuda, más allá de los jirones de ropa que se resisten a caer de las ramas; ambos sienten, entonces, el calor del otro, y en ese momento se frenan sin decidirlo, se paran a disfrutar del hallazgo del navegante, que encuentra en la tierra ignota donde ha recalado el reflejo del hogar que abandonó, entendiendo que toda peregrinación no es sino la búsqueda de un sagrario que se perpetúa como un eco.

Renunciando a las últimas prevenciones, cuanto les queda es dejarse llevar, pero hay un problema. Ángela y Liborio descubren que ninguno tiene un preservativo. La pareja se reprocha con dulzura su común inocencia. Y es entonces cuando la noche se vuelve trascendente. Tumbados en la cama, él con una erección dolorosa que cimbreaba libre de las ataduras del calzoncillo, y ella completamente empapada, se tumban de lado, el uno frente al otro, y se estudian felices en silencio. Podrían manipular sus cuerpos de una y mil formas distintas, sin necesidad de envolver los genitales en látex; en vez de eso, se limitan a las miradas, los abrazos, mesando el cabello de su amante, con los dedos entrelazados. En este momento primigenio, no hay reproches, ni frustraciones, sólo ellos, y son dichosos cartografiando el reflejo de sus sonrisas en el otro.

Sólo el detalle de sus conciencias empaña esta plácida perfección. Liborio venera a Ángela, hermosa, garrida, todo luz y carne, seda, raso, liberti; y en ese momento, su mente se rebela, proyectándose hacia el infinito. El portugués fantasea con una felicidad perenne, y en ese instante el aquí y el ahora se deshilachan, y todo cuanto es comienza a desgajarse en una previsión

imposible. Liborio vuelve enseguida de su ensueño, pero traer consigo un ansia por restar dominio a la muerte, diría Thomas. De la misma forma, Ángela también resulta traicionada por los peores augurios de la razón: la mujer se concluye feliz, y sabiendo que todo es histórico, y como tal cuanto es dejará de ser, se pregunta si no valdría la pena terminar aquí y ahora, ella también, para que el tiempo no pudra la dicha que disfrutaban.

La pasión durará hasta el final, el amor quizás no tanto, y las costuras del cariño saltarán una tarde de primavera, pero nadie les arrebatará esa noche, ni siquiera ellos mismos, con sus dudas y augurios. Esa noche, en la que vieron amanecer, mirándose a los ojos. Esa noche, en la que no dejaron de sonreír. Con el nuevo día, Liborio renunció a cualquier previsión, confesando a la mujer que la amaba tras eyacular sobre su vientre un chorro contenido. Horas después, Ángela musitó una declaración más modesta, cuando desnudos sobre el sillón terminaron de compartir el relato de sus vidas... Pero nada podrá nunca igualar la belleza de aquella noche, que ya toca a su fin.

«No necesito palabras allí donde me llevan tus ojos. No necesito certidumbres donde tu rostro me cobija. No puedo vivir bajo otro techo que esa noche donde descubrí la libertad en el calor de tu cuerpo desnudo, del que siempre seré siervo».

A primera hora de la mañana, Ángela y Liborio abandonan el apartamento con diferentes destinos. La joven se dirige a la facultad, a menos de quince minutos a pie, caminando por una avenida de árboles centenarios al borde del renacimiento. Ángela, por lo común impasible, no puede evitar ceder a la alegría, aún con los estragos de una noche en vela. Mientras sube en el ascensor, la muchacha recuerda los labios de Liborio, proporcionados, enérgicos, dulces, de los que se ha encaprichado. Cuando se abaten las puertas de metal, son los ojos del portugués los que aparecen, grandes, claros, expresivos. Un grupo de estudiantes entra en el seminario, siguiendo como un coro de mendicantes la estela de la profesora Alicia Y.; Liborio debería estar en ese aula, piensa Ángela, recordando la conversación que mantuvo en la pista de baile con el que hasta entonces no era sino un curioso impertinente, atractiva síntesis de altivez metropolitana y tímida humildad. Ángela se acerca al seminario, con la esperanza de ver allí a su amante; pero Liborio no ha acudido hoy a clase, como es obvio, como no podía ser de otra forma, y la muchacha se retira, frustrada en su antojo. Mientras camina los últimos metros, la joven recupera el tacto de las manos de Liborio sobre sus caderas, la rotunda delicadeza de sus dedos entre sus piernas, y por un momento la muchacha ha de detenerse para no perder la compostura.

Ángela pica en la puerta, pero nadie contesta. Al rato, cuando la joven ya se daba por vencida, el ocupante del despacho sale a recibirla. Carmelho, conocido simplemente como Melho, parece confuso, como si acabara de despertarse.

—¡Ángela! No me digas que habíamos quedado. —El profesor finge sorpresa—. Lo siento. ¿Te importa acompañarme? Tengo que bajar a secretaria. Será un momento.

La muchacha sonrío y asiente, a lo que Melho responde acariciando el hombro Ángela antes de cerrar tras de sí. El hombre, caballeroso, signifique eso lo que signifique, invita a su estudiante a caminar juntos hacia el ascensor. En el trayecto, Melho no deja de repetir sus disculpas, achacando el descuido a la carga de trabajo: congresos, artículos, viajes, ponencias, una biografía que se publicará en unos meses, un programa de radio cuyos últimos detalles aún se están negociando. Y, de pronto, cortando en seco todo ese parloteo, un breve silencio como preludio a una observación en apariencia inocua.

—Te encuentro distinta —reflexiona Melho, desde la esquina del ascensor—. ¿Te has cortado el pelo? —La muchacha lo niega, con expresión divertida—. Te veo... Te veo más guapa, si es que eso

es posible; te veo pletórica. Debe de ser porque ya te has quitado la presión de los últimos exámenes. Por cierto –matiza el profesor, acelerando el discurso con el propósito de que sus insinuaciones se deslicen con naturalidad–, ¡aún no te he felicitado! –Carmelho se abalanza sobre Ángela, y le planta un sonoro beso en cada mejilla, para sorpresa de la joven, que no lo esperaba–. Ahora ya somos colegas. Sé que resulta pedante, y me avergüenza solo el pensarlo, pero reconozco que me cuesta veros como otra cosa que alumnos. Pero entonces os graduáis, y esa percepción se desvanece, como por arte de magia, porque pasamos a ser iguales, tú y yo, los dos historiadores, compartiendo esta pasión común.

Por suerte para Ángela, el ascensor llega a la planta baja, y Melho interrumpe su discurso trufado de idioteces, en apariencia sin sentido, pero con un fin perverso en la mente del profesor, que ya entra en secretaría, donde apenas permanece un minuto, el tiempo suficiente para fingir una consulta que nunca existió.

–Me dijeron que debía pasarme a firmar unas actas, pero no han terminado de redactarlas. ¿Has desayunado? –Melho señala la cafetería comunitaria, apenas a unos metros del pasillo donde se han detenido. Ángela niega con franqueza, sonriendo al recordar los últimos besos de Liborio esta mañana–. Yo te invito.

La muchacha sigue a Melho, y a la entrada del comedor comunal se sorprende viendo como el profesor pasa de largo. Ángela acelera hasta alcanzar a Melho, quien la conduce a la calle, cruzando la avenida, más allá del hospital, junto al campus deportivo, lejos de la quinta planta, del despacho, de la naturaleza académica del encuentro. En la cafetería, el profesor renuncia a la terraza, aduciendo un frío ilusorio. Dentro, Melho busca una mesa en un rincón íntimo, donde forzar a la muchacha a mirarle de frente, sin otra distracción ni expectativa en su campo visual que una pared estucada en blanco. Ángela pide un café con leche, mientras su acompañante ordena un desayuno fuerte, de preparación laboriosa, con el fin de alargar el encuentro cuanto sea razonablemente posible.

–Dime –espeta el profesor–, ¿cómo están tus padres? ¿Y tu hermana? Hace tiempo que no la veo por el pueblo.

–Bien. –Ángela contesta incómoda–. Claudia ahora vive en Barcelona; ha conseguido una beca de investigación allí.

–Me alegro por ella –miente Melho, rememorando con pésame, angustia y deseo a la hermana ausente–. Pero, bueno, será cuestión de que nos pongamos el traje de faena. Dime, ¿has pensado ya en algún tema para tu tesis?

–Pues, sí. –El camarero llega con el café con leche de Ángela, y a Melho le falta tiempo para pedirle una magdalena casera para su acompañante, argumentando que debe probarlas, que son deliciosas, que no se perdonaría privarle de esa oportunidad–. Creo que me he decantado por un tema, pero tal vez resulte un tanto manido. Me gustaría orientar mi tesis hacia el estudio del proceso de conquista de las taifas musulmanas por parte de los reinos cristianos en el siglo XIII, analizando las características del régimen feudal en los nuevos poblamientos respecto a los antiguos, incluyendo las pervivencias islámicas en la Península.

–Un tema ambicioso –además de trillado, piensa el profesor, guardándose en todo momento de espantar a la joven–, pero si resulta imprescindible el concurso de mujeres inteligentes y decididas como tú es precisamente para sacudir las telarañas. Como suele decir un amigo mío, esta profesión está llena de conformistas dominados por el miedo, y lo último que necesitamos es replicar esos temores.

–El único problema –continúa Ángela, sin ceder a las lisonjas, a pesar de que sus modales no le permitan repudiar los manejos de este braguetero– es que ese asunto lo trabaja Gabriel S., y

creo que ya le ha ofrecido una beca a otro compañero.

–Sí, Gabriel no es una opción –miente Melho, omitiendo el hecho de que Ángela, por su expediente, podría contar con cualquier profesor del departamento–. Además, no quiero participar de las habladurías que circulan por ahí, pero ya sabes lo que dicen de Gabriel –Ángela asiente, sin sonrojo ni turbación–. No es que debas dar crédito a los rumores, pero es mejor evitar ciertos escenarios. Además, no tienes de qué preocuparte; tu tema encaja perfectamente con nuestro programa de investigación.

–Creía que Carmen y tú estabais estudiando las rutas marítimas en la Corona de Aragón durante los siglos XIV y XV.

–Sí –confiesa Melho–, ese es el tema raíz, por llamarlo de alguna forma, pero podemos adaptar tus intereses para que se ajusten al proyecto. En realidad, estas cuestiones son más un problema de retórica que otra cosa; si lo presentamos de la forma adecuada, no habrá ningún inconveniente en que te concedan la beca, incluyéndome como director. ¿Cuándo quieres leer tu tesis?

–No lo sé –Ángela responde con sorpresa. La pregunta carece de sentido, dando a entender que la promoción de la joven depende de su voluntad, de su deseo por destacar, y no tanto del trabajo que comporta.

–¿Puedo hablarte con confianza, Ángela? –Melho asume un riesgo superlativo, y mientras sorbe de la copa su zumo recién exprimido, adelanta la mano para agarrar el antebrazo desnudo de la muchacha. El profesor siente la picazón de un orgullo malsano entre las piernas–. Quiero que te quedes conmigo. Tu sitio es la facultad, la universidad. Hay demasiados advenedizos que llegan donde tú deberías estar. Pero, para eso, es necesario que confíes en mí; es necesario que aceleremos el tiempo, que te adelantes a los límites de la beca, y sorprendas a todos con una tesis brillante.

»Esto que te voy a contar es una confidencia, que estoy seguro no saldrá de aquí. –Melho bisbisea a oídos de la mujer, compartiendo secretos mullidos por un sueño al que resulta difícil no rendirse–. Joan B. se jubilará en breve; no sé si lo conoces, pero lleva años buscando excusas para no pisar un aula, y parece que el nuevo rector ha terminado por ceder. Si jugamos bien nuestras cartas, podrías ocupar su plaza.

–No sé qué decir. –Ángela se resiste a confiar en esa exageración sin pies ni cabeza; pero, ¿por qué no?, ¿acaso no lo merece?, ¿acaso no se ha entregado los últimos años a un monacato de clausura para llegar a esta encrucijada? Liborio, la beca, su tesis, cada barrera, cada límite la impulsa un peldaño más arriba. El universo al fin tiene sentido, no siendo el resultado de un azar caótico, como siempre temió.

–La plaza puede ser tuya. –Melho se aparta de la mujer; no quiere espantarla antes de cobrarse la pieza–. Pero debemos mostrarnos diligentes, y no perder el tiempo. Ángela, cariño, en la vida hay oportunidades que sólo se presentan una vez. –El tópico en boca del profesor aún resulta más patético, pero Ángela no parece avergonzada–. Confío en ti. Yo estuve en tu situación, y nadie me dio la oportunidad que yo te ofrezco. No quiero que pases por el calvario que yo padecí, porque este es tu sitio, y te lo mereces como nadie que jamás haya conocido.

»Sé que no debería decirte esto, y en ningún caso querrían incomodarte, pero confieso que, desde el primer día que entraste en mi aula, no has dejado de impresionarme. Eres la alumna más brillante que he conocido, y siempre que pienso en ti doy gracias por la suerte de haberte encontrado, una suerte de la que no debes privar a futuros estudiantes, historiadores, lectores. Ángela, eres la estrella más rutilante de esta universidad, y yo el hombre más afortunado por haber tenido la intuición de apreciarlo.

Liborio besa los labios de la mujer, y la ve alejarse calle abajo; inmediatamente, sin dar tiempo a la providencia para que tome aliento, el portugués ruega al cielo que Ángela se gire, y cuando lo hace, suplica una vez más, la última, hasta que la mujer dobla la esquina y Liborio deja salir de su pecho una losa que asciende, liberando sus pies.

El portugués corre hasta el restaurante, donde le esperan montañas de ollas, sartenes y platos pringosos. La mañana en la cocina transcurre como nunca: el tiempo no avanza, pero el suplicio de las rutinas apenas le incomoda. Liborio es mucho más transparente que Ángela, y no duda en sugerir con sonrisas, miradas y otros gestos la felicidad que le sacude. Su vida no es especialmente fácil, ¿por qué habría de serlo?, ¿por qué la vida de cualquiera debería traer bajo el brazo la garantía de oportunidades que nadie nos ofreció, el derecho a una amabilidad, sencilla y recatada, que allane nuestro camino? Liborio nunca ha dado nada por sentado, pero ahora, sin embargo, una cálida sensación de euforia le lleva a concluir que, tal vez, el final de este relato no ha de ser un pozo negro, un callejón sin salida, una tragedia previsible.

Al término del turno, Liborio se despide de los compañeros, que en el vestuario deslizan la nariz sobre una pista blanca; el portugués tiene que estar de vuelta en cuatro horas. Salazar regresa a casa, un piso envejecido que para él y su perro se antoja una mansión, de cuyas paredes cuelgan carteles de cine, litografías y serpientes de humedad. Cada fibra de su cuerpo le exige recostarse, pero el portugués se resiste al sueño para cumplir con otras obligaciones. Después de bajar a Duncan, un mestizo hurao y fiel, Salazar sube al apartamento de su amigo Eric con una ofrenda de paz. El profesor jubilado le abre sin disimular su alegría, a pesar de los reproches que guarda para su joven protegido. Han pasado semanas desde la última visita de Liborio; para el veterano docente, el tiempo transcurre a un ritmo distinto ahora que no tiene cargas ni responsabilidades, y aunque nunca le faltaron lecturas con las que exprimir las horas del día, el concurso del vecino del piso inferior resulta mucho más estimulante que la prensa diaria, las novedades editoriales que rapiña en sus visitas a la librería, o la audición de sus vinilos, las mismas sinfonías y conciertos que le sirvieron de banda sonora para componer su obra hace ya décadas.

–Te he traído una sorpresa –anuncia Liborio, mostrando un disco con contenidos ilegalmente descargados de la Red. El viejo profesor está redescubriendo el cine descatalogado de su adolescencia y juventud gracias al anarquismo multimedia de esta nueva generación–. *La clase obrera va al paraíso*, de Elio Petri, y *Arroz amargo*, de...

–¿Fuiste a hablar con Jesús M.? –pregunta Eric. El momento es lo suficientemente grave como para que el pedagogo, el humanista, siempre sutil y compasivo, aparque cualquier amabilidad y protocolo para ir al grano.

–¿Cómo te has enterado?

–Circula el rumor en la facultad –responde Eric. El veterano historiador se lleva las manos a la base de la espalda; su pesada anatomía vuelve incómoda la postura gallarda que necesita frente al muchacho. Liborio facilita las cosas acercándose al borde del sofá de tres plazas tapizado en piel, lo que permite a Eric derrumbarse sobre el negro butacón reclinable.

–¿Has hablado con Marcos?

–Liborio, estás a punto de terminar tu carrera, sólo te queda un paso, el último, un gesto de paciencia, obligándote a transigir con las normas, las convenciones. Lo hemos hablado mil veces; no importa lo que sepas o dejes de saber, aquello de lo que estés convencido o lo irritantes que resulten tus profesores: todo cuanto debe preocuparte es aprobar, y con la mejor nota posible.

–No sirvo para eso.

–Entonces no eres ni un ápice de lo inteligente que te crees. –Liborio está a punto de replicar, cuando Eric se lo impide–. Pero lo que realmente me preocupa es esa fascinación que sientes por

la violencia, como si existiera alguna excusa que te permite amenazar a una persona sólo porque tiene un criterio distinto al tuyo. Por mucho que sus argumentos te parezcan injusto, incluso aunque lo sean, ¿qué solucionas insultando, provocando, arrojando a alguien con la influencia de Jesús M.?

–Me quedo más tranquilo –reacciona el portugués, en un desplante hacia su maestro–. El mundo sería un lugar menos mezquino si esas personas diminutas que disfrutan avasallando a otros en el uso de su poder recibieran un correctivo.

–Y tú eres el ángel vengador con la altura moral para decidir quién debe ser amonestado. – Eric respira hondo, y retoma el buen juicio que siempre le ha guiado–. La universidad no es un fin en sí mismo, sino un medio para obtener tu título y seguir adelante. Poco vas a aprender de los vagos y déspotas que ocupan el departamento, pero tampoco ganas nada enfrentándote a ellos. Cuando empieces a publicar tus trabajos y prepares tu doctorado, tendrás que cruzarte con muchas de esas personas, que se habrán convertido en tus colegas, y situaciones como ésta...

–Lo siento, Eric. –Liborio interrumpe a su maestro, levantándose cuando la conversación toma derroteros espinosos–. No he pegado ojo, y vengo directamente del restaurante. He subido a saludar, y a traerte las películas de las que hablamos. Si resistes la tentación, podríamos verlas juntos en un par de días.

La relación entre los dos hombres es una encrucijada de irreflexiones implícitas. Liborio descubrió las clases de Eric de forma casual, un par de años antes de que el profesor se jubilara. Eric, uno de los historiadores más importantes de su generación, fue deportado a un gueto en la periferia de la universidad, convirtiéndose en un repudiado, dispuesto a explicar nociones de Historia a quien quisiera escucharle. Liborio no tardó en enamorarse del genio, pero aún más de la ternura de quien sería su maestro. El muchacho vio en él la comprensión de un padre, y el portugués jugó el papel de un hijo tardío, confundido con un idilio otoñal que se materializaba en contados momentos de intimidad, en los que la pareja departía durante horas sobre historia, política, arte y las vicisitudes de cada cual.

En los últimos meses, la relación entre los dos hombres se ha tensado. Eric pretende legar a la ciencia un último historiador, Liborio Salazar, orgulloso de haber descubierto un genio echado a perder en los cenagales de la academia. El portugués, por su parte, se resiste a seguir las directrices de su maestro, que le demanda temperar su carácter y exhibir una inteligencia emocional que siempre le fue extraña. Eric ha comenzado a planificar el futuro de Liborio al margen de esta universidad, bajo la protección de antiguos pupilos que han echado raíces lejos sin renunciar a su pedigrí como discípulos del veterano marxista; a Liborio sólo le preocupa llegar a fin de mes, y guardar tiempo de vez en cuando para seguir fracasando como escritor.

–Me he matriculado en otra asignatura. –Liborio tranquiliza a Eric, cuyo rostro orondo refleja una honda preocupación. La pareja se despide en el vestíbulo, como de costumbre–. Dentro de unos meses habré terminado, no te preocupes.

–Ve a descansar. Debes de estar agotado si no has dormido en toda la noche.

Liborio sonrío, recordando a Ángela, y Eric respira aliviado, viendo restablecida la confianza en el joven, que parece feliz. Los dos hombres se besan en la mejilla, una costumbre que el portugués respeta por deferencia hacia su maestro. Cuando la puerta se cierra, Liborio siente el peso del sueño; se dormiría allí mismo, pero apenas le queda tiempo: debe volver al restaurante, el camino a pie es largo.

Salazar llega a casa de Ángela de madrugada, tras cuarenta y dos horas despierto. La pareja no tarda ni un suspiro en enzarzarse en un combate carnal, marginadas la dulzura y la delicadeza en pos de una pasión que desmonta el mobiliario a su paso, como un tornado. Los amantes se

desvisten con torpeza: saltan las camisas, los pantalones y la ropa interior, sufriendo algún botón y hebilla la violencia del momento. Donde hace unas horas Liborio repartía saliva con mimo, ahora irrumpe como un ariete, llevándose cualquier cautela a su paso, salvo una: el látex, del que ambos amantes se han provisto como si fueran a vivir bajo tierra los próximos cinco lustros.

Liborio empuja a Ángela contra la pared, una y otra vez, mientras ella se enrosca con las piernas a los glúteos del hombre, agarrando con tanta fuerza el cabello de su nuca que obliga al portugués a torcer el cuello en dirección al cielo. Salazar lleva ahora en volandas a su amante hasta la cama, desmoronándose ambos como un solo peso, y mientras sigue empujando escala por el borde del colchón, con las rodillas y los dedos de los pies. Al rato Ángela siente un ardor en todos sus labios, y por ello reta a su amante, preguntándose cuánto tiempo dura esa locura que les resta oxígeno. Liborio se niega a eyacular, no quiere que este momento termine, desea vivir entre las piernas de Ángela hasta el fin de los días, o como mínimo hasta el fin del amor que suena en la radio. Entonces, cambian la postura; ella se eleva, y Liborio la admira en su perfección. El cuerpo de la joven se retuerce, el pelo oculta sus rasgos suaves, y entonces Liborio la abraza, eyaculando con una violencia desconocida. El portugués se sabe completamente entregado a Ángela.

Al primer coito le siguen varios más esa noche, hasta que los jóvenes ya no tienen fuerzas para otra cosa que tumbarse desnudos, el uno frente al otro, y admirarse mutuamente. Entonces empieza una conversación ágil, un tanto atropellada, como si ambos tuvieran la necesidad de confesarse sus penas y secretos ahí mismo, antes de que llegue el sueño. Por momentos, la charla es caótica, pasando de disertar sobre literatura rusa del siglo XIX a compartir confidencias familiares. Sobre aquella cama, esa noche, todo tiene cabida, provocando un vértigo conmovedor en los amantes.

—Mis padres siempre han aplicado diferentes raseros para mi hermana y para mí —explica Ángela, mientras Liborio acaricia sus muslos—. A ninguna nos han negado nada, eso es cierto; de hecho, mis padres nos pasan la misma asignación a las dos desde hace años. Pero es como si no esperaran nada de mi hermana, y, por el contrario, todo de mí. Claudia no apareció por la facultad durante un par de semestres, y nadie se preocupó; sus calificaciones eran un desastre, y nadie veía en ello un problema. Yo me he esforzado, viviendo estos años casi como una reclusa, y aún así, cuanto se espera de mí es que cumpla con sus expectativas. No sé si me entiendes.

—Supongo que tus padres ven lo evidente: tu inteligencia, tu capacidad, y tratan de encauzarlas hacia donde ellos creen adecuado, sin darse cuenta de que no están valorando tu parecer. Dudo que en tu hermana puedan depositar la misma confianza.

—No. —Ángela sonríe, recordando una anécdota—. Hace poco, en vacaciones, me ofrecí a trabajar en el concesionario, ayudando con la contabilidad, los balances, los inventarios. A mi padre le faltó tiempo para pedirme que dejara las clases y me quedara con él. Eso nunca se lo hubieran planteado a Claudia, y sé que debería sentirme orgullosa, pero no puedo dejar de envidiar, en parte, la libertad de mi hermana para decidir por sí misma, sin que nadie deposite sus expectativas en ella.

—Tu hermana estaba con Melho, ¿no? —pregunta Liborio, con inocencia.

—Sí, pero ahora ha conseguido una beca en Barcelona. Creo, incluso, que está saliendo con una profesora de allí.

—Tus padres deberían sentirse orgullosos; sus dos hijas trabajan en la universidad. ¿Con quién vas a pedir tú la beca?

—Estoy muy harta de ese asunto —se queja Ángela, tapándose la cara con la almohada. La muchacha finge un hastío exagerado y gozoso, pero en realidad quiere cambiar cuanto antes de tema porque se siente incómoda—. Háblame de tu familia. ¿Cómo acabaste aquí, tan lejos de Portugal?

–Supervivencia –sonríe Liborio, bajando la mirada–. Mi padre era un borracho, vago y violento. Si mi madre no nos hubiera sacado de allí, habríamos acabado muertos.

–¿Tienes hermanos?

Ángela se arrepiente de haber desviado la conversación, pero al mismo tiempo se siente atraída por las desgracias de su amante. Liborio llega a atisbar una sombra de ese interés, y por un momento le viene a la cabeza un drama decimonónico: *Il Pulcinella*, de Roger de Beauvoir, un novelón protagonizado por la condesa Afra de Flettenfeld, una mujer caprichosa a quien sólo seduce la miseria de sus amantes. Liborio, sin embargo, no ahonda en este detalle, si no es para suavizar ciertas confesiones que cree podrían arruinar la velada.

–Tenía un hermano, pero falleció en un accidente de tráfico.

–¿Cómo pasó? –insiste Ángela.

–No es una anécdota especialmente vivificante.

Ángela reacciona, tumbándose junto a Liborio, perdidos el uno en los ojos del otro mientras la muchacha mesa con infinito cariño y ternura los caracolillos tras la orejas de portugués.

–Quiero que me lo cuentes.

–Eh... Yo tenía cuatro años, y mi hermano dieciocho meses. Íbamos en la cabina delantera de la furgoneta. Mis padres habían intentando hospedarse en varios hostales, pero en ninguno les dieron habitación. Era de noche, la carretera estaba helada, con nieve en los arcones... Lo he oído tantas veces que he terminado recitándolo como un sermón... Mi padre conducía, y en un cruce, un autobús nos envistió. Sólo mi madre y él llevaban cinturón de seguridad. Yo me salvé porque mi padre puso su mano en mi pecho. Mi hermano, que iba en brazos de mi madre, salió despedido. Al atravesar la luna, su cuerpo se hizo pedazos. Después, supongo que en estado de shock... Tras el accidente, mi padre bajó del coche, encontró la toquilla de mi hermano, y uno por uno fue recogiendo los pedazos esparcidos por la cuneta.

Ángela se ha quedado sin palabras. Salazar también guarda silencio. La muchacha está llorando como una plañidera; Liborio permanece cariacontecido, pero en el fondo no siente aflicción al relatar el accidente. El relato encaja, y Liborio lo valora desde la distancia literaria. Eso no quiere decir que no sufra la pérdida de su hermano, aunque no sea capaz de recordarlo porque murió siendo ambos unos mocosos. El dolor emerge en soledad, cuando imagina cómo hubiera sido su vida de haberla podido compartir, hasta dónde podría haber llegado ese pequeño al que un autobús le negó las oportunidades que Liborio siente está desperdiciando, y lo más importantes: por qué él y no yo, por qué su padre puso la mano en su pecho. Liborio siente que goza de una vida prestada, una vida que su hermano merecía, sin lugar a dudas.

–¿Cómo se llamaba?

–Jesús.

Capítulo 8

El viejo de la montaña

«Este es el relato de un remarcable, versátil y fascinante personaje que vivió a finales del siglo XI y principios del siglo XII de la era cristiana en el Oriente Medio islámico. Es la historia de la lucha entre él y unos pocos discípulos en un lado, y el naciente y poderoso Imperio turco selyúcida y el Califato abasí del otro. (...) El propósito de este libro es escribir una biografía de Hasan-i-Sabbah (...), ofreciendo un retrato objetivo de su vida y pensamientos. La tarea, sin embargo, no es fácil. Hay muchos obstáculos que lo complican. El principal problema que nos encontramos es la falta de información fiable. La mayoría de la literatura preservada por los musulmanes fue destruida, y dependemos principalmente del material escrito por sus enemigos, cuyo interés reside en distorsionar los hechos a fin de alcanzar sus propios propósitos».

Ali Mohammad Rajput. *Hasan-i-Sabbah. His Life and Thought*. Dartford, Xlibris, 2014.

El departamento de electrónica ha amanecido desierto, y este hombre de dicción entorpecida por el sobrepeso es lo más cercano a una venta en esta mañana de viernes. Eric J. trata de dar sentido a un imposible: él, que en su día desentrañó las claves de la transición al capitalismo, ahora no consigue expresar un simple capricho. El responsable de este bochorno es Liborio Salazar. Gracias al portugués, Eric ha recuperado su adolescencia en el metraje de películas españolas e italianas, joyas del neorrealismo que creía para siempre perdidas. El problema, trata de explicar el profesor, es que necesita un trasto capaz de leer los discos que contienen la obra de cineastas, intérpretes, guionistas e iluminadores. El vendedor glosa las excelencias de sus reproductores, repitiendo siglas herméticas, y Eric se muerde los labios y abre los ojos, dando a entender su desconcierto; él, que fue padre de una generación de historiadores; él, que cimentó las bases del pensamiento contemporáneo, no entiende una sola palabra de ese galimatías. Eric sólo quiere pasear por la calle Mayor junto a Bardem, con quien compartió militancia en el PCE; sólo desea reencontrarse con Blasco Ibáñez a través de García Berlanga, o sumar su voz a la del pueblo que frena el desahucio de Oreste en *Novecento*.

Salazar debería estar aquí para traducir al lenguaje de una nueva generación sus necesidades, pero Eric no puede disponer del muchacho a su antojo, y el resultado es catastrófico: cientos de euros malgastados en una compra inducida por la astucia del vendedor, que endosa al viejo reproductores, cableado suficiente para montar una estación televisiva y decenas de películas, en diferentes formatos. No se puede culpar a Eric, a quien el mercader sin escrúpulos ha convencido de que el recuerdo de su juventud se esfumará si no arroja sobre el mostrador un puñado de billetes. Y cuando, al fin, el viejo sale de los grandes almacenes cargado de bártulos, su único dilema es cómo llegar a casa, si encontrará un chófer solícito, y de nuevo, mirando sus manos, afectadas por la artrosis, añora al portugués.

Antes de comer, Eric visita a su librero de cabecera; fuera, el taxímetro corre, lo que no inquieta a J., que abandonó la universidad el año pasado con una cómoda jubilación. Sin hijos ni pareja, sin otro vicio que acaparar conocimiento en todas sus formas, Eric disfruta de un retiro cordial, que sólo amargan ciertos asuntos pendientes. Durante los últimos sesenta años, Eric J. se ha guiado por dos aforismos: no permitas que nada humano te sea ajeno, y no concedes beligerancia a quien se esfuerce en odiarte. Ambas frases redondean con suavidad, pero rara vez alguien está a su altura, ni siquiera un humanista como él. Un ejemplo lo tenemos en esta librería, entre los anaqueles donde al profesor le gustaría encontrarse.

Eric J. es, tal vez, el historiador más importante de su generación, discípulo de sabios y

preceptor de doctores. Él, sin embargo, se ha visto relegado al ostracismo. Frente a los estantes de la sección dedicada al ensayo histórico, Eric J. se pregunta dónde está su obra, dónde sus libros, su contribución clave al progreso de las ciencias sociales. José Antonio, uno de sus epígonos, insiste en que difunda su tesis inédita con la editorial que él gestiona, pero el maestro se resiste: José Antonio pertenece a esa minoría de académicos aburguesados que sublima su intrascendencia, como autores que nadie lee, fundando pequeñas editoriales para publicar libros, propios y extraños, volúmenes que acabaran en cajas al resguardo del polvo. Eric sueña con ver su nombre donde debería estar, y no donde ha sido enterrado.

Las novelas épicas muestran al héroe pagando por su inconformismo el precio de un digno destierro, pero eso es mentira; en realidad, la honradez es una dolorosa patada en los huevos. Cuando, hace años, José Antonio y Eric escribieron un par de libros, desmontando las falacias complacientes de una generación de historiadores, la respuesta fue cruel. Pedro R., antiguo alumno de Eric y compañero de José Antonio, empleó las bibliotecas de la universidad para secuestrar aquella edición, que desde entonces se apolilla bajo tierra. En la facultad, las menciones a Eric J. son tenidas por extravagancia, cuando no por ofensa. Liborio, el último en pagar el precio de este auto de fe, ha sido amonestado por sus boutades, donde se reclama discípulo del viejo que desde la montaña envenena con su ejemplo a quien le presta oídos.

Eric abandona la librería con un puñado de volúmenes, ninguno de su especialidad. No hay nada noble ni heroico en la forma como se ha desarrollado la vida de este profesor, siempre honesto, siempre cercano, siempre necesario. El castigo a su sensatez ha sido la insignificancia. Por supuesto, Eric siempre vivirá en las lecciones de sus estudiantes, de aquellos que le escucharon y le recuerdan, pero también de los que le repudian. La tragedia es que, mientras la desgana de tantos egos mayúsculos, sin imaginación ni perspicacia, colma las aulas y departamentos, el viejo profesor pasea en el asiento trasero de un taxi por una ciudad que no le reconoce beligerancia alguna.

Durante el trayecto, Eric conversa sobre banalidades con el conductor; es una herencia del franquismo, de cuando los taxistas actuaban como confidentes, delatando las conversaciones de rojos como él, un joven penene derrochando carisma que enseñaba, sin mayor cautela, los fundamentos del marxismo. Eric se sorprende envejecido mientras rememora un pasado que, por vez primera, parece histórico: aquella universidad, en pie de guerra contra la dictadura, ha terminado por afianzar el más retrógrado sistema de servidumbres, sevicias y mezquindades; aquellos jóvenes, miembros de su célula en el PCE, que se reunían en una buhardilla con carteles de Yves Montad y Víctor Jara, dispuestos a huir por los tejados a poco que una redada interrumpía sus candidas maquinaciones. ¿Cómo han podido aquellos muchachos que derrumbaron un régimen tiránico convertirse a su vez en déspotas?

El taxi llega a su destino, la segunda residencia del viejo profesor, una casa en las afueras, protegida por una cerca y rodeada por un jardín, que un empleado a tiempo parcial mima dos veces por semana. El conductor ayuda a su pasajero a descargar los bártulos, y tras hacer caja, el coche sale a trompicones de la calle sin asfaltar. Eric trata de coger las bolsas, pero sus manos no le prestan ayuda; por esa razón desiste, llamando al timbre, a la espera de que alguien se apiade. Al rato, una mujer menuda y laboriosa abre la cancela; la hermana del profesor le recibe con dos besos, secándose las manos en el mandil de cocina.

En la vivienda, todo parece listo para el encuentro: la mujer ha trazado un círculo de sillas alrededor de la mesa auxiliar, formando un ruedo que integra el sofá de tres plazas y el butacón del maestro. La hermana de Eric ha preparado la cubertería, vajilla y cristalería necesarias para esta noche; en las bolsas, además de las películas, libros y chismes tecnológicos, el viejo ha

traído bebida para todos, whisky para Marcos y ginebra para él. A Liborio le gusta el Jack Daniel's, sólo, sin hielo, pero Eric ha recordado olvidarse del portugués. Salazar bebe sin mesura en situaciones sociales, donde se siente incómodo; Eric le ha visto rendir una botella por noche, volviéndose impredecible al transformar sus fantasmas en verbo, violento e incómodo para los que le rodean. La muerte de su hermano, la brutalidad de un padre alcohólico, la introspección malsana de un niño apaleado; Liborio es un cliché hecho carne, piel, hueso, nudillos despellejados contra las paredes y la chapa de las puertas, un cúmulo de contradicciones en un muchacho que Eric encuentra sensible, inteligente, vulnerable.

El último viernes de cada mes, la Escuela se reúne. Los discípulos de Eric, al menos los que no han negado al maestro, prolongan esta tradición desde que, siendo la mayoría estudiantes, empezaron a frecuentar la casa del profesor. En el pasado, estos encuentros forjaron la identidad de una escuela historiográfica, unidos por un magisterio y una pasión común. Años atrás, entre todos hacían bueno el lábaro comunista que reza: «a cada cual según sus necesidades, de cada cual según sus posibilidades». Pero ese tiempo ha pasado, y ahora la Escuela es poco más que un recurso litúrgico en honor a Eric, que los acoge una vez al mes en su pequeño chalet suburbial.

Ahora todo es diferente. Con la excepción de Marcos, el resto encontró sagrario lejos de casa: en centros privados, universidades emergentes y provincianas, a cientos de kilómetros del aroma a flor de azahar, en institutos de educación secundaria y escuelas de formación para adultos. La hermandad de aquel pasado común se ha visto agrietada por leves fisuras: dos de ellos se retiraron la palabra en la pugna por una cátedra, otros formaron camarillas al margen del grupo, se empezó a considerar con envidia el salario y la posición del compañero, se entablaron piques por el modelo y marca de los coches aparcados fuera, y lo peor, hubo quien se convenció de que Eric no tenía nada que enseñarle, a él, que gustoso hubiera matado al padre, como hicieron aquellos que ocupan la quinta planta.

La adquisición más reciente de este contubernio, de esencias clandestinas y boato académico, es Liborio Salazar. El portugués cierra el círculo de posibles candidatos a *esta* Escuela; siendo la última propuesta del maestro, todos se sienten en la obligación de aceptarlo, aunque no agrade. El portugués es un ejemplo palpable de proletariado, y no una estadística para su estudio; pero ni siquiera es un héroe de la clase obrera, que trabaja diez horas entre el hotel y el restaurante al tiempo que cumple con sus obligaciones intelectuales. No. Salazar es un borracho, un alumno contestatario, un patético aspirante a novelista que poco o nada sabe sobre las elevadas cotas que cada uno de los presentes ha alcanzado en sus respectivos campos. ¿Qué pinta este brabucón musculado en nuestras reuniones?, se preguntan varios, y entre ellos Salazar. Eric insiste en que acuda, en que confraternice con aquéllos que pueden dirigir su carrera, brillante, auspicia el viejo, mientras el último de sus pupilos mira a su alrededor, sintiendo la apatía, la hostilidad y la condescendencia que provoca su intrusión.

Liborio se levanta para ayudar a Salvo con los preparativos de la cena, mientras los más veteranos rodean al maestro, intercambiando impresiones y chismorreos. Salvo, unos años mayor que el portugués, echa un capote a su colega, dándole conversación, y algo de beber, una cerveza a las que habrían de seguir otras, pero no esta noche; la reunión terminará tarde, pero en esta ocasión Liborio quiere permanecer despierto, tan lúcido como el cansancio le permita, porque esta noche le espera Ángela. Cuando el muchacho toma asiento, rodeado de la flor y nata de la profesión, Salazar los mira compasivo, sabiendo que nada en aquel comedor puede siquiera perturbar la felicidad que le aguarda a solo unas horas, desnuda entre sábanas de raso.

—No os imagináis cómo ha vuelto Pedro —explica Marcos, cercado por el resto de la Escuela, a excepción de tres compañeros que esta noche se retrasarán. B. ha relatado varias anécdotas

protagonizadas por el rector depuesto—. En dos semanas, ha buscado excusas para suspender la mayoría de sus clases, y anda por los pasillos anunciando la decadencia de Occidente, como si fuera un alma en pena. Se diría que le quiere arrebatarse el título de profeta escatológico a Alicia Y.

—No tardará en reclutar a su propia camarilla —advierde José Antonio. El catedrático mide cada una de sus palabras y expresiones, con excepción de una risa socarrona que acompaña a los comentarios ingeniosos—: una mixtura entre adoradores que le hagan sentirse importante, y paladines que le ayuden a reconquistar el trono.

—Por lo que he oído —continúa Marcos—, ya ha empezado con las audiciones. Por el momento, cuenta con Carmen, creo que con Teresa, y con Jesús, por supuesto.

—Siento interrumpir. —Liborio se permite el lujo de hablar. Todos le atienden, no por respeto, sino por sorpresa al escuchar al joven, que por lo común no participa de esta parte de las reuniones, una puesta al día de cotilleos y noticias que convierte a la Escuela en mentidero castizo—. Tengo una pregunta, en nombre propio y como representante simbólico del resto de alumnos. ¿Alguien me puede explicar por qué Pedro R. ha dejado el rectorado? Nadie tiene ni idea, y todo son especulaciones.

—Quien mejor puede responderte a eso es José Antonio —dice Marcos, pasándole a su colega la patata caliente.

—Se trata de un asunto delicado —declara el aludido. A su alrededor cunde el silencio, incómodo para la mayoría, incluido Eric, a quien no le gusta hurgar en temas espinosos—. De hecho, las partes firmaron un acuerdo para no divulgar lo sucedido.

»Hace algunos años, una estudiante de tercer grado comenzó a preparar una tesis sobre la evolución histórica de la propiedad urbana. Lo curioso de esta investigación es que la alumna empleó archivos de su familia, que había sido dueña de una alquería cerca de la ciudad siglos atrás. El trabajo lo dirigía una profesora de la quinta planta; disculparás que no desvele su nombre. El caso es que esta persona frenó durante años la defensa de la tesis, sepultando a la estudiante bajo un torrente de bibliografía. Al cabo de un tiempo, la alumna descubrió que su directora le había robado sus conclusiones, para así publicar varios artículos en revistas especializadas con los que cubrir la exigencia de la universidad para reconocer el pago de trienios y sexenios.

—¿Es una broma? —reacciona Liborio, ingenuamente sorprendido. Para el portugués, la autoría es un derecho sagrado e inviolable, por el que estaría dispuesto a matar y morir—. ¿Le robó la tesis para cobrar un complemento en el sueldo?

—Eso no es lo peor —continúa José Antonio—. La alumna llevó el caso a todas las instancias posibles, siguiendo la cadena de mando: empezó por el departamento, luego el decanato y terminó en rectorado. Cuando Pedro R. hubo de valorar el asunto, el rector decidió enterrar la demanda y amenazó a la mujer con torcer la situación, acusándola de plagiar su propia tesis. Al final, la alumna renunció al doctorado; incluso empezó otra carrera, Filología, porque no deseaba saber nada de la Historia.

—¿Cómo os enterasteis vosotros de esto? —pregunta Liborio, siempre un paso por detrás de sus compañeros de velada.

—A través de un conocido común —continúa José Antonio, mirando a la esquina, donde se encuentran Marcos y Eric—; la mujer se puso en contacto conmigo, y la animamos a inscribirse en nuestro programa de doctorado. Al final, cuando la tesis ya estaba terminada, presentamos una denuncia ante los tribunales ordinarios, ofreciendo como prueba el trabajo y los archivos de la familia. Antes de que el juez fallara, los abogados de la universidad aceptaron un acuerdo: la profesora culpable de plagio perdería los trienios y el sexenio conseguidos; y, en cuanto a Pedro,

sus rivales aprovecharon para exigirle que dimitiera, sin armar ruido ni presentar batalla.

Liborio sonríe, obligándose a repensar el juicio que albergaba sobre José Antonio, siempre tajante, severo, ajeno a cualquier compromiso con otro que no sea él mismo. Mientras esas ideas revolotean por su cabeza, Salvo aparece con las primeras bandejas de comida: en los últimos años, la provisión de víveres a estas veladas, obligación que va rotando cada mes entre los miembros de la Escuela, se ha convertido en una competición absurda por demostrar quién trae la cena más exótica, copiosa y exquisita. Salvo, cuyo salario como profesor asociado palidece en comparación con el de muchos de los presentes, ha optado por una solución casera.

En el mismo momento que los jóvenes sirven la comida, el timbre de la cancela exterior suena: deben de ser los últimos confabuladores, que llegan tarde. Al momento, tres hombres de mediana edad aparecen por la puerta, repartiendo apretones de manos, abrazos y besos. Los recién llegados se disculpan, con cierto exceso de ceremonia, que enmascara una tensión contenida. Todos en el salón aguardan noticias de sus colegas, salvo quizás Liborio, tan desinformado como de costumbre. Consumidos por el suspense, varios de los discípulos más veteranos presionan a sus colegas con sutileza para que compartan las novedades.

–Ha sido una reunión larga –explica Toni, en nombre propio y de sus compañeros–. Al final hemos llegado a un acuerdo: acepto dimitir, y a cambio ellos respetarán los puestos de trabajo del resto de profesores en nuestro departamento.

La conmoción se adueña de la estancia. El grupo de intelectuales, acomodados a la seguridad de su prestigio, apenas empieza a comprender la incertidumbre que enmascaran esas palabras.

– Qu  hay de los alumnos? –pregunta Marcos.

–Nos hemos comprometido a hablar con ellos –continúa Toni–, a convencerles para que pongan fin a la huelga y a las protestas.

–Nuestra universidad es una institución privada –comenta Paco, compañero de armas de Toni–; lo último que puede permitirse es el escándalo de un curso con alumnos de último año manifestándose en el campus, y amenazando con formar piquetes que corten la autovía. Nos hemos comprometido a calmarlos con la condición de que ningún estudiante sufra futuras represalias por haber salido en nuestra defensa, de tal forma que la purga empiece y acabe con nosotros.

– Vosotros? –pregunta Eric, alarmado.

–He presentado mi renuncia –explica Paco.

–Lo que ha sido un gesto tan insensato como solidario –matiza Toni, poniendo la mano sobre la pierna de su colega, al tiempo que contiene las lágrimas.

– Y qué vais a hacer ahora? –pregunta José Antonio.

–No lo sé –contesta Paco, con la parsimonia que le caracteriza–. Si no nos quieren en ningún sitio, siempre podemos dedicarnos a recoger naranjas en el campo.

No es cierto. Los historiadores emplean ocurrencias envalentonadas para ocultar el miedo. La pareja salió hace unas horas de aquella sala de juntas temblando. Liborio es el único de los presentes que no alcanza a percibir en toda su hondura la tragedia que viven estos dos profesores, apartados de sus puestos de trabajo por sus conciencias, desafectas al espíritu de la institución. El portugués es un chaval en el ecuador de sus veintitantos, que no ha conocido otra cosa que el trabajo precario y las estrecheces económicas; sus compañeros de velada son intelectuales con familia e hijos, hipotecas y seguros, que en toda su vida jams han trabajado con sus manos si no es pasando las páginas de un libro, o garabateando esquemas en la pizarra.

–Para ser sinceros –continúa Paco–, la verdadera sorpresa es que nos hayan mantenido en nómina durante estos años. Al fin y al cabo, la nuestra es una universidad privada, que se guió por principios católicos, y nosotros nunca hemos ocultado nuestra naturaleza, como marxistas, como

apóstatas.

–Cumplíais con la cuota de tolerancia que una universidad privada requiere para demostrar que no es un centro de adoctrinamiento –explica Eric, tratando de oponer la reflexión a la devastadora huella del duelo–. En estos años, además, os habéis convertido en un referente, prodigándoos en publicaciones, coloquios, congresos.

–No nos arrepentimos –concluye Toni, completamente hundido–; no me arrepiento. Esto empezó porque asumí un cargo de responsabilidad en el Partido, volviendo mi ideología, que nunca he ocultado, visible a todos. Cierta prensa se ocupó del resto, exigiendo a la universidad que hiciera honor a su nomenclatura cardenalicia para limpiar el nido de rojos que había permitido se formara en su seno.

–Siempre podemos cambiar de profesión, y dedicarnos a la política –bromea Paco, a lo que el grupo responde con una carcajada, si bien, quien más y quien menos, concluye que ésa sería la solución más fácil para la pareja, que cuenta a su favor con los recursos intelectuales, los medios y los contactos.

Las confidencias de los últimos comensales arruinan el banquete. La noche transcurre entre comentarios insulsos y charlas furtivas en los intermedios. La parte académica, donde se fomenta el debate guiado por la lucidez de Eric, se desdibuja a lo largo de las últimas horas, hasta que, al cruzar la madrugada, los más impacientes se retiran, aprovechando Liborio para huir con ellos. Unas horas después, el salón queda en silencio, y Eric macera en soledad el abandono de sus discípulos.

Capítulo 9

Los cátaros

«El dios que merecía la adoración cátara era un dios de luz, que gobernaba en el mundo invisible, etéreo, espiritual (...). Correspondía a cada individuo (hombre o mujer) decidir si estaba dispuesto a renunciar a lo material y llevar una vida de abnegación. Si no era así, seguiría volviendo a este mundo –esto es, se reencarnaría– hasta estar preparado para abrazar una vida lo bastante inmaculada para permitirle el acceso, tras la muerte, al mismo estado dichoso que hubiera experimentado como ángel antes de haber sido tentado hasta perder el cielo al principio de los tiempos. Así, salvarse significaba llegar a ser santo. Condenarse era vivir, una y otra vez, en este mundo corrupto».

Stephen O'Shea. *Los cátaros*. Barcelona, Ediciones B, 2015.

«Para estas sectas radicales, no solamente las obras y las manifestaciones externas de la piedad son inútiles (...), sino que la propia Iglesia no sirve para nada; algunas llegan incluso a poner en cuestión el papel mediador de Cristo. (...) Este ideal era vivido en el seno de pequeñas comunidades cerradas (...), fervientes grupos [que] reunían sobre todo a personas que se sentían excluidas de la nueva sociedad guerrera y materialista».

Robert Fossier (et alli). *El despertar de Europa, 950-1250*. Barcelona, Crítica, 2000.

Como todos los jueves, la procesión discurre por el pasillo de baldosas relucientes de la quinta planta. Alicia Y. se eleva sobre la realidad prosaica, seguida por sus sacristanes, a quienes Lucía bautizó como la «secta de los oligofrénicos». Sus adeptos renuncian al nombre, tal es la regla de la orden, asimilándose todos como extensiones de Alicia Y., la guía iluminada que ha convertido la intrascendencia en dogma, la nada en religión.

Como cualquier mesías, Alicia Y. proyecta una imagen intachable que no resiste el escrutinio de la crítica. La mujer se confiesa historiadora, cuando lo cierto es que hace años que su trabajo se reduce a reseñar los libros que otros escriben; también se reconoce como profesora, confundiendo docencia con proselitismo, adoctrinamiento de jardín de infancia. Alicia Y., sin embargo, es un ejemplo digno de atención para futuras generaciones: como explica Eric, fuente viva para el estudio de esta colmena que es la quinta planta, Alicia Y. es el primer caso documentado de profesor osmótico. En efecto, Alicia apareció, veinticinco años atrás, de la mano de una amiga, Aurora B., y decidió quedarse en un rincón, como un ficus, orientados los brazos hacia la luz con el propósito de mitigar el hambre en el mundo, siendo el primer mamífero que completaba la fotosíntesis. El verdadero talento de Alicia, sin embargo, no tardaría en revelarse: mientras los jóvenes doctores entablaban una guerra feroz por abrirse un hueco en los despachos de la quinta planta, Alicia huyó de las polémicas, de los enfrentamientos, los duelos a espada y garrote, el temblor del suelo al paso de la mesnada. En su lugar, Alicia se convirtió en juez del pensamiento: como prelado de una tolerancia pacata, la mujer emprendió una cruzada contra el dogma, que ocultaba en sí los cimientos de una religión más intolerante que cualquiera de los ismos a los que amonesta. Alicia renació como profeta de un nuevo credo, basado en la negación de los anteriores, a los que repudiaba por totalitarios: azote de marxistas, funcionalistas, estructuralistas, cuantitativitas, racionalistas, poco importaba lo que unos u otros hubieran aportado a la ciencia, todos eran culpables, y aunque no había quien no se mofara de su ignorancia, al paso del tiempo ninguno se atrevió a contradecir sus andanadas, convertida Alicia Y. en diácono de una nueva fe con un sólo precepto: la negación acusadora.

Nadie accede al seminario hasta de que Alicia Y. y su comitiva no hayan tomado asiento en la rueda de mesas y sillas. A la diestra y siniestra de la madre se disponen sus discípulos, antiguos alumnos que acuden para defender a Alicia de las injurias de los menos escrupulosos. Esta corte de los milagros está formada por fieles anónimos, a quienes distinguimos por trazos del carácter y la apariencia: el rubicundo monje pelón, la sacerdotisa de coleta cenicienta, el asceta de voz atiplada, el gurú de rastas enmohecidas. Todos juntos forman la «secta de los oligofrénicos»!, una tropa de individuos marginales que combate el pensamiento totalitario entre murmullos de cafetería, ¡una formidable hueste de mendicantes que da por buena cualquier idea por miedo a ser tenidos por intransigentes, al tiempo que se muestran intolerantes con aquellos que no aceptan la duda como única conclusión! Al menos cinco veces al día, se arrodillan sobre una piel de zorro en dirección a Occidente, sacrifican un erizo y dedican sus rezos a Isaiah Berlin. En sus sermones, saetean a Marx sin comprenderlo, citan a Wittgenstein sin haberlo leído, y se regodean en alabanzas hacia un Heidegger que desconocen. Dogmáticos contra el dogma, tiranos en su defensa de la libertad, necios que se piensan iluminados; su receta es la democracia totalitaria, la censura biempensante contra la ofensa libérrima, la libertad como bandera, libres los menos para oprimir y libres los más para morir de hambre, pero al fin libres todos.

–El último día estuvimos analizando las lecturas de Ernst Nolte y Peter Sloterdijk que os indiqué –explica Alicia, tras una pausa de quince minutos, en los que ella y sus monaguillos han ejecutado una serie de ejercicios tántricos de respiración, a fin de fundir sus conciencias, espíritus, chacras y genitales con el aula, el edificio, la ciudad, el planeta, el universo–, y creo recordar que nos encallamos en un punto de discusión, tratando de entender cuál es el motor de la historia.

La clase asiente, y buena parte de las miradas se desvían hacia Liborio Salazar, sentado en una esquina junto a un amigo, Fran C., con quien comparte estos últimos tragos de amargura, antes de conseguir el codiciado título.

–Liborio, si no recuerdo mal –continúa Alicia, señalando al grano en el culo con el que carga este semestre. La pretendida impassibilidad de la profesora, su resuello forzado, la tensión de su mano derecha, apuñando con fuerza un bolígrafo, delatan un desprecio que la mujer a duras penas disimula–, tú defendías un enfoque de la historia integrado en la tradición marxista, fundamento de las dictaduras sanguinarias de Europa del este y algunos países asiáticos en el siglo XX.

–Vaya... Expresado de esa forma –interviene el portugués–, bien parece que yo mismo me dedicara a inaugurar gulags en mis horas libres. El último día, me limité a dar respuesta a la pregunta que usted nos formuló, indicando que, a mi parecer, el motor de la historia es la lucha de clases, el antagonismo entre opresores y oprimidos.

–Es decir, que, para ti –interviene la sacerdotisa de coleta gris. Alicia lleva días preparando a sus correligionarios, con quienes ha ensayado cada posible réplica. Podría pensarse que la profesora concede un excesivo protagonismo a un estudiante díscolo, pero no hay que olvidar que, en el fondo, Alicia y su gente no tienen otra cosa que hacer–, el motor de la historia es el odio, la violencia entre grupos sociales, llamados por esa propaganda a manifestar un rencor que, en el futuro, les servirá de justificación para cometer barbaridades como los campos de exterminio.

–Espero que los demás no prestéis oídos a esas insinuaciones. –Alicia sermonea a los compañeros de Salazar, como si el portugués no estuviera presente–. Si bien es mi intención mostraros los peligros de las ideas totalitarias, fomentando la duda metódica, hay límites que no podemos perder de vista, líneas que no se pueden cruzar, y la más importante es el respeto por la vida y los derechos esenciales de todo ser humano.

Liborio sonrío. Tal vez se deba a que se ha levantado a las cinco de la madrugada para

preparar los desayunos en la cocina de un hotel, o tal vez sea porque Ángela y él se pasaron la noche jugando al Tetris con sus cuerpos desnudos. Sea por uno u otro motivo, Liborio no guarda fuerzas para denunciar la manipulación de Alicia, pero tampoco le importa, como si por fin hubiera madurado, entendiendo lo que todos saben, y es que la profesora y su caterva de estómagos agradecidos, a los que nadie escucha, resultan tan impertinentes como inocuos. Sin embargo, la mala leche del portugués aún colea en el fondo de esa conciencia exhausta.

–Entonces, si no es la lucha de clases, ¿cuál es el motor de la historia?

–¡El amor! –exclama el monje de cabeza oblonga. Este hombre, corpulento, de rostro adiposo y semblante de mastín rasurado, es el vivo ejemplo del verdadero drama de la secta. Como discípulo predilecto, Alicia tramitó para él una beca, un contrato, una posición ejemplar en la universidad, pero no lo consiguió, porque su concurso nada cuenta, y su ascendente se ha ido apagando, hasta no representar más que una anécdota en la quinta planta. Alicia conserva a su monje tonsurado con falsas promesas, mientras el hombre, dependiente en un estanco, prepara una tesis pantagruélica sobre el asunto que siempre explica, y que está a punto de repetir–. El amor es el motor de la historia. Allí donde las ideas absolutas han promovido la intolerancia y el odio, llamando al martirio a millones en nombre de una certeza, la duda de los amantes, dispuestos a perdonar, a comprender, a empatizar, ha traído de vuelta la paz, sostenida en el amor. No es por una lucha entre patronos y proletarios que avanzó la época industrial, sino en el amor de los técnicos a la ciencia, de los empresarios al progreso, de los obreros a sus familias. Allí donde el totalitarismo ha intentado frenar la difusión del amor, se ha impuesto un destino gris, como ocurrió en las repúblicas comunistas tras la Segunda Guerra Mundial, o en los gobiernos fascistas en el periodo de entreguerras. La historia del ser humano es la búsqueda de la felicidad, conducida por el amor al otro, y en oposición al repudio hacia el diferente, partiendo de una idea básica, y es que la libertad nos vuelve iguales, distintos y únicos, pero idénticos en la búsqueda de cuanto nos mueve: el amor.

–Ya –asiente Salazar–. Entonces, la razón por la que el despertador me ha echado del catre esta madrugada es porque amo preparar desayunos para un ejército de turistas ingleses, gordos alborotadores con piel de cangrejo que se atiborran a tocino y huevos revueltos por amor al sol, la sangría y el flamenco. Y supongo que la razón por la que en mi egoísmo tengo dos trabajos es porque amo profundamente partirme la espalda para pagar el alquiler, la luz, el agua, el teléfono y los precios populares de esta universidad pública. Todo por amor.

–Desde luego que no –replica el melón afeitado–. La violencia de tus palabras, el veneno de tus comentarios, destila la amargura de los que llaman desde la irresponsabilidad a la revolución, a llenar las calles de cadáveres guillotizados y las inclusas de huérfanos simplemente por trascender. Pero el amor prevalece, el buen ángel que a la mayoría nos escolta, y aunque esas soflamas urdidas para dividirnos en ocasiones nublan el juicio de la masa, al final la humanidad progresa, no puede ser de otra manera, consciente de que forma un solo cuerpo.

–Como mantra para un libro de autoayuda, lo encuentro algo empalagoso; pero, como razonamiento histórico, me parece una soberana gilipollez.

–¡Eso sí que no! –Alicia Y. pierde la compostura–. ¡No pienso consentir que recurras a la burda descalificación, al insulto! ¡Te exijo que te disculpe, y reserva ese odio para otro espacio que no esté protegido por la santidad de un aula!

–No era un insulto –explica Liborio, con una sonrisa conciliadora–, sino más bien una descripción; y si me he de disculpar, me disculpo, aunque no sepa muy bien el motivo. Lo que trataba de indicar, puede que de forma inapropiada, es que reducir a un acto de amor la historia de la humanidad, trufada de violencia y abusos, me parece peligrosamente simple. ¿Dónde radica el

amor en las relaciones vejatorias entre señores y siervos de la gleba en la Europa feudal, entre patronos y obreros en la Inglaterra del siglo XIX, o entre amos y esclavos en las plantaciones de algodón del sur de los Estados Unidos, antes de la Guerra de Secesión, y aún después?

–Todo ello son ejemplos del perfeccionamiento progresivo que la sociedad ha experimentado desde la noche de los tiempos –explica el joven monaguillo de voz atiplada y presencia frágil–. Ese proceso de aprendizaje nos ha conducido hasta aquí, la más refinada, justa y benéfica de las sociedades, donde las diferencias económicas se han recortado hasta prácticamente desaparecer. Disfrutamos de la prosperidad que la economía de libre mercado nos proporciona, y de un sistema de representación político con garantías como nunca antes habíamos conocido.

–Supongo que si tus padres te pagan la carrera, o si ganas cuatro veces el salario mínimo interprofesional por impartir una docena de clases a la semana, el mundo debe de parecer un lugar bastante simpático. Las cosas se ven de otra forma cuando no tienes trabajo, o cuando acumulas empleos alimenticios que consumen tu tiempo y energías por una miseria, mientras alguien se enriquece a tu costa.

–Tal vez –replica el joven de voz atiplada– los que tienen trabajos decepcionantes deberían invertir en su formación, si es que quieren progresar, y no en caprichos materialistas. Y, de la misma forma, es posible que los profesionales cualificados merezcan una cierta comodidad en honor al esfuerzo y compromiso que les ha llevado hasta allí donde se encuentran.

–Por supuesto –responde Liborio–, porque si algo caracteriza a la sociedad de clases es la justa recompensa al mérito, porque todos los que amasan fortunas las han conseguido trabajando duro, y los intelectuales orgánicos son las mentes más brillantes de su generación. Resulta curioso que nos acuséis a los marxistas de fomentar la fractura y el desprecio, cuando vosotros practicáis un profundo darwinismo social. Decidme: ¿un subsahariano que se juega la vida a bordo de una patera tratando de llegar a las costas de Europa es un ejemplo de superación? Lo digo por ir reservándole un asiento en la próxima cena de la Cámara de Comercio junto al presidente de la patronal.

–Exceptuando los casos más llamativos de países atrasados –interviene el rastafari–, cuyos habitantes viven en un estadio inferior del progreso social, ¿de verdad crees que hoy en día, en Occidente, siguen existiendo diferencias de clase? Tú mismo, ¿te sientes un proletario, enzarzado en una épica lucha contra la malévola burguesía que conspira sobre nuevas formas para explotarte, sentados al calor de un fuego, mientras mecen una copa de brandy con sus afiladas garras?

–Yo no me siento una mierda –contesta Liborio, arriesgándose a provocar las iras de Alicia Y.–; yo soy un trabajador, un obrero, un proletario, llámalo como quieras, el nombre no altera la realidad, por mucho que a los posmodernos os guste enredaros en esos juegos deconstructivos. Mi condición socioeconómica me define; la experiencia de fregar platos desde los dieciséis años, colgar adornos navideños por cinco euros la hora, freír patatas y hamburguesas, reciclar bidones cargados con posos tóxicos sin mascarilla, repartir publicidad, atender a clientes iracundos desde una centralita telefónica, entrar por la puerta de una fábrica antes de que amanezca, recoger fruta hasta que cae el sol; todo eso me vuelve quien soy: un trabajador, que con su esfuerzo lleva años permitiendo que otros se hagan ricos sin mover un puto dedo. Y es esa realidad, inexorable mientras quiera seguir comiendo, la que alimenta mi rencor, la que alienta la camaradería con los otros trabajadores, un odio y una fraternidad que nada tienen que ver con ese amor universal que todo lo emponzoña con su mansedumbre... La lucha de clases es el motor de la historia, porque ninguna tiranía es eterna. Todo es histórico.

–Apuesto a que te ofrecerías voluntario para derramar la sangre de los inocentes si triunfara la locura de vuestra revolución –dice el monje tonsurado.

–Y yo apuesto a que eres de esos cerdos que se ceban sin agradecer, siquiera por un momento, el trabajo de los que hacen posible tu comodidad.

Alicia Y. ha perdido el control del aula. Cuando los tertulianos callan, nadie es capaz de pronunciarse, y el silencio incómodo cunde demasiado tiempo. Mientras la última frase aún resuena en su cabeza, Liborio se mortifica: el portugués necesita la calificación positiva de esa mujer en su expediente, una marca numérica favorable en una larga lista de altibajos para poner fin a esta vana experiencia que ha sido su paso por la universidad. Salazar recuerda las palabras de Eric, quien le reprocha que se enzarce en debates infructuosos con quien no pretende escucharle, como él tampoco atiende a las razones del ejército sectario que Alicia ha desplegado.

–Creo que por hoy hemos terminado –sentencia al fin Alicia Y.–. El próximo día, empezaremos a debatir los puntos de discusión que esgrime Giovanni Sartori en torno al multiculturalismo. Reflexionad en casa sobre la amenaza a los valores de libertad y progreso que supone la asimilación de conciencias retrogradadas, provenientes de países política e intelectualmente atrasados, y cómo resulta necesario proteger la integridad de nuestra civilización frente a los ataques de estos nuevos totalitarismos.

Alicia Y. y su séquito se levantan ceremoniosos, y abandonan la habitación en fila unívoca. Mientras Liborio recibe el apoyo de compañeros y amigos, la profesora dedica unas palabras de consuelo a sus fieles, ya en el pasillo.

–Es una lástima lo equivocado que está –asegura Alicia Y., refiriéndose, por supuesto, a Liborio Salazar–. Por suerte, nunca llegará a nada en esta vida.

Capítulo 10

Corveas y banalidades

«Los campesinos se ven sometidos a una serie de obligaciones que dimana de la situación de aplastante superioridad de la aristocracia terrateniente. (...) La presión económica del señor se revela también en: las corveas (trabajo gratuito que durante una serie de días al año los campesinos debían prestar en la reserva señorial, como complemento de la mano de obra servil que ponía a ésta en funcionamiento) y las banalidades (derechos del señor a crear mercados, a vender sus productos antes que los campesinos, y monopolio del horno, lagar, fragua, molino, etc., que los campesinos tenían obligación de usar previo pago de unos cánones)».

Emilio Mitre Fernández. *Introducción a la historia de la Edad Media europea*. Madrid, Akal, 2004.

Los autores suben el peldaño que les separa del público y forman en la tarima, cada uno con un ejemplar del libro en el que han participado. Mientras los relámpagos de los fotógrafos restallan, los cinco fuerzan la mejor de sus sonrisas, cuidando de que se vea bien el copioso volumen que sujetan. En mitad de la escaramuza, uno de los retratistas tiene una ocurrencia; el hombre se acerca a los académicos y les pide que se ordenen por periodos históricos: Prehistoria a la izquierda, Edad Antigua a su lado, Edad Media, Moderna y la época contemporánea cerrando esta línea del tiempo. Los catedráticos se prestan al juego, y ya los ves enredados consigo mismos, como alumnos de primaria, intentando aclarar quién va antes y quién después. Al principio todo son risas, y afables gestos de negación, pero, cuando al cabo de unos minutos, el embrollo se vuelve endémico, a nadie le hace gracia. Al final, ha de ser una azafata la que muestre a cada uno de los catedráticos en Historia qué periodo va antes y cuál después, consiguiendo, al fin, la ansiada pose para la foto.

Mientras los bufones ensayan en el escenario, el público bajo la carpa se levanta de sus sillas, dialoga en archipiélagos heterogéneos, y algunos, los más avispados, se acercan a la barra, donde los organizadores han dispuesto bebidas y canapés como gesto de cortesía. Cuando se abre la veda de las copas y la comida gratis, los ascetas de Alicia Y. se arrojan sobre mesas y camareros. Miguel Vicente, que se había refugiado en este rincón discreto, rescata un zumo antes de perderse entre la arboleda de personalidades menores que entran y salen de la jaima. Miguevi no aparta la vista de los cinco académicos, que ahora posan individualmente, con la portada del libro sobreimpresa en un telón de fondo. El becario no se permite parpadear; de vez en cuando, lleva hasta los labios la copa y aparenta que bebe, como si nada le preocupara, indiferente a lo que está sucediendo, ajeno a la angustia que le corroe.

—¿Quieres saber un secreto? —Miguevi da un respingo. Al girarse, descubre a un intruso, reflejo de sí mismo: desmadejada la coleta, canoso el pelo azabache, bolsas bajo los ojos, esmalte cetrino como bastidor para una sonrisa burlona. El becario tarda en reconocer a Archibald F., quien fuera paladín del catedrático que atiende a la prensa—. ¿Te puedes creer que ninguno de los impostores que ves ahí arriba ha escrito una sola palabra del libro que hoy presentan? No das crédito. ¿Y si te dijera que los verdaderos autores, los pobres imbéciles que han parido cada uno de los capítulos, están aquí abajo, entre nosotros? Resulta difícil de creer, lo sé —prosigue Archibald, mirando a su alrededor—. ¿Dónde se ocultarán esos fantasmas, esos negros literarios? Por lo común, se les reconoce porque permanecen en las sombras, apartados, de pie en una esquina, en silencio, con la mirada fija en ese púlpito que también les han robado.

Miguevi no replica; ni siquiera se atreve a retar a su colega. Es Archibald F. quien da un paso

al frente, interponiéndose en la línea de visión del joven. Miguevi no sirve para la batalla, por eso da media vuelta; pero Archibald no está dispuesto a concederle tregua, razón por la que le hostiga en plena fuga.

–Déjame adivinar –prosigue el más viejo de los meritorios–. Gabriel se excusó diciéndote que los editores no aceptaron incluir la firma de un becario, y para que tu contribución se haya podido publicar ha sido necesario que el ilustre catedrático cediera su nombre. ¿No es así? Dime qué más te ha contado. ¿Te ha dicho que fue una sorpresa para él, que está furioso, que nunca le había sucedido algo parecido antes, que hace esto por el bien de la universidad, de la Historia, del género humano, que si de él dependiera tu nombre rubricaría ese libro, que debes sentirte orgulloso, que siempre sabrás al abrir sus páginas que ese manual te pertenece? Dime, ¿qué mentiras te ha contado? ¿Te ha dicho que la próxima vez será diferente? –Miguevi se detiene. Archibald, que lo perseguía unos pasos por detrás, le da alcance. Los dos mantienen el duelo teatral no lejos de la carpa–. Sí. Te ha mirado a los ojos, con su mejor sonrisa, tal vez incluso te ha puesto una mano en el hombro, y sin inmutarse, te ha dicho que pronto verás tu nombre en un libro, y tú le has creído, porque no podemos evitarlo: soñamos con la inmortalidad, confiamos en que Gabriel no puede ser ese cabrón del que todos hablan, y que, antes o después, seremos recompensados por nuestros esfuerzos.

–¿Qué quieres? –pregunta Miguevi, con lágrimas en los ojos.

–Ese manual que has escrito, junto a otros cuatro ilusos como tú, ¿sabes lo que harán con él? La editorial ha llegado a un acuerdo con el departamento para convertirlo en lectura obligatoria el próximo curso en, al menos, media docena de asignaturas, el mismo trato que ha cerrado con las universidades de los otros farsantes que firman junto a Gabriel. Cincuenta materias semestrales, de tres a cinco mil alumnos. A todos les obligarán a comprar el libro, y para cerciorarse de que así es, los estudiantes habrán de tener consigo el manual de consulta el día del examen. Es una vieja treta. Hace años, cuando entré como becario, los alumnos fotocopiaban los libros de texto, y los profesores que habían convertido su lectura en preceptiva les preguntaban en los exámenes por los códigos de colores que acompañaban a cada capítulo, porque, como las fotocopias eran en blanco y negro, todos los epígrafes tenían un tono gris.

–No sé de qué me hablas –farfulla Miguel Vicente.

–Trato de decirte que Gabriel te ha utilizado, y volverá a hacerlo, siempre que lo necesite, y cada vez se aprovechará un poco más de ti, hasta que no alcances a distinguir dónde empieza su deseo y dónde termina tu voluntad. Lo sé porque yo he estado donde tú te encuentras ahora. Sólo trato de prevenirte.

–¡Por favor! Venderías a tu madre por recuperar la confianza de Gabriel –sentencia Miguevi, mucho más avisado de lo que Archibald pudiera sospechar–. ¿Crees que no sé cuál es tu problema? Durante años, has desperdiciado las oportunidades que te ofrecieron para salir del pozo, y por eso sigues siendo un becario, dispuesto a lamerle el culo a cualquiera. ¿Cómo te va contando copos de nieve?

–Eres un iluso –arremete Archibald, con una sonrisa ácida–. ¿Crees que a Gabriel le importas lo más mínimo? ¿Crees que es tu billete de entrada en el departamento?

–No, pero sé que no voy a tragar mierda los próximos diez años para nada, porque yo tengo algo que tú desconoces: talento.

–Por ahora, tu talento sólo sirve para pagar las putas y el whisky de Gabriel. Eso es lo único que le importa a tu amo, y llegado el momento deberás sacrificar algo más que palabras sobre el papel para mantenerle contento. Recuerda lo que te digo.

Mientras la última admonición todavía resuena, Miguevi ve al veterano becario arrastrar los

pies por la senda de arena y grava del jardín. Un escalofrío recorre el espinazo del joven, quien da media vuelta y regresa a la pagoda de plástico. Miguevi desearía estar en casa, cubierto de mantas frente al televisor, pero, por algún motivo que no alcanza a comprender, se entrega a una multitud que le ignora. El becario ve a lo lejos a varios colegas, departiendo con los profesores de la quinta planta. Miguevi se fija en Juana A., acompañada por Carla y Ángela. El becario siente un hormigueo en la entrepierna; ha pasado mucho tiempo desde la última vez que una mujer se apiadó de su suerte. Mientras Miguel fantasea con la silueta culebrina de Ángela, la manopla de un gigante llama su atención. Gabriel agita el brazo, indicando a su edecán que se acerque, pero Miguevi finge no haberlo visto, huyendo de allí. El becario no llega muy lejos; cuando ya parecía fuera de peligro, la voz grave del catedrático le obliga a detenerse, como un perro ante la orden de su amo. Al dar media vuelta, Miguevi ve a Gabriel que se aproxima, acompañado por dos muchachas.

–Miguel –advierte el catedrático, con una sonrisa en construcción bajo su mostacho–, la editorial ha preparado una recepción en un restaurante cerca de aquí. He pensado que podríamos tomar algo antes de acudir a la cena. Por cierto, permite que te presente a dos estudiantes con las que he coincidido hace un momento. Estás son... Lo siento, no recuerdo vuestros nombres.

–Yo soy Guadalupe –dice la más menuda y risueña de las muchachas –, y esta es mi compañera, Graciela. Nosotros ya nos conocíamos. Es usted nuestro profesor en el seminario de Cultura Occidental.

–Claro, ya decía yo que me sonaban vuestras caras. –Miguel Vicente sonrío efusivo, antes de besar a las dos muchachas, de rasgos indígenas y piel olivácea. Ambas son estudiantes en un curso de posgrado que Miguevi imparte, supliendo a un Gabriel invariablemente ausente. La primera vez que el becario sustituyó al catedrático, los nervios y la excitación se confundían en el joven; ahora que Gabriel ha convertido su absentismo en norma, endosándole una docena de horas lectiva, Miguel Vicente se limita a cumplir, asqueado con sus obligaciones.

–Conozco un bar –asegura Gabriel, señalando al horizonte–; está a la vuelta de la esquina. Sirven las mejores tapas de la ciudad. ¿Conocéis las tapas? –pregunta el catedrático. Las dos alumnas asienten, disimulando el bochorno–. Por cierto, creo que no os lo he preguntado: ¿de dónde sois vosotras?

–Somos de Ecuador –responde Graciela, quien, al lado de su amiga, parece mucho más alta y robusta, sin perder un ápice de su melifluo encanto.

–Una tierra preciosa –dice Gabriel, degradado a vendedor casposo de enciclopedias–. ¿Por qué no nos movemos? Seguro que os encanta el sitio.

Circulan rumores sobre Gabriel S. Miguevi no suele dar crédito a las habladurías, si bien, ahora, le ilusiona pensar que tal vez sean ciertas, y que esta decepcionante jornada puede terminar de una forma que jamás habría previsto. Por esa razón, el joven becario aparca el resentimiento, dejando que el azar le empareje con Graciela, unos pasos por detrás de su mentor y la joven Guadalupe, vivaracha y menuda, tanto que Gabriel bien parece un coloso, un cíclope caminando entre pigmeos, un pederasta de turismo en Camboya.

Ya en el bar, el jolgorio de vasos y platos, órdenes y comandas, imbuye a la sala de un aire vivificante. Los camareros, uniformados con pantalón negro y camisa blanca, saludan a don Gabriel con un amago de reverencia, y entre varios no tardan en despejar un rincón, donde montan una mesa para el catedrático y sus compañeros de jarana, clientes predilectos de la tasca, que los recibe entre vítores.

–Ve a la barra y pide bebida y comida para todos –ordena Gabriel, humillando a Miguevi–. ¿Os gusta la sangría? –Las muchachas tratan de eludir el ofrecimiento, entre risas ruborosas, pero

la decisión ya ha sido tomada a expensa de su voluntad—. No podéis venir a aquí y no probar la sangría. Está decidido: Miguel, pide una jarra de sangría, y tres o cuatro tapas, tú decides. Diles que es para mí. Ellos ya saben.

Con este broche críptico, Miguevi es dispensado. Mientras las muchachas se encaminan a la mesa, guiadas por las manos de Gabriel sobre sus espaldas, el becario acepta su destino y va a la barra, donde repite las órdenes del profesor. Al rato, cuando ya están todos reunidos, dos camareros aparecen con las viandas, una jarra con trozos de fruta nadando en un líquido carmesí, y la especialidad de Gabriel: una botella de Jhonnie Walker etiqueta negra y agua helada para acompañar.

—Contadnos —interviene el catedrático, tras servir las bebidas y forzar un par de brindis—, ¿qué os trae a nuestra humilde universidad?

—Estamos aquí con una subvención del gobierno —explica Graciela—. Las dos somos maestras, ¿sabe usted?, y las autoridades de allá nos dieron, ¿cómo lo llaman ustedes?, una beca para mejorar nuestra formación, y así, cuando regresemos, poder enseñar a otros maestros. No sé si me he explicado bien.

—¡Qué interesante! —miente Gabriel. El catedrático va ya por su tercer whisky, obligando a los demás a apurar las últimas gotas de sangría antes de pedir una nueva jarra—. ¿Y qué os parece nuestro país hasta ahora?

—Estamos muy contentas —asegura Guadalupe. Miguel Vicente acaba de enamorarse de la joven ecuatoriana; el becario no puede evitarlo, su brújula sentimental tiende a la hipérbole, una exageración que nunca se materializa—. Son ustedes muy corteses, aunque quizás un poco serios. No se lo tomen a mal, se lo ruego. Es sólo que a veces...

—¿¡Serios!? —brama el catedrático, atrayendo las miradas de las mesas vecinas—. ¡No podéis pensar eso de nosotros! ¡Miguel, debemos conseguir que nuestras invitadas cambien de opinión! ¡Propongo un brindis! ¡Por las nuevas amistades!

Las copas chocan, y pronto llegan reemplazos de agua y sangría. Las muchachas, ligeramente ebrias, se deshacen en disculpas, mientras Miguevi desliza comentarios mordaces, caldeando un ambiente cargado de risas y voces. Al cabo de un rato, ya nadie recuerda que, supuestamente, éste era el prelude a una cena, colofón a la presentación del libro; ni siquiera cuando el manual aflora, ninguno de los cuatro recuerda la excusa del catedrático, adoptando aquella tasca como nuevo hogar.

—Nos disculparán —dice Guadalupe, medrosa a pesar de la sangría—, pero nos gustaría pedirle un favor. Mi amiga y yo hemos comprado su libro para llevarlo a casa, y nos sentiríamos halagadas si el autor se complaciera en dedicárnoslo.

—Pues, no podéis tener más suerte. —Gabriel coge el mamotreto con su mano izquierda, mientras con la derecha termina de escanciar el agua en su vaso colmado de whisky. Miguevi tuerce el gesto y se muerde la lengua, interesado en las promesas sexuales que enuncia la noche antes que en el rencor que le infunde aquel ladrillo—. Estoy convencido de que el autor os firmará el libro encantado.

Y, entonces, ocurre algo insólito, que desarma al becario. Gabriel S. le entrega el tocho de papel, para desconcierto de las estudiantes ecuatorianas, que no entienden el gesto, si no es como un efecto catastrófico del alcohol.

—Miguel representa el futuro de nuestra universidad —asegura Gabriel. Aunque su dicción parece agarrotada, el catedrático no ha alcanzado el punto de ebriedad que le impide medir el efecto de sus palabras—, y ahora no sólo podréis holgaros con el privilegio de haberlo tenido como profesor, sino que os llevaréis a casa un ejemplar de su primer libro, ¿qué os parece?

–Disculpen, pero no entendemos.

–La parte del manual que lleva mi nombre la escribió Miguel, y he de decir que me siento orgulloso de ello, a pesar de las circunstancias. Tal vez en vuestro país sea diferente, pero aquí no podemos escapar a la tiranía de las apariencias –continúa el catedrático, divagando por momentos–. Veréis, la editorial me encargó hace meses una colaboración, y yo les dije que había conocido a un joven extraordinario. Salí en defensa de Miguel, pero en el último momento, cuando nos llegaron las galeradas, ¿sabéis lo que hicieron esos hijos de puta? ¡Eliminaron su nombre del libro! Y todo porque aún no tiene los galones que dan prestigio a los escritorzuelos. Pero, ¿sabéis qué? ¡No pasará mucho tiempo antes de que todos éstos que despreciaron el nombre de Miguel se arrepientan! ¡Propongo un brindis: por nuestro amigo, Miguel Vicente S.!

Ahí está de nuevo, esa sensación cálida, confusa por el alcohol en el estómago y una erección incompleta entre las piernas: es el orgullo, que se apodera del sentido común. Mientras Miguevi dedica el texto a sus nuevas y efímeras amistades, escribiendo una larga parrafada con una caligrafía especialmente fragosa, el becario acepta esta rectificación en la primera página de un libro como una enmienda a la totalidad de ejemplares, y en su simpleza se siente feliz.

Tras este momento de celebración llegan otros, y con cada brindis caen más botellas y jarras, hasta que, sobre las dos de la madrugada, los camareros suben las sillas a las mesas, encienden y apagan luces, tañen una campana y bajan las persianas, señales poco sutiles que animan a salir de allí. Al levantarse, Gabriel parece seriamente perjudicado, pero el catedrático elude el bochorno con ayuda de las dos chicas, que le sirven de muletas, sobre las que se apoya para cruzar la puerta. Miguevi se ríe de su mentor, al menos hasta que uno de los camareros le trae la cuenta, un palimpsesto enrollado que contiene un guarismo estratosférico. Miguel trata de reaccionar, llamando a Gabriel, pero el viejo truhán ha doblado la esquina, por lo que el becario no tiene salvación. La tarjeta de crédito se posa sobre el datáfono, un pitido certifica el éxito de la operación, y Miguel sale ligero de la tasca donde le han atracado.

Por suerte, piensa el becario, el grupo no ha huido. Gabriel parece recuperado de su oportuna flaqueza, y con el ímpetu intacto, anima a sus acompañantes a prolongar la noche. Pero la ciudad no se apresta a su asalto, y por un momento, los cuatro borrachos vagan sin rumbo, bajo la amenaza de concluir aquí su peregrinaje. Entonces, Gabriel tiene una idea: la casa de Miguevi no para lejos, apenas a un par de manzanas, y seguro que la alacena del becario conserva algunos culos de botella, un par de cervezas, tal vez unas copas de vino peleón. Las muchachas albergan dudas, pero Miguevi, que ha invertido centenares de euros en esta noche, las convence para que le sigan, doblando esquinas, batiendo palmas y rompiendo a reír.

El becario comparte apartamento con dos amigas; por suerte, ambas pernoctan en casa de sus parejas, y Miguevi puede disponer a su antojo del piso. Incidiendo en el tópico, Gabriel busca en el dial del aparato de radio unos compases de música latina, y mientras Miguevi sirve las últimas bebidas, el viejo catedrático cobra ventaja, sacando a bailar a la dulce y hermosa Guadalupe. En otras circunstancias, Miguel se hubiera retirado, cariacontecido, pero el licor vuelve pragmático al joven, al que no le cuesta enamorarse también de Graciela.

La pachanga se alarga un rato, hasta que los bailarines deciden retirarse. De forma sutil, Gabriel pide a su becario que le ceda el dormitorio, y Miguevi no duda en ponerle en el camino hacia el paraíso. Mientras el viejo lleva en volandas a la menuda Guadalupe, el joven empieza a besuquear a Graciela. Cuando sus labios se rozan, torpes y resacos, Miguevi siente un escalofrío. Hay algo del joven que hemos pasado por alto, pero que, llegados a este punto, resulta relevante: Miguel Vicente S. tiene un don, particular, doloroso, extraordinario. Las malas lenguas aseguran que los labios de Miguevi conducen a la homosexualidad a las mujeres que los besan. Por

supuesto, el becario jamás ha dado crédito a esos comentarios, infantiles, machistas, homófobos, con los que algún desaprensivo –Liborio Salazar, seguramente– se mofa de lo que no han sido sino algunos malentendidos; pero, al rozar a Graciela con su lengua, esos pensamientos inundan su mente, condenando sus progresos.

No serán estas dudas las que arruinen la noche, sino el exceso de alcohol, que se ensaña con Graciela. La muchacha apenas puede contener el vómito; en un alarde, tan heroico como fútil, la joven se despega de su amante y se lleva las manos a la boca, levantándose de un salto. Desorientada, Graciela trata de intuir dónde se encuentra el retrete, pero no da ni dos pasos antes de rendirse; entonces, la maestra busca una esquina, y sobre una planta de grandes hojas verdes vomita en explosivas andanadas. De esa forma, la promesa de una noche de caricias lúbricas se quiebra, y Miguevi se descubre sujetando el cabello de quien iba a redimir su virginidad renacida.

Atraído por los estertores, piensa Miguevi, aparece Gabriel. El catedrático se tambalea a la entrada del pasillo, llamando a su becario con chasquidos. Miguel acude rezongón al reclamo del viejo, quien vuelve al cuarto de donde acaba de salir. Dentro, la luz de la mesita alumbró la escena. La bella y frágil Guadalupe yace en el suelo, inconsciente. Miguel entiende que la muchacha se ha desplomado, y el viejo, que no puede arrastrar aquel peso muerto, pide a su becario que le ayude a depositarla sobre la cama. Una vez completada la acción, Miguevi da un paso atrás, a la espera de que el catedrático le siga, pero entonces Gabriel arranca las medias de la ecuatoriana, le sube la falda hasta las caderas, se baja los pantalones, agarra su enorme pene algo flácido y penetra a la muchacha inconsciente. Miguel queda hipnotizado, y tras la segunda investida, el violador levanta la vista y lo descubre allí de pie, atónito.

–¿Vas a quedarte mirando? –pregunta Gabriel–. ¿Es eso lo que te pone?

Gabriel ríe, y Miguel despierta. El becario sale del dormitorio con el corazón en un puño. Graciela ha conseguido llegar al sofá, y desde allí se esfuerza en contener las arcadas, inhalando por la boca. Miguel permanece de pie, junto al juego de sillas y mesa del comedor, a medio camino entre la joven traspuesta que reprime el vómito y la violación que se desarrolla en su dormitorio. Miguevi quiere llorar. La lucidez le golpea, difuminando cualquier efecto de la borrachera. El becario murmura un rezo, rogando que Graciela se duerma, y que Gabriel termine pronto. El deseo de Miguevi se cumplirá en unos minutos: Graciela cambia el resuello exagerado por los primeros ronquidos, e inmediatamente, la puerta del cuarto se abre. Miguel contiene la respiración, temiendo el diálogo que está a punto desarrollarse. Para sorpresa del muchacho, la cosa se complica cuando Gabriel S. sale del dormitorio, da la espalda a su anfitrión y cruza el pasillo hasta la salida, y de ahí al rellano, cerrando tras de sí.

Miguel Vicente permanece inmóvil unos minutos, en los que trata de convencer a su cuerpo para que obedezca. Entre lágrimas, el becario recupera el paso. En el dormitorio, Guadalupe yace sobre la cama. Miguevi no se atreve a entrar; por su cabeza pasan imágenes, ideas, dudas sobre la apariencia de culpabilidad, y no estamos hablando de un sentimiento derivado de su cobardía por no haber impedido la violación, sino del miedo a que Guadalupe concluya que fue él, Miguel Vicente, quien abusó de ella, aprovechando su estado de ebriedad. Al becario le tiemblan las piernas, y antes de darse cuenta, un ardor escala hasta su garganta, obligándole a caer de rodillas. Cuando las arcadas pasan, Miguel levanta la vista, encontrándose con el rostro de la mujer inconsciente. Miguevi entiende entonces que ya no está enamorado de la bella Guadalupe; ahora le tiene miedo, como nunca ha temido a nada ni a nadie.

Capítulo 11

Dimitri el Impostor

«Grigori Otrépiev (1581-1606) era el supuesto nombre del primer falso Dimitri o Dimitr el Impostor. Apoyado por los boyardos polacos, se hizo pasar por el hijo del zar Iván IV, Dimitri –asesinado en 1591 a la edad de ocho años–, e invadió Rusia con los cosacos. Cuando la muerte de Boris Godunov dejó el poder en manos de Fiódor II, el falso Dimitri lo mandó asesinar y se instaló en el trono. Murió a consecuencia de una revuelta, tras once meses de reinado».

Rainer Maria Rilke. *Los apuntes de Malte Laurids Brigge*.
Barcelona, Alba, 2016.

El timbre suena impertinente. Los tacones repiquetean sobre la tarima noble mientras la mujer alcanza el vestíbulo. La melena mechada enmarca su rostro ampuloso con simetría. La mujer viste unos pantalones vaqueros especialmente ceñidos, una blusa transparente y un top estrecho bajo la seda, constriñendo su pecho. Cuando abre la puerta, le decepciona la estampa del tipo pálido y sudoroso que se ha propuesto amargar sus meditaciones matutinas frente al televisor.

–Busco al doctor S. –Es curioso; aunque no les separan más de cinco o seis años, Miguevi se dirige a la mujer como si ella fuera la madre de un amigo que ha venido a buscar, y él un adolescente que profana el universo adulto. A Miguevi solo le falta preguntar si Gabriel puede salir a jugar con él.

–Tú debes de ser el nuevo becario de mi marido –concluye la mujer, a quien el aspecto de Miguevi inspira confianza–. ¿Dónde estuvisteis ayer por la noche?

–En la presentación de un libro.

–Sí, lo sé; quiero decir después. ¿Dónde estuvisteis hasta las cinco de la mañana un jueves por la noche?

–Bebiendo –dice Miguevi, más nervioso incluso de lo que ya estaba al atreverse a llamar a la puerta de su patrón con dudas y reproches inconfesables–, en un local, cerca de las facultades.

–¡Gabriel! –grita la esposa, con voz estridente y desalmada.

Antes de olvidarse del becario, la mujer lo escruta de arriba abajo, abandonándolo al momento por no toparse con su marido. Durante un minuto, Miguevi aguarda solo a la entrada de la vivienda, sin atreverse a cruzar el umbral.

–¿Miguel? –Gabriel aparece al fin, vestido con una bata demasiado corta, bajo la que se interpreta una desnudez mal disimulada. Los cabellos lacios del historiador ocasional forman crestas y cárcavas, efecto que delata el hecho de que acaba de despertarse–. ¿Qué coño haces aquí?

–Necesito hablar con usted. Es urgente. No podía esperar.

–Por el amor de Dios. Anda, no te quedes ahí.

Con gesto de fastidio, Gabriel invita al becario a entrar en la vivienda, dirigiéndole hacia su despacho. Ya en la habitación, tras cerrar la puerta a sus espaldas, el catedrático se permite un eructo con sabor a resaca y aroma bilioso a sumidero.

–¿Qué coño te pasa? ¿Cómo has conseguido mi dirección?

–Necesito hablar con usted. Es muy urgente. –El becario elude cualquier pregunta, sin caer en la cuenta de que ha repetido la misma frase, que lleva ensayando desde hace horas, mientras, en la calle, cobraba valor para llamar a la puerta.

–Ya te he oído la primera vez. ¿Qué quieres?

–Necesitamos hablar sobre lo que ocurrió anoche, en mi casa.

–Anoche no ocurrió nada en tu casa.

Gabriel descabeza un busto de Marx, escondido entre plúmbeos tratados de derecho canónico que nadie leerá. El cogote del filósofo alemán guarda un cigarrillo de hachís y un mechero. Al tiempo que da la primera calada, el catedrático se acerca a la ventana entreabierta de su despacho, por donde evacúa el humo.

–Me preocupa lo que ocurrió en mi dormitorio, entre usted y esa estudiante.

–¡Haz el favor de bajar la voz! –le increpa Gabriel, elevando el tono al tiempo que modula el volumen, en un refinado ejercicio de equilibrismo–. ¡Mi mujer está en el salón, viendo la tele!

–¿Qué ocurrió anoche entre usted y Guadalupe? –susurra el becario.

–No me digas que te has aprendido el nombre de esa puta colombiana –se mofa el viejo y retorcido cabrón–. Lo que ocurrió anoche en tu dormitorio se conoce como sexo consentido entre adultos. Pero, no sé por qué preguntas; al fin y al cabo, tú te quedaste allí mientras me la tiraba, de pie, delante de nosotros, si mal no recuerdo.

–La chica estaba inconsciente –argumenta Miguevi, conteniendo los temblores.

–La chica estaba borracha, y esa chica borracha, que se restregaba contra mi polla mientras bailaba esa mierda de música que escuchan en su país, entró por su propio pie en la habitación con el firme propósito de mantener relaciones sexuales consentidas con otro adulto. ¿O acaso viste algo diferente? Dime, tú que estabas en el dormitorio, y que saliste por la puerta sin decir una sola palabra, ¿hubo algo que te llevara a considerar que la situación era distinta? No creo, ¿verdad? Porque si hubieras visto algo raro, algo inapropiado, hubieras intervenido, ¿no es cierto? Por supuesto. ¿Qué clase de persona serías de lo contrario?

–Ella... Ella... Cuando vi que...

–Dime, sin remilgos ni rodeos, ¿qué coño te preocupa? –Miguevi no se atreve a hablar, por lo que Gabriel ha de contestarse a sí mismo con una respuesta obvia a estas alturas–. ¿Tienes miedo a que alguien pudiera malinterpretar lo que ocurrió ayer? Un desaprensivo, con mucha imaginación y pocos escrúpulos, podría pensar que nuestras dos amigas fueron forzadas a beber durante toda la noche, que alguien las obligó a subir a tu piso, que allí siguió atiborrándolas a alcohol, hasta que estuvieron lo suficientemente borrachas como para aprovecharse de ellas. ¿Es eso lo que te preocupa?

–Me preocupa tener que verlas dentro de cuatro días en clase –contesta el becario, con honestidad.

–Miguel –dice el catedrático, pasando su brazo por el hombro del muchacho, que no despega la vista del suelo–, lo que ocurrió ayer empezó y terminó en tu apartamento. El próximo día, entra en clase como si nada, con seguridad, incluso con un punto de arrogancia. Muéstrate firme, seco, algo presuntuoso, y no dejes que la conciencia te juegue una mala pasada.

»Además, no tienes de qué preocuparte –añade el catedrático, apurando el pitillo antes de lanzarlo por la ventana–, a esas zorras lo único que les importa es aprobar los créditos suficientes para que les sigan pagando la beca; de otra forma, tendrían que volverse a sus países de mierda a fregar escaleras, recoger maíz, o lo que coño sea que hagan allí para ganarse la vida.

–¿No le inquieta...? –Miguevi se detiene, pero la familiaridad de la conversación le anima a continuar–. Ayer, no usó condón. ¿No le preocupa...?

–Me corrí fuera –manifiesta Gabriel, sorprendido por el comentario–; ¿no creerás que es mi primer rodeo, como dicen los americanos? Veo que no pierdes detalle. Por cierto, ¿cómo te deshiciste de ellas? –Miguevi y Gabriel se miran fijamente, por vez primera durante la entrevista. El becario guarda silencio, ocultando las maniobras vergonzosas con las que trató de velar el

rastró del catedrático, limpiando el goteo sobre la piel tostada de Guadalupe antes de sustituir las medias desgarradas por un juego nuevo, cortesía del cajón íntimo de su compañera de piso. La salida vergonzosa de las dos jóvenes esta mañana, con un portazo como despedida, ha puesto el broche a este asunto—. No importa. Estoy convencido de que eres una persona de recursos; de otra forma no me hubiera fijado en ti.

Gabriel acompaña al becario hasta el vestíbulo; unas voces enlatadas se escuchan al fondo del pasillo. Bajo el vano de la entrada, el catedrático estira los límites de su bata en un insólito gesto de pudor.

—La revista de la universidad prepara un número especial por su aniversario, y nos han pedido que contribuyamos con un artículo sobre los orígenes medievales de la institución. Esta vez firmarás con tu nombre, como miembro del departamento.

—No sé nada sobre ese asunto —confiesa Miguevi—. El tema lo trabaja Marcos B.

—Marcos B. es un imbécil, un cero a la izquierda en esta universidad. Yo, sin embargo, tengo los contactos, las influencias que pueden convertirte en historiador, en profesor del departamento.

—Aún no hemos hablado de mi tesis —plantea el becario. Gabriel rompe a reír.

—No lo entiendes, ¿verdad? Tú tesis importa una mierda. Puedes coger un paquete de folios en blanco y pasarlos por registro de entrada, llegado el momento. Miguevi, si continúas a mi lado, es sólo cuestión de tiempo que consigas todo cuanto desees, y a cambio sólo te pido una cosa: lealtad incondicional. No lo olvides.

Su amigo se retrasa, o tal vez es que Miguel Vicente ha llegado pronto. En la mesa se alinean los botellines vacíos de cerveza, sobre una celosía de rodales encadenados, como un juego de anillos olímpicos. Al fin, su camarada aparece por la puerta, cargado de disculpas y abrazos. Aitor desapareció semanas después de graduarse, y no ha vuelto hasta hace unos días. Desde que consiguió la beca, Miguevi se ha distanciado de sus colegas, con la excepción de Aitor, cuya ausencia le salvó de la purga. Tras las turbulencias de algunas frases de relleno, el espejismo de una confesión y una puesta al día rápida, la entrevista gana trascendencia.

—¿Cómo te tratan en el departamento? —pregunta Aitor, refiriéndose a un mundo que ambos conocen.

—Las cosas no están saliendo como yo esperaba.

—¿Has tenido algún problema? —Aitor da un sorbo a la cerveza; el joven, siempre robusto, ha perdido peso, aunque la barba disimula la delgadez, fruto del ajeteo de estos meses.

—Gabriel... —empieza a declarar Miguevi, pero en el último momento se detiene, temiendo el juicio de su amigo, que pesa por adelantado sobre su conciencia—. Todos me advertisteis, hasta ese portugués de los cojones, y yo he sido lo suficientemente ingenuo como para no querer darme cuenta.

—Ya me he enterado. —Las palabras de Aitor roban el aliento a un Miguel Vicente que se cree perdido. Por la cabeza del becario pasan escenas de oprobio, grilletes en sus muñecas, duchas carcelarias con acosadores y un sinfín de penitencias—. Siento lo del manual: tu nombre debería encabezar ese libro.

—Sí, es cierto —respira Miguevi—, pero no es sólo el manual. De un tiempo a esta parte, tengo la sensación de que Gabriel me utiliza para su único beneficio. Imparto sus clases, escribo artículos con su firma; soy su chófer, su secretario, su confidente; asisto a reuniones en su nombre, corrijo ejercicios imitando su caligrafía, miento por él. Y cada vez que me pregunto qué hago yo perdiendo el tiempo de esta forma, él sólo ha de agitar la promesa de un futuro en la universidad, que llevo años ganándome a pulso, y por el que sigo trabajando sin descanso.

—¿Conoces a los padres de Lucía? —pregunta Aitor. Miguevi lo niega, molesto por la

interrupción-. Resulta que, en los años finales de la dictadura, los dos militaban en un grupo clandestino. ¿Lucía no te lo ha contado?

–Ya te he dicho que no –replica Miguevi, ahogando su frustración en la cerveza.

–No tengo claro si podría llamarse un partido; en realidad, sólo era media docena de matrimonios jóvenes, procedentes de distintas tradiciones: maoístas, trotskistas, algún nostálgico del PSOE de Largo Caballero. Tampoco tenían una actividad sediciosa notable: en realidad, se reunían para leer y discutir textos prohibidos; de vez en cuando ilustraban algún muro con carteles o pintada, ya sabes.

–No entiendo qué tiene que ver todo esto...

–Confía en mí. –Aitor respalda la súplica con un brindis al aire proferido con su botellín de cerveza-. Los padres de Lucía militaron en esta disidencia los últimos años del franquismo, y a la muerte del Caudillo se mantuvieron en la clandestinidad, como muchos otros, por temor a que el Búnker se hiciera con el poder, prolongando la dictadura. De hecho, los padres de Lucía y sus camaradas decidieron no participar en las elecciones de 1977, a pesar de que el PCE había sido legalizado.

»Al parecer, en aquel grupo había un tipo, apodado Dimitri, con un cierto ascendente entre sus camaradas. Dimitri aseguraba tener contactos en Europa del este, y solía deslizar pretendidas confidencias, que supuestamente le habían llegado a través de canales de espionaje secretos que la Unión Soviética salvaguardaba por toda Europa. Según Lucía, el tal Dimitri no era más que un bufón, pero en aquel país atrincherado y paranoico, sus fantochadas no parecían tan ridículas.

»El caso es que, aunque Dimitri se mostró contrario, al final el grupúsculo comunista salió a la luz y formaron una estructura de partido, sin mayor trascendencia. Aún así, las reuniones clandestinas se hicieron públicas; incluso llegaron a difundirlas, con la esperanza de atraer a curiosos en un clima de fervor e interés político tras cuarenta años de censura.

–¿Esta historia encierra una moraleja que se me escapa, o sólo estás divagando?

–No seas capullo, y escucha –sentencia Aitor, templando la acritud de sus palabras-. Durante años, los padres de Lucía y sus camaradas trataron de construir una alternativa obrera y revolucionaria a la izquierda constitucionalista, hasta que en 1981 Tejero entró pegando tiros en el Congreso de los Diputados, mientras Milans del Bosch paseaba los tanques por Valencia. Debes entender que, para los padres de Lucía, en aquel momento, el triunfo del golpe significaba una condena a muerte. Los nombres de miles de comunistas, socialistas, enlaces sindicales, militantes obreros, figuraban en listas que la extrema derecha podría utilizar como relación de apellidos para futuras fosas comunes y paredones improvisados detrás de cualquier palacio de justicia. Por esa razón, cuando sonaron los golpes en su puerta, la familia sólo pudo concluir que venían a por ellos... Pero no fue así. Quien llamaba esa noche era el tal Dimitri.

–¿Y qué quería? –pregunta Miguevi.

–Dimitri aseguró que el golpe de Estado había sido un éxito; sus contactos en Madrid le habían informado de que el rey Juan Carlos aparecería en breve por televisión, abrazando la causa golpista, como ya hizo su abuelo. Los padres de Lucía debían hacer las maletas, sólo lo imprescindible, coger a sus hijos, subir al coche y seguirle. Unas horas después de conocerse el asalto de Tejero, Dimitri había hablado por radio con uno de sus contactos, quien le había dado las coordenadas de un punto en la costa donde un submarino albanés les recogería en unas horas.

–¿Un submarino albanés? ¿Eso que es: una bañera boca abajo, con Enver Hoxha y Mehmet Shehu agitando los brazos?

–Sé que parece ridículo, pero en ese momento los padres de Lucía estaban convencidos de que acabarían en una cuneta; así que creyeron al tal Dimitri y salieron detrás de él. Condujeron durante

horas hasta una playa. Allí descargaron los coches, acarreando las maletas hasta la orilla. Lucía siempre cuenta que hacía un frío del carajo, por lo que las familias se apiñaron detrás de un dique erigido con sus bártulos. Tres o cuatro adultos se apartaron del grupo, armados con una linterna potente, con la que se supone debían señalar su posición cuando el submarino asomara en el horizonte.

»La noche se cernió sobre aquella playa, y mientras el rey aparecía en televisión desautorizando a los golpistas, las doce familias esperaban a ser rescatadas por un submarino albanés que les conduciría como refugiados heroicos a su nueva patria obrera. Entonces, una luz se encendió a lo lejos, y todos entendieron que se trataba de su transporte evasivo, que por fin había llegado. Lucía cuenta que, al verlo, todos dieron saltos de alegría, se abrazaron, y durante un buen rato, la excitación le ganó la partida al frío y al sueño. Dimitri empezó a agitar la linterna, encendiéndola y apagándola, tal y como se suponía que debía hacer, y de esa forma pasaron las horas, y mientras los más pequeños caían dormidos, y no pocos adultos tiritaban sin remedio, el entusiasmo se fue extinguiendo. Al final, se hizo la luz y, con el amanecer, el grupo pudo distinguir que el supuesto submarino no era sino una baliza de señalización.

–Vale –dice Miguevi, quien no está acostumbrado a escuchar paciente–. Creo que ya lo he pillado.

–No. Déjame terminar. –Aitor se acerca a su amigo, para incomodidad del becario–. El grupo entendió en ese momento que Dimitri no era más que un farsante, un fantasma con ansias de protagonismo que necesitaba manipular a todos a su alrededor para sentirse importante. Así que regresaron a sus casas, avergonzados por haber confiado en ésta y en todas las historias absurdas del tal Dimitri. Pero, entonces, ocurrió algo que Lucía no pudo comprender en su momento. Días después, Dimitri habló con unos y con otros, inventando excusas que explicaban por qué el submarino no había aparecido, no siendo necesario, pues los informantes albaneses en Madrid supieron antes que nadie que el golpe fracasaría, y no era cuestión de arriesgar la red de espías en el sur de Europa por un grupo de familias que no corrían peligro. Excusas pueriles, y sin embargo sus camaradas confiaron en la explicación de Dimitri, quizás porque no podían aceptar la vergüenza de sus errores, o porque necesitaban seguir creyendo que existía un extraño paraíso llamado Albania, poblado por submarinos obreros y espías antifascistas.

–Vale –asiente Miguel Vicente, confuso–, ahora sí que no tengo ni idea de qué coño intentas venderme con esa historia.

–Miguevi, hay gente que sólo sabe relacionarse con los demás a través de la mentira y la manipulación. Gabriel es un cerdo egoísta, acostumbrado a abusar de cuantos le rodean hasta dejarlos secos, de ideas y amor propio, para entonces repudiarlos. Lo más sensato que puedes hacer es poner tierra de por medio, y sobre todo no dejarte llevar por sus mentiras, porque si te acomodas a esas historias, a esos ensueños, a esas promesas, acabarás despertando una mañana, sucio y humillado, reprochándote a ti mismo cómo has podido dejarte arrastrar hasta la orilla de esa playa.

–Ya. Eso suena muy bien, ¡muy bonito! Pero, ¿cuál es la alternativa? Olvidas que cabrones como Gabriel S. controlan la universidad, los consejos de redacción de revistas y periódicos, las editoriales, los comités que deciden quién se queda y quién se va, ¡quién sigue y quién puede irse a tomar por culo! ¿Qué hago? ¿Tiro por la borda estos años de esfuerzos, de sacrificios, de estudio y excelencia?

–Yo ya he hecho las maletas –dice Aitor, con cierto dolor y añoranza–. Me apunté a una bolsa de trabajo y me han llamado. Voy a dar clases en un instituto a cuatrocientos kilómetros de casa. No es lo que tenía en mente cuando entré en la facultad hace años, pero con el tiempo creo que

estaré bien.

–Podría hablar con mi padre –farfulla Miguevi, pasando por alto la preocupación de su amigo–, y supongo que podría conseguirme un trabajo de cajero en una sucursal bancaria, pero... ¡Joder, no es justo! ¡Yo merezco haber llegado hasta aquí! ¡Me lo he ganado, y es mío! Y no tendría que estar soportando la mierda de un viejo verde, incapaz de escribir tres líneas seguidas por sí solo. ¡No es justo! Yo no soy cajero de banco, ni profesor de instituto, ni asistente, chófer o lo que sea que se le pase por la cabeza a Gabriel. ¡Yo soy historiador! ¡Historiador!

–Tal vez –contesta Aitor, harto de la rabieta del becario–, pero a nadie le importa. ¿Me permites un consejo? El último, te lo prometo. Busca una salida, lejos de la facultad y de Gabriel, y hazlo cuanto antes, o de lo contrario te arrepentirás.

Miguel Vicente S. odia y desprecia cuanto le rodea, empezando por este supuesto amigo que ha venido a marearle con sus anécdotas y sus crudas admoniciones. Sin embargo, con sus últimas palabras, Aitor tal vez haya dado en el clavo. La solución radica en buscar una salida, ahora que aún puede reaccionar, ahora que Gabriel aún no le ha arrastrado. Todavía queda esperanza para Miguel Vicente S., la luz del pensamiento occidental, el genio oculto en un botellín de cerveza.

Capítulo 12

La conjuratio

«La *conjuratio* urbana, pacto fundador de la comuna y una de las aproximaciones históricas realmente más cercana a un "contrato social" formal, entrañaba un principio nuevo y diferente: una comunidad de iguales. Por su naturaleza, era odiada y temida por nobles, prelados y monarcas: la comuna era un "nombre nuevo y detestable" para Guibert de Nogent, a principios del siglo XII».

Perry Anderson. *Transiciones de la Antigüedad al feudalismo*.
Madrid, Siglo XXI, 1995.

Viéndole trabajar, nadie diría que su familia fue propietaria de un restaurante. El futuro profesor se mueve con torpeza en este espacio disfuncional que han calificado de cocina. Aitor emplata con cuidado, colocando las verduras crujientes junto al pollo como si cada composición fuera una pieza maestra del postimpresionismo. Al pasar a su lado, Liborio se desespera, y con gesto impaciente le aparta, indicándole cómo debe hacerse, así, con las manos, rápido y al microondas, y luego que otro limpie los bordes con una servilleta, ¡vamos! El portugués conoce el oficio, y sabe que no pueden entretenerse en los detalles; fuera, en el patio interior del palacio renacentista, hay más de un centenar de comensales afilando el apetito.

Liborio da órdenes, rápidas, precisas, y con su voz de mando dirige la orquesta, el coro, la compañía de bailarines que entra y sale de esta cocina improvisada con ocho caballetes, cuatro tableros y un par de hornos microondas. El portugués odia la hostelería, pero le encanta el ajeteo de un servicio, el estrés y la exigencia; es una paradoja, una contradicción que no puede evitar. Sus compañeros esta noche no comparten esa euforia: son una docena de graduados que nunca han movido el culo al ritmo de unos fogones, con la excepción tal vez de Carla, que humilló a sus padres aceptando un empleo de camarera en una heladería; y Lucía, por supuesto, que se ha costeadado la carrera cambiando sábanas en un hotel junto a la playa. La inexperiencia del resto no empaña su esfuerzo, lleno de entusiasmo, seguramente porque todos creen en la razón de este despliegue, más propio de un banquete nupcial que de una gala solidaria.

Sotavento se fundó como una plataforma de protesta estudiantil contra la guerra. Fran C., Aitor, Dani y unos pocos mantuvieron durante meses la constancia necesaria para reunir fuerzas, organizarse, gestionar un tiempo siempre efímero y movilizar a los compañeros en contra de genocidios que, por lejanos, nos parecen peregrinos, cuando no ajenos a nuestra naturaleza, como si se tratara de masacres virtuales. La plataforma sumó empeños, y pronto se unieron otros camaradas, como Miguevi, Esther, Luis o Raquel. La facultad de Historia era su punto de encuentro, de reclamo, epicentro y morada, y pronto comprendieron que la voluntad no mueve montañas, sólo levanta polvo, pero que también desde el polvo se puede combatir la opresión, las desigualdades y los intereses torticeros que aplastan derechos básicos y siembran el miedo. De ahí nació Sotavento, como un medio para conducir la protesta puntual hacia la construcción de alternativas, contra la pobreza, los recortes en servicios y derechos básicos, la exclusión. Fran C. y Luis, dos bestias sociales con una energía organizativa en apariencia inagotable, asieron la sirga y, como en un cuadro de Ilya Repin, empezaron a remolcar el barco... a Sotavento.

Cuando el último pollo confitado ya ha salido, Liborio pide a su mesnada que despeje la zona de trabajo y dispongan los platos del postre, para distribuir cuanto antes las porciones de tiramisú, decorado el zigurat de savoirdi con cristales de café y espuma de licor de avellanas. Todos

consideran excesivo el menú de Salazar; al fin y al cabo, los comensales han acudido por amistad antes que por la extravagancia de las recetas. Hace unos meses, el portugués tuvo una ocurrencia: fundar una revista, un medio de prensa, a caballo entre la denuncia, la pedagogía y la ciencia. Durante semanas, los conspiradores calcularon los costes del proyecto, dándole vueltas a posibles formas de financiación, y pronto concluyeron que necesitarían un aporte con el que arrancar. Existían varias fuentes de donde conseguir dinero, desde subvenciones hasta una polémica alternativa: integrar Sotavento en el Partido, una formación política donde Raquel, Luis, Dani y Aitor aterrizaron hace años. Las propuestas generaron debates, en apariencia estériles, hasta que a Liborio se le ocurrió una idea: trabajar, ellos que se llaman rojos, en sus diferentes matices de tono e intensidad. El portugués, que lleva años entre fogones, se comprometió a liderar esta empresa, organizando una cena para la recaudación de fondos.

Cuando los huesos de pollo regresan limados, Liborio sabe que es el momento de acelerar el desenlace. Carla, quien como de costumbre se ha erigido en figura sobresaliente, se exhibe cogiendo varios platos a la vez con la misma mano, mientras reprocha a Dani su ineptitud. El muchacho resopla y huye de allí, seguido por Carla, quien bebe los vientos por él, y se mortifica en silencio por su torpeza a la hora de encandilar al joven Apolo de pantalones ceñidos. Los camareros reparten el postre, para regocijo de los comensales que ocupan el patio del palacio, cedido por el Consejo de la Juventud. Para los invitados, el verdadero interés de la cena reside en ver a los muchachos desfilar sudorosos. Entre los comensales hay amigos, familia, colegas, incluso profesores, unos pocos, como Juana A. o Marcos B., quienes envían una gentil felicitación al cocinero que se oculta, vestido con chaquetilla blanca y pantalón a cuadros, en la sala del primer piso que han destinado a la intendencia.

Pero Salazar no puede eludir eternamente su protagonismo, y al final de la cena, el portugués y sus colegas aparecen en el patio, recibiendo un cariñoso aplauso de un público al que quizás no le han entusiasmado ciertas propuestas culinarias, pero que agradece el esfuerzo, no ya por alimentarles, sino por mantener vivo el espíritu de asociación, de protesta, de lucha solidaria y fraternal por los que siempre parecen condenados a perder, pero que hoy han conseguido una pequeña y trabajada victoria.

Unas horas después, cuando los últimos invitados se han ido, los confabuladores toman asiento en las mesas vacías, bajo las estrellas de un cielo limpio. A su alrededor, se extiende la desolación de la batalla, y aunque no albergan fuerzas ni ánimo, en breve habrán de recoger y limpiarlo todo. Pero antes, el grupo se reúne en torno a Fran C., que hace las veces de tesorero, contando billetes y restando facturas. Los demás, a su alrededor, charlan con un hilo de voz, apuran una cerveza o, simplemente, hunden la mirada en el vacío.

–Descontando gastos, hemos sacado algo más de mil euros –informa Fran C. Una plácida sensación sacude los músculos agujoneados de los jóvenes.

–¿Tenemos suficiente para que arranque la revista? –pregunta Aitor.

–Para empezar, sí –contesta Raquel, que se ha encargado de reunir presupuestos–, pero habrá que atraer suscriptores que confíen en el proyecto. Además, necesitamos firmas de peso que den prestigio a la revista, y ese asunto no se soluciona con dinero, al menos no con la limosna de unos amigos generosos dispuestos a ofrecernos su donativo con la excusa de una cena.

–Podemos empezar publicando nuestros propios artículos –comenta Carla.

–Eso ya lo hablamos –recuerda Luis–. Nosotros nos encargaremos del trabajo duro: diseño, corrección, maquetación; pero necesitamos colaboradores que den entidad al proyecto: entidad y continuidad, lo que en este caso son casi sinónimos.

–En resumen –dice Dani–: tenemos el dinero, sabemos cómo editar una revista, y estamos

dispuestos a dar el callo, pero necesitamos que alguien de fuera, unos cuantos catedráticos, políticos y especialistas, confíen en que todo esto no es un proyecto escolar. ¿Cómo se supone que vamos a hacer eso?

–En su día, ofrecí una solución, pero levantó algunas suspicacias. –Luis carraspea antes de proseguir. El joven ingeniero habla de una forma singular, dulcificando las frases con un tono curvo, armónico, en ocasiones alterado por un soniquete que anuncia una risa dentada–. La revista será un altavoz de Sotavento, pero si nuestra organización estuviera integrada en el Partido, podríamos jugar la baza de su influencia política para conseguir colaboraciones.

–Ya, pero algunos no queremos afiliarnos al Partido –protesta Fran–. Nuestra plataforma empezó como una entidad estudiantil, y si hemos conseguido algo en estos años, por poco que sea, se lo debemos al hecho de que no dependemos de nadie, ni estamos sujetos a otra lealtad que no sea nuestra conciencia.

–Tal vez deberíamos valorar la propuesta de Luis –dice Miguel Vicente.

–¿Y desde cuándo crees eso? –pregunta Liborio, poniendo de relieve el hecho de que Miguevi siempre se ha mostrado refractario a esta solución.

–Le hemos dedicado tiempo y esfuerzo durante años a un proyecto que es de todos –reflexiona el becario, pasando por alto la impertinencia de Salazar–, pero si queremos que Sotavento sirva para cambiar las cosas, debería sobrevivirnos, y para eso es necesario no sólo el Partido, sino mucho más. Por ejemplo, deberíamos valorar una opción de la que ya se habló: la idea de montar un sindicato de estudiantes.

–El problema –interviene Lucía– es que muchos ya no estamos en la facultad, y los que quedan terminarán en pocos meses. Pronto ya no tendremos edad para seguir llamándonos juventudes, ni mantendremos la condición de estudiantes.

–Podemos captar a chavales, nuevos alumnos interesados en seguir con nuestro trabajo; tal vez vosotros abandonéis la universidad, pero os aseguro que los problemas permanecen. Y el Partido puede ser un altavoz desde donde llegar a más personas, influir en decisiones de trascendencia. Siempre os lo he oído repetir, a todos, a ti el primero. –Miguevi señala al portugués–. ¿Cómo decís los marxistas? Los filósofos se han limitado a comprender el mundo; ahora se trata de transformarlo.

–¿Tú qué piensas? –pregunta Fran C. a Liborio, sentado sobre una mesa; tal vez se deba a que tiene unos pocos años más que la mayoría, o puede que vean en él ese icono heroico de la clase obrera que defiende su integridad ideológica sin ostentación, pero lo cierto es que el parecer de Salazar tiene cierto peso entre sus colegas.

–No lo sé –reconoce el portugués–. Con los años, el Partido se ha convertido en un cajón de sastre que ambiciona respetar todas las sensibilidades, hacer suyas todas las luchas, y en el camino se ha olvidado de que algunos nos matamos a trabajar por el salario mínimo. No me siento a gusto en un partido que se llama obrero cuando está gobernado por una élite de funcionarios y señoritos pequeño burgueses, y mucho menos me identifico con una recua de paletos que suman izquierda y nacionalismo para concluir que algunos sobramos en su gloriosa tierra... Pero, por otro lado, creo que Miguel tiene razón –el becario levanta la vista–, y si aspiramos a algo más que organizar coloquios y protestas, no deberíamos contribuir al sectarismo, atrincherados en nuestros club privado para revolucionarios de salón... No lo sé.

A la hora de limpiar, las adhesiones se disuelven. Dani es el primero que huye con una excusa incongruente, tras la que se sobreentiende un asunto de faldas. Con el joven Apolo fuera del tablero, Carla pierde interés en la pantomima y se larga sin argumentar su disidencia. Miguevi huye fingiendo una llamada de teléfono, y los demás aprovechan que es necesario despejar el

claustro para desaparecer en sus coches, con platos, vasos y cubiertos en el maletero. Al final, sólo quedan Luis, Raquel y Liborio, escoba en ristre, adecentando el palacio renacentista para que en unas horas, cuando lleguen los inquilinos institucionales, lo encuentren impoluto.

A las cuatro de la mañana, con todo recogido, los tres camaradas se sientan en el escalón de entrada al edificio. Luis abre las últimas cervezas, y le pasa una botella a cada uno de sus correligionarios. Liborio aún viste el uniforme de cocinero, gentileza de un restaurante donde trabajó como *pizzaiolo*.

–Creo que nunca me había cansado tanto en toda mi vida. –Los tres amigos se miran a la cara, y al momento se echan a reír por la perogrullada de Salazar–. Y puede que nunca me haya sentido tan satisfecho. Durante cinco años, he tratado de entender qué coño se me ha perdido en esa universidad de mis pecados, sentado en esos pupitres, o de pie vestido de blanco en otras cocinas, y nunca lo he comprendido, moviéndome de un lado a otro por inercia. Pero hoy... Hoy he tenido la sensación de que estaba en el lugar adecuado, de que todo el esfuerzo, la última semana de compras y preparaciones, los dos últimos días sin dormir, todo de alguna forma ha merecido la pena.

»Digo esto porque... Bueno, además de por la hora que es, porque no dejo de darle vueltas a la conversación de antes, y me pregunto si ése es el camino. Sé que estoy divagando. –La pareja asiente, con una sonrisa cómplice.

–Hace un rato –interviene Raquel–, cuando ha salido el tema del Partido, me ha venido a la cabeza la misma sensación, el mismo dilema.

–No quiero que esta noche termine aquí, pero tampoco quiero que se convierta en una rutina, en una inercia, como tantas otras. Yo no soy quién para hablar; a fin de cuentas, nunca he encajado en un grupo, pero Sotavento siempre ha sido algo de lo que sentirme orgulloso, y no porque los fundáramos nosotros, sino porque hemos conseguido articular una voz propia, sin convertirla en la cháchara conformista y autocomplaciente que se escucha en los comités de los partidos políticos.

–Pero esos partidos –matiza Luis– tienen una capacidad de transformación social que nosotros nunca alcanzaremos desde la periferia de una protesta estudiantil o una cena para un centenar de amigos.

–Y también cuentan con un aparato esclerótico, repleto de profesionales versados en la supervivencia política, a los que poco importan las ideas o las acciones transformadoras, y sí mucho conservar la sinecura asociada al Partido. Las formaciones políticas –continúa el portugués– son un calco de la universidad, o viceversa: estructuras de poder, articuladas por redes clientelares de pequeños caciques, que tejen una maraña de relaciones de fidelidad y dominación urdidas a lo largo de los años y los ciclos electorales, hasta componer un estructura consuetudinaria, hermética, rígida.

–Tal vez sea por el cansancio –se disculpa Raquel–, pero creo que no he entendido una sola palabra de lo que acabas de decir.

–Los partidos políticos existen para favorecer a sus amos, que se defenderán con uñas y dientes de quien trate de cambiar eso. ¿Qué pintamos nosotros en esa guerra, para la que no nos han convocado, y que seguramente perderemos?

–Nada, y todo –reflexiona Luis, más críptico de lo habitual–. Si Sotavento sólo es esto, la voluntad de unos cuantos dispuestos a plantarle cara a la exclusión y las desigualdades en nombre de la clase obrera, ya habrá sido mucho, pero habrá sido, pretérito, un pasado cada día más remoto. El Partido, con sus imperfecciones y vicios, puede convertirse en un medio para sumar las voluntades de quienes no saben que existe una vía para conducir su frustración. No estoy diciendo que vayamos a tomar mañana la secretaria general a la fuerza...

–¿Por qué no? –Liborio reta a sus colegas–. Si vamos a agitar la bandera de la lucha de clases, tal vez deberíamos barrer nuestra casa primero. ¿Por qué no convertimos el Partido en un ejemplo, y empezamos por promocionar a alguien comprometido con algo más que su propia preservación?

–¿Te estás postulando como candidato? –pregunta Luis.

–No. Te estoy proponiendo a ti.

–¿Yo? –sonríe Luis–. ¿Y por qué no tú? Eres cuanto un partido obrero necesita: inteligente, locuaz, creativo, honesto... y obrero.

–Soy un salvaje –confiesa Liborio–, sin temple para el debate, ni paciencia para la política. Fran C. y tú tenéis esa capacidad que a otros se nos escapa. Por vosotros al frente de un partido, con la dignidad y los derechos de los trabajadores por bandera, estaría dispuesto a partirme el lomo en noches como las de hoy.

–Eso es lo que me preocupa –contesta Luis–, que terminemos reduciendo la lucha de todos al liderazgo de unos pocos, y que en nombre de esa cómoda ficción entreguemos nuestra voluntad. Entiendo que resulta necesario contar con una persona que sirva de referencia, pero yo no puedo ser esa persona sin que me tiemblen las piernas, pensando que decido en nombre de alguien que no sea yo mismo.

–Por eso has de ser tú –concluye Liborio–, porque no quieres ser tú.

–Tal vez, pero eso no sucederá.

Las campanas de una iglesia marinera anunciaban el mediodía en el casco antiguo cuando el joven apareció. Se daba la extraña paradoja de que su cita había olvidado el nombre del becario, y Miguel Vicente apenas recordaba el rostro de Mariano A. Hubiera sido cómico, para un amigo común de ambos, verlos durante un buen rato: el uno oteando el horizonte desde su silla, y el otro escrutando entre los inquilinos de la terraza del bar. Sin embargo, la escena de los dos exploradores perdidos frente al otro estaba condenada al anonimato, de acuerdo con el plan de Miguevi. Fue al cruzar dos mensajes de texto que los desconocidos se hallaron a menos de dos pasos.

–¿Qué tonto! –exclamó Mariano–. Te estaba mirando a la cara y no sabía que eras tú. ¿Cómo era tu nombre?

–Miguel Vicente, pero todos me llaman Miguevi.

–Sí, es verdad –afirmó Mariano, haciendo memoria–. Coincidimos en la fiesta de cumpleaños de Rosana, en la sede del Partido. Fuiste con Luis. Ahora recuerdo: tú estabas en esa asociación que montaron en la universidad, ¿cómo se llamaba?

–Sotavento –dijo Miguevi–; soy uno de los fundadores.

–¿Esta noche me habéis invitado a una cena! ¿No?

–Sí. Hemos organizado una gala para recaudar fondos con los que sufragar el lanzamiento de una revista. Fue idea mía; doy clases en la universidad, y se me ocurrió que sería un medio para generar debate y atraer a voces cualificadas, gente del mundo académico, literario, político.

–Suena muy bien –aseguró Mariano, con la condescendencia propia de su cargo.

–Sotavento está creciendo más de lo que nadie podía sospechar. Ahora, junto a la revista, y a las movilizaciones y charlas, estamos montando un sindicato de estudiantes.

–¿De verdad? –Mariano perdió por un momento la sonrisa.

–Hemos reclutado más de cien alumnos, de diferentes facultades. No somos tan grandes como vuestro sindicato –explicó Miguevi–, pero si las cosas siguen como hasta ahora, nos podríamos convertir en la primera fuerza en Historia o Magisterio. Pero no tenéis de qué preocuparos. No pretendemos haceros la competencia; de hecho, llevamos tiempo debatiendo la opción de afiliarnos al Partido y sumar esfuerzos.

–Ya. –Mariano A., secretario general de juventudes, antiguo dirigente del sindicato de estudiantes y rotunda promesa del Partido, se revolvió incómodo en la silla de aluminio, vetada con bandas de surcos paralelos–. Entenderás que me pregunte por qué me has citado hoy en esta terraza, más teniendo en cuenta que no nos conocemos, y que apenas recordaba tu cara, ni siquiera teniéndote enfrente.

–Y a pesar de eso, aquí estás. –El camarero apareció para tomar nota a la pareja, que se deshizo de él pidiendo sendos cafés–. Ha sido leer el nombre de Luis en un correo electrónico, y te ha faltado tiempo para dejarlo todo y venir a verme.

–Luis es un viejo amigo –dijo Mariano.

–Luis es un grano en el culo –rebatió Miguel Vicente–, y como te he explicado en el correo, se está preparando para asaltar el Partido y hacer que tu cabeza ruede; y nosotros, Sotavento, somos su caballo de Troya.

–¿Qué quieres? –preguntó el secretario de juventudes.

–No me malinterpretes; no es mi intención atacarte, sino justo lo contrario. Lo cierto es que no tengo mucho tiempo, así que me permitirás ir al grano. Llevas quince años en el Partido –comenzó a glosar Miguevi–, desde que entraste en el Consejo de la Juventud, cuando aún ibas al instituto. Después vino la universidad, que no terminaste, pero tampoco fue necesario; desde el Partido te ofrecieron un puesto de liberado, como organizador, coordinador, no sé, el nombre de los cargos baila con los años; pero siempre has jugado la baza de contar con la muchachada del Partido, dispuestos a asistir a actos yermos, pegar carteles, poner copas, lo que hiciera falta. Pero ya no tienes veinte años, y no puedes eternizarte en un puesto que está ligado a la edad. Tampoco tienes dónde caerte muerto, perdona la expresión; te has convertido en un político profesional, y para ti sólo queda una salida: seguir medrando. Si no me equivoco, tu objetivo son las elecciones europeas. Las encuestas garantizan que el Partido obtendrá entre diez y doce eurodiputados, y si juegas bien las cartas de tu juventud y la cuota regional, podrías ir en sexto, tal vez séptimo, nunca más abajo del noveno puesto en esa lista. Con ello te garantizas cuatro años de tranquilidad en los que trabar relaciones más allá de vuestra federación, impulsando una próspera carrera nacional... Y lo único que ensombrece ese prometedor futuro somos nosotros.

–¿Vosotros? –preguntó el secretario de juventudes, admirado por la clarividencia de Miguel Vicente S.

–Sotavento. La cena a la que has sido invitado esta noche, la revista, el sindicato de estudiantes, todo responde a una misma estrategia: asaltar las bases moribundas del Partido, empezando por tu pequeño feudo. ¿Qué pasaría si fueran otros los que llenan mítines, pegan carteles y ejercen de camareros voluntariosos en las celebraciones del Partido? En ese caso, tú serías prescindible, y otro ocuparía tu lugar.

–¿Luis?

–No –respondió Miguevi–, Luis no. Otro, fiel a Luis, joven y con recorrido en el cargo, sin una ambición específica y fácilmente impresionable por los parabienes del puesto. No; Luis se reservaría para encarar directamente la cima, sin atajos, dejando en el camino los cadáveres de la vieja guardia.

–¿Por qué me cuentas esto? –preguntó Mariano, para a continuación guardar silencio mientras el camarero dejaba los cafés sobre la mesa.

–Porque quiero ayudarte –dijo el becario–, para beneficio mutuo. Sotavento entrará como un vendaval en el Partido, y nuestro sindicato barrerá al vuestro en las facultades de Ciencias Sociales y Humanidades, pero eso no hará sino fortalecer tu posición porque me tendrás a tu lado.

–¿Quieres la secretaria de juventud del Partido?

–Llegado el momento, te rendirás a Luis para evitar males mayores, pero no sin antes exigirle que renuncie a la secretaria, a lo que él accederá gustoso, proponiendo a alguien de su entorno, que tú rechazarás...

–Ofreciendo tu nombre como alternativa –concluyó Mariano.

–Así me convertiré en secretario de juventud, y Sotavento quedará a tu servicio, con la condición de que, llegado el momento, me lleves contigo a Europa como asesor, con sueldo y partida de gastos vinculada a tu acta de diputado.

–No puede ser –explicó Mariano–; ya tengo a alguien que me acompañará en esa aventura, y es un compromiso que no puedo quebrantar.

–Tu novia, lo sé –dijo el becario, para sorpresa de su interlocutor–. No pongas esa cara, todo el mundo está al tanto; para la mayoría no eres más que un hombre de paja, una marioneta que ella manipula a su antojo. Pero no te alteres, no vale la pena. Ella podrá acompañarte, y seguirá tomando las decisiones que a ti se te escapen, pero yo seré tu asesor, y me garantizarás una nómina y un porvenir.

–Creía que eras profesor en la universidad.

–He dicho que trabajo en la universidad –matizó Miguevi–, limpiándole las babas a los catedráticos que ya no saben ni mear sin orinarse en los pantalones. Soy un becario, la mierda bajo la suela, sólo por encima del estiércol de estudiantes que los profesores pisotean al entrar y salir de clase. Tengo cuatro años de contrato, y después me darán la patada; pero yo soy más listo, y antes de que me repudien, salvaré el culo de la misma forma que hiciste tú, sólo que un paso por detrás de ti.

–Tu plan parece muy elaborado, pero no te ofendas si te digo que resulta un tanto fantasioso. No sé; me recuerda al cuento de la lechera. ¿No tienes miedo a que los cántaros se rompan, y no ya en mitad del camino, sino antes de salir de casa?

–No, ¿y sabes por qué? Porque, en el cuarto de hora que llevamos de conversación, no has mirado una sola vez el teléfono móvil, no has negado ninguna de mis aseveraciones, ni siquiera te has refugiado en una sonrisa de suficiencia, y eso es porque detrás de esa mirada de mal jugador de póker se encuentra alguien tan jodidamente asustado que estaría dispuesto a vender ahora mismo a su madre.

–¿Asustado? –dijo Mariano, forzando esa sonrisa a la que su interlocutor se refería–. ¿Por qué habría de estar asustado?

–Porque en toda tu puta vida jamás has trabajado. Y, entiéndeme, no te lo digo como un reproche, sino antes como un halago. Has encontrado la fórmula perfecta para vivir sin dar un palo al agua, y eso es lo que yo quiero, y por eso vamos darnos la mano y a preparar cuidadosamente nuestro futuro en Bruselas.

Miguevi tendió su palma abierta, sosteniéndola en el aire unos segundos, largos, tensos, hasta que Mariano A. decidió estrechar su mano en señal de conformidad con los términos de la conspiración. Nacía así lo que más adelante sería conocido como la Hermandad de los Caballeros de Industria.

Capítulo 13

La papisa Juana

«Dentro de estos monasterios, conventos abadías y prioratos, las personas de fe e inteligentes podían ejercitar al máximo sus capacidades intelectuales y espirituales. Ya no como esposa, madre o hija, una mujer podía dedicarse, igual que un hombre, al estudio (...). En el siglo IX, algunos [teólogos] afirmaron que mediante tal educación "masculina" una mujer podía hacerse literalmente más "viril", más parecida a un hombre y, por tanto, más santa».

Bonnie S. Anderson y Judith P. Zinsser. *Historia de las mujeres: una historia propia*. Barcelona, Crítica, 2000, vol. I.

Mientras termina de maquillarse, la mujer recuerda una admonición de San Leandro, obispo de Sevilla en el siglo VI: «El cuerpo adornado atrae la mirada de los jóvenes. Tratar de seducir la mirada ajena es pasión de meretriz». Sola frente al espejo, la historiadora estudia su cuello, surcado por arrugas, anillos concéntricos que parecen haber escapado al corazón del árbol para cobijarse en la corteza. Sus ojos contemplan el cristal como un navegante enfrentado a la inmensidad del desierto. Debería ponerme el collar de perlas, piensa la mujer, y al momento se arrepiente, desecha la idea y se levanta con un susurro que disipa cualquier duda: ya basta.

Unas horas después, Juana departe con Marcos y varios colegas, reunidos en la mesa de los profesores. Los chavales han decorado el patio interior del palacio con austeridad e ingenio: unas telas aquí, unas plantas allá, y el astuto recurso de un chorro pregrabado que endulza la velada, simulando el baile de quiméricas fuentes. Juana profesa simpatía por este grupo de estudiantes: ¿cómo no quererlos?, ¿cómo no dejarse embelesar por el hechizo de una energía aparentemente inagotable?

Con el segundo plato, la mujer atisba una sombra que cruza el comedor, y en ese momento siente la necesidad de perseguir su estela. Juana se excusa en una urgencia inexistente para ir al baño. Al pasar junto a las mesas de los invitados, reconoce y saluda a unos pocos, sin pararse. Al fin, alcanza el pasillo oculto que nace en una esquina del claustro, pero allí no hay nadie. La mujer, ataviada con un vestido blanco, avanza por el corredor, pero luego se arrepiente y da media vuelta; entonces, Juana se topa de bruces con un camarero, antiguo estudiante.

—Profesora A. —dice el muchacho—. Me alegro de verla. No sabía que nos acompañaba esta noche. Dígame: ¿disfruta usted de la velada?

—Sí, está siendo un éxito. Mi enhorabuena. —Juana A. siente como sus mejillas se arrebolan. La mujer se arrima al camarero, al tiempo que pega un vistazo fuera, al patio, como si buscara a alguien en particular—. Habéis hecho un gran trabajo, con la decoración, las luces, la comida.

—Nos lo hemos tomado muy en serio —continúa el joven, en un tono grave, formal, impostado—. Liborio se ha vestido con su uniforme, y nosotros con pantalones negros y camisa blanca. ¿Qué opina usted del disfraz?

El camarero circunstancial da una vuelta entera, con patosa elegancia, exhibiendo su indumentaria, la espalda sudorosa, los hombros firmes y la tela oscura ceñida a sus glúteos rocosos. Juana A. saliva sólo con pensar en el cuerpo desnudo del joven, una turbación que se esfuerza en confundir con otros sentimientos.

—Te sienta muy bien —admite la profesora—, y no soy la única que se ha percatado. Carla lleva toda la noche siguiendo tu culo como un perro huérfano.

—No me diga que está usted celosa, profesora A.

El muchacho coge por la cintura a la mujer, a lo que Juana reacciona apartándose del claustro para que nadie les vea. Él irradia confianza e insensatez, ella empieza a respirar con dificultad, y al fin los amantes se funden en un beso húmedo.

–¿Cómo te llamabas? –bromea la mujer.

–Daniel –responde el estudiante–. Dani si lo prefiere.

La pareja vuelve a enzarzarse en un forcejeo desmañado. El joven sumerge las manos bajo el vestido, buscando el calor y el tacto de la piel. Juana se percata de lo que está sucediendo y recula. Cogidos de la mano, los amantes entran en uno de los cuartos de baño, atrancando la puerta desde el interior.

–No sabía si vendrías –comenta Dani, entre besos repartidos por el cuello de la mujer–. No me dijiste nada la otra noche.

–No lo he decidido hasta el último momento –responde Juana–. Dudaba si podría contenerme, viéndote pasar a mi lado.

–Me alegra que hayas venido.

–Estás muy guapo con tu uniforme de camarero. Tienes a todas las mujeres ahí fuera pendientes de tus pantalones ceñidos.

–Exageras –asegura el muchacho, dejándose agasajar.

–Me dan ganas de levantarme y gritarles que dejen de desnudarte con la mirada, que no hay nada que ver, que eres sólo mío.

La última frase, pronunciada con las manos de Juana dentro de los pantalones de su amante, desarma al muchacho, que se detiene, algo confuso. En ese momento, la mujer cae en la cuenta de lo que acaba de decir, e igualmente se frena, arrepentida.

–Ha sido una estupidez. Lo siento, no quería...

–No pasa nada –dice Dani, con cierto paternalismo pueril.

–No; sí que pasa. No sé por qué he dicho algo así.

Los ojos de Juana se humedecen, y Dani reacciona abrazándola con un inmenso afecto. La mujer no se siente dueña de sus emociones, lo que la turba y la enfurece, cayendo en la incómoda exposición de su fragilidad. Curiosamente, la ternura de este chaval, casi treinta años más joven, no hace sino empeorar las cosas.

–Lo siento –continúa Juana, desprendiéndose de su amante–. No quería ponerme sentimental. No sé lo que me ha pasado.

–No es nada. ¿Por qué no me cuentas qué te preocupa? ¿Es por lo que has dicho antes de Carla? La conozco desde hace años, estudiamos juntos, pero te aseguro que no hay nada entre nosotros. Sólo es una amiga.

–No tienes que darme explicaciones –sentencia la mujer, que ve cómo la conversación se degrada, volviéndose irritante–. ¿Por qué no dejamos este tema? Mejor vuelvo a mi mesa. No me encuentro bien.

Juana trata de salir por la puerta, pero su amante la frena con un beso: en el poco tiempo que llevan juntos, apenas unas semanas, las discusiones espinosas siempre terminan de la misma forma, y aunque Juana es consciente del problema, los reproches llegan más tarde, en la soledad de una conciencia martilleada.

Juana se aparta y regresa a su amante un par de veces, hasta que al final sucumbe. Sus manos encuentran en los glúteos del muchacho el mejor lenitivo a la duda, mientras sus labios y sus dientes marcan el belfo y el mentón del joven. Pero Dani se revuelve, llevando a la mujer hasta la pared, donde la arrincona. Sin pasar por sus pechos, parada común en estos escarceos, el muchacho cae de rodillas, metiendo primero las manos bajo el vestido para arrancar la ropa

interior, y pasando luego la cabeza. La profesora abre ligeramente las piernas, y busca un punto de equilibrio para no caer a plomo. La saliva corre por la boca del camarero, entre los labios de la mujer, mientras los dedos de Dani, algo torpes pero bienintencionados, entran y salen, anclados como ganchos a las paredes de carne viva.

Juana baja la vista, y cuanto aprecia es un bulto bajo el vestido. La mujer quiere disfrutar con la escena, como si se tratara de una proyección privada. Con una mezcla de curiosidad, bochorno y deseo, Juana coge la tela y sube los bajos por encima del cogote de su amante; la mujer incluso dobla las rodillas, orientando la pelvis hacia el frente en un intento de distinguir el rostro de Dani, sus ojos al menos, que se elevan para mirarla, como dos tizones que la enloquecen. Juana empieza a acariciar sus pechos, pero Dani la interrumpe, llevando las manos de la mujer hasta su nuca. Juana tarda en comprender: su amante le pide que lo agarre por el pelo, aplastando su cara contra la entrepierna húmeda. Cuando, al fin, Juana reacciona a esta súplica, Dani le devuelve un ardor entusiasmado. La mujer amarra al hombre, mientras le asfixia con los muslos, y en pleno éxtasis, cuando Juana apenas es capaz de reprimir los gritos, la mujer se aparta con brusquedad, extremadamente sensible: las piernas tiemblan, y mientras sucumbe a una cadena de orgasmos, su cuerpo flaquea, y la espalda resbala por la pared de baldosas, blancas como su vestido. Ya en el suelo, los amantes se encuentran en un último beso, por el que el hombre da a probar a la mujer su caldo salino.

A Juana le cuesta mantenerse despierta. Las piernas le tiemblan tras dos días encerrada en la habitación de un hotel: en casa habían acampado sus hijos, estudiantes de regreso al hogar con la colada del mes; y Dani aún vive con sus padres, administrativa ella, jefe de ventas él, una pareja de trabajadores acomodados que ya practican los rituales propios de quien se amolda al declive. Juana no es consciente de cómo ha llegado a esta reunión, en la que unos y otros hablan entre sí, comentando necedades a la espera de que la jefa del departamento inaugure el cónclave. La mujer mira a su alrededor con la agudeza antropológica de quien se cree extraño a cuanto le rodea, aunque no sea cierto. Juana contempla a sus colegas, una generación de historiadores que frisa los sesenta, pero que se resiste a dar el relevo a la sangre nueva; divorciados, si no todos, sí la mayoría, con hijos adolescentes o emancipados, con segundas esposas y maridos, con varias familias e hipotecas, y una lista de amantes que unos pregonan y otros ocultan.

Teresa C. entra en el seminario, acompañada por Pedro R., el rector depuesto, que lleva conspirando desde el momento de su cese para recuperar la corona; todos lo saben, Juana también, pero a ella poco le importa. La profesora logró hace años asegurarse un feudo inviolable, que le garantiza el privilegio de una cierta autonomía, por la que sólo ha de pagar pequeños peajes. Su señorío es la mujer, su historia, un coto privado donde otros no entran. Si alguien quiere estudiar las condiciones de existencia de la mujer en la Edad Media, debe pasar por ella, y a su vez, es Juana quien otorga carta de respetabilidad a cualquier monografía o manual, aportando esa dosis deslucida de protagonismo de género, esas diez o veinte páginas, ese capítulo en el que se aborda la situación de la mujer en la Europa feudal, en pleno renacimiento carolingio, tras las invasiones de los pueblos vikingos, en el despertar urbano de la Baja Edad Media. Siempre habrá mujeres, y aunque a sus colegas poco interesa su relato, todos están obligados a respetarlo: tal es la costumbre.

Teresa describe los preparativos de un congreso, organizado por el departamento. Juana escucha, sin prestar atención. Hace veinte años, la mujer se doctoró con una tesis difusa sobre la condición de la mujer medieval en transición, de las comunidades primitivas de religiosas y los «monasterios dobles» al ocaso de las grandes abadesas, el desmantelamiento del poder y la independencia femenina bajo el yugo del papado. Poco archivo, mucha especulación y un fondo

moralmente intachable.

–Como sabéis –explica en este momento Teresa C., jefa del departamento–, el congreso rendirá homenaje a la figura de Claudio Sánchez-Albornoz, y decidimos bautizarlo con el título de uno de sus ensayos: *En torno a los orígenes del feudalismo*.

Juana se distrae y regresa, pendiente de una avalancha de ideas y sensaciones. Mientras Teresa parlotea, el teléfono móvil de Juana vibra en el bolsillo de sus pantalones. La mujer corre a mirar la pantalla, que se ilumina con un mensaje de su amante: Dani le ha enviado una frase cargada de picardía y coloridos pictogramas. Juana responde, sin preocuparse por la insolencia de andar jugando con el teléfono en plena reunión. La respuesta del muchacho tarda, y Juana se desespera, hasta que al momento su pantalla revive: Dani le ha enviado una fotografía de la mujer, robada en un momento de distracción durante la cena del pasado jueves, y a la imagen le acompaña un *lais*, las estrofas de una poetisa medieval: «Ella iba vestida con una túnica blanca. Tenía el cuerpo gentil, baja la cadera, el cuello más blanco que la nieve sobre rama, los ojos luminosos y el rostro claro, bella la boca, recta la nariz, sombreadas las cejas y amplia la frente, la cabellera larga, rizada y rubia». La mujer se pregunta de dónde ha podido sacar su amante este poema, simple, magnífico por cuanto representa, peligroso, pues ahora la profesora, con la respiración acelerada y las piernas aún trémulas, siente la tentación de confesarse seducida.

–Me gustaría que me indicaraís si alguno de vuestros becarios participará en el congreso con una ponencia –pregunta Teresa C., pluma en ristre–. Recordad a vuestros pupilos que estos eventos son una excelente oportunidad para compartir sus investigaciones con la comunidad académica.

–Mi chico leerá una ponencia sobre el carácter *feudalizante* de las monarquías hispánicas en la Baja Edad Media.

Juana observa con disgusto al catedrático. La mujer siente repulsión por Gabriel, una repugnancia moral, emocional, física incluso. Hay algo en su forma de mirar a las mujeres, de dirigirse a las alumnas, de arrinconar a sus compañeras... Sólo verlo aquí, rodeado de su séquito, le revuelve las tripas. Gabriel S. es la antítesis de su amante, gentil, tierno, generoso; el catedrático, sin embargo, no es más que un viejo pellejudo a la búsqueda de estudiantes que le devuelvan la intensidad de un sabor perdido, la ilusión amormada por el paso del tiempo. Y entonces, Juana A. se ve asaltada por una idea terrible: ¿y si me convirtiera en Gabriel S.? ¿Podría hacerlo? ¿Lo he hecho ya? La mujer se agita incómoda, mientras otros colegas toman la palabra; pero Juana no puede apartar la vista de Gabriel, que se sabe observado pero evita llamar la atención sobre el escrutinio de Juana. La profesora no juzga al viejo braguetero, sino a sí misma. Juana no deja de imaginarse a Gabriel S., paseando por el aulario, con sus enormes manos en torno a la cintura de jóvenes vestales; y entonces el subconsciente la traiciona, y Juana regresa al lavabo del palacio renacentista donde Dani se amorró a sus labios para conducirla a un orgasmo múltiple, y al mirar de nuevo a la pareja no es ella la que aplasta su espalda contra las baldosas, sino Gabriel, que enrosca sus dedos gruesos como piezas de embutido a los rizos de Dani mientras el muchacho se ahoga.

Sin aviso previo, Juana se levanta y sale por la puerta. Con la mano en la boca, la mujer contiene el vómito, hasta que, al doblar la esquina del pasillo, no resiste más y termina vaciando su estómago en una papelera. Juana, avergonzada, mira a un lado y otro, cerciorándose de que nadie la ha visto; después, roba la papelera y se encierra en su despacho. La mujer necesita refrescar el gástrico, y no cuenta con otro recurso que el agua de una regadera con la que empapa la tierra negra de su única planta, un potos que decora el alfeizar de la ventana. No pasan ni diez minutos hasta que alguien llama a la puerta; la mujer invita al extraño a entrar, intuyendo de quién

se trata.

–¿Te encuentras bien? –pregunta Marcos, cerrando tras de sí.

–No ha sido nada. Habré comido algo en mal estado.

–Por un momento, he creído que estabas embarazada –bromea Marcos, al tiempo que echa un vistazo al interior de la papelera donde la mujer ha vomitado.

–Es toda una galantería por tu parte, pensar que aún tengo edad para esos deslices. –Juana sonrío, sentándose en su silla. Marcos permanece de pie, junto a una librería atestada, que ojea con curiosidad–. ¿Ya ha terminado la reunión?

–Para nosotros, esa reunión terminó mucho antes de empezar –explica Marcos–. ¿Puedo preguntarte qué te preocupa? Pareces distraída, radiante por momentos, al menos cuando no vomitas en el mobiliario de la facultad, o cuando no te escabulles con prisas a poco que te suena el teléfono.

–¿Conoces la historia de la papisa Juana? –Tras una larga pausa, la mujer despliega un razonamiento meditado–. Fue un relato moralizante, una farsa ideada por un monje dominico. Juana, supuestamente, cobró la apariencia de un hombre para estudiar teología, y por su talento y devoción fue medrando hasta convertirse en sumo pontífice. Su condición femenina, sin embargo, la condujo a la ruina: seducida por un joven, la papisa quedó en cinta, y mientras participaba de una procesión por las calles de Roma, los dolores del parto le obligaron a detenerse, dando a luz allí mismo, ante los ojos atónitos de la muchedumbre que la mató a palos.

–Un recurso aleccionador para mantener a la mujer atada a la pata de la mesa.

–Lo sé, pero aun siendo consciente de ello, no puedo sustraerme a su influencia; no dejo de pensar que eso le podría suceder a cualquiera, a mí misma.

–Ya entiendo –concluye Marcos, recordando al joven efebo a quien Juana perseguía con los ojos en la cena del pasado jueves.

–¿Crees que alguien como Gabriel S. pierde el tiempo en reproches, dándole vueltas a una idea como ésta?

–Dudo que Gabriel le haya dado vueltas a ninguna idea en los últimos treinta años –sentencia Marcos–. Juana, las cosas son mucho más fáciles de lo que crees: lo único que debes hacer, lo único que debe preocuparte, es conservar cerca todo aquello que te haga feliz, o a quien te haga feliz.

Marcos devuelve la sonrisa a su colega, pero eso es todo; el profesor no se prodiga en besos o abrazos, lo que no es óbice para que Juana lo sienta próximo. Marcos da media vuelta y agarra el pomo de la puerta, dispuesto a salir del cubículo que los administradores de la facultad llaman despacho.

–Nos vemos luego –insinúa Marcos–. Esta noche es la presentación del candidato en la sede del Partido.

–Lo había olvidado –contesta Juana.

–Supongo que irás, y espero que bien acompañada.

Juana cae en la cuenta del detalle, y a poco que Marcos sale de su despacho, la mujer se arma con el teléfono móvil para escribir un mensaje a su amante, citándole esa noche para acudir juntos a su primer acto público.

Los partidos políticos miden el tiempo en comicios electorales, etapas determinadas por la forja, ascenso y decadencia de sus líderes y cuadros de mando. Los militantes históricos conocen el devenir de esas edades, y quizás por ese motivo asisten cada vez con menos entusiasmo a la coronación de sus candidatos. Juana lleva en el Partido desde la adolescencia, una época en la que la militancia respondía a un poso honesto de rebeldía, y un peligro marcado por los estertores

de una dictadura moribunda, que como un animal herido coleaba con violencia.

Esta noche, amigos de siempre e ilustres desconocidos se dan cita para aclamar al rostro de la regeneración, que en esencia no es sino uno más, el último mesías de cuantos están por venir. Juana se ha sentado entre el público, escaso, con Dani a su lado; es un primer paso, y en su cabeza se dibujan otros, una senda que conduce a un lugar insospechado. Lo que Juana no termina de comprender es que su amante pueda sentirse fuera de lugar, y no tanto por la admisión pública del idilio, sino por la soledad de una comparsa que ve a Juana saludar a unos, bromear con otros.

Al cabo de un rato, la pantomima comienza con los primeros discursos, y Juana no deja de buscar a alguien entre el público. Dani, que lleva mudo más de una hora, se impacienta por el nerviosismo de su compañera, poseída por un estímulo incontrollable. De pronto, Juana descubre a su presa, y sin otra ceremonia que un beso efímero en los labios, la profesora se excusa, abandonando a su joven amante. Juana da la vuelta al ruedo de sillas, hasta llegar al otro lado del recinto, en un rincón, a los pies del estrado, donde un hombre observa en un segundo plano el desarrollo de la función teatral que él ha escrito.

–Toni –susurra la mujer, cogiendo al hombre por el brazo, antes de plantarle dos besos protocolarios en las mejillas.

–Juana. ¿Qué tal? Me alegro de verte.

–¿Cómo llevas la presentación del candidato? ¿Nervioso?

–Nos hemos pasado las últimas semanas construyendo el equipo de campaña, pero en realidad es ahora cuando empieza el trabajo. –Los dos sonrían, sin perder el tacto el uno del otro, en un signo de intimidad que el tiempo no ha deslucido–. Por cierto, quería darte las gracias por haberme dado esta oportunidad.

–Olvidalo.

–No, en serio –recalca Toni, sincerándose con Juana–. Tras el despido, temí lo peor. Si no hubiera sido por ti, y por los compañeros que propusisteis mi nombre como director de campaña... la verdad, no sé qué hubiera hecho.

–La suerte es nuestra por contar con alguien de tu experiencia. Ya sabes cómo es esto: a muchos les gusta lucir el carnet de militante, pero cuando toca arriesgarse y dar un paso al frente, la mayoría se amilana.

–Sea como sea –insiste Antonio–, gracias por pensar en mí; sé que tu opinión tiene un gran peso en el Partido, y por supuesto, sabes que estaríamos encantados si quisieras formar parte de la lista del candidato: una mujer, feminista y profesora universitaria como tú, sería una gran baza de cara a las próximas elecciones.

–No –responde Juana, entre risas gentiles–. Te lo agradezco pero es algo que no me planteo, por el momento. Lo que sí quiero es pedirte un favor.

–Lo que sea. Dime.

–Tengo un conocido –explica Juana–, un estudiante que acaba de graduarse y está interesado en colaborar. Me harías un favor si lo incluyeras en vuestro equipo de trabajo, a sueldo del Partido. No tiene por qué ser un puesto relevante. Dale algo que pueda hacer, bajo tu supervisión si es posible, y en caso de que aprecies ciertas cualidades, tal vez más adelante, cuando arranque la campaña, pueda asumir otras tareas.

–Claro. –En la cabeza de Toni resuena la expresión: «a sueldo del Partido»–. ¿Es un estudiante de doctorado?

Por un momento, Juana encuentra en la pregunta una excusa servida en bandeja, una ofrenda con la que Antonio L. pretende preservar un prurito de pretendido decoro; pero Juana se arma de coraje para no caer en ese juego de simulaciones.

–Es un amigo, y te estaré agradecida si le prestas ayuda.

–Por supuesto –concluye Toni, que tampoco tiene otra alternativa–. Dile que se pase por la sede a finales de esta semana; tendremos una entrevista y le asignaré tareas de intendencia, hasta que vea si puede escribir notas de prensa, o hablar con los medios.

–Gracias, Toni. –Juana besa en los labios al profesor destituido, que apenas sabe cómo reaccionar–. Gracias.

Al finalizar el acto, y tras el epílogo de reencuentros, saludos, abrazos y despedidas bajo promesa de no dilatar la agonía de la distancia, la pareja sale de la sede del Partido. Juana, pletórica, encendida, se atreve a lo impensable sólo hace unos días, agarrando la mano de su amante para pasear en público por el casco histórico de una ciudad que bosteza taciturna. Dani, hastiado por el paripé de las últimas horas, se deja coger, pero al rato decide soltarse, ocultando las manos en los bolsillos de la chaqueta. Juana se siente rechazada, pero no molesta, atribuyendo el desplante al ánimo voluble de Dani, tan apasionado como inseguro. La mujer desespera por compartir las buenas nuevas con su amante, con el anhelo de que la noticia caldee este ambiente gélido, animando el roce de sus labios, que espera se prolongue de regreso en la habitación del hotel.

–Voy a darte una noticia que cambiará esa expresión enfurruñada. –La mujer se ancla al brazo de su amante. El gesto cómico, casi infantil, divierte a Dani, quien por un momento cede a la alegría de la mujer–. ¿Sabes quién es Antonio L.?

–Es el profesor que echaron de esa universidad católica por rojo, ¿no?

–Toni es un buen amigo, desde que estudiábamos en la facultad. Después de que le despidieran, moví algunos hilos para conseguirle un puesto como director de campaña del candidato –asegura Juana, exagerando su papel en la contratación de L.–. Toni me debía un favor; por eso he hablado con él, y le he pedido que te dé una oportunidad en su equipo. ¿Qué te parece?

–No lo entiendo. –Dani se detiene en mitad de una calle desierta; su rostro refleja desconfianza–. ¿Qué quiere decir que me dará una oportunidad?

–No estamos hablando de nada importante, al principio: contestar al teléfono, hacer de chófer, recoger encargos; pero, con el tiempo, te irán dando tareas más relevantes. Toni ha insinuado, incluso, convertirme en portavoz de prensa.

–Pues... Lo siento, pero no me interesa.

–Dani –insiste la mujer, sorprendida por la frialdad con la que su amante ha acogido la noticia–, se trata de un buen trabajo. El Partido es generoso con el sueldo, y puedes empezar a labrarte un futuro en la política.

–No quiero labrarme un futuro en la política –repite el joven, mofándose de Juana–. Además, ya tengo un trabajo: mi padre me ha conseguido un empleo como dependiente en una tienda de recambios a la que vende repuestos.

–¿Es una broma? –Por primera vez, es Juana quien se aparta de su amante, ofendida por la necesidad de este adolescente que se resiste a madurar–. Creí que te interesaba este mundo; lo digo por esa asociación en la que colaboras, el rollo ése para el que organizasteis la cena de la otra noche.

–El rollo ése se llama Sotavento –apostilla Dani. Los ánimos se están crispando, y el joven, a pesar de la desastrosa velada y la actitud de su amante, sigue codiciando su calor bajo las sábanas, que aguardan a sólo un par de calles–. No es que no me interese la política; es sólo que... No sé, no me veo currando de meritorio en un partido, lamiendo culos con la esperanza de ganarme un puesto en las próximas listas electorales, o un cargo como personal de confianza.

–Pero, en cambio, sí que te ves vendiendo recambios de automóvil los próximos cuarenta años

–le reprocha Juana, encendida por la insensatez de Dani–. Te estoy ofreciendo una oportunidad por la que más de uno mataría.

–Pues, supongo que yo no soy una de esas personas.

–¡Dani! –La profesora eleva el tono de voz cuando su amante le da la espalda y sigue andando. Por un momento, Juana troca su enfado en temor a perderle–. Si pudiera, te conseguiría una beca como colaborador en mi grupo de trabajo, en la universidad, pero con tu expediente académico, tus notas...

–Pero, ¿de qué cojones estás hablando ahora? ¿Quién coño te ha pedido una beca? –responde el joven, que de alguna forma percibe como un insulto la mención.

–A los veinte años, parece que tienes todo el tiempo del mundo –pontifica la profesora–, pero no es así. El Partido es una opción de futuro, donde a poco que aproveches tus oportunidades podrías labrarte una carrera política. ¿No querrás pasar el resto de tu vida cobrando el salario mínimo tras un mostrador?

–Lo único que quería esta noche es lo mismo que he querido desde que nos acostamos por vez primera hace tres semanas: follar desnudos hasta quedarnos sin aliento. Esta noche, no quería codearme con la flor y nata del espectro político biempensante, ni que nadie viniera a planificar mi futuro para los próximos cuarenta años, y mucho menos recibir sermones de quien se supone debería estar pensando en meterse en mis calzoncillos y no en suplantar a mi madre. Profesora A. –musita Dani, a oídos de su amante–, yo no soy su hijo, ni siquiera soy ya su alumno; sólo soy el tío treinta años más joven con el que folla a escondidas en la habitación de un hotel.

–Eres un niño desagradecido –replica Juana, con lágrimas en los ojos.

Mientras su amante se marcha, la profesora permanece de pie, en mitad de la calle, sin saber a dónde ir, hasta que una procesión de borrachos que viene cantando desde los alrededores de la catedral la espabila, obligándola a recomponerse.

Capítulo 14

Derecho de pernada

«Los nobles imponen el rito del acto sexual con las mujeres vasallas desde su doble poder de hombres y señores, lo cual obliga a distinguir el estudio de la violación en el feudalismo del estudio de la violación en otros tipos de sociedad. Sobre todo si consideramos que, en principio, era tradición admitida más o menos ampliamente este derecho feudal de que el señor se acostase con la novia en su primera noche de casada como gesto de vasallaje. Conforme esta costumbre pierde consenso social, y los señores siguen exigiendo y practicando la prestación corporal de las mujeres, deviene, ya en el siglo XV, causa inmediata de revueltas antiseñoriales. El derecho medieval de pernada va con el tiempo perdiendo el terreno que gana el derecho popular de revuelta».

Carlos Barros. «Rito y violación: derecho de pernada en la Baja Edad Media», en *Historia Social*, núm. 16, 1991.

La sala de juntas del departamento ofrecía un aspecto gris por las numerosas ausencias. Teresa C. se había encargado de boicotear la presencia de los miembros contestatarios del claustro, que en su día favorecieron la excomunión de Pedro R.; para ello, Teresa se preocupó por enviar en tiempo y forma la convocatoria del concilio, pero no a los correos electrónicos de uso común por parte de los docentes, sino a una dirección corporativa creada unos días antes. Para legitimar las decisiones adoptadas, Teresa informó de la reunión a varios independientes, como Marcos B. o Juana A., cuyo concurso poco o nada importa.

La celebración de un congreso en homenaje a Claudio Sánchez-Albornoz habría de ser el primer acto de campaña en la restitución de Pedro R. Para Carmelho, sin embargo, aquella era su oportunidad de coronar una cima más prosaica. Por ello, cuando Teresa pidió que le facilitaran la lista de ponentes, a Melho le faltó tiempo para alzar la voz, sólo precedido por su mentor, Gabriel S.

—Mi becaria también participará —anunció Melho—: Ángela V.

Y al decir su nombre, una sonrisa se dibujó en los labios de varios profesores, que escrutaron a su colega con una envidia depravada. Melho trató de contener la euforia, pero al cruzar una mirada cómplice con Gabriel, el profesor no pudo menos que complacerle con un gesto de camaradería. Lo curioso de aquel despliegue de testosterona es que nadie pareció preocuparse por el tema de la ponencia porque, en gran medida, nadie reparaba en esas menudencias: cuanto aquellos viejos esperaban era el espectáculo de la belleza indemne de la joven sometida a la corrupción de sus fantasías, imágenes que, como en cualquier película pornográfica, incluían primeros planos de los genitales de Carmelho llenando la escena.

Dos días después, cuando se produce el encuentro entre la becaria y su director de tesis, todos están al tanto. No cabe duda de que a Melho le conduce el deseo por la desconcertante belleza de Ángela, pero tampoco deberíamos infravalorar el impacto que en su libido pueda tener la expectación que se ha generado entre los machos del departamento, habiéndose corrido el rumor en los últimos días de que hoy Carmelho M. violará a Ángela V., para luego compartir la experiencia entre murmullos. Obviamente, ninguno de los asaltantes emplearía el término «violación»; al fin y al cabo, cabe recordar que son académicos, y como tales andan duchos en el uso de eufemismos que excusan su conducta, siguiendo el dictado posmoderno de eso que se dio en llamar «giro lingüístico». ¡Si hasta el propio Gabriel S., el mayor braguetero del departamento, se cree un seductor!

La violación en grupo empieza con un mensaje de texto de un becario, informando a Carmelho

de que su presa acaba de entrar en el edificio. El historiador, sólo con este aviso, experimenta su primera erección en meses. Inmediatamente, Carmelho se afana en acicalarse, al tiempo que ajusta las persianas para que la luz entre con prudencia. Calculando el tiempo que el ascensor tarda en subir los cinco pisos, Melho valora el momento justo en el que ha de arrancar su farsa, y así, antes de que llegue Ángela, el profesor abre la puerta entre gritos, fingiendo una conversación telefónica inexistente. Cuando la becaria llegue a la puerta del despacho ya estará al tanto de la acalorada disputa que el hombre mantiene, reblandecido su corazón al comprender el ardido compromiso de Melho.

–No, no me parece aceptable –asegura Melho. Al salir del ascensor, Ángela escucha la voz de su mentor recorriendo los pasillos. La muchacha trae bajo el brazo una carpeta con los resultados de sus primeras pesquisas–. Ángela es la mejor alumna que hemos tenido en décadas, y no cabe ver su participación en el congreso como una oportunidad para ella, sino como una obligación para nosotros. No podemos permitirnos el lujo de despreciar a una historiadora de su talla... Insisto; no me parece aceptable, y es más, te advierto que si vetáis a Ángela también me estáis vetando a mí... No... Escucha, lo siento pero si Ángela no participa yo tampoco. No estoy dispuesto a... No... Bien... Disculpa, te llamo dentro de un rato... Sí, sí. Yo te llamo.

Ángela acaba de aparecer por la puerta. El despacho permanece en penumbra. La becaria presiona el interruptor de la pared, pero el milagro no se opera y la estancia continúa sumida en el susurro de los brotes de luz que cruzan la ventana.

–Lo siento –se excusa Melho–. No funciona. Esta universidad se cae a pedazos, pero a nadie le importa. Anda, pasa, no te quedes ahí. Necesito hablar contigo.

Ángela accede al despacho, y al docente le falta tiempo para cerrar la puerta, insinuando con su lenguaje corporal una pretendida cautela. Melho invita a la joven a sentarse en el sillón; la maniobra está hasta tal punto meditada que el profesor se ha preocupado en boicotear la utilidad de las sillas, apilando pesados volúmenes, recién traídos de la biblioteca, como medida de disuasión que obligue a concluir el necesario uso del sofá.

–¿Qué ocurre? –pregunta Ángela, tratando de mantener las distancias en el estrecho mueble donde Carmelho ha derrochado su amorfa anatomía–. Te he oído mencionar mi nombre. ¿Hay algún problema?

–¿Lo has oído? –se lamenta el profesor, con patético gesto sobreactuado. Después, Ángela se fustigará inútilmente por no haber interpretado las señales: el teléfono móvil apagado al que Melho dirigía sus gritos, el histrionismo de sus gestos, la oportuna disposición del espacio–. No sabes cuánto siento que hayas escuchado esa bronca. Te aseguro que yo, en circunstancias normales, no pierdo los estribos, pero esta vez creo que el asunto merecía mi indignación.

»Cariño –continúa Melho, poniendo la mano en la rodilla de la joven–, no quiero que te disgustes por lo que voy a decir. Estaba hablando con la jefatura del departamento: dentro de unos días, se celebrará un congreso en homenaje a don Claudio Sánchez-Albornoz; yo había propuesto tu nombre para ofrecer la ponencia central de la segunda jornada, pero la jefatura del departamento quería borrarte de la lista de participantes, aduciendo que no tienes una trayectoria de suficiente prestigio.

–No me importa. –Con la mejor de sus sonrisas, Ángela trata de quitar hierro a lo que, a todas luces, parece una soberana estupidez–. La verdad es que no sé si estoy preparada para ofrecer una ponencia con tan poca antelación.

–¡No digas tonterías! –exclama Melho–. Tú debes participar en ese congreso, confía en mí; esta oportunidad podría ser el trampolín que impulse tu carrera.

–Ya, pero si Teresa C. no quiere que...

–¡No te preocupes! –Las manos de Melho siguen familiarizándose con los muslos de la joven, envueltos en unos vaqueros ajustados–. ¡Vas a leer tu ponencia en ese congreso, tenlo por seguro! Cuando la jefatura del departamento me ha comunicado que no te quería entre los participantes, simplemente me he negado, eso es, les he dicho que lo encontraba inaceptable y les he obligado a reconsiderar su postura, así que tendrás tu momento estelar subida a esa tarima, luciéndote delante de esos viejos catedráticos, a los que seguro que dejas boquiabiertos, como no puede ser de otra forma.

El entusiasmo de Melho resulta contagioso; ésa es su intención. Ángela apenas es capaz de resistirse, no ya a la promesa ingenua de un futuro esplendoroso, sino a la confianza que este hombre, al que intelectualmente respeta, ha depositado en ella, en sus posibilidades, en su capacidad.

–Ángela –continúa Melho, iniciando la maniobra final que ha ido preparando con tanto mimo y detalle–, he dado la cara por ti. ¿Sabes lo que eso significa?

–No sé... –contesta la joven, sin entender la pregunta.

–No te pido nada a cambio; sólo que no traiciones esa confianza, que no arruines lo que entre los dos estamos construyendo, que no tires por la borda todo el esfuerzo que estamos depositando en tu futuro.

La confusa disertación desconcierta a la joven; tanto es así que Ángela no ve llegar entre las sombras los labios carnosos del profesor, que la besan al tiempo que una mano fuerte agarra sus genitales sobre la tela. Ángela reacciona sin demora ni duda, levantándose con un resorte que la expulsa del sillón; lamentablemente, la joven huye hacia la mesa del despacho, hacia los libros siempre gentiles, de espaldas al hombre, sin aliento para gritar. Melho se lanza encima de ella, y la enviste con el extremo palpitante de una erección, mientras sus manos buscan ahora los pechos y las caderas. Ángela lo aparta, aún muda, incapaz de decir nada coherente, esforzada sólo en controlar el temblor de sus piernas. Melho bloquea la salida armado con la exigencia de un pene retorcido, que el profesor sujeta, con la mano en los pantalones. No es la violencia de la escena, ni el descompensado juego de fuerzas entre los gladiadores, lo que impide a Ángela ir hasta la puerta: es la amenaza de entrar en contacto con Melho; en este momento, el simple roce de la yema de uno de sus dedos se antoja un suplicio. Y al ser consciente de su situación, Ángela abandona el mutismo con la única frase que es capaz de construir.

–Quiero salir de aquí.

–Ángela, cariño, vamos: fíjate cómo me tienes –masculla el profesor mientras se masturba. En la mente del sátiro, su gesto exuda una sensualidad que él piensa irresistible. Por un momento, Melho contempla la escena con los ojos de un pornógrafo adicto al escrutinio de la pantalla.

–Quiero salir de aquí.

–Esto es por ti, cariño. No sabes la de veces que me he tocado pensando que estábamos así, el uno frente al otro. Vamos, será un momento.

–¡Quiero salir de aquí! –grita Ángela, viendo que el profesor se acerca de nuevo. El alarido frena a Melho, quien por primera vez entiende lo que está ocurriendo, lo que otros concluirán si entraran ahora en el despacho, el riesgo al que se expone.

–Está bien, no grites. –Melho saca la mano del pantalón y levanta las palmas, como un soldado que se rinde. En ese momento, Ángela percibe un olor acre, que la muchacha identifica con los genitales embalsamados del viejo, habiendo de controlarse para no romper a llorar, para no desmayarse.

–Quiero salir de aquí –musita Ángela, en un tono mendicante.

–Está bien. Mira, te pido disculpas. He perdido los papeles por un momento. Lo siento, ¿me

entiendes? Te estoy pidiendo disculpas, ¿de acuerdo?

–Quiero salir de aquí –repite la joven, con los ojos perlados de lágrimas.

–Ángela, estoy tratando de ser razonable. ¡Te he pedido disculpas! ¿Qué más quieres que haga? ¡Lo que ha sucedido es tanto culpa tuya como mía! ¿Piensas que mi polla se ha puesto así de dura sola? –se pregunta con cinismo el sátiro, cogiéndose de nuevo los genitales para acercarse a la joven, aterrada.

–Quiero... Quiero... salir... de...

–Escucha. No pretendía...

Ángela da un paso atrás, huyendo de los dedos repugnantes que buscan contaminar su pelo dorado. La joven se echa contra el borde de la mesa, y en su desesperación empuja los libros, que caen al suelo. Melho se ha acercado a pocos centímetros de la joven; la nariz del profesor husmea el miedo de la becaria.

–Quiero salir de aquí.

–¡Deja de repetir esa mierda, joder! –grita el hombre, apartándose de la joven para regresar a la puerta bloqueada por su presencia intolerable–. ¿Qué vamos a hacer con esto? ¡Dime! Porque no te voy a dejar salir de este despacho hasta que los dos tengamos claro que aquí no ha pasado nada. ¿Entiendes? –Ángela mueve los labios, dispuesta a pronunciar su única respuesta, pero el profesor se lo impide–. ¡Y no vuelvas a repetir esa puta frase, porque juro que, de una ostia, te hago saltar todos los dientes de la boca! ¿Me has comprendido? Y no creas que no te he calado. Sí, no eres más que una putita calientapollas, ¡así que no te atrevas a llevarme la contraria o te reviento a palos!

Fruto de los gritos y las amenazas, Ángela ha perdido el control y se ha meado encima; por suerte, la penumbra impide que el violador se percate, excitando su posición enconada. El orín caliente despierta las piernas dormidas de la joven, que se atreve a lo impensable: dar un paso, y luego otro, y un tercero que la enfrenta a su agresor. De nuevo, los dos están a menos de un palmo, pero esta vez Ángela se siente más fuerte, se sabe íntegra, y no está dispuesta a retroceder.

–Quiero... salir... de aquí –dice Ángela, con la contundencia de una maza demoliendo las paredes de un muro de carga.

Y al momento ocurre algo fascinante, que ninguno de los dos hubiera podido predecir segundos antes: Melho se echa a un lado, y Ángela al fin alcanza el picaporte niquelado y abre la puerta. El aire del pasillo llega como una brisa liberadora, y Ángela respira, a pesar de que su pecho contraído retiene una angustia que quiere reventar en todas las direcciones.

–Nadie te creará –murmura Melho, cuidando de no elevar la voz–. No eres más que una becaria de mierda que no le importa a nadie. Cuéntales lo que crees que ha pasado aquí, y ¿sabes lo que pensarán? Pensarán que algo hiciste, que tu forma de vestir, de hablar, de no guardar las distancias, ha provocado esta situación. Y, con suerte, lo máximo que conseguirás es que me aparten un semestre de las clases, ya ves, unos meses de vacaciones, y mientras tú... Tú –repite Melho entre carcajadas–, tú siempre serás la putita que va por ahí calentando braguetas, la becaria en la que no se puede confiar, la inútil, la apestada a la que nadie querrá acercarse. Si abres la boca, despídete de cualquier futuro en esta profesión. ¿Me has oído? Puta retrasada.

Y, entonces, Ángela encara a su violador y se obliga a forzar un rictus de entereza, un gesto necesario con el que demuestra a Carmelho M. lo insustancial de su amenaza. El profesor reacciona recurriendo a la última y más devastadora de las armas que forman su arsenal argumentativo.

–¿Y qué pensará tu novio? ¿Eh? ¿Qué pensará el portugués ese que te follas? Tendrá que confiar en ti, claro, pero ¿acaso crees que no albergará dudas? ¿Acaso crees que no pensará, en su

fuero interno, cuando estéis los dos en la cama, desnudos, que no eres más que una puta, y que todo esto ha sido culpa tuya?

Las lágrimas terminan por aflorar, y Melho respira tranquilo, creyendo que ha resuelto el problema. Ángela, completamente devastada, da media vuelta y se marcha, sin decir una sola palabra.

—¡Ángela! —El profesor alberga una última duda—. ¿Qué piensas hacer?

—Aspirar a la mediocridad.

Ángela deja a su violador a las puertas del despacho. La muchacha camina firme en dirección a la salida, por las calles que llevan hasta el edificio de apartamentos donde su padre alquiló un cubículo para su pequeña historiadora. La joven entra por la puerta en silencio, y al momento cierra y pasa la llave. Después, lleva un mueble hasta el pasillo, construyendo una barricada: Ángela amontona sillas, taburetes, una cómoda. El frenesí acelera sus movimientos, hasta que, al final, mientras cargaba con el televisor, estalla en un raptó de furia y lanza el aparato contra la puerta, seguido de platos, vasos y sartenes. Minutos después, Ángela se sienta en una esquina del salón; la mujer aplasta las rodillas contra su pecho, y la espalda contra la pared, en busca de una seguridad que se ha desvanecido.

Capítulo 15

El príncipe

«Es necesario que el príncipe sea tan prudente que logre evitar los vicios que le desposeerían de su principado; mas, no pudiéndolo, estará obligado a menos reserva cuando se rinda a ellos. Sin embargo, no le espante incurrir en la infamia de los vicios sin los que salvaría difícilmente su Estado; porque, ponderándolo todo, hay cosas que parecen virtudes y causan la ruina si se observan, y otras que parecerán vicios, aunque, si las sigue, supondrán su bienestar y seguridad. (...) El príncipe debe hacer que se le tema de suerte que, si no se hace amar, evite ser odiado».

Maquiavelo. *El príncipe*, 1513.

Unos días antes de violar a Ángela, Carmelito M. despotricaba sobre la decadencia moral de la sociedad contemporánea, sentado en el despacho de Pedro R., el rector depuesto. Desde un cómodo sofá carmesí, Gabriel S. y Melho departían sobre una noticia aparecida en prensa, mientras esperaban a Pedro y el resto de su séquito, todavía en la reunión preparatoria del próximo congreso en homenaje a don Claudio Sánchez-Albornoz.

—¿Te lo puedes creer? —Melho agitaba la edición impresa de un diario local—. El dinero entraba y salía de la sede en bolsas de basura. A ese punto de vulgaridad hemos llegado. El partido del gobierno se financiaba con mordidas que los proveedores de servicios favorecidos en las concesiones públicas les pagaban, y las cantidades en efectivo llegaron a ser tan exuberantes que ya no podía repartirlas en sobres, como era común, y por eso empleaban bolsas de basura. No tengo palabras.

—Hemos alcanzado un grado de depravación imposible de justificar —replicó Gabriel—. Pero los responsables no son los políticos corruptos ni la estructura larvada que les sostiene, sino la sociedad que en su apatía consiente estos abusos.

—Lo hemos hablado en más de una ocasión —continuó Melho, recordando conversaciones de bar—. De alguna forma milagrosa, esta gente no ha dejado de ganar elecciones en los últimos veinte años, pero parece que nadie les vota, porque claro, cuando se trata de criticar todo el mundo da un paso al frente y saca pecho, pero aquí nadie acepta la responsabilidad de sus actos.

—Ese es el problema —concluyó Gabriel—. Hemos amparado una sociedad de ciudadanos infantiles, que se reconocen en sus derechos, pero nunca en sus obligaciones, y así, claro, luego suceden cosas como ésta.

En ese momento, Pedro R. llegó al despacho, flanqueado por sus dos guardias de corps: Carmen G. y Teresa C.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Gabriel.

—Bien —respondió Carmen—. Ya hemos cerrado los últimos flecos del congreso.

—Perfecto. ¿Alguien ha protestado?

—Los que habrían protestado no estaban en la reunión —confirmó Teresa C., jefa del departamento—, y para cuando empiecen a rezongar ya será tarde.

—Vale. —Pedro tomó la palabra, tras cerciorarse de que la puerta estaba cerrada—. Algunos ya lo sabéis, pero os he reunido para daros la noticia: estoy ultimando mi candidatura. El congreso en homenaje a Sánchez-Albornoz será el primer acto de campaña, y a partir de ahí iremos recabando apoyos para recuperar el rectorado.

—Es una gran noticia —recalcó Gabriel, tan complaciente como de costumbre—. Cuenta con nosotros en lo que necesites.

–Por el momento, el primer asunto está cerrado –explicó Teresa–. La dimensión de Sánchez-Albornoz, no sólo como historiador sino también como presidente de la República en el exilio, nos permitirá publicitar el congreso más allá de estos muros, y así Pedro podrá recibir la atención de los medios. Además, estamos disponiendo varios artículos para que Pedro los publique en la prensa nacional, y hemos concertado entrevistas en radio y televisión.

–El congreso importa una mierda –aseveró Pedro R., sin remilgos–. Decidle a vuestros becarios y estudiantes que participen con una ponencia de lo que sea, da igual; por mí como si suben al estrado a leer recetas de cocina en voz alta. Lo que importa es el ruido que vamos a armar con todo esto, ¿entendéis?

–Pero, luego publicaremos un libro con las ponencias, ¿no? –pregunta Carmen G., siempre preocupada por cumplir con los requisitos formales que le permitan sumar nuevos trienios y sexenios a su salario.

–No –sentencia Teresa–; o sí, no lo sé. Ante el Ministerio, la universidad y los patrocinadores habremos de justificar gastos, y supongo que podríamos incluir la edición de un libro fantasma como excusa, pero el dinero irá al fondo de campaña de Pedro. El congreso es una argucia para llenar las arcas: las dietas de los ponentes, los gastos de organización e intendencia, las publicaciones; debemos falsear tantas facturas como sea posible para coger un buen pellizco.

–Sin embargo, eso no es suficiente –advirtió Pedro, sentándose en el pico de la mesa, como el profesor que nunca fue–. Os he reunido aquí porque necesito ideas para recuperar el rectorado. De nada sirve que hagamos esfuerzos para limpiar mi nombre y relanzar mis opciones, si luego no conseguimos los apoyos necesarios para forzar la salida del actual equipo de gobierno y crear un bloque de oposición. Así que, soy todo oídos.

El silencio que Pedro temía se produjo. El príncipe había de contar con aquellos patanes, una hueste ingente que había quedado reducida a esto: los más patéticos, los más serviles, los más inútiles, y a pesar de eso, o tal vez por esa razón, los únicos, indispensables para su desgracia.

–Quiero que penséis en ideas constructivas como si vuestro futuro dependiera de ello –arengó Pedro a sus tropas–. ¡Todos estáis aquí gracias a mí! A unos os ayudé a medrar cuando nadie os hubiera contratado ni para limpiar retretes. A otros os salvé cuando os pasasteis de la raya, propasándoos con alguna alumna o robándole su investigación. Me jugué el culo por protegeros y lo acabé pagando, por lo que ahora estáis en deuda conmigo. Así que, estrujaos los sesos y dadme ideas. ¡Vamos! ¡Ideas!

Las necesidades se sucedieron una tras otra, para desesperación de Pedro R., hasta que, en un giro imposible de predecir, a Carmen G. le sobrevino una epifanía, que la mujer explicó con convencimiento pero sin la más mínima claridad.

–¿Qué quieres decir con eso? –preguntó Pedro, impaciente.

–Lo has explicado hace un momento –dijo Carmen G.–: los aquí presentes te somos fieles porque te debemos nuestros puestos. Lo que habríamos de hacer es aumentar la nómina de aquéllos que, si disfrutan o pueden gozar de un ascenso o cualquier otro privilegio, es por ti. De esta forma, evitaremos conspiraciones: si ennobleces a una nueva casta de académicos que deban su suerte a tu condición de rector, no habremos de preocuparnos por perpetuarte en el cargo: tus vasallos serán los primeros interesados en que conserves el trono.

–Y, ¿cómo hacemos eso?

–No lo sé.

–Con una emisión masiva de plazas de profesor titular y catedrático –planteó Teresa–. Como bien ha dicho Carmen, no se trata de ir comprando los apoyos de los académicos con plaza, cuya fidelidad siempre puede resultar volátil. Debemos crear una corte de profesores que te deban su

existencia como tal.

–La idea es ingeniosa –replicó Gabriel–, pero imposible. La única forma de impulsar esta promoción masiva de profesores sería desplazar a los veteranos, y salvo por muerte o jubilación, no se me ocurre cómo quitarnos de encima, ¿a cuántos?, ¿doscientos, trescientos dinosaurios?

–No necesitamos expulsar a la nobleza de sangre –dijo Carmen–, sino arrinconarla, dejándola en inferioridad frente a la nobleza de toga o servicio investida por Pedro desde el rectorado.

–¿Y cómo piensas hacer eso? –insistió Gabriel.

–Un señor feudal requiere de un señorío –aseveró Carmen, irritando a un Gabriel que, como catedrático, se pretendía superior en todos los sentidos a su colega.

–Un nuevo campus –dedujo Pedro–. Si ampliamos el campus con nuevas sedes, escuelas universitarias y facultades, hará falta contratar a más profesores.

–Y crear nuevas cátedras –completó Melho, pensando ya en el futuro–. Los catedráticos a los que Pedro promocionará controlarían los departamentos y los decanatos; ficharíamos a los nuevos profesores como asociados para que su futuro estuviera ligado a un contrato que siempre podríamos rescindir.

–Y yo no sólo volvería a ser rector, sino que me proyectaría en el tiempo sine die, dejándoos a uno de vosotros en herencia el puesto cuando ya no esté.

–Pero, ¿cómo hacemos para conseguir los recursos que cuesta una ampliación del campus? –preguntó Gabriel.

–Venalidad –respondió el rector depuesto–. Lo pondremos todo a la venta: los créditos de las carreras, las repeticiones, los títulos, los posgrados, los cursos de formación, idiomas. Detectaremos las necesidades existentes y crearemos nuevas: el que pretenda inflar su currículum, el que necesite una acreditación lingüística, profesores certificados sin competencia docente, amistades políticas con titulaciones a la carta sin esfuerzo ni concurso presencial, convalidaciones, concesión de becas, acceso a bolsas de empleo. Les haremos pagar por todo; si es necesario, les cobraremos hasta el papel del váter.

–Eso nos facilitará recursos una vez alcances el rectorado, pero ¿cómo promovemos tu candidatura hasta entonces?

–El suelo –sentenció Carmen–. La universidad es propietaria de suelo urbano, que podríamos recalificar.

–Mismo problema –insistió Gabriel.

–No –replicó Carmen–. Si recalificamos los terrenos que la universidad posee, o las parcelas que podría conseguir, habría suelo suficiente para el nuevo campus, favoreciendo además la edificación de bloques de viviendas. Para fomentar la candidatura de Pedro, sólo necesitamos establecer contacto con los bancos y las empresas constructoras que estén interesados, negociando una mordida inicial con la que podríamos comprar los votos que devuelvan a Pedro el rectorado.

–Y, ¿cómo hundimos al actual rector? –preguntó Melho.

–De la misma manera que me hundisteis a mí: sólo habéis de enfrentarle a la necesidad de tener que dimitir. Plagio, nepotismo, conducta impropia, abusos sexuales; seguro que encontraremos algo, y si no nos lo inventamos.

Tras establecer una agenda de actuaciones, el cónclave se disolvió, repartiendo Teresa las tareas pertinentes de cara al inmediato congreso. Mientras Carmen y la jefa del departamento caminaban de regreso a sus despachos, Melho tuvo una ocurrencia: el sofá que él y Gabriel habían compartido parecía ideal para sus inmediatos planes.

–Pedro, ¿te importa si te cojo prestado el sofá?

–Vale, pero no olvides devolvérmelo –dijo el rector depuesto. Al momento, sin embargo,

Pedro entendió la razón de este ruego—. Bien visto, mejor quédate con el puñetero sofá.

—¿Me ayudas a moverlo? —preguntó Melho a su mentor.

—¿Estás loco? Deja que llame a un par de becarios.

—Para eso están —añadió Pedro, saliendo de su propio despacho de vuelta a casa.

Capítulo 16

Amadís de Gaula

«[El honor] es la enigmática mezcla de conciencia y de egoísmo que le queda al hombre moderno aun cuando haya perdido por su culpa, o sin ella, todo lo demás, la fe, el amor y la esperanza. Este sentimiento del honor es compatible con un gran egoísmo y grandes vicios, y es capaz de grandes errores; pero también puede adherirse a él todo lo que haya quedado de noble en una personalidad, y sacar de esta fuente nuevas fuerzas».

Jacob Burckhardt. *La cultura del Renacimiento en Italia*.
Barcelona, Ed. Zeus, 1968

Un centenar de almas, sin propósito ni criterio, han confluído en el salón de actos para esta jornada de clausura del I Congreso Internacional Claudio Sánchez-Albornoz. Estudiantes arrastrados por los becarios que les dan clases, becarios conducidos por los directos de tesis para que pongan en escena una insípida ponencia, profesores bostezando bajo la atenta mirada de sus jefes de departamento, y una pequeña cuadrilla de jerarcas locales a las órdenes de Teresa C., quien ejerce las funciones de mayordomo de palacio en representación de un Pedro R., cuya sombra orbita sobre todos.

A las puertas del Aula Magna, Dani bromea con un Miguevi sereno, tras haber leído un ensayo de dos páginas sobre sus supuestas investigaciones. La siempre corrosiva Carla parece haber sucumbido a la presión de ser la siguiente oradora. Más abajo, en el estrado, una mujer familiar a muchos, desconocida para la mayoría, diserta con vehemencia sobre un asunto polémico. La resolución de esta becaria de una universidad visitante aún pone más nerviosa a Carla, quien decide afrontar sus miedos bajando las escaleras del pasillo lateral hasta la esquina del estrado, a la espera de que la llamen. Dani le desea suerte, y la joven pierde los papeles, besándole ante la mirada de Miguevi, que aprovecha para burlarse de la extraña pareja.

La vida transcurre tranquila hasta la llegada de un invitado fastidioso. Por el ancho pasillo que procede de las escaleras laterales, Liborio Salazar aparece, caminando indeciso. A Dani le da un vuelco el corazón, y busca a Miguevi, esperando una respuesta que su camarada rehúsa concederle.

—¡Liborio! ¿Qué haces aquí? —El joven se adelanta a estrechar la mano del portugués. Miguevi no pierde el tiempo en este teatrillo cordial, escenificando la indiferencia que se ha tejido entre los dos estudiantes.

—Dani. Oye, estoy buscando a Ángela. No sé si la habéis visto.

—No —responde Dani—. Lo siento, tío, no, no la hemos visto.

—Hace días que no sé nada de ella. La he llamado por teléfono, me he pasado por su casa; coño, incluso le he escrito varios correos, pero no me hago con ella, y empiezo a preocuparme. En el departamento me dijeron que los becarios participan en el congreso con una ponencia, y pensé que podía haber venido.

—No, tío; aquí no está. Te lo aseguro. —Dani coge a Liborio por los hombros, con la intención de llevárselo de allí—. Iba a la cafetería, ¿por qué no me acompañas?

—No. —Liborio finta a su colega—. Me quedaré, por si aparece.

—Dudo mucho que Ángela asome la cabeza por aquí —dice Miguel Vicente, chistando al final de la frase, con un esbozo de malicia, rencor y aprensión.

—¿Y eso qué quiere decir? —pregunta el portugués.

–Nada –interviene Dani, interponiéndose entre los dos jóvenes–; son gilipollices de éste. Liborio, ¿por qué no me acompañas y hablamos abajo?

–¿Qué coño has querido decir con eso de que Ángela no aparecerá por aquí? –insiste Liborio, encarando al becario.

–Pues, eso, que nadie espera que asome la cabeza.

–¿Por qué? Miguel, no me toques los huevos.

Liborio dobla al becario en espaldas y mala leche, y los últimos días que ha pasado sin dormir, preguntándose dónde está su novia, han dinamitado la poca paciencia que pudiera atesorar. A Miguel Vicente le intimida el portugués; siempre ha sido así, y por ese motivo el becario odia a Salazar, este brabucón arrogante, violento e impredecible. Ahora, sin embargo, es él, Miguevi, quien parece fuerte y orgulloso, capaz de tumbar al friegaplatos ebrio con un solo golpe.

–Ángela ha renunciado a la beca –explica Miguel Vicente–; ha abandonado el departamento, la universidad.

–¿Qué quiere decir que ha dejado la universidad? –pregunta Salazar–. ¿Por qué ha renunciado a la beca?

–¡Miguevi! –Dani trata impedir lo que está a punto de suceder.

–Digamos que tuvo un pequeño desencuentro con el director de su tesis...

–¡Miguevi! –repite Dani, interponiéndose entre los dos púgiles; Miguel Vicente, sin embargo, logra zafarse de su guardia para darle la puntilla al portugués atónito.

–Ángela no llevó bien que Melho tratara de follársela en su despacho.

–¿¡Qué coño te pasa!?! –explota Dani, empujando al becario.

–¿¡A mí!?! ¡Pregúntale a tu amigo, de qué coño va, apabullando a la gente como si fuera un mantón en una película de serie B!

Dani da la vuelta para calmar a Liborio, pero ya es tarde; el portugués ha entrado en el Aula Magna. Salazar camina como un sonámbulo, mirando a todas partes sin ver nada, hasta que al fijarse en el estrado, hundido en el foso del anfiteatro, el portugués descubre a Carmelho M. presidiendo la mesa de autoridades, junto al atril desde donde los ponentes disertan.

En los días posteriores, Liborio no será capaz de recordar cómo llegó al estrado, cómo bajo las escaleras poseído por una determinación inquebrantable, cómo subió a la tarima. La ponente invitada siguió con la lectura de su trabajo, hasta que el portugués saltó al ruedo... En principio, Melho no comprende quién es el espontáneo que les interrumpe, y al reconocer al novio portugués de Ángela V., al muy imbécil se le escapa una sonrisa, una puta sonrisa. Seguramente, nada hubiera frenado a Liborio, pero aquel estúpido gesto no hizo sino agravar las cosas.

Cuando Melho advierte las verdaderas intenciones del portugués, ya es tarde. Liborio agarra por las solapas de la chaqueta al profesor y lo levanta en volandas, como un fardo de lana, trayéndolo a este lado de la mesa, a primera línea del escenario, estrellando su peso muerto contra el suelo. Melho trata de incorporarse, desesperado, pero Liborio hunde su puño en la cara del profesor, partiéndole dos dientes con el primer golpe, y abriendo una brecha en el labio que empieza a sangrar. Una de las autoridades, compañero de mesa del profesor, sale en su auxilio, agarrando a Liborio por el hombro, pero el portugués se lo quita de encima como si fuera un insecto y lo lanza contra la primera fila de asientos. Melho trata entonces de levantarse, pero Liborio le pateo el estómago. El historiador escupe sangre, pero aún se resiste; agarrado a los bajos del pantalón del portugués, ruega clemencia, pidiendo que la paliza pare, y durante una fracción de segundo Liborio se detiene, pero al momento la imagen de Ángela acude a su mente y eso le hace perder el control. Liborio golpea la cara deforme del profesor con tanta saña que, aún

después de dejarlo inconsciente, el cuerpo de Melho sigue emitiendo sonidos sordos, de huesos que se rompen y fluidos que brotan a presión. Hasta que, al final de la tunda, todo cuanto queda es un saco de sangre y saliva sobre un charco carmesí salpicado por fragmentos de dientes; y sentado a su lado, con los pies colgando de la tarima, su agresor llora entre jadeos, con la imagen de Ángela clavada en la conciencia.

El público ha tenido una reacción insólita. A los gritos iniciales de angustia le siguió el silencio, roto por el sonido quebradizo de los huesos partiéndose, pero ahora, al final, cuanto quedan son espectadores en pie, capturando con sus teléfonos móviles la secuencia que se está retransmitiendo en directo a través de una miríada de terminales. El único que parece ajeno a la catatonia general es Dani, quien ha bajado corriendo junto a Miguevi hasta el borde del estrado.

–Tenemos que sacarlo de aquí. –El joven contempla con horror el bosque de cámaras que apunta al portugués.

–¿¡Te has vuelto loco!?! –Miguevi coge a Dani por la manga de la camisa, justo cuando el muchacho pretendía rescatar a Liborio del escrutinio de los curiosos–. ¿Quieres salir en todos los videos?

–Tienes razón. Hay que hacer que la gente deje de grabar. Apaga las luces –ordena Dani, señalando el telón–. El panel está ahí detrás. ¡Vamos, coño! Sube por aquellas escaleras y apaga las putas luces; yo sacaré a Liborio de aquí.

Miguevi reniega, pero acaba cediendo. Tras accionar el becario todos los interruptores, el Aula Magna se sume en la noche. Dani enciende la linterna del teléfono y se dispone a evacuar a su colega, que ha quedado en estado catatónico, pero llega tarde: justo cuando está a punto de acercarse a Salazar, una luz tras otra golpea el rostro del portugués, que de pronto se ve iluminado por un centenar de estrellas, los focos de las cámaras que no renuncian al espectáculo.

Liborio, deslumbrado por las candilejas, vuelve en sí, mira a su alrededor, divisa a Melho y se lleva la mano a la frente, tratando de evitar la ceguera. Y de nuevo el recuerdo de Ángela, a la que ha perdido, ahora lo sabe, ahora lo entiende, y aquél es el mayor dolor que nada ni nadie podría provocarle, el que él mismo se ha causado ante los ojos de los curiosos, a los que se dirige en un gesto de amargura.

–Este saco de mierda –alza la voz Liborio, señalando el bulto del profesor– que ha escupido los dientes; este cerdo que se ahoga en su sangre, es un violador, un pederasta que se cree con el derecho de abusar de quien le apetece, de quien le pone cachondo. Y yo... Yo... Yo soy un cabrón egoísta que sólo piensa en sí mismo, y que es capaz de matar a un hombre a palos para quedarse tranquilo, y callar esa voz que te recuerda que no sirves para una mierda... Pero este cerdo y yo no somos nada comparado con vosotros... Vosotros sois los peores. Vosotros que sabéis lo que ocurre y no hacéis nada salvo mirar cuando no hay peligro, apartando la vista cuando algo puede salpicaros. Sois escoria, todos, igual que yo, igual que él, todos los que no hacemos nada sabiendo que esto sucede... ¡Porque lo sabíais! Todos lo sabíamos, ¿verdad? Todos conocemos a uno de estos sacos de mierda –continúa Liborio, coceando a Carmelho–, ¿¡verdad!?! Un compañero de trabajo que, de tarde en tarde, le revienta la cara a ostias a su pareja; un padre que, cuando está tan borracho como de costumbre, le parte las costillas a su hijo de seis años; un puto profesor que utiliza su cátedra para violar estudiantes, y que las amenaza hasta que se cagan de miedo para que no le denuncien. Todos tenemos a uno de estos cerdos en nuestras vidas, ¿verdad? Pues, ¿sabéis qué? Yo me he cansado de soportar a estos hijos de puta, ¡y me he cansado de mirar a mi alrededor y ver vuestros rostros de mierda, putos cobardes acomodados! Podéis iros todos a tomar por culo.

Liborio se gira para propinar una última patada al bulto que minutos antes fue Carmelho M.,

pero entonces se encienden las luces, y tres policías aparecen en el escenario, reduciendo al portugués, cuya cabeza rebota contra la tarima cuando le tumban en el suelo. Mientras la policía se lleva esposado al agresor, las cámaras del público no dejan de seguirle. Los únicos que no participan de este ritual son los atónitos miembros de la mesa que todavía quedaban sobre la tarima, Miguel Vicente que se ha exiliado en la periferia de todo el embrollo, y Dani, quien llora, sentado en una butaca de la primera fila. Mientras los camilleros trasladan a Melho, Carla se abraza a su amigo, y los dos buscan en el otro el consuelo que el mundo no les presta.

Capítulo 17

Américo y Claudio

«He dicho más de una vez que la imaginación es tan indispensable al historiador como el saber; pero a condición de saber renunciar a los frutos de la imaginación, cualquier que sea su seducción o su originalidad, si los hechos históricos los enfrentan o los contradicen. (...) Castro nunca escribió "quizás, tal vez, acaso, es posible" como el auténtico historiador debe hacer a cada paso. Un día le venía a la mente una atractiva idea y después se esforzaba por demostrarla sin escrúpulos científicos. (...) La obra de Américo es una grande y bella fantasmagoría, pero nada más que eso.»

Claudio Sánchez-Albornoz. *Sobre la libertad humana en el reino asturleonés hace mil años*. Madrid, Espasa-Calpe, 1976.

—La historia de Cataluña tiene la virtud de conciliar las posturas enfrentadas en el debate entre Américo Castro y Claudio Sánchez-Albornoz. Tal y como Castro plantea, igual que existe una *vividura* española, también podemos distinguir una *vividura* catalana, un esencialismo asentado sobre la morada vital de un colectivo que ha visto limitada la proyección de una existencia libre e independiente al socaire de distintos déspotas; y no deja de ser curioso cómo la negación de la identidad catalana por aquéllos que han ejercido esa tiranía no hace sino reforzar su singularidad, asentando un carácter propio de lo catalán como sinónimo de democracia y nación *avant la lettre*.

»Nadie puede negar que los visigodos no eran catalanes, como tampoco lo fueron musulmanes o judíos, y mucho menos los castellanos. Como bien planteó don Claudio Sánchez-Albornoz, España es una construcción romana que se proyecta desde Castilla, y de la misma forma que Cataluña no es Castilla, tampoco puede ser España. El mismo axioma que niega... una...

Un hombre salta al escenario, se dirige a la mesa de autoridades y agarra por las solapas a uno de los profesores. Claudia detiene la lectura de su ponencia, y sin salir de su asombro contempla cómo Melho se estrella contra el suelo, y antes de que nadie pueda reaccionar, el asaltante le golpea en la cara, lanzando puñetazos coléricos. Lo último que Claudia recuerda son los nudillos del joven estallando contra la mandíbula de Melho, y cómo el profesor escupía varios dientes sobre un charco de flema y sangre.

De forma instintiva, Claudia busca refugio: se aparta, primero, dejando el atril como testigo, para luego caer al suelo, y desde allí gatea hasta los cortinajes del telón. A los pocos minutos, alguien trastea entre bambalinas y cae la oscuridad, iluminada la tarima por decenas de focos, y de fondo se escucha un soliloquio, que la muchacha oye sin comprender, estremecida por la voz de ultratumba que llena el espacio. Todo termina cuando la policía y los sanitarios irrumpen en el Aula Magna; el alumbrado se restablece, atacante y víctima son evacuados, y los curiosos abandonan el teatro entre murmullos. Horas después, mientras revisan el aula antes de cerrar las puertas, un bedel encuentra a Claudia V. aovillada en la tramoya, entre unas cajas de cartón que ha empleado como fortín durante el asedio. El hombre se interesa por la joven, tendiéndole la mano. ¿Se encuentra usted bien? ¿Quiere usted que llame a alguien? Y, en ese momento, Claudia V. entiende que está sola, y el vértigo la embarga, devolviéndola al suelo, único refugio a la ansiedad.

Al cabo de unas horas, Claudia logra dominar el pánico. La becaria entra con paso titubeante en el vestíbulo de la biblioteca, donde los organizadores han dispuesto la celebración nocturna que sirve de broche al congreso. Camareros con camisa blanca y pantalones oscuros deambulan entre los corrillos con bandejas de canapés y bebidas. Ángela se agarra a una copa de cava, como

si fuera una tabla en mitad del piélago, y lentamente se va escorando en una esquina, donde constata su aislamiento. Por un momento, la joven llega a dudar de su significancia. La multitud parece entretenida en un solo tema de conversación, y nadie advierte su presencia: si alguno de ellos, historiadores todos, guardara memoria, tal vez recordarían que Claudia fue becaria de Melho, que pocos conocen tan bien a la víctima, que tal vez nadie se ha visto tan turbado como ella por lo sucedido.

—¿Claudia? —La joven mueve el cuello con un espasmo, buscando una voz que la interpela, que la reconoce, que la reclama—. Claudia, ¿te encuentras bien?

Archibald ha apoyado su mano en el hombro de la muchacha; ¿cuándo ha ocurrido eso?, se pregunta Claudia. La mujer siente el deseo de abrazar a este ilota, sin patria, sin un suelo bajo sus pies; pero, en el último momento, recupera la compostura y recuerda quién es ella y quién es él, o quiénes pretender ser, qué papel representan en el circo que frecuentan desde hace años.

—Archibald —contesta Claudia, con fingido aplomo.

—¿Estás pálida? ¿Te encuentras bien?

—Sí. Es sólo que... Aún no me creo lo que ha pasado. El pobre Melho... Cuando le ha tirado...

Claudia empieza a llorar, y Archibald, a quien nunca le faltó compasión, incluso desde el interés desvergonzado, se abalanza sobre su colega, dispuesto a guarecerla entre sus brazos; pero Claudia se resiste, apartándolo con un gesto, mientras con la mano libre espanta las lágrimas a latigazos.

—Lo siento —dice la mujer—. Creo que nunca había visto nada parecido. ¿Se sabe quién es el loco que ha atacado a Melho?

—Sí —contesta Archibald, carraspeando—. Es un estudiante portugués. Se llama Baltasar, Salazar o algo parecido.

—¿Y tienes idea de por qué lo ha hecho?

Archibald F. contiene la respiración, guarda un solemne silencio y baja la vista. Claudia entiende entonces que su colega le oculta una información delicada.

—¿No sabes quién es el portugués? —pregunta Archibald, en un extraño gesto de sincero asombro—. Claudia, tal vez deberíamos salir fuera un momento.

—¿Por qué?

—Por favor. Confía en mí. Vamos fuera. Necesito despejarme.

A espaldas de la biblioteca se encuentra la facultad, y frente al edificio discurre un jardín, trazado como frontera entre los dos sentidos de una avenida. En este parque lineal, la pareja escoge un banco en el que sentarse. Ángela viste un traje oscuro, entallado, que perfila su figura; Archibald, con sus pantalones anchos y una bandolera colgando del hombro, se enfrenta a su colega, que no deja de temblar, tal vez por el frío, tal vez por los nervios, el miedo incluso, la intuición, piensa el becario.

—¿Cuánto tiempo hace que no hablas con tu hermana?

—¿Mi hermana? —La mujer parece confusa—. No sé. Desde hace... ¿meses? Puede que desde antes de trasladarme a Barcelona. ¿Qué tiene que ver mi hermana con esto?

—Por lo que he oído, el portugués estaba saliendo con Ángela.

—¿Eso que tiene que ver...? —De pronto, la lucidez golpea con más violencia que cualquiera de los puñetazos que Melho ha recibido esta noche. La lucidez, que trae el tormento de la responsabilidad. Resulta prodigiosa la forma cómo las ideas se engarzan en la mente de Claudia, que a punto está de caer, y ha de agarrarse al respaldo del banco; parece que esta noche la gravedad atrae a la muchacha con obstinación.

–Ángela había empezado a colaborar con Melho –continúa Archibald, hurgando en la herida, aún cuando no es necesario dar más explicaciones–; iba a pedir una beca, y él iba a ser su director. Según los rumores, Melho trató de aprovecharse de ella; ya me entiendes... Supongo que el portugués se enteró, y...

Claudia se sienta; doblando la espalda sobre las rodillas, la joven forma un caparazón con el que protege las manos temblorosas, sobre las que cae un reguero de lágrimas. Archibald no tiene ánimo para seguir martirizándola con detalles; en lugar de eso, el hombre abraza a la joven. Claudia percibe el calor de otro ser humano, y no tarda en entregarse a esa promesa de redención, hundiendo la cara en el pecho de Archibald para descargar sobre su camisa la vergüenza, el dolor, tratando de expiar la culpa que no se extingue.

La pareja pierde la noción del tiempo, náufragos en un parque, bajo la luz tintineante de un farol de aires decimonónicos, un remedo afrancesado, una impostura, como todo cuanto sucede al otro lado de la avenida, tras las puertas enrejadas de esa institución ladina y corrupta a cuya indigencia moral los dos han contribuido tantas veces, y de tantas formas, cada una más repugnante que la anterior.

–Ahora mismo –dice Claudia, tras un largo silencio–, daría cualquier cosa por una copa de... de lo que sea.

Y en respuesta a sus plegarias, Archibald, siempre solícito, saca de su desgastada bandolera una botella de ron, aún con el precinto intacto.

–La he robado en la fiesta.

La pareja ríe, y Claudia honra el gesto con un trago largo. Archibald no ha terminado de comprender que la última frase de la joven era una excusa para dejar atrás este desolado parque, buscar refugio en un bar, en la privacidad de un reservado, tal vez de una alcoba. Pero esta solución tampoco le desagrada; de alguna forma, Claudia V. siente que ha regresado a la adolescencia, cuando ella y otros furtivos coqueteaban a media tarde con bebidas dulzonas, como el whisky afrutado y el ron.

–¿Sabías que todo empezó con Gabriel? –Claudia experimenta una falsa sensación de abrigo con el último trago. Archibald se encoge de hombros, sin entender la insinuación–. Tal vez hubo otros antes, no lo sé; la verdad, me cuesta imaginarme a Ubieto, Reglà o Jover persiguiendo faldas en los años del franquismo, con las clases plagadas de sotanas y cofias.

–No entiendo.

–Creo que Gabriel fue el primero. Siendo aún un penene, cobró fama de seductor entre las estudiantes, a quienes conquistaba con su porte y su voz grave. Pero el galán empezó a oler a rancio; un saco de mierda que exuda alcohol y escupe ceniza cada vez que convulsiona con esa tos de carbonero. Entonces, Gabriel S. conoció a Carmelho, un chaval sin demasiados escrúpulos y no pocas ambiciones, al que prometió una carrera a cambio de sus servicios. Tú y yo entendemos lo que eso significa.

–Sí –responde Archibald.

–Melho siempre repetía una frase de Gabriel, como si fuera un mantra, un eco de sabiduría arcana: «Antes era más fácil follarse a las alumnas». Con la promoción de su becario, Gabriel buscó un nuevo cabrón que le consiguiera coños que enhebrar, y Melho, criado según el ejemplo de su maestro, hizo lo propio.

–Y esos somos nosotros –reconoce Archibald, algo confuso a causa del ron–, o lo fuimos, o tal vez lo habíamos de ser. ¿Crees que nos convertiremos en ellos, tú y yo?

–Al principio, Melho me quería a mí –explica Ángela, siguiendo una cadena de razonamientos díscola–. Follamos un par de veces, pero yo no lo soportaba. Me daba tanto asco que una noche

vomitó, allí mismo, junto a la mesa, cuando aún no se había corrido. Recuerdo que estaba muy cabreado; se puso los pantalones y la camisa, y sin mirarme a la cara, me ordenó limpiarlo todo; «no quiero encontrarme con esto cuando regrese», y salió de su oficina, dando un portazo.

–¿Qué edad tenías?

–Estaba en segundo o tercero –explica Ángela-. ¿Veintiuno, veintidós? No sé. Después, no volvimos a hablar del tema, pero a los dos nos quedó claro cuál era mi papel... Todas las estudiantes a las que he manipulado, todas las mujeres que he sacrificado... Aún recuerdo su aliento en mi nuca, su barriga en mi espalda; y no quiero pensar que mi hermana...

Claudia vuelve a hundirse, y Archibald de nuevo la acoge entre sus brazos, pero esta vez el becario tiene el atrevimiento de besarla. Quizás sea el alcohol, quizás el llanto irrefrenable, pero en Archibald se ha despertado una pétrea erección. Claudia no se siente atraída por este hombre con aspecto de vagabundo, pero no es pasión lo único que un beso puede contener; también hay ternura, clemencia, y sobre todo, la violenta necesidad de saberse querida, ella que siente haberlos traicionado a todos.

Archibald no da crédito. La muchacha pasea su desnudez por el dormitorio para regocijo del becario, que se pierde en el balanceo de unas caderas perfectas. Claudia está pidiendo una copiosa cena y una surtida selección de bebidas al servicio de habitaciones; la universidad corre con los gastos de alojamiento y dietas de los ponentes, y la pareja está dispuesta a sacar partido a esa prebenda. Claudia, de pie junto al teléfono, consulta el catálogo de precios, al tiempo que enciende su ordenador portátil; Archibald la espera en el catre, tapando con la sábana una desnudez de la que se avergüenza. El desenlace sexual de la noche ha sido rápido, pero Archibald aún saborea este epílogo de intimidad, disfrutando de la radiante desnudez de Claudia.

–Ya está –anuncia la mujer, colgando el teléfono–, enseguida lo suben. ¿Quieres ver una cosa? Me gustaría enseñarte algo.

Claudia parece una persona diferente, rebosante de picardía e ilusión. A Archibald le cuesta entender el brusco cambio de registro de la joven, que regresa a su lado, en el lecho, con el ordenador portátil. Claudia se acomoda en la cabecera de la cama, dejando el aparato sobre sus muslos, a pocos centímetros del vello púbico cuyos rizos se enredan dulcemente al borde del aparato. Después de trastear con las carpetas y archivos del disco duro, la joven da con el documento que andaba buscando, un archivo de texto que se despliega sobre la pantalla, ocupando gran parte del campo de visión.

–¿Qué es esto? –pregunta Archibald–. ¿La ponencia que has leído esta tarde?

–No –responde Claudia. La muchacha parece rejuvenecida. Con su mano izquierda, la joven oculta una sonrisa de orgullo–. Es mi tesis doctoral.

–¿Tu tesis? Creía que no tenías nada, que estabas como yo. ¿Esta es la tesis que empezaste a investigar con Melho?

–No; es algo completamente distinto, y lo mejor es que la he escrito en poco más de un mes –afirma la becaria, mordiéndose la uña del pulgar en un gesto irreflexivo.

–No puede ser. ¿Cómo has podido escribir una tesis doctoral en un mes?

–Bueno, eso tiene una sencilla explicación: en realidad, sólo es literatura.

–No comprendo.

–Es lo que ahora quieren ahí arriba –explica Ángela, señalando al techo, como si su nueva universidad residiera en el limbo–. Ya sólo los viejos, los carcamales obtusos, pierden el tiempo entre legajos y protocolos. Archibald, la buena noticia es que la Historia vuelve a ser lucrativa, y cuanto se pide de nosotros es la construcción de un discurso: ¡bienvenida la revolución del posmodernismo!

»No lo entiendes, ¿verdad? La investigación, el método científico, el contraste de las hipótesis ante las fuentes, ¡todo forma parte de un pasado inútil! Los historiadores tenemos al fin un objetivo, una función: constatar las verdades de los otros. Has de aparcar los prejuicios que nos inculcaron, la necia ambición de que la Historia regenta el redil de las ciencias sociales. Archibald, despréndete de esas tonterías y descubrirás que en este mundo de desinformación instantánea tal vez no seamos los monarcas de esos reinos virtuales, pero podemos vivir cómodos al servicio de nuestros nuevos amos.

–Lo siento, Claudia, pero creo que no he comprendido una sola palabra de lo que acabas de decir. ¿Cómo has escrito una tesis doctoral en un mes? Contéstame a eso.

–¡Es sólo discurso, ficción! He escrito lo que otros querían leer. ¿No lo entiendes? Cuatrocientas páginas de folletín, inventando personajes, citas, fuentes que no son, que no podrían ser, pero que existen porque alguien necesita creer en ellas.

–¿Te has inventado tu tesis? Pero... ¿Y si alguien consulta las fuentes? ¿Y si contrastan tus afirmaciones con los archivos?

–Eso es lo mejor. En un mundo de fanatismos, nadie lee con el espíritu de fiscalizar sus propios convencimientos, sino con la exigencia de ver refrendadas sus conclusiones. Los organismos, las personas que financian mi beca, que publicarán mi libro, que me proveerán de una cátedra en su sínodo de sabios, serán los valedores de esa tesis, y aunque otros vengan a desmontar mis afirmaciones, el lector que necesita creer esas verdades no les dará crédito. No hay forma de perderse en un laberinto cuando partes de la salida.

Claudia deja el ordenador portátil en el regazo de Archibald. El becario rectifica la postura, sorprendido por el ofrecimiento de su amante, sin terminar de comprender sus intenciones.

–Me gustaría que leyeras mi tesis.

–¿Cómo? ¿Ahora? –responde Archibald.

–Tenemos toda la noche, ¿no? Voy a meterme en la ducha. Presta atención por si llaman a la puerta con nuestra comida. –Claudia se levanta de un brinco y camina desnuda hacia el cuarto de baño. A Archibald le hipnotiza el aleteo de una mariposa tatuada en la base de la columna, flotando sobre sus glúteos—. Quiero que seas sincero; aprecio tu opinión y... Quiero saber qué te parece, lo que realmente piensas.

Archibald asiente con pudor, sin perder de vista a Claudia, hasta que entra en el baño y, al momento, se escucha el agua de la ducha correr. El becario, entonces, se enfrenta al brillo de una hoja en blanco que precede a las más de cuatrocientas páginas que Claudia ha completado en poco tiempo. Aún tratándose de literatura, de ficción, como la propia autora lo denomina, a Archibald le impresiona la prodigalidad de su colega; la última vez que el becario escribió algo para Gabriel S., apenas quince páginas de gilipolleces sin hondura, tardó dos semanas.

La tesis de Claudia rastrea los vestigios imposibles de una ficción histórica, un apriorismo ilustrado, un pueblo eterno de hombres y mujeres pacíficos, solidarios, justos, íntegros, esforzados y tolerantes. Pero no hay trama sin conflicto, ni héroes sin villanos, y así, a lo largo de un prólogo vibrante, se suceden los déspotas que flagelan la voluntad serena de estas mujeres y hombres, de esta patria, erigida no sobre las fronteras de una geografía cambiante, sino en la identidad espiritual y la conciencia colectiva de un pueblo, intitulado como nación.

En pocos minutos, Archibald ha devorado el preludeo, y al llegar a este final, el becario aparta el ordenador con desprecio, se levanta de la cama y camina sin rumbo. Claudia tiene el talento que él nunca conocerá. El becario regresa sobre el documento, leyendo páginas sueltas, y su impresión no hace sino empeorar. Por supuesto, el texto no es sino una mezcla de novela y ensayo, pero Claudia consigue que desees creer en sus conclusiones, que aceptes la certidumbre de sus

palabras, porque no puede ser de otra forma, porque su autora ha construido una falacia tan sublime que no puede ser tomada por simple hipocresía. Y Archibald odia a su colega por ello; no porque Claudia haya escrito un texto hermoso y falsario, tan pirotécnico como sublime, no; sino porque ha comprendido que él nunca estará a su altura, y si a Archibald le quedara un ápice de dignidad renunciaría a la farsa de su vida.

El agua de la ducha cesa, y al rato suena el rugido de un secador de pelo. Archibald deduce que le quedan unos minutos. El becario busca en su bandolera un lápiz de memoria, que conecta al ordenador, guardando una copia del documento al tiempo que se pone los pantalones y se calza. Mientras termina de recoger sus pertenencias, el becario escucha un repiqueteo en la puerta. Claudia apaga el secador y pregunta en voz alta por ese ruido, a lo que Archibald contesta anunciando al servicio de habitaciones. Cuando el potente motor vuelve a bramar, ensordeciendo con aire caliente a la joven, Archibald recupera el lápiz de memoria, cierra el portátil y se dirige a la salida. El camarero vuelve a aporrear la puerta, y Archibald termina por abrir, dispuesto a marcharse con una excusa, pero al otro lado no le espera el pedido de Claudia, sino un viejo capataz.

—¡Por fin! —Gabriel saluda con rudeza al becario, que le contempla sorprendido a la entrada de la habitación.

—¿Qué coño haces aquí? ¿Cómo me has encontrado?

—He ido a tu casa, pero no estabas —Gabriel S. tiene un aspecto ruinoso. No viste chaqueta a pesar del frío; a su camisa le faltan un par de botones, y la tela presenta manchas de dudoso origen. Pero lo que más llama la atención de Archibald es el tono que Gabriel emplea; la voz de mando, común en el catedrático, ha dejado su lugar a un hilo tenue, más propio del ruego que de la orden—. Alguien me ha dicho que te vio salir de la biblioteca con una de las ponentes. He pensado que, tal vez, habías tenido suerte —dice Gabriel, ronco como nunca.

—¿Qué quieres? No es un buen momento —añade Archibald, mirando a sus espaldas, con el temor a que Claudia abandone el baño donde lleva un buen rato encerrada.

—He llamado a todas las puertas de esta planta, pero al final te he encontrado. Necesito hablar contigo; es importante.

—No tengo tiempo para... —Archibald duda; parece que el secador de pelo se ha detenido, y puede que Claudia salga de un momento a otro. No hay nada que ella pueda reprocharle, nada que ella sepa, nada que él haya decidido, aún—. Está bien. Vámonos de aquí. Bajemos a la calle y ahí me cuentas.

Archibald cierra la puerta, dirigiéndose hacia el ascensor a paso vivo. El becario pulsa los botones con insistencia, mirando atrás una y otra vez, pero no es hasta que, ya dentro del cubil acristalado, las hojas de metal se cierran y la cabina desciende, que Archibald respira tranquilo. Si Gabriel no estuviera consumido por el miedo, hace tiempo que hubiera amonestado al becario por las prisas; en lugar de eso, el hombre no deja de mirar al suelo, mesándose los cabellos de la nuca.

Fuera, Gabriel pide a Archibald que le acompañe hasta un garito que, al otro lado de la calle, ha bajado la persiana a media asta. El camarero se apiada de los desdichados y les sirve una cerveza y un vaso de whisky, mientras él termina de subir las sillas y barrer el suelo. Gabriel se bebe el licor de un trago, y después resopla aliviado, dispuesto a sincerarse con un Archibald que le observa con desprecio.

Capítulo 18

Memento mori

«Tres temas suministraban la melodía de las lamentaciones que no se dejaban de entonar sobre el término de todas las glorias terrenales. Primero, este motivo, ¿dónde han venido a parar todos aquellos que antes llenaban el mundo con su gloria? Luego, el motivo de la pavorosa consideración de la corrupción de cuanto había sido un día belleza humana. Finalmente, el motivo de la danza de la muerte, la muerte arrebatando a los hombres de toda edad y condición».

Johan Huizinga. *El otoño de la Edad Media*.
Madrid, Revista de Occidente, 1973.

Dani está desolado por lo ocurrido en el Aula Magna. La primera intención del muchacho fue seguir al coche patrulla que trasladaba a Liborio hasta la comisaría, pero Miguel Vicente le disuadió. Tras una sucesión frenética de llamadas, Dani movilizó a varios amigos: Lucía, con quien ha hablado hace unas horas, se ha acercado a la central de la policía y le mantendrá al tanto de cualquier noticia. Dani no piensa con claridad. Miguevi le ha arrastrado a la gala de clausura del congreso, en el vestíbulo de la Biblioteca de Humanidades. Mientras el becario chismorrea con algunos profesores, dando por buenas conjeturas y cotilleos, Dani ha encontrado solaz en Carla, de quien no se despega desde que ocurrió el incidente, como han bautizado a la paliza a Melho sus refinados colegas. Carla desprende cariño a través de gestos que reconfortan a Dani: caricias, abrazos, sonrisas; sus manos se han entrelazado en varias ocasiones, en las que el joven se ha descubierto asido a la muchacha.

Miguevi visita a su amigo de vez en cuando, llevándole una copa de cava, un vaso de cerveza, con la secreta esperanza de que Dani se anime, de que mude esa expresión ausente, ese rictus de amargura. El becario no ve razón para ese humor luctuoso; al fin y al cabo, aquellos dos trenes estaban destinados a chocar, explica Miguevi a un par de profesores venidos de fuera, que comparten la velada con Gabriel S. y su becario: Salazar es un cavernícola, celoso e impulsivo, y era cuestión de tiempo que proyectara sus inseguridades sobre cualquier hombre que orbitara en torno a su novia. ¡Y Ángela!, ¿qué puedo decir de Ángela? No sé si alguno de ustedes la conoce pero les aseguro que es una belleza epatante, un auténtico bombón, una de esas beldades cuya sola presencia provoca sin ella proponérselo. No estoy diciendo que Carmelho incurriera en una conducta impropia. Un hombre violento y posesivo como el portugués no necesita excusas; él es el artífice de sus propias provocaciones.

Carla escucha a Miguevi descalificar al detenido, y siente asco, pero por vez primera en mucho tiempo se muerde la lengua, ella que ha convertido la polémica en signo de identidad. En vez de acercarse al corrillo de eruditos y dejar a Miguel Vicente en evidencia, la becaria regresa junto a Dani, para quien había ido a buscar algo de comer, unos canapés que amortigüen la borrachera hacia la que el joven se desliza.

–Miguel no ha tardado en echar mierda sobre Liborio. –La joven comparte con Dani una bandeja que ha sustraído de una de las mesas–. Deberías comer algo.

–No tengo hambre. ¿Qué está diciendo?

–Nada; tonterías. Sólo se pavonea ante sus nuevos amigos –asegura la mujer, señalando al círculo de autoridades foráneas, presidido por el catedrático Gabriel S.–. Les está contando a todos qué clase de persona es Liborio, como si lo conociera de siempre, como si Miguevi hubiera previsto lo que iba a ocurrir.

–¿Qué piensas de lo que ha hecho Liborio? –pregunta Dani, ligeramente ebrio.

–No tiene disculpa –sentencia Carla, rotunda. Dani resopla, sonrío algo ofendido y da dos pasos en dirección a la puerta, deteniéndose en el umbral para que el aire le espabile–. Nada justifica lo que ha ocurrido esta tarde.

–¿Nada? ¿Sabes lo que Carmelho le hizo a Ángela?

–¿Lo sabes tú? –Carla tuerce el gesto y se arrepiente de la pregunta. La mujer está enamorada de Dani, y cuanto desea es acapararlo con un beso, pero no sabe cómo acercarse a otra persona sin retarla a un embate que ella siempre debe ganar–. Liborio es tu amigo y le quieres, pero la forma como ha reaccionado a lo que sólo es un rumor...

–¿¡Un rumor!?! –Dani apura la cerveza, lanzando el vaso de plástico a la calle–. ¿Qué harías tú si descubrieras que alguien le ha hecho daño a la persona que quieres? Dime, ¿irías a hablar con ese cabrón? ¿Le avergonzarías en público desmontando sus argumentos? ¿Has estado alguna vez enamorada?

El muchacho mira de frente a Carla, que baja la vista. La becaria sólo piensa en huir, en correr camino a casa, encerrarse en su habitación, abrir un libro y no abandonarlo nunca, entregada a la santidad de la lectura, de la reflexión, del pensamiento, donde puede lidiar con cualquier reto. Dani coge la mano de su antigua compañera de clase, y mareado por los efectos del alcohol, roza con su mejilla el perfil esquivo de Carla. La becaria se resiste un segundo, y después besa los labios del joven, acariciando los rizos de su nuca. Entonces, Dani entiende qué está sucediendo y para, recula, da un paso atrás y se disculpa, volviendo a la celebración. Carla va tras él, y ambos regresan al rincón que ocupaban en el vestíbulo de la biblioteca, pero ya nada es igual; ahora, incómodos, la pareja se evita, y Dani no duda en asaltar tantas bandejas de bebida como quedan a su alcance, mezclando vino espumoso y cerveza.

Tras casi media hora en silencio, Miguel Vicente se lleva a Dani lejos de Carla; el becario informa a su amigo de que Gabriel y otros profesores van a prolongar la noche en los bares del campus, invitándole a acompañarles. Dani acepta, y sin despedirse de Carla, abandona la biblioteca con la troupe de académicos borrachos. Antes de salir, el joven se gira para disculparse con Carla, pero cuanto es capaz de construir es un gesto patético de rendición, asintiendo antes de bajar la mirada.

Tal y como había deseado por una fracción de segundo, Carla vuelve a casa. Sus padres no están, y la becaria se encierra en su habitación sin dar explicaciones. La mujer ronda los veinticinco años, pero no se siente muy distinta a la adolescente que a los quince buscaba su lugar. Carla entra en su cuarto, forradas las paredes con estantes, y vacía un anaquel, arrojando los libros sobre la cama. Con las piernas entrelazadas en la posición del loto, la mujer coge el primer texto, una Historia de Francia en un solo volumen, hercúleo, aterrador, y sin mediar coqueteos ni caricias, se lanza a su lectura. Carla ha llegado a permanecer días enteros en aquella posición frente a un libro. La becaria se siente como una apisonadora que cruza un bosque frondoso llevándose por delante los árboles, la vegetación y la fauna. Esta noche, sin embargo, es incapaz de concentrarse, y aunque sólo quiere llorar, gritando de rabia, se disciplina en la lectura de líneas que recita en voz alta, como si fueran una oración.

Resulta difícil saber a qué hora cayó dormida; seguramente entre las cuatro y las cinco de la madrugada. Fuera ya ha amanecido, aunque casi no se aprecia desde la habitación, cegada la ventana por un juego de baldas henchidas de libros. Lo que despierta a la joven no es la claridad matutina, sino el estridente timbre de su móvil. Por un momento, Carla confunde el ruido con la alarma de un día laborable, pero al rato vuelve en sí, entendiendo que alguien la llama por teléfono, lo que resulta extraño porque ¿quién emplea el teléfono para llamar en estos días?

La conversación que sigue no tendría sentido para un observador externo, ni siquiera para los propios protagonistas, pero lo cierto es que, tras un intercambio irregular de preguntas y respuestas, la joven abandona la cama, vestida aún con la ropa de la noche anterior, coge su bolso y sale del dormitorio, del apartamento, del edificio, corriendo hasta una avenida próxima con la intención de parar un taxi.

Unos minutos después, la joven desembarca en la puerta de urgencias del Hospital Universitario. En el mostrador de entrada, Carla pregunta por la policía, resumiendo brevemente el contenido de la llamada. La auxiliar de pijama blanco sale de su garita, perdiéndose entre los pasillos; al cabo de unos minutos, la mujer regresa en compañía de un agente uniformado con camisa y pantalones oscuros. El policía, mucho más alto que Carla, se planta junto a la joven, y con los brazos en jarras aguarda a que sea ella quien explique por qué le ha requerido.

–Me han llamado por teléfono. –Carla aguarda, con la esperanza de que el policía reaccione–. Me han pedido que viniera hasta aquí. No sé si es usted con quien he hablado...

–Sí, vale. Fui yo quien la llamó. Verá, unos compañeros encontraron a un hombre herido en la calle a última hora de la noche. Al parecer, asaltaron a esta persona para robarle sus pertenencias. La víctima no llevaba cartera, ni tarjetas, carnet o cualquier otro documento de identidad; tampoco tenía dinero en los bolsillos, ni llaves, de casa o del coche. Lo único que los compañeros encontraron fue un teléfono con la pantalla rota.

»El hombre tenía una brecha en la cabeza, seguramente provocada por un fuerte golpe con algún objeto contundente, como una barra de hierro. El hombre ingresó inconsciente, y los médicos lo mantienen sedado, por lo que no hemos podido hablar con él, a fin de clarificar su identidad.

»Verá. La hemos llamado porque, si bien el teléfono no funciona, a causa del golpe que recibió el terminal, en la pantalla ha quedado congelada la imagen de un hilo de conversación entre la víctima y otra persona, y el número que aparece es el suyo.

–¿El mío? –duda Carla, temiéndose lo peor.

El agente pide a la mujer que le acompañe hasta un cuarto en las dependencias hospitalarias. Dentro, otros policías nacionales y guardias civiles conversan alrededor de una mesa. El hombre que ha tratado con Carla entra en la habitación, saliendo al momento con un terminal móvil dentro de una bolsa de plástico transparente. Carla coge la evidencia y, al ver el hilo de conversación, contiene el aliento y rompe a llorar.

–Es el teléfono de Dani –musita Carla, entre temblores–. ¿Dónde está? ¿Dónde está Dani? Quiero verle, por favor.

–Cálmese. –El agente coge por los hombros a la mujer, que parece un peluche en sus manos–. ¿Conoce usted al dueño del teléfono? ¿Puede usted identificarle?

–Sí, claro. Es Dani, Daniel. Daniel... No sé sus apellidos...

–Cálmese. Puede que esta persona, Daniel, haya perdido el teléfono y no se trate del mismo hombre que permanece ingresado en el hospital. ¿Tiene alguna forma de contactar con Daniel? ¿Sabe si tiene familia, amigos? ¿Puede llamarlos?

–Sí, claro. Pero, quiero verlo, por favor.

–Lo siento, pero no puedo permitirselo, por el momento. Antes, necesito confirmar la identidad del dueño del teléfono. ¿Podría usted avisar a alguien: un familiar, un amigo cercano?

Carla asiente, y no tarda en comunicarse con colegas de la facultad, conocidos comunes, movilizando a unos y otros hasta esclarecer la identidad oculta de ese compañero de clase, de ese amigo circunstancial, objeto de amor y deseo del que ni siquiera conoce sus apellidos. Así, en menos de una hora, la sala de espera se va llenando de rostros familiares, hasta que antes del

mediodía, una madre y un padre nerviosos y aterrados cruzan las puertas de cristal del centro médico, y la policía les conduce hasta la habitación, donde su hijo yace moribundo.

–Los médicos le han inducido el coma para prevenir los daños causados por el traumatismo – explica Carla, que lleva veinticuatro horas de guardia en el hospital, y aunque aún no ha podido ver a Dani, se mantiene informada de la condición del paciente gracias a la insistencia con la que avasalla al personal médico. Los padres de Dani han adoptado a la joven como novia de su hijo, depositando su confianza en esta mujer detallista e incansable–. Tiene un hematoma subdural, y los cirujanos están valorando la posibilidad de operarle.

Carla no sabe muy bien si la pareja a la que está explicando estos detalles clínicos son primos de Dani, vecinos de sus padres, amigos del pueblo; en cualquier caso, el hombre y la mujer se dan por satisfechos, agradecen los desvelos de Carla y se despiden tras la visita de rigor a la familia compungida. La joven becaria vuelve entonces a pelear con la máquina expendedora de café, que se resiste a cumplir con su función. Tras colar varias monedas por la ranura y pulsar distintos botones, el líquido amargo cae sobre el vaso de plástico. Al final, Carla coge su café y da media vuelta, encontrándose con una presencia inesperada.

–Profesora A. –dice solemne la becaria.

–¿Cómo se encuentra Dani? –pregunta Juana. La mujer ha estado llorando hasta no hace mucho; parece una niña indefensa, cogida a las asas de su bolso con las dos manos.

–Está en coma. Le dieron un fuerte golpe en la cabeza con... algo, no sé, un palo. Está muy mal. Los médicos aún no han decidido qué hacer, pero seguramente le operarán, puede que hoy mismo. No hemos podido verle, pero si quiere usted subir conmigo, sus padres y algunos amigos están arriba.

–No –espeta Juana, con brusca sequedad–. Sólo he venido para... Sólo quería saber si se encuentra bien.

–No, no se encuentra bien, como tampoco se encuentra bien su familia, sus amigos. Por eso estamos todos arriba, esperando a que salga un médico y nos dé una buena noticia. Créame si le digo que es la última persona que quiero ver aquí, pero Dani la necesita, y debería estar usted arriba, con nosotros.

–No puedo. Lo siento –insiste Juana, preparada para huir.

–¡Juana! Dani querría verla a su lado cuando abra los ojos.

–Lo siento.

La profesora sale por la puerta, y Carla experimenta una pesadumbre confundida con alivio y amargura. La joven, que siempre ha envidiado a Juana A., ahora siente lástima por la historiadora que ya sube a su coche, indicando al conductor que la aleje de aquella tragedia de la que no quiere participar.

Mientras, Carla toma el ascensor hasta la segunda planta, en cuya sala de espera acampan los allegados de Dani. A lo largo del día, se han producido los primeros relevos, permitiendo que algunos regresen a casa mientras otros se quedan montando guardia; Carla y los padres de Dani son los únicos que se niegan a moverse de allí, y toda discusión al respecto resulta estéril.

Cuando Carla aparece en la sala de espera, un recién llegado sale a saludarla: es Aitor, un viejo amigo de Dani que, al enterarse de lo sucedido, ha gastado los ahorros que no le sobran en un billete de avión, y aquí está. Carla le abraza, para extrañeza de ambos, y deja escapar alguna lágrima, no muchas, agotada ya incluso de llorar. Pero Aitor no ha venido sólo; a su espalda se oculta la figura gibosa de otro miembro del grupo: Miguel Vicente S., sobre quien Carla se arroja como un chacal.

–¿¡Qué coño le hicisteis a Dani!?! –La becaria se echa encima de su colega, que por un

momento no sabe cómo reaccionar.

–No sé de qué me hablas. ¡Y baja la voz!

–La noche de la fiesta, en la biblioteca –recuerda Carla, quien ha acorralado a Miguevi, con el consentimiento de Aitor, que sirve de pantalla para cubrir de intimidación la desavenencia–, Dani se fue contigo y con Gabriel. ¿Qué coño pasó esa noche?

–No pasó nada.

–¡No me jodas, Miguel! –Aitor trata de sosegar a la mujer, que respira encolerizada, como si fuera a cornear a su oponente.

–No pasó nada. Fuimos a un par de locales, nos tomamos unas cervezas, y después cada cual se fue a su casa.

–Eres un pedazo de mierda –susurra Carla, tentada de golpear al becario–, y me estás mintiendo. O me dices ahora mismo qué coño sucedió esa noche, o bajo a hablar con la policía.

–¿Me estás amenazando?

–Pues claro que te estoy amenazando, gilipollas. Dime ahora mismo qué pasó la otra noche, o te juro...

–Tú a mí no me amenazas.

Tal y como Miguel Vicente enuncia la siguiente réplica, Carla da media vuelta y se dirige a los ascensores, con el firme propósito de delatar a su colega. Miguevi reacciona entonces, deteniendo a la muchacha antes de que pulse ningún botón.

–Espera, espera.

–Dime qué coño pasó la otra noche, sin tonterías.

–Está bien –cede al fin Miguevi. Aitor se ha acercado a la pareja, interesado en comprender de qué va todo esto–. Después de la fiesta, fuimos a varios locales, pero ya era tarde y todos estaban cerrando. Los profesores que habían venido de fuera decidieron retirarse, y nos quedamos sólo nosotros tres. Gabriel nos dijo que conocía un sitio donde tomarnos la última copa, así que cogimos un taxi y fuimos para allá. Las cosas, luego, se complicaron, pero cuando nos marchamos Dani estaba bien.

–¿Dónde os llevó Gabriel?

–A un club de alterne.

–¿Una casa de putas? –pregunta Aitor.

–¡No! No. Un club, ya sabéis, con una barra, y chicas...

–Y habitaciones en el piso superior donde se folla por dinero –apostilla Aitor, sin paños calientes–. Eso es un prostíbulo.

–Os aseguro que Dani y yo no sabíamos dónde nos llevaba hasta que no estuvimos dentro. Los dos íbamos muy borrachos; pero, claro, cuando vimos que las chicas iban en ropa interior, y nos pedían que las invitáramos a tomar algo, caímos en la cuenta de dónde nos había metido Gabriel.

–¿Qué pasó en el prostíbulo? –pregunta Carla.

–Nosotros no hicimos nada; nos quedamos allí, en la barra, con un par de cervezas. En cuanto entramos, Gabriel subió a las habitaciones con una de las chicas. Pensamos que lo habíamos perdido, así que decidimos irnos... Fue sólo mala suerte.

–¿¡Qué coño pasó en el prostíbulo!?! –grita Carla, desarmando la poca entereza que Miguel Vicente todavía conserva.

–Dani fue a mear, y mientras le esperaba, Gabriel bajó a medio vestir. Escuché gritos, y al rato apareció una mujer desnuda; creí ver sangre en su cara, y en la camisa de Gabriel.

–Dios santo –se lamenta Aitor.

–Yo no hice nada –lloriquea Miguel–. Os lo aseguro.

–Os fuisteis sin Dani –concluye Carla.

–Gabriel me agarró por el brazo y me sacó a la calle. Yo no entendía qué estaba pasando. Oí unos gritos, y cuando salimos fuera, Gabriel echó a correr, así que yo hice lo mismo. No lo pensé; sólo huí de allí... Yo no hice nada, os lo juro: no hice nada.

–Por supuesto que no hiciste nada.

Capítulo 19

La guerra

«¡Se quieren tanto unos a otros en la guerra! Cuando se considera justa la propia causa, y se ve combatir a la propia raza, las lágrimas vienen a los ojos. El corazón leal y piadoso siente la dulzura de ver al amigo que expone valientemente su cuerpo por ejecutar y cumplir el mandato de nuestro Creador. Y después se hace el propósito de morir o vivir con él y por amor de no abandonarle. En todo esto siéntese un deleite que quien no lo haya experimentado no sabe decir qué bien representa. ¿Creéis que quien hace esto teme la muerte? En modo alguno; porque está tan confortado, está tan entusiasmado, que no sabe dónde está. Verdaderamente, no tiene miedo de nada».

Jean de Bueil. *Le Jouvencel*. 1461-1466.

El camarero encontró en una mesa un pedazo de papel manuscrito. La hoja, de bordes desportillados, conservaba como cicatrices en las costuras las marcas de los pliegues, que una y mil veces habían sido doblados. El hombre, exhausto tras una larga noche de impertinencias, apoyó la escoba en la pared y tomó asiento. Famélico de aventura, el camarero prestó atención a los garabatos: parecía un contrato de redacción infantil, con dos firmas fedatarias en la base del documento. El hombre intentó leer el mensaje, pero fue inútil, tal era el espanto de aquella caligrafía, ensortijado el trazo hasta agarrotar el significado. A pesar de su aparente inutilidad, el camarero no dudó en guardar la hoja, cuidando al plegarla de que una de las costuras, suturada con celofán, no se abriera. Entonces, al meter el papel en el bolsillo, el camarero recordó, y su mundo se vino abajo.

En el extremo opuesto del local, elevados en taburetes sobre el suelo pegajoso, Gabriel y Archibald se vigilaban a través de la mirilla de un vaso vacío. Al echar un segundo vistazo al catedrático, Archibald cayó en la cuenta de que los lamparones en su camisa podrían ser de sangre, si bien Gabriel no presentaba heridas que explicaran el origen de las manchas.

—¿Qué te ha pasado? —Archibald no obtuvo respuesta; Gabriel parecía incómodo y distraído—. ¿Vas a decirme qué quieres, o prefieres que me marche?

—No. —Gabriel miró a su antiguo becario a los ojos, desvelando una innegable desesperación—. Necesito tu ayuda.

—Parece que has olvidado que ya no soy tu perro. Ahora tienes un nuevo criado que limpia tu mierda.

—Tú y yo nos entendemos —continuó Gabriel, sin atender a los reproches—. Siempre he podido confiar en ti, y eso es algo que...

—Déjate de gilipolleces, y dime qué quieres. ¿Sabes? Hace años aún soportaba tus digresiones, incluso me creía tus historias, tus cuentos, pero ahora nos conocemos demasiado bien, y todo ese parloteo no consigue sino irritarme. Así que, dime, y no me toques los huevos: ¿qué quieres de mí?

—Esta noche ha ocurrido algo. No te aburriré con los detalles, pero necesito tu ayuda: necesito que mientas por mí.

—No sería la primera vez.

—Eso es; sí —se entusiasmó el catedrático—. Ya hemos pasado por esto antes, ¿verdad? Tú y yo. Sólo te pido que me cubras, una vez más. Si alguien te pregunta, necesito que le digas que no me he apartado de ti en toda la noche, que salimos a tomar unas cervezas juntos, como de costumbre.

—Ni en un millón de años —contestó Archibald, riendo sin compasión—. No pienso meterme en

un lío por ti. Estás solo.

–Sé que tu ayuda tiene un precio, y lo entiendo, lo respeto. Todo volverá a ser como antes. – Gabriel se acerca a su becario–. Recuperarás tus privilegios, y trabajaremos juntos de nuevo.

–Mis privilegios. ¿A qué privilegios te refieres: a ser tu proxeneta, a levantarme en plena noche para sacarte de los baños de un garito porque estás tan borracho que no puedes moverte? No, espera. Te refieres al privilegio de impartir tus clases, escribir tus artículos y asistir a tus reuniones porque, como eres un alcohólico, cuando no estás como una cuba, no te tienes en pie por la resaca.

–¿Qué quieres? ¿Cuál es tu precio? Y no me vengas ahora con aires de dignidad, ni te hagas la víctima. Si todos estos años has aguantado la mierda que te ha caído encima es porque esperabas conseguir algo a cambio. Así que, dime: ¿qué quieres?

–Mi doctorado.

–Dalo por hecho. –Por un momento, el catedrático recuperó el ánimo, la altivez de su carácter superlativo, creyéndose dueño de la situación–. No me será difícil reunir a un tribunal. Saldremos del paso presentando cualquier cosa, y en unos meses...

–No. Tengo una tesis, algo más de cuatrocientas páginas –añadió Archibald mientras, con su mano en el bolsillo del pantalón, amarraba el lápiz de memoria–. Quiero un tribunal influyente, y garantías de que obtendré una mención *cum laude*; quiero el premio extraordinario de doctorado; y quiero mi libro, en una editorial de prestigio, con una tirada de dos mil ejemplares y reseñas laudatorias.

–Lo que me pides no es fácil.

–Entonces, lo quiero en menos de un mes.

–Te has vuelto loco. –Gabriel se volvió, tratando de llamar la atención de un camarero distraído en la lectura imposible de un manuscrito–. Tal vez, si me das tiempo, podría intentarlo.

–No me sirve de nada que lo intentes.

El camarero pasó junto a la pareja, pendiente de su móvil, y ya en la calle, encendió un cigarrillo antes de llamar por teléfono. Aprovechando su ausencia, Archibald estiró el cuerpo, de pie sobre los estribos del taburete, hasta alcanzar el grifo de cerveza, que manipuló para llenar su copa. El descarado hurto sorprendió a Gabriel, quien empezaba a ver a su becario con otros ojos.

–Puedo hacerlo.

–Ya lo sé –replicó Archibald, saboreando la cerveza fría–, por eso te lo he pedido. ¿Sabes qué otra cosa puedes hacer? Conseguirme una plaza como profesor titular.

–Eso es más complicado, pero se me ocurren algunas ideas. –El hielo de su vaso se estaba derritiendo, y Gabriel dio un trago al poso de agua, con la esperanza de endulzar sus labios con un peregrino sabor a whisky–. Joan B. se jubila en breve; además, Pedro se está preparando para recuperar el rectorado, y con él al frente de la universidad todo sería mucho más fácil.

–No lo entiendes –matizó Archibald, en el mismo tono condescendiente que Gabriel solía emplear–. Es tu plaza la que quiero.

–¿Mi plaza?

–Eso es. Quiero que tramites tu jubilación de manera anticipada, y quiero que esa plaza que dejas vacante sea para mí.

–Si hiciera eso –trató Gabriel de razonar, sintiéndose acorralado– perdería dinero, mi pensión, no la cobraría íntegra.

–¿Y crees que eso me importa una mierda? Gabriel, no quiero que pises un aula de nuevo en lo que te queda de vida, que vuelvas a tener un despacho en el que arrincones a tus alumnas para violarlas, que firmes una sola línea de texto que no hayas escrito, que le robes el mérito a quien ha

trabajado para conseguirlo. Y, lo más importante, quiero saber que he sido yo quien te ha echado de la universidad, quien te ha convertido en lo que mereces ser: un viejo miserable.

El catedrático guardó silencio, incapaz de levantar la mirada. En el suelo, los cristales rotos de los botellines formaban un manto verde y ámbar. En ese momento, al profesor le sobrevino una epifanía, y con aire desafiante afrontó su destino.

–De acuerdo. Te conseguiré cuanto desees, y tú, a cambio, mentirás por mí.

–¿No creerás que va a ser tan fácil?

–¿Qué más quieres? –replicó Gabriel.

–Garantías; no pienso arriesgarme a cometer, no sé, tal vez un delito, en base a tu palabra. Quiero garantías.

–¿Qué garantías puedo ofrecerte? –preguntó Gabriel.

–Una confesión, a viva voz frente al micrófono –dijo Archibald–, y manuscrita, de tu puño y letra, rubricada con tu firma. Como un contrato, tu confesión me garantiza que conseguirás cuanto te he pedido.

–Eso sería estúpido por mi parte. Si hago eso, ¿qué te impediría difundir mi relato en el futuro, cuando ya no te sea útil y puedas arrojarme a los leones?

–Si obtengo cuanto deseo –explicó Archibald a un abatido Gabriel–, no veo motivo para humillarte, más cuando tu historia no haría sino comprometerme, desvelando mis mentiras. Pero si me traicionas, si me utilizas, si te ríes de mí, no tendré el más mínimo reparo en hundirme con la satisfacción de saber que te arrastro conmigo... Así que, cuéntame, ¿qué ha ocurrido esta noche? Y no omitas nada, ni edulcores tu relato, y mucho menos te atrevas a mentirme, porque te conozco.

El camarero entró de nuevo en el local; con lágrimas en los ojos, el hombre se fue derecho a la trastienda, cerrando a sus espaldas. En una esquina, junto a la cafetera, Gabriel vio una botella de whisky barato, con el que se suelen tocar los carajillos. El catedrático se acercó titubeante a la máquina, y en un alarde de determinación, escanció el licor en su vaso, hasta el borde. Mientras regresaba, sorbiendo el líquido llameante, Archibald F. pulsó un botón de su teléfono, conectando la grabadora de voz.

–Al poco de que salieras de la biblioteca con esa chica –comenzó a explicar el catedrático–, unos cuantos nos marchamos de la fiesta, que ya empezaba a decaer. Fuimos a tomar la última copa en algún local, cerca de las facultades.

–¿Quiénes? ¿Con quién fuiste a tomar la última copa?

–Bueno, pues, habían varios invitados al congreso, profesores de otras universidades, ya sabes; y luego estaba mi nuevo becario, Miguel, y un amigo suyo, un tal Daniel; no sé si lo conoces. –Archibald lo negó con un gesto–. No importa. El caso es que era tarde y nos fueron cerrando un garito tras otro. Al final, los invitados al congreso decidieron retirarse, y a mí se me ocurrió un sitio, así que cogimos un taxi...

–¿Quiénes? –repitió Archibald.

–Miguel, su amigo y yo. Fuimos a un local, cerca del estadio.

–¿Los llevaste a una casa de putas? –preguntó Archibald.

–No es... eso. Es un local de alterne, ¿ya sabes!

–Es un burdel, un prostíbulo, llámalo como quieras, los dos lo conocemos. ¿Qué pasó ahí dentro?

–Nada. Al llegar, pedimos unas copas. Estábamos los tres, en la barra, cuando se nos acercaron unas chicas en ropa interior y empezaron a coquetear con nosotros. –De pronto, Archibald detuvo la grabación, resoplando molesto–. ¿Qué pasa?

–Te he dicho que no me mientas; ¡y no se te ocurra negarlo! Te conozco. Desde que entras por

la puerta de una casa de putas, lo único que tienes en mente, lo único en lo que eres capaz de pensar, es en subir a las habitaciones, así que ¡no te atrevas a reírte de mí! Quiero la verdad. Por una vez en los veinte años que nos conocemos, quiero oírte decir la verdad. ¿Qué pasó cuando entrasteis en el local?

–Miguel y su amigo se acercaron al bar –confesó Gabriel con un hilo de voz, mientras Archibald recuperaba la grabación–. Yo cogí por el brazo a la primera chica con la que me crucé, y subimos a las habitaciones.

–¿Qué pasó después?

–Ella estaba medio desnuda. Me preguntó algo; creo que hablamos del precio, no lo recuerdo. Cuando me di cuenta, ya estaba encima de mí, desabrochándose la camisa y los pantalones. Entonces, se puso en cuclillas; me preguntó si quería sentarme en el borde de la cama, y le dije que no; la cogí por los brazos y la obligué a incorporarse. No sé por qué la detuve.

–¿Qué ocurrió entonces? –apretaba Archibald, temiendo que Gabriel fuera a desfallecer entre sorbos de whisky.

–Me preguntó qué quería, y yo se lo dije. Quería... No sé por qué me vino a la cabeza. Quería... Quería que ella me diera la espalda. Quería...

–Dilo. ¡Vamos! Dilo. Quiero escucharlo. Quiero que quede grabado. ¡Dilo!

–Quería... cogerla por detrás, y...

–¡No me jodas, Gabriel! ¡Dilo de una puta vez! ¡Díselo a la grabadora! ¡Vamos!

–Quería hacerlo por detrás –confesó el catedrático, a punto de sollozar.

–¡No me jodas! ¡Querías darle por el culo! ¡Vamos! Déjate de tonterías y dilo. Dilo, vamos – repetía Archibald, con un dudoso tono de amabilidad–, querías follártela por el culo. Vamos, para confiar en ti necesito escucharlo. Hazme feliz. Dilo.

–Quería... Quería darle... por el culo. –Gabriel rompió a llorar. La situación era absurda: el catedrático, un depredador con innumerables violaciones a sus espaldas, un adicto al sexo sin límites a su dependencia, adalid del machismo, grosero orgulloso de sus registros más procaces, se hundió en la confesión de una sodomía–. Pero ella no quiso; me dijo que no hacía esas cosas, que podía llamar a otra chica, que esperara ahí mismo. Entonces, me dio la espalda, dispuesta a salir por la puerta. No sé qué me pasó por la cabeza. Fue... Estaba borracho...

–¿Qué sucedió?

–La cogí por el pelo y la empujé contra un aparador. –Gabriel dejó de titubear, como si, de pronto, hubiera aceptado su destino, y estuviera dispuesto a liberar una confesión en tromba–. Le arranqué las bragas y empujé su cabeza contra el mueble. Ella se resistía, y me dio un codazo, aquí –dijo el hombre, señalando un lugar incierto entre su mejilla y su oreja derecha–. Eso hizo que me enfadara, así que la empujé con más fuerza, con las piernas, la cintura, mientras me bajaba los pantalones. Cuando estaba a punto de... Ella me dio una patada, un puntapié, cerca de la entrepierna, y yo... Entonces se giró, y le di un puñetazo, y su cara... Salió un chorro de sangre, no sé de dónde... Después de eso, cayó al suelo, y me di cuenta de lo que estaba pasando, como si, hasta ese momento, no hubiera sido yo.

–Dios santo –musitó Archibald.

–Entonces salí de la habitación; bajé las escaleras mientras trataba de vestirme. En el vestíbulo, junto al guardarropa, estaba mi becario, Miguel. Lo cogí por el brazo y huimos de allí. Tuvimos suerte: el gorila de seguridad se habría tomado un descanso, o estaría resolviendo algún problema, porque no había nadie en la puerta. Miguel me gritaba, tratando de liberarse; y yo no le entendía. A mí sólo me preocupaba salir corriendo; así que, cruzamos la avenida hasta llegar a un parque, detrás de unos árboles, donde nadie nos podía ver.

–¿Y el amigo de tu becario? ¿Cómo se llamaba? ¿Daniel?

–Eso mismo me dijo este chaval. ¿Te lo puedes creer? –El catedrático sonreía, mientras nervioso se frotaba el pelo rasurado de la nuca–. Me preocupé por sacarle de allí cuando bien podría haberle abandonado, pero él no dejaba de gritarme, y yo no era capaz de pensar. Al final, le conté lo que había pasado.

–¡Gabriel! –exclamó amenazante Archibald F.

–No, le mentí; sí, bueno... ¿Qué importa? Le dije que la puta había tratado de robarme, que forcejeamos, que iba a llamar a los chulos y que vendrían por nosotros. Entonces, los dos nos quedamos en silencio. El chaval ese, Daniel, había ido al servicio cuando yo bajé corriendo. Miguevi me pidió que regresáramos; no al local, pero podíamos ir hasta la avenida, ocultarnos entre los coches y esperar, por si su amigo salía del burdel. Nos escondimos tras unos contendedores, y Miguel mandó un par de mensajes a su amigo, pero no los leía, así que esperamos, y esperamos, y esperamos. No fue mucho, tal vez media hora, o menos, pero me pareció una eternidad.

–Y entonces, ¿qué pasó?

–Al rato –continuó Gabriel–, vimos cómo se abría una puerta de servicio que daba a un callejón. Varios tipos salieron de allí, dos de ellos con el muchacho a rastras. Lo llevaron hasta un solar junto al estadio de fútbol, un descampado que utilizan para aparcar los coches. Les seguimos, a distancia, con cuidado para que no nos vieran. Hablaban en otra lengua, no supe reconocerla. Le repetían una pregunta, y de vez en cuando le daban algún golpe, patadas sobre todo. Al final, uno de ellos cogió algo del suelo, un palo o una barra, y le golpeó en la cabeza varias veces, hasta dejarlo inconsciente. Después, se largaron; uno de ellos le vació los bolsillos antes de abandonarlo.

–¿Estaba... vivo? El amigo de tu becario, ¿estaba bien?

–No lo sé –reconoció Gabriel, encogiéndose de hombros–. Miguel quiso acercarse, pero no le di opción; debíamos marcharnos, antes de que nadie nos viera.

–¿Lo habéis dejado allí? –preguntó Archibald, percatándose de que la historia remota del catedrático, en realidad, había tenido lugar hace sólo unas horas–. ¿No sabéis si está vivo o muerto, y lo habéis dejado allí para que se pudra?

–No podía arriesgarme.

–¿Arriesgarte? ¡Por el amor de Dios, Gabriel! El muchacho podría estar desangrándose en ese descampado. Habréis llamado a urgencias, a la policía o algo así, ¿no? –Gabriel guarda silencio, para horror de su becario, que creía haberlo visto todo de él–. ¿Por qué? Por Dios, ¿por qué no habéis llamado a la policía?

–¡No puedo arriesgarme! ¿Y si localizan la llamada? ¿Y si me relacionan con el chaval? ¿Y si la puta me acusa? ¿No lo entiendes? El solo hecho de que mi nombre aparezca en este asunto es una catástrofe. Sería mi fin, ¡y el tuyo! –Gabriel volvió partícipe al becario de su suerte–. Si no tengo una coartada, si no puedo defenderme de las calumnias de las putas, ¡de mi becario incluso!, no seré capaz de conseguirte nada de lo que me has pedido, ¡nada! ¿Lo entiendes? No serás el doctor Archibald F., profesor titular de la facultad de Geografía e Historia, autor de esa obra maestra que has escrito. No. ¿Qué serás entonces? ¿Serás el amigo cómplice que grabó a escondidas mi confesión, o el becario resentido que me manipuló con mentiras?

–¿Me estás amenazando? –se revolvió Archibald.

–No, no. Tú y yo. –Gabriel cogió a su becario por los hombros, en señal de desesperada complicidad–. Tú y yo. Sólo quiero entregarte cuanto mereces, y lo voy a hacer. Me apartaré, sin armar ruido, renunciaré a mi cátedra, dejaré una vacante que sólo tú podrás ocupar, un vacío en la

facultad que espera a que lo llenes. Te nombraré mi heredero y me retiraré donde no exista. Llegará el día en el que no se hable de mí, y tú tendrás cuanto me pertenece, y mucho más: honores, libros, un departamento entregado a tu liderazgo, una universidad bajo tu dominio. Sólo has de ayudarme a desaparecer; sólo necesitamos olvidar.

Capítulo 20

Beltenebros

«Y uno déstos fue Amadís, cuando, llamándose Beltenebros, se alojó en la Peña Pobre, ni sé si ocho años o ocho meses, que no estoy muy bien en la cuenta: basta que él estuvo allí haciendo penitencia, por no sé qué sinsabor que le hizo la señora Oriana».

Miguel de Cervantes. *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, 1605.

«Acuérdate de mí; no olvides mi ternura ni mi fidelidad: piensa que te amo frenéticamente, aunque me esfuerzo algunas veces para no amarte. Más, ¡qué blasfemia! ¡No amarte! Esta idea me estremece; me siento con deseos de borrarla del papel».

Historia y cartas auténticas en prosa y verso de los célebres amantes Abelardo y Eloisa. Madrid, Despacho Sucesores de Hernando, 1839, p. 7.

En una esquina, el hombre se acuclilla para defecar. El olor, crudo, ineludible, tarda unos segundos en extenderse por la celda. Varios reclusos dedican improperios al cagón, que se defiende amenazándoles con sus excrementos en la mano. Mientras la horda agoniza, los más avezados aporrean los barrotes. Cuando llega el primer guardia, es recibido por un proyectil, que pasa rozando su hombro; después, el perturbado se restriega sus heces por la ropa, los antebrazos y la cara, sacando la lengua a los estómagos pudorosos.

Como única solución al problema, uno de los guardias trae un cubo con agua, que ofrece a los presos para que hagan con él cuanto gusten. Antes de abandonar los calabozos, el policía mira a su alrededor, buscando a un recluso en concreto. Liborio Salazar permanece sentado: con pantalones vaqueros, zapatillas deportivas, y un polo de color crema, el portugués parece un catequista de familia respetable, antes que un criminal convicto. El policía señala a Salazar, pronunciado su nombre, y el muchacho no duda en responder a la llamada. Antes de abandonar la celda, otro policía engrilleta al reo, conminándole a caminar los primeros metros por el pasillo.

–¿Qué ocurre? –pregunta uno de los escoltas al carcelero.

–Lo de siempre: un malnacido que finge estar loco, y se ha puesto a tirar su propia mierda como si fueran bolas de nieve.

–¡No jodas!

–En este trabajo te acostumbras a todo –responde el carcelero, mientras la documentación del preso cambia de manos–. Debéis subirlo a la cuarta planta, al juzgado de instrucción número diez.

La pareja de policías obedece, y se lleva al joven maniatado. Liborio abandona el sótano por una escalera de servicio, que da acceso a un ascensor exclusivo para el traslado de presos. En el cuarto piso, el ajeteo es constante, y mientras un policía busca al secretario judicial, Liborio toma asiento en un banco dispuesto en el pasillo. Quizás este es el momento más vergonzoso desde que detuvieron al portugués, expuesto a las miradas de curiosos que no ven en su apariencia los rasgos del delincuente habitual.

El secretario aparece al rato, preguntando a Liborio por su nombre y apellidos antes de conducirlo en presencia de su señoría. Ya en el despacho, un hombre con traje barato se presenta al portugués como su abogado, invitándole a tomar asiento frente a la jueza, que ojea en el último momento el expediente de la causa.

–Señor... Liborio Salazar. ¿Es usted ciudadano portugués? –Antes de que el joven pueda

contestar, la mujer alza la vista y descubre un detalle que le desagrada—. Por favor, ¿podrían quitarle los grilletes? Gracias.

Serviles al mandato de la jueza, los policías se apresuran a retirar las esposas de las muñecas entumecidas de Liborio, que siente el gesto como un alivio para sus hombros, obligados a mantener la torsión, con las manos a la espalda.

—Señor... Salazar, no hallamos en la fase de instrucción, recopilando los detalles pertinentes de la causa. Como le habrá informado su abogado —manifiesta la jueza, si bien es consciente de que cliente y letrado acaban de conocerse, y no han tenido oportunidad de tratar tema alguno—, está usted en su derecho de negarse a declarar, si lo considera oportuno. Dígame, ¿quiere usted contarme lo ocurrido?

—Sí, está bien —acepta Liborio, desviando la vista hacia su abogado, que permanece impertérrito, como una estatua de sal—. ¿Qué quiere que le explique?

—Todo lo que considere pertinente —matiza la jueza, mirando de reojo a los policías que se sientan tras el detenido.

Y de esta forma, Liborio comienza a relatar lo sucedido aquella tarde en el Aula Magna, declarando su amor por Ángela V. y su aversión hacia Carmelho M., profesor de la facultad que había intentado violar a su pareja. Y al narrarlo, al tiempo que las conciencias de los policías se reblandecen, Liborio Salazar es consciente, como no lo ha sido hasta ahora, del egoísmo que enmascara sus actos.

—¿Dice usted que no recuerda haber golpeado a la víctima, Carmelho M.? —La jueza interrumpe la declaración.

—Resulta confuso —admite Liborio—. Recuerdo bajar por el pasillo entre los asientos del salón de actos, y luego recuerdo las luces; sé que hablé en voz alta, pero no tengo ni idea de lo que dije... Y recuerdo a Melho, a mi lado, inmóvil.

—Dígame —prosigue la jueza—, ¿había usted bebido alcohol o tomado alguna sustancia estupefaciente esa mañana, o esa misma tarde? —Liborio lo niega, sin entender la intención de la pregunta—. ¿Está usted seguro? ¿Está usted seguro de que ese día no consumió algún tipo de droga? ¿No bebió usted, algo, unas cervezas tal vez?

—No —insiste el portugués, para desesperación de la jueza, que trata de lanzar un salvavidas al naufrago—. No tomo drogas, y ese día no bebí alcohol. Había dormido poco porque estaba preocupado después de una semana sin hablar con Ángela.

—Está bien —se rinde la magistrada. Tras una pausa, la mujer ordena a su administrativo que se siente frente al teclado—. Si no quiere añadir nada más, pasaré a recapitular su declaración para que el secretario pueda transcribirla, y si está de acuerdo, le pediré que firme antes de incluirla en las diligencias.

El proceso es lento, casi artesanal, y durante el rato que la magistrada pasa dictando a su amanuense, Liborio sólo medita sobre la naturaleza ruda y chirriante de aquella prosa, tentado de interrumpir a la jueza para ofrecerle sus servicios. Al final, el portugués confirma con una rúbrica su relato, despidiéndose de la magistrada.

De vuelta al pasillo, se suceden los gestos insólitos. Nadie engrilleta al preso, como dictan las normas y la costumbre; es más, uno de los policías insiste en invitarle a un café, que termina siendo un refresco ante la negativa del muchacho. Después, el secretario judicial llama a Liborio a su mesa para hacerle entrega de una copia de la declaración firmada, y un documento donde se le conmina a regresar a ese mismo juzgado el tercer día de cada mes. Liborio no termina de comprender, ni siquiera cuando los policías lo llevan de vuelta al presidio, y en el vestíbulo de acceso se despiden mientras un funcionario se apresta a devolverle sus pertenencias. De esta

forma, al final de esa mañana, insólita tras semanas de aislamiento en la enfermería de la cárcel, Liborio Salazar se descubre libre.

Durante el trayecto en tren, y más aún mientras Liborio cruza la ciudad desde la estación hasta su vivienda, el mundo a su alrededor parece distante, cubierto por una pátina empalagosa. Salazar camina por las mismas calles que lleva años pateando, pero ahora los edificios, el asfalto y las aceras refulgen con un brillo artificial y líquido, embadurnados por una película de sirope que amenaza con derretirse en cualquier momento. Al entrar en su piso, esa sensación se mitiga, y la atmósfera del hogar le devuelve la confianza. Antes de abrir por completo la puerta, Duncan, su perro mestizo, se abalanza sobre él, derrochando una efusión impagable. El animal, completamente desquiciado, salta a la cara de Liborio, corre a su alrededor, gimotea, levanta las patas, agita la cola, hilando un impulso con el siguiente en una coreografía nerviosa con la que pretende expresar su entusiasmo. El portugués termina en el suelo, abrazado al saco de pelo y amor que le ha recibido como nadie lo hará, de eso Liborio está seguro; y cuando los lengüetazos y besos, la caricias y abrazos cesan, Salazar cae en la cuenta de lo limpio que está el suelo, sin un excremento o mancha de orín que delate la ausencia del dueño encarcelado. El portugués se incorpora y entra en casa, sorprendido al ver en un rincón el cuenco de Duncan, rebosante de agua. Liborio no entiende qué ha podido suceder, cómo ha sobrevivido su perro al egoísmo del dueño ausente, y mientras se encuentra entretenido en estas cábalas, la solución entra por la puerta, llamando a Duncan con una voz dulce y firme que el portugués no tarda en reconocer.

Cuando entra en el salón y ve allí a un espectro, de pie, en silencio, la joven da un grito, deja caer las bolsas y se protege con los brazos doblados contra el pecho, como si fuera a recibir un golpe desde la oscuridad. No es hasta que reconoce a Liborio que la mujer rectifica, llevándose las manos a la boca y rompiendo a llorar, antes de lanzarse sobre el portugués, que la recibe él también al borde de la lágrima. La pareja permanece un rato abrazados en mitad del salón, mientras el perro reclama el protagonismo perdido.

—¿Qué haces aquí?—La joven no puede ni quiere renunciar a una sonrisa radiante—. Lo siento. Quiero decir que... ¿Cómo...?

—No lo sé. Esta mañana me han conducido a los juzgados, he prestado declaración, y ya de vuelta en la cárcel, me han puesto en libertad. He tenido que coger un tren... Me han dado esto. —Liborio le ofrece a su compañera los documentos que el secretario judicial le entregó horas antes—. Resumiendo, dice que, dado que no tengo antecedentes y no represento un peligro para nadie, me dejan libre hasta que se celebre la vista, con la obligación de presentarme una vez al mes en los juzgados.

—No sabes cómo me alegro —confiesa la mujer, abrazando a su amigo—. Te has puesto la ropa que te llevé. —La joven se aparta y observa a Liborio, estirando los pliegues del polo a la altura de sus hombros, para enderezar el cuello rígido—. Fui a visitarte, hace unos días, pero sólo me permitieron dejar un paquete. Hablé con un funcionario y me dijo que te vendría bien algo de ropa para el día que fueras a declarar. Sé cuanto detestas este polo, pero estoy segura de que te ha traído suerte.

Liborio fuerza una sonrisa, aplicando toda su voluntad para no echarse a llorar. La mujer piensa que el portugués se ha emocionado por el gesto, pero son otras las tribulaciones que le golpean. Ayer noche, al entregarle la ropa limpia, uno de los guardias le aseguró que la había traído su novia, y Liborio pensó en una mujer distinta, un recuerdo remoto.

—¿Te encuentras bien?—Lucía dedica unas carantoñas al perro. La joven detesta los animales domésticos, de ahí que su esfuerzo tenga un mérito añadido.

—No es nada. Menos mal que tenías una llave del piso —comenta Liborio, desviando el tema—.

No sé cómo agradecerte que hayas cuidado de Duncan. Estos días no dejaba de atormentarme, pensando qué habría sido del pobre animal.

–Nos hemos llevado bien –declara Lucía, propinando unas palmadas suaves en el lomo de la mascota peluda que se debate entre sus dos cuidadores.

–¿Sabes algo de Ángela? –El portugués se ha resistido cuanto le ha sido posible antes de formular la única pregunta que le ronda la cabeza.

–No. Bueno, sólo sé que se ha marchado: alguien me dijo que había vuelto a casa de sus padres.

–¿Has hablado con ella?

–No –miente Lucía. La mujer sopesa la manera más adecuada de eludir este asunto, y sólo se le ocurre una idea, directa y espinosa–. Melho se encuentra mejor; estuvo ingresado un par de semanas, hasta que le dieron el alta hace unos días.

–Bien. Si no te importa, voy a sentarme; ha sido un día largo.

Liborio se acerca al sofá, frente al televisor, y a poco que cae sobre los mullidos cojines, su perro sube también de un salto, aprovechando para echarse sobre él y lamerle la cara.

–Debes de estar muerto –acepta Lucía–. Había venido a pasar un rato con Duncan, bajarle a la calle y eso, pero ahora que estás aquí... Puedo volver mañana, y así te dejo descansar.

–No –se adelanta a responder Liborio, con un ruego tras algo menos de un mes de aislamiento en la enfermería de la prisión, apartado de los presos comunes, en silencio, viendo pasar las horas entre reproches–. Por favor, quédate.

Lucía no duda en sentarse junto a Liborio, y el portugués, por lo común huraño al roce, no tarda en acomodarse al regazo de la joven, encendiendo el televisor para que el ruido de fondo le recuerde que sigue formando parte del ajetreo mundano. Lucía enreda sus dedos a los caracolillos de cabello rizado que cubren la nuca del hombre. La respiración del portugués se va volviendo cada vez más grave y profunda, hasta que a los pocos minutos se queda dormido, con el perro enroscado a sus piernas.

A la entrada del apartamento formaba un batallón de cajas, con precinto y etiquetas adhesivas. Antes de irrumpir, Lucía tamborileó sobre el marco, anunciando su presencia. Por un momento, la muchacha temió haberse confundido de puerta.

–¡Pueden ir bajando los bultos que hay en el pasillo! –se escuchó decir a una voz que provenía del interior de la gruta.

–¿Perdón? ¡Hola!

Al oír la réplica, Ángela salió del cuarto de baño, donde se encontraba recogiendo algunos artículos de higiene. Al verla, Lucía se armó de amabilidad para tratar con la joven.

–Lo siento –se disculpó Ángela, con una bolsa de aseo en la mano–, pensaba que eras otra persona.

–No pasa nada. ¿Qué tal? ¿Cómo estás?

–Bien, bien. Gracias.

–No sabía que te mudabas –confesó Lucía.

–Sí. Por ahora, vuelvo a casa de mis padres, y luego ya veremos. ¿Puedo ayudarte en algo?

–Bueno, verás –dijo Lucía, tratando de exponer su propósito de la forma menos violenta, dadas las circunstancias–. Hace unos días logré hablar con un funcionario del centro donde se encuentra Liborio, y me dijo que podíamos pasar a verlo, y que sería conveniente que le lleváramos algunas cosas, ya sabes: ropa limpia, jabón y eso.

–Lucía...

–Podríamos acercarnos mañana, si te parece bien.

–Lucía, no... No puedo hacer eso –reconoció Ángela, de forma imprecisa y atragantada–. Lo siento, pero no puedo.

–No pretendo justificar lo que Liborio hizo, pero te necesita, seguramente más de lo que nunca ha necesitado a nadie.

–No puedo –insistió la mujer, mordiéndose los labios–. Ahora tengo que ser egoísta y pensar en mí, y lo que necesito es dejar atrás este asunto desagradable.

–Liborio no va a desaparecer sólo porque cierres los ojos. Está en una cárcel, donde ha terminado por culpa de su rabia, y su mala cabeza, pero también a causa de sus sentimientos, del amor, casi devoción, que siente por ti.

–Eso no es justo –se revolvió Ángela–. ¡Yo no le pedí nada! ¡Fue él quien decidió hacer lo que hizo, y sólo porque le dio la gana! ¿¡Qué se pensaba, que tenía que venir a salvarme, subido a lomos de un caballo blanco!?

–No lo entiendo. –Lucía trató de razonar con Ángela–. Hace un mes estabas completamente loca por Liborio, y ahora no eres capaz de compadecerte de su suerte, de pensar en él, por un momento, y ayudarlo cuando te necesita.

–No quiero volver a verle, ni a él ni a ti. Quiero que todos desaparezcáis; quiero olvidaros. No soy responsable de nada, y no pienso permitir que mi vida se convierta en el relato de una víctima. Y ahora, te agradecería que salieras de mi apartamento; y no vuelvas a ponerte en contacto conmigo, ni tú ni nadie.

Al terminar la última frase, Ángela volvió a esconderse en el cuarto de baño. Lucía aguardó unos segundos, hasta que, al fin, sin esperanza de que la inquilina en fuga fuera a rectificar, la muchacha dio media vuelta y se marchó. Al salir por el pasillo, la joven se cruzó con dos empleados de la empresa del señor V., identificados por los logotipos de las sudaderas, que venían a ayudar con la mudanza de la hija del patrón.

Duncan murió un 30 de mayo, pasadas las nueve de la noche. Sufrió una crisis tras un ataque de epilepsia que le dejó postrado, sin poder moverse, además de ciego. Liborio lo tomó en sus brazos y, durante horas, le acarició la cabeza. Al final, la lengua de Duncan se derramó más allá de su boca, y su corazón dejó de latir. Liborio Salazar vio amanecer sentado en el suelo, con el cadáver tibio de su compañero en el regazo. Después de eso, el portugués comprendió que se había quedado solo.

El recuerdo de aquella noche interrumpe a Liborio mientras termina de hacer las maletas. En realidad, la expresión resulta exagerada: el portugués ha llenado una mochila con ropa, unos libros, material de escritura y documentos personales; el resto se amontona en cajas, alineadas en el pasillo de acceso a la casa, a la espera de que una cuadrilla de voluntarios venga a llevarse los muebles, enseres y pertenencias que Salazar ha donado a una organización laica de apoyo a personas drogodependientes.

Liborio deja la mochila sobre la mesa del comedor, y sale por la puerta; el portugués tiene hoy un día especialmente ajetreado por delante, y la primera parada es una cafetería del centro, donde ha de encontrarse con una persona conocida. Liborio cruza a pie la ciudad, como de costumbre, y cuando al fin llega a su destino, quince minutos tarde, su cita le espera leyendo el periódico, con un café con leche y un plato sembrado de migas donde seguramente le sirvieron una tostada.

–Lamento el retraso. –Liborio toma asiento en la misma mesa que el profesor–. Perdona que te haya hecho esperar.

–No te preocupes –contesta José Antonio. El catedrático, discípulo de Eric J., colega de Marcos B., se ha ungido esta mañana con la inconfundible flema académica, propia de los intelectuales que rara vez ceden a los impulsos, y menos en público, y desde luego jamás frente a

desconocidos, si bien Liborio no es tanto un extraño como una presencia forzada por el empecinamiento de Eric J. por convertirlo, no ya en historiador, sino en una persona civilizada—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien. Gracias por el interés, y gracias por quedar conmigo. Sé que no tenemos un trato especialmente estrecho, por eso te agradezco que estés aquí.

—¿En qué puedo ayudarte? —pregunta el catedrático, que décadas atrás hubo de huir de la misma universidad a la que Liborio ha renunciado, poniendo tierra de por medio.

—Necesito un favor. Se trata de un asunto muy importante para mí, y además, debo rogarte que seas discreto. Si me atrevo a pedirte este favor es porque sé que puedes ayudarme, y creo que estarás dispuesto a hacerlo.

—Dime de qué se trata. —José Antonio ha de morderse la lengua para no recriminar al joven discípulo de Eric la soberbia con la que cree conocer su voluntad. Liborio, en respuesta, desliza un papel doblado sobre la mesa—. ¿Qué es esto?

—Son los datos de contacto de una alumna que abandonó hace meses el programa de doctorado. Necesito que la llames, y que le ofrezcas una beca de investigación en vuestro departamento.

—¿Es tu novia? —pregunta José Antonio, sin sutileza.

—Ya no. —Liborio entiende que su interlocutor está al corriente de las habladurías que pueblan los mentideros universitarios desde que le partió la cara a Melho—. Ángela es brillante; fue premio extraordinario fin de carrera, y tuvo el mejor expediente de su promoción. Si se suma a vuestro equipo, y solicitáis una beca al Ministerio, seguro que os la conceden.

—Nosotros estamos trabajando América —explica José Antonio, refiriéndose de forma seca al tema de las tesis que dirige, relacionadas con la conquista y colonización de América por parte de la Corona hispánica—. No sé si estará interesada.

—Con la orientación pertinente, no será difícil convencerla. Esta mujer —dice Liborio, poniendo la mano sobre el folio doblado que ha compartido con el catedrático— merece la oportunidad que le han arrebatado, y estoy convencido de que vosotros podéis dársela. José Antonio, hasta donde te conozco, entiendo que eres una persona honesta y pragmática: Ángela es la mejor alumna que puedes tener.

—¿Escribe bien? —pregunta el catedrático, interesándose por la soltura de la joven a la hora de relatar, al tiempo que despliega la hoja y lee sus líneas.

—No tan bien como yo, pero se defiende —bromea Liborio, arrancando algo confusamente cercano a una sonrisa en su interlocutor—. Hay una cosa más, otro favor que he de pedirte. No quiero que le digas a Ángela que yo he propuesto su nombre.

—¿Y cómo justifico que tenga su teléfono y su dirección de correo electrónico?

—Marcos la conoce, fue alumna suya. Él y tú sois amigos; puedes decirle que Marcos te habló de ella y se te ocurrió ficharla para tu departamento. —José Antonio resopla, disgustado por algo; Liborio no sabe muy bien cuál es el problema, pero tampoco tiene tiempo que perder en cortesías—. Dime qué te preocupa.

—A Eric no le va a gustar esto —reconoce José Antonio, para sorpresa del muchacho, que no había pensado en ello—. Él preferiría que estuviéramos hablando de tu futuro, no del de una novia a la que pretendes favorecer desde el anonimato.

—Quiero a Eric como a un padre, y le admiro como a un maestro, pero no creo que sea consciente de la realidad en lo que respecta a este asunto. José Antonio, seamos honestos: los dos sabemos que yo no pertenezco a este mundo; Ángela sí. Ella es todo lo que yo no soy, y todo lo que yo nunca seré.

—Y tú, ¿qué piensas hacer?

–La verdad –confiesa Liborio–, no tengo la más mínima idea; pero, haga lo que haga con mi vida, lo único que espero es no convertirme nunca en uno de vosotros.

José Antonio se compadece del muchacho, pero juzga beneficioso para la alumna, su equipo de trabajo, el departamento y la universidad que representa, el fichaje de una estudiante de excelencia como Ángela, por lo que acepta la propuesta y los términos de Liborio. Llegado a este punto, un camarero aparece por la mesa para tomar nota del pedido, pero el muchacho se excusa en lo apretado de su agenda para salir de allí a toda prisa. Antes de marcharse, José Antonio interpela al joven con una duda.

–¿Puedo preguntarte algo? –dice el catedrático, cuando Liborio ya se ha puesto en pie–. Si no quieres contestarme lo entenderé, pero tengo curiosidad. ¿Te arrepientes?

–No... No me arrepiento. Supongo que ese es el problema.

–Sin duda, eso es un problema. Buena suerte, Liborio.

Durante el resto de la mañana, Liborio cierra otras obligaciones pendientes antes de partir. Ya de vuelta, en el portal de su edificio, el muchacho cobra fuerzas para afrontar el último desafío. Mientras el ascensor sube hasta la vivienda de Eric, Salazar siente el peso de su conciencia: desde que salió de la cárcel, el portugués no ha reunido el valor suficiente para dar la cara ante su maestro y amigo, el profesor que le devolvió la confianza en el aula, el padre sobrio que se ausentó de su niñez. Al llamar al timbre, las piernas de Liborio tiemblan como no lo hicieron la noche que ingresó en prisión. Los temores cambian en cuanto la puerta se abre, y al otro lado aparece Marcos B., provocando en el portugués un vuelco en el pecho.

–¿Eric está bien? –pregunta el portugués, con una economía de vocabulario extraña en el joven.

–Tranquilo, entra.

Marcos invita a su antiguo alumno, y compañero de Escuela, a pasar. Liborio no duda en adentrarse en el corredor lúgubre que conduce al salón, seguido por Marcos.

–Eric me dijo que vendrías sobre las doce.

Liborio respira al ver a su maestro, entronizado en su butacón negro, con un vaso en la mano que el incauto confundiría lleno de agua cuando se trata de ginebra. Marcos llega al momento, sentándose en una silla cerca de la mesa de servicio donde se amontonan ejemplares de periódicos atrasados, revistas de divulgación científica y libros. La disposición de los actores en la escena fuerza a que Liborio ocupe un extremo del sofá de tres plazas color crema que domina la sala, con permiso de las estanterías con libros, omnipresentes en todo el inmueble.

–Pensamos que, si ibas a pasarte hoy –comenta Marcos, interlocutor en funciones de Eric–, era para despedirte.

–Siento no haber venido antes. Han sido unos meses difíciles –se excusa el portugués, lo que irrita a su maestro.

–¿Cómo te encuentras? –se interesa Eric, con sincera preocupación–. Un vecino me contó que tu perro había muerto; lo siento, sé que querías a ese animal.

–Sí... Parece un chiste –dice Liborio, forzándose a sonreír–, que esté dolido por algo así cuando tengo asuntos más graves que atender... Bueno. Venía a contarte que me han comunicado la sentencia por el juicio que se celebró hace un par de meses: me declaré culpable de asalto, y me han impuesto un año y medio de prisión, aunque la condena ha quedado en suspenso, por ser mi primer delito y no superar los dos años.

–¿Eso quiere decir que estás libre? –pregunta Eric, sin disimular la alegría.

–Mientras no me meta en líos; si me condenaran por otro asunto, debería cumplir además con este año y medio de cárcel.

–Eso no va a suceder –apostilla Marcos.

–El caso es que me han devuelto mi pasaporte –continúa Liborio–, y... Un amigo me ha buscado trabajo en la cocina de un hotel en Inglaterra. Mi avión sale esta noche.

Aunque esta noticia es cuanto Eric y Marcos esperaban oír, su anuncio cae como un jarro de agua fría en el salón, robándoles el habla. Nadie parece saber cómo continuar esta conversación, guillotinando la locuacidad pródiga de los tres hombres por una despedida rebotante de amargura.

–Liborio –rompe Eric el silencio, apurando la ginebra de su vaso–, ya hemos hablado de esto, y entiendo tus reparos, pero sólo te quedan seis créditos, una asignatura y te habrás graduado.

–Lo siento, pero no me interesa nada de eso –afirma el portugués, incurriendo de nuevo en el vicio de ese vocabulario diletante con el que pretende refugiarse de las reconvenciones, propias y extrañas.

–Entiendo que no quieras saber nada de la universidad, de las clases, incluso de la misma Historia, pero resulta absurdo que renuncies a un título que te has ganado con esfuerzo.

–No pretendo ser grosero –dice Liborio, conteniéndose para no perder la compostura–, pero no quiero tener nada en común con esa gente, ¡ni siquiera un título, expedido por una universidad de la que me avergüenzo! No pienso pasar por ese aro, arrastrarme de vuelta y mendigar un papel que da sentido al concurso obscuro de esos cabrones que pueblan el departamento.

–¿Crees que por alzar la voz y regalarnos unos cuantos insultos vas a tener más razón, tu causa, tus argumentos serán más sólidos? –Eric evita alterarse, pero le cuesta lidiar con su alumno, por mucho que le quiera, o tal vez por ese motivo–. Puedes esconderte en esa rabia, y despreciar las oportunidades que se te brindan, pero al final del día, a nadie le importarán tus dolidas convicciones mientras te cierran una puerta tras otra, y tú no haces sino quejarte, como un niño malcriado.

–Será mejor que mantengamos la calma –interviene el mediador. Marcos entrega a su alumno una hoja impresa.

–¿Qué es esto?

–Te hemos matriculado de una optativa de último año.

–¿Prehistoria de América? –lee sorprendido el portugués, supuesto especialista en feudalismo tardomedieval y moderno–. No pienso poner un pie en la facultad.

–No tendrás que hacerlo –explica Marcos–. La asignatura se imparte en el aula, a última hora de la tarde. José Luis Peña es uno de los pocos profesores honestos y vocacionales que encontrarás en la universidad.

–¿Quieres que regrese a un aula, repleta de estudiantes, después de convertirme en una estrella de Youtube? –pregunta Liborio, recordando las distintas grabaciones de la agresión a Melho y el discurso que dio, subido a la tarima del Aula Magna.

–La popularidad en las redes sociales es pasajera; seguramente, la mayoría de alumnos a los que les pudo llegar ese vídeo te habrán olvidado en beneficio de un gato que maúlla villancicos o algo parecido.

–Sólo tienes que ir a tus clases –explica Eric, mucho más calmado–, sentarte al fondo, prestar atención y preparar el examen final. Conozco a Peña; es un buen docente, y una persona íntegra: si te esfuerzas, aprobarás su asignatura, sin dramas, exigencias indecorosas ni censuras. Sólo te pedimos un semestre, una sola asignatura, un pequeño esfuerzo y conseguirás tu título. Eso es todo. Después, podrás hacer lo que quieras.

–Liborio –añade Marcos–, siempre tendrás la opción de huir, a Londres o donde sea, para trabajar en una cocina o en cualquier otro sitio, ahora y dentro de seis meses.

El portugués repasa los datos de la matrícula que Marcos ha formalizado a su nombre,

seguramente incurriendo en alguna violación de las normas administrativa. Duncan murió, Lucía lleva meses trabajando como interina en un instituto lejos de casa, sus ahorros no dejan de desvanecerse, y el portugués ha renunciado esa misma mañana a su apartamento, recuperando la fianza del alquiler. La decisión parece obvia.

Capítulo 21

Pervivencias feudales y revolución democrática

«La revolución burguesa (...) significó la transformación cualitativa de la sociedad. Supuso el cambio más profundo de los acaecidos en el último milenio. (...) Un mundo de privilegios feudales dejó paso a otra sociedad basada en relaciones contractuales. (...) La revolución sin embargo no representó, no podía representar, la supresión absoluta de cuantas expresiones sociales habían configurado el feudalismo. Algunas consiguieron traspasar el tamiz revolucionario y vieron prolongar su existencia más allá de la época que les era propia. (...) Las supervivencias [feudales] son tanto más importantes cuanto la revolución vio frustrarse su vertiente democrática. (...) Una vez se abole el régimen feudal y subsisten pervivencias señoriales, son ciertas facciones de la burguesía, las capas medias y los trabajadores quienes abanderan el proyecto de revolución democrática que aspira a erradicarlas».

Enric Sebastià y José Antonio Piqueras. *Pervivencias feudales y revolución democrática*. Valencia, IVEI, 1987.

Lucía pasa lista. Despacio. Es la lista inaugural, ritual iniciático, primera puntada que teje el tapiz. Cuando nombra a un estudiante –por ejemplo Paul, por ejemplo Javi–, se acerca y estrecha su mano: «Un placer, encantada. Bienvenido al curso». Lo hace con parsimonia, pero con firmeza y elegancia, como si bailara un vals en medio de una estruendosa discoteca. Sabe que todos la miran extrañados de ese primer asalto al muro, y sabe que una fina línea separa el ridículo de la naturalidad. Está dulcemente alerta.

Pero Lucía no solo se presenta, cumpliendo con el trámite de esta jornada, no; la profesora nunca se ha permitido perder un segundo de esos primeros días. Sabe que resultan trascendentales; tanto que pocos recordarán en junio qué se comentó, pero nadie dudará de haber estado presente. Podríamos decir que la experiencia de Lucía le lleva a inaugurar el curso así en honor a un proceso de madurez, a una sabiduría labrada con los años. Podríamos decir que es una táctica que se enmarca en una estrategia. Podríamos decir muchas cosas, pero lo cierto es que Lucía ha empezado a enamorarse. Entiende que, al cabo de un trimestre, la relación florecerá superando las extrañezas de cualquier arranque amoroso. Y sabe, también, con dolor, que al final de curso sentirá la punzada melancólica de la despedida, solo atenuada por la certeza de que el ciclo se iniciará de nuevo con la memoria danzarina llena de recuerdos guiando su futuro.

Pero eso será mañana. Ahora hay que trabajar, trabajar duro. Y no hay tiempo que perder porque incluso perder tiempo debe tener sentido. Tras el último saludo, Lucía retoma el centro del escenario no sin antes dar una patadita, la primera de muchas, a ese escalón ridículo que separa la platea donde se sientan los estudiantes del proscenio reservado para ella y sus compañeros, que con esos centímetros de ventaja se sienten arrojados por los rituales del poder. Lucía sabe que llegará el momento de explicar por qué odia ese escalón y toda la ideología que contiene. Ahora solo lo tantea con el pie derecho y sonríe.

–Buenos días a todas y todos. Tres objetivos son los que os propongo para este curso –dice Lucía mientras alza los dedos de la victoria escoltados por el pulgar–. El primero, que se cumpla el ciclo, que terminéis todos con las notas que necesitáis para seguir vuestro camino y coronar vuestros sueños. O sea, que aprobéis el puñetero curso. Eso para lo que os hemos programado durante muchos años: aprobar y punto. Pero aprobar. El segundo, y mucho más importante, aunque no lo parezca: que éste sea un espacio de violencia cero, un espacio de diálogo donde todos podamos hablar y ser escuchados, donde nadie se sienta agredido ni juzgado. Ni siquiera por mí; especialmente por mí –enfatisa Lucía, señalándose a sí misma–. Un espacio que sea como el lugar

en el que querríamos vivir. ¿De acuerdo, se entiende?

Todos miran a Lucía, que ha dejado la pregunta suspensa en el aire durante unos segundos, atentos y al mismo tiempo con una curiosidad liberada del protocolo: a estas alturas, lo normal es que cualquier docente estuviera hablando de cómo va a evaluar y sancionar, de porcentajes, de cómo tienen que poner su nombre en la libreta, o metiendo miedo con lo duro que va a ser este curso antes de ir a la universidad. Es una cuestión verbal: Lucía está tejiendo; otros, demasiados, se están parapetando. La elección de verbos dirimirá historias muy distintas.

—Y, en tercer lugar, la madre del cordero: que aprendamos Historia de España; que, más allá de lo que vayáis a estudiar en el futuro, de si sois de ciencias o de letras... Por cierto —puntualiza Lucía—, no perdáis ni un ápice de energía en justificar esa diferencia: todos somos seres pensantes, y cualquier disciplina tiene que hacernos mejores, da igual una derivada o un poema, ¿vale? Da igual, decía, si os ha interesado la Historia hasta aquí o no. Vamos a intentar... voy a intentar que os guste y, sobre todo, os interese la historia del país en el que vivimos...

Lucía se acerca a la mesa, coge el mando y enciende el proyector. Al rato, aparece en la pared blanca de yeso la fotografía de tres niños.

—Estos son mi hija y mis sobrinos: María, Miguel y Gerardo. No os preocupéis; no vengo a hablar de chismes familiares —dice mientras sonrío a las fotos—. Simplemente quiero lanzar una pregunta, la primera de las muchas que vamos a compartir este año. ¿Necesitan estos niños aprender historia? Total, ¿qué más da lo que haya ocurrido antes, con la gente antigua, como dice mi hija? ¿Qué más da el pasado? Estos niños no tienen, de momento, ningún pasado inscrito en sus molleras. ¿Lo necesitan para vivir? No lo parece; se les ve contentos, y pasan el día jugando y aprendiendo cosas mucho más vitales. De hecho, si lo pensáis, en estos momentos igual les daría saber la historia de China que la de España. ¿Por qué había de interesarles aprender qué fue el Holocausto, la Revolución francesa o, más próxima a nosotros, la transición a la democracia tras la dictadura franquista, o la Guerra de la Independencia? Seamos sinceros, podría dar absolutamente igual que aprendieran... que aprendierais Historia de España. ¿Cómo lo veis?

Lucía arroja la pregunta esperando respuesta, pero sabe que sus estudiantes interpretan la cuestión como mera retórica; harán falta unas semanas, piensa, para que reconozcan en las preguntas una duda legítima del profesor como un miembro de la clase, que no busca en una mayéutica vacua reforzar su posición de poder, que cuestiona sincero, esperando la mejor de sus respuestas; unas semanas más para que tomen conciencia de que son ellos los sujetos de las preguntas clave. Paciencia.

—La cuestión es, como ya habréis asumido a vuestra edad y a punto de convertirnos en ciudadanos con plenos derechos políticos, que esos niños viven en una determinada sociedad política. Esa sociedad política es España, y lo que haya pasado influye en las posibilidades vitales que vayan a tener en su presente y en su futuro. Miraos en sus ojos: ellos sois vosotros, vosotros sois ellos.

»No voy a pretender que ésta sea la asignatura más importante, pero sí que sirva para despertar una curiosidad crítica y, por qué no decirlo, un cierto amor por este país en el que todos vivimos, del que todos participamos. Con unos conocimientos mínimos estará en vuestras manos profundizar, estudiar con más detenimiento nuestro pasado para así poder entender y, ¡esta es la clave!, poder incidir en su desarrollo, transformándolo. Sois tan responsables de lo que vaya a ser este país como todos los personajes, famosos o anónimos, de los que hablaremos en este apasionante curso.

Una vez más, Lucía sonrío con esa luminosidad que no deja espacio al cinismo ni a la sensiblería. Su apuesta va en serio, y los atentos estudiantes empiezan a darse cuenta de que no

serán tratados como meros recipientes huecos.

–Una última cosa antes de daros la palabra y escuchar todo lo que tengáis que decir, preguntar, discutir... Os he traído este texto de un maestro mío, llamado Freire. –Lucía recorre la clase, repartiendo una cuartilla a cada estudiante–. Ya os iré hablando de él en otros lances. Es un párrafo de uno de sus libros, que resume de la mejor manera lo que querría que fuera este curso.

Tras repartir la última cuartilla, Lucía regresa a la cabecera de la clase, pero sin subir el escalón, y desde allí lee con calma, acentuando las palabras, con voz firme:

–«Lo que me mueve a ser ético por sobre todo es saber que como la educación es, por su propia naturaleza, directiva y política, yo debo respetar a los educandos, sin jamás negarles mi sueño o utopía. Defender una tesis, una posición, una preferencia, con seriedad y con rigor, pero también con pasión, estimulando y respetando al mismo tiempo el derecho al discurso contrario, es la mejor forma de enseñar, por un lado el derecho a tener el deber de *pelear* por nuestras ideas, por nuestros sueños, y no sólo aprender la sintaxis del verbo haber, y por el otro el respeto mutuo... Respetar a los educandos, sin embargo, no significa mentirles sobre mis sueños, decirles con palabras o gestos o prácticas que el espacio de la escuela es un lugar *sagrado* donde solamente se estudia, y estudiar no tienen nada que ver con lo que ocurre en el mundo de afuera; ocultarles mis opciones, como si fuera *pecado* preferir, optar, romper, decidir, soñar. Respetarlos significa, por un lado, darles testimonio de mi elección, defendiéndola; por el otro, mostrarles otras posibilidades de opción mientras les enseño, no importa qué».

Lucía pasea su mirada y su sonrisa traviesa por la clase. Alguien alza la mano:

–Lucía, disculpa, ¿qué significa utopía?

–Excelente pregunta. ¿Vamos a ello?

El coche ocupa el carril bici; los peatones y ciclistas lanzan miradas furibundas al conductor, que soporta las críticas con aplomo. La niña ha pasado mala noche, y el hombre tras el volante apenas es capaz de mantener los ojos abiertos. Nadie le avisó de que la paternidad era esto, pero el conductor guarda hondo cualquier reproche que pueda ser malinterpretado; para todos, la niña es una bendición del cielo, un querubín encarnado, un prodigio de ternura, aunque no hay momento durante el día en el que el hombre no se arrepienta de haber engendrado esa muñeca chochona que sólo sabe cagar y comer, entre berridos y lanzamientos de comida y heces.

Al fin, la mujer sale del edificio que acoge la Facultad de Geografía e Historia; a su marido le sorprende verla con una caja para paquetes de folios que, por la incomodidad en su rostro, debe de pesar bastante. La mujer abre la puerta trasera del coche y lanza el bulto con desdén; el contenido se esparce por el suelo y los asientos. Al echar un vistazo, al hombre le sorprende distinguir ejemplos comunes de material de oficina, como grapadoras, tijeras o bolígrafos.

–¿Has asaltado una papelería? –pregunta Dani, cuando su esposa sube al coche.

–¿¡Sabes lo que han hecho esos cabrones!?! –Carla cierra con violencia la puerta del lado del pasajero; sus puños declaran una frustración que la mujer no sabe cómo exorcizar–. Los muy hijos de puta han esperado a que estuviera dando a luz para sacar a concurso la plaza que Gabriel dejó vacante al jubilarse.

–Lo siento –se disculpa Dani. Los reproches de varios ciclistas le convencen para arrancar, dividiéndose su atención mermada entre el relato de su esposa y el tráfico–. ¿A quién le han dado la plaza?

–¿Tú qué crees? Al lameculos de Archibald F. ¡Es increíble! Un tío que se doctoró con una tesis plagada de fuentes ficticias, libros que no se han escrito y autores que nunca existieron, ¡un monumento a la estulticia, a la indolencia, a la estupidez supina de todo un departamento, incluida tu amiga –matiza Carla, aguijoneando a su marido con el desafortunado recuerdo de la profesora

Juana A., que se partió las manos aplaudiendo sus payasadas! ¡Y ahora, los muy cabrones, le dan una plaza de profesor titular, por si el bochorno acumulado no fuera suficiente!

–¿Pueden hacer eso? –Dani pasa por alto la mención a su amante por no echar más leña al fuego–. ¿Pueden haber convocado el concurso con tan poca antelación?

–¡Por supuesto que no pueden, y aún así lo han hecho! Pero esto no termina aquí. Pienso denunciar a esos inútiles.

–Deberíamos presentar una queja en rectorado –aconseja Dani, henchido de candidez–, o acudir al Defensor del Universitario.

–¿Para qué: para que Pedro se limpie el culo con la reclamación, ahora que ha recuperado la corona? La última vez que alguien cursó una queja formal, le abrieron un expediente acusándole de faltas al honor. La universidad aún se rige por una ley franquista que protege la jerarquía institucional como si fuera parte del glorioso Movimiento. No voy a perder ni un segundo en ese laberinto de humillaciones; pienso plantear un recurso ante un Juzgado de lo Social, y no contra los cuatro espantapájaros que Teresa reclutó al frente del tribunal para la valoración del concurso, no: ¡pienso denunciar a todo el puto departamento, desde el primero hasta el último en llegar!

–No sé mucho de estas cosas –reconoce Dani, con semblante compungido–, pero lo que pretendes parece costoso, y dudo que se resuelva en poco tiempo.

–Contrataré a un abogado –contesta Carla, asintiendo de forma involuntaria con la cabeza–. Deben de haber despachos especializados en estos asuntos.

–¿Hablas de contratar un abogado? –Aprovechando que ha detenido el coche en un semáforo, Dani encara a su esposa–. ¿Sabes el dinero que puede costar algo así?

–Le pediré ayuda a mis padres.

–Hemos tenido una hija hace menos de un mes, los gastos se han disparado y el único sueldo que entra en casa es el mío, pero tú estás planeando iniciar un litigio contra la universidad, que podría alargarse años y costar miles de euros.

–¿Qué pretendes que haga, que me quede de brazos cruzados mientras una mafia de funcionarios corruptos me roba el futuro? ¡Por esa razón siguen pasando estas cosas! ¿No lo ves? Los trapos sucios siempre se han lavado en casa, permitiendo que ineptos como Gabriel o Archibald medren en la universidad, creando un nido de impudicia, inmune a cualquier control, al más mínimo reproche. No acepto formar parte de la estadística de alumnos y profesores a los que convencieron de que sobraban, de que no valía la pena el esfuerzo, de que nada iba a cambiar porque las cosas siempre han funcionado así. No conmigo. Pienso plantar cara, hasta las últimas consecuencias.

–Un discurso loable, aunque al final seremos tus padres y yo quienes habremos de financiar tus arrebatos de integridad, esa apasionada vindicación de justicia.

–Ya. –Carla guarda silencio; cada vez que discuten, su marido busca mofarse de su forma de hablar, empleando palabras gruesas que enfrentan a la mujer con el espejo de su pedantería–. No será necesario que pagueis mis facturas si encuentro un empleo.

–Carla, no estoy diciendo que debas ponerte a buscar trabajo tres semanas después de haber dado a luz. Lo que trato de decir es que, tal vez, no sea el momento de tirar el dinero en abogados cuando apenas nos llega para pañales.

–¿Recuerdas a Ángela? –pregunta la mujer, para sorpresa de su marido, que asiente rememorando un tiempo feliz y ambicioso–. Resulta que se ha metido en política: se presenta como cabeza de lista en las próximas elecciones.

–No lo sabía.

–Me escribió un correo –explica Carla–, para felicitarme por el nacimiento de la chiquilla, y

para contarme que ha pedido una excedencia en el departamento, y que su universidad convocará una plaza de profesor asociado en breve.

–No hablas en serio –responde Dani, volviendo la cabeza; el hombre detiene el vehículo en doble fila, encendiendo las luces de emergencia–. Cariño, el campus donde trabaja Ángela se encuentra a casi trescientos kilómetros de casa. No puedes estar pensando en optar a una plaza en la otra punta del país.

–Sería una solución a nuestros problemas. Nos trasladaríamos allí, tú podrías buscar un trabajo por la zona, y tendríamos dos salarios con los que cubrir los gastos que ahora nos ahogan, sin depender de padres ni amigos.

–Carla, ¿te estás escuchando? Me estás pidiendo que deje mi trabajo y busque otro a trescientos kilómetros, como si los empleos crecieran en los árboles, y todo para que tú puedas malvivir en una condición casi tan precaria como la de un becario, cobrando quinientos euros al mes por dar clases a jornada completa, y pasarte el resto del tiempo escribiendo artículos y buscando dónde publicarlos.

–Te estoy pidiendo que hagas un pequeño sacrificio por mí –dice Carla, tratando de mostrarse conciliadora, a su manera–. Al fin y al cabo, te dedicas a vender bujías y escobillas para el limpiaparabrisas; no creo que sea muy difícil encontrar un empleo parecido en otra ciudad.

–¿No te parece difícil? –estalla Dani, ofendido–. Total, lo único que hago con mi vida es vender recambios de automóvil. Déjame decirte una cosa: desde que se te acabó la beca, ha sido gracias a ese empleo que hemos comido. ¡Y me importa una mierda que les dijeras a todos que trabajabas en la universidad, porque no es cierto! Te has pasado dos años viniendo a esta puta facultad, de la que ya no eres nada, ni becaria, ni profesora, ni nada, solo para que no se olvidaran de tu cara, para seguir creyéndote parte de un departamento al que no perteneces, y mientras ha sido mi trabajo detrás del mostrador, vendiendo bujías, el que nos ha sostenido.

–¿Y por eso tengo que renunciar a otra aspiración que no sea compartir la mediocridad de tu empleo? Porque tú, con tu contrato indefinido en un almacén mayorista de recambios para el automóvil, eres un ejemplo para todos los graduados en Historia del país, obviamente.

–No –sentencia Dani–, tienes que renunciar a ese mundo de fantasía en el que te escondes porque ahora eres madre.

–¿Qué quieres decir con eso? –pregunta Carla, desafiante.

–Quiero decir que, desde hace tres semanas, ya no te puedes permitir el lujo de jugar a los historiadores en la quinta planta de la facultad porque has dado a luz una hija que te necesita a su lado, y desde este momento ya no eres otra aspirante más a profesora fracasada, porque ahora eres una madre, y espero que lo entiendas pronto, y empieces a comportarte en consecuencia.

–Dime que no has dicho lo que acabo de oír –replica Carla, forzando a que Dani dude de sus palabras–. A ver si lo he entendido: ¿me estás diciendo lo que puedo o no puedo hacer con mi vida, si debo o no debo pelear por abrirme camino en la universidad? ¿Quién coño te crees que eres para hablarme así?

–El padre de tu hija –sentencia Dani, encendiendo el motor del coche parado en doble fila, dispuesto a retomar la conducción–; tu hija, ¿te acuerdas de ella? Un bebé de tres semanas que no duerme más de media hora de tirón, y se pasa el día comiendo y cagando. Si querías vivir en una fantasía financiada por tus padres, deberías haberlo considerado antes de quedarte embarazada.

–Lo que tendría que haber considerado es el tipo de energúmeno, machista y retrógrado, que estaba escogiendo como padre de mi hija. Para el coche; quiero bajar.

–Vamos a casa de mis padres. La niña lleva toda la mañana con ellos.

–¡Para el coche ahora mismo! ¡Para el coche!

Dani detiene el vehículo, y Carla sale, dando un portazo al cerrar. Sin percatarse, Dani ha conducido hasta el final de la avenida, rodeando una rotonda que les ha devuelto al campus urbano de la universidad. Mientras el coche acelera, Carla cruza el paso de peatones, hasta llegar al jardín que sirve de frontera entre los dos sentidos de la vía. La mujer se sienta en un banco, junto a un parterre de flores; frente a ella, se ve a lo lejos la entrada a su facultad: nadie sospecharía, piensa Carla, que esa fachada esconde un engranaje académico concebido para mutilar el ánimo, el amor propio, la dignidad, devastando proyectos de vida, rompiendo familias, humillando personas que una vez soñaron con servir a una conciencia social, construir un mundo mejor del que les fue legado. Nada de eso sucederá; al menos, no tras la fachada de ese muladar de voluntades.

En la sala de profesores siempre encontrará a alguien con una queja en los labios: no nos pagan suficiente, las vacaciones aún quedan lejos, la administración nos entierra en burocracia, los alumnos no saben nada, cada año son más estúpidos, más insolentes, y así no se puede. A Miguel le gusta pasarse por allí y escuchar estas letanías que fortalecen su convencimiento; todo ese odio, ese desprecio, le infunde energía para afrontar su próxima clase.

Miguel juzga como una tragedia lo que otro interpretaría como una suerte. Después de que Gabriel S. emitiera un informe desfavorable sobre su rendimiento, la universidad anunció la rescisión de su beca. Miguel hubiera recurrido este fallo, pero lo cierto es que el informe de su director se ajustaba a la realidad: en dos años, el becario no había escrito ni una sola línea de su tesis, ni acreditaba horas de archivo o participación en congresos, si no era como lacayo en tareas serviles a las órdenes de los organizadores. En ese tiempo, Miguel había ejercido de amanuense para mayor gloria del catedrático Gabriel S., no dejando otra evidencia de su paso por la facultad que un puñado de clases y un rastro de servicios mundanos.

Después llegó la política: cuatro años como asesor, persona de confianza, consejero, secretario, cambiando el nombre del cargo, manteniendo las atribuciones y prolongando la sinecura de un trabajo y un sueldo generosos. Pero llegó el momento en el que sólo quedaban dos caminos: seguir medrando o quedar tendido en una cuneta, y los mismos cargos electos a los que había aupado durante un lustro no dudaron en cargar a sus espaldas la responsabilidad de pequeñas corrupciones y grandes fallos, sacrificándole en aras de la transparencia en el Partido.

Superados los treinta, sin otro oficio conocido que navegar a Sotavento, Miguel renunció a Miguevi, se cortó la coleta para compensar la alopecia que desbrozaba su frente, y una mañana de junio entró en un aula para no salir jamás. No eran aquéllas las majestuosas gradas de la universidad, siempre repletas de estudiantes más o menos atentos, más o menos respetuosos; éstos eran barracones angostos, sin apenas ventilación, cubículos de chapa que se recalentaban bajo el sol impenitente del Mediterráneo, con alumnos en plena adolescencia bulliciosa, cuyas hormonas marchaban como una turbamulta furibunda.

La primera vez que Miguel entró en una clase de educación secundaria pensó que sería la última. Su voz modesta, acostumbrada al respeto de quien debe escucharle, no podía competir con el griterío de treinta y dos púberes, cargados de adrenalina a la vuelta del patio. Miguel jugó con todo su repertorio: fue ingenioso, pero a ninguno de los chavales le impresionó su mordacidad; hizo ostentación de su pedantería, que es cuanto de un profesor temen sus alumnos, que se enroque en un lenguaje abstruso para no decirles nada; trató de ganarse su confianza, de convertirse en su amigo, siendo uno más, y no cosechó sino el ridículo. Así que, al final, cuando todo parecía perdido y Miguel estaba a punto de tirar la toalla, el profesor novel recordó una clase inaugural en la facultad, tiempo atrás, y la inspiración le sobrevino: al borde del pánico, la confusión, la derrota, Miguel Vicente S. decidió convertirse en un tirano, el déspota que confunde miedo con

respeto, silencio con comprensión, abulia con aquiescencia.

Don Miguel cruza el pasillo con decisión, ordenando a estudiantes, a quienes ni siquiera conoce, que dejen de gritar, que no corran, que cierren sus taquillas, que se quiten la gorra y entren en clase. Cuando llega a su aula, el profesor fulmina con la mirada a los alumnos que fuera esperan en corrillos a que llegue el siguiente carcelero.

–Maestro, ¿tiene las notas? –pregunta un zagal con desparpajo.

–No soy maestro –contesta seco el profesor–, y haz el favor de sentarte. ¡A ver! ¿Esto qué es? ¡Cuándo llego a clase, quiero a todo el mundo en su sitio!

Los chavales renuncian lentamente a sus conversaciones, y poco a poco van entrando en el estado de estupor que les permite soportar las interminables disertaciones del profesor de Historia, al que sólo le gusta escucharse a sí mismo, apurando hasta el último segundo la exposición de cualquier tema.

–Tengo las notas del examen –anuncia Miguel, omitiendo el hecho de que realizaron la prueba hace casi un mes, y su profesor ha eludido en este tiempo la corrección por desidia–. Carla, enhorabuena, has aprobado; el resto, habéis suspendido.

Salvo la adúladora que ha triunfado por los méritos de sus lisonjas, los demás reaccionan incrédulos, susurrando reconvenciones que no se atreven a verbalizar en voz alta. El murmullo molesta a don Miguel, que no tarda en recurrir a los sonoros manotazos en la pizarra que le han vuelto célebre.

–¿¡Voy a tener que expulsar a alguien!?! Alguno hoy, además de un suspenso, se va a ganar un viaje a casa, sin billete de vuelta... Al final, me tengo que enfadar –argumenta con cinismo el profesor, que ya había adoptado el rol de adulto enojado antes de entrar en el aula–. Parece increíble que estéis en cuarto. A más de uno lo devolvería a primaria sin dudarlo, a ver si ahí le enseñan modales, ya que es inútil perder el tiempo con vosotros, tratando de que aprendáis Historia.

La clase cae en el silencio: algunos chavales no prestan atención a la impostura gallarda del profesor; otros contienen su ira por no ganarse un temido parte amarillo, tal vez rojo, tarjetas de expulsión con las que el centro arbitra las relaciones en el aula, anteponiendo la disciplina a la resolución de los conflictos. Un minuto de silencio en una clase de educación secundaria es un calvario eterno; por eso, Miguevi disfruta contando los segundos antes de tomar de nuevo la palabra.

–El examen era muy fácil, y si lo habéis suspendido significa que no deberíais estar aquí; pero, ya se sabe, no serán pocos los profesores que os han regalado las notas estos años, creyendo que os ayudaban, cuando no hacían sino conducirnos a este momento de fracaso. En realidad, la culpa no es vuestra, sino de esa idea absurda de obligaros a permanecer en el instituto hasta los dieciséis años, cuando algunos de vosotros, a los doce, ya deberíais estar en el campo recogiendo patatas, o en la obra cargando sacos de arena, que es para lo único que servís.

»Fijaos en vuestro compañero, por ejemplo. –Miguevi señala a un estudiante dócil, demasiado espontáneo a la hora de expresar sus impresiones, lo que más de una vez le ha valido la burla de sus compañeros, alentada por profesores como don Miguel, aquí presente–. Vuestro compañero es una planta: ha echado raíces en su asiento, y ya no siente ni padece. Poner a vuestro compañero frente a un folio en blanco a desarrollar la Revolución francesa es como echar margaritas a los cerdos. ¡Fijaos en su examen! –El profesor agita dos folios en el aire ante los ojos de la clase–. Una frase tras otra, sin sentido, prescindiendo de conectores, tabulaciones, sangrías, saltos de párrafo; un batiburrillo de ideas, sin fechas, sin nombres propios, y cuando se aventura a mencionar a algún personaje célebre, cuyo apellido habrá escuchado por azar, ¡vuestro compañero

confunde a Robespierre con Napoleón! ¿Qué hago yo con alguien que confunde a Robespierre con Napoleón? ¿Qué se puede esperar de un grupo de alumnos que no entiende los fundamentos del debate historiográfico en torno a la Revolución francesa, que piensa que Furet es un ciclista, ganador del Tour de Francia? El texto era sencillo, y aún así nadie ha identificado que se trataba de la Constitución de 1791, ¡cuándo se veía claramente por el articulado! Es increíble.

»Cuando yo impartía clases en la universidad –continúa Miguel, con otro recurso común de su repertorio–, exigía a mis alumnos que leyeran un libro a la semana, ¡a la semana! A vosotros sólo os he pedido que os estudiéis cincuenta páginas para un examen, ¡cincuenta miserables páginas!, y el resultado ha sido que prácticamente nadie ha conseguido acercarse al aprobado, al apto, un mediocre cinco.

»Os debería dar vergüenza; sí, vergüenza. Y ahora os hablo a vosotros, los que no sois carne de cañón –dice el profesor, señalando a un grupo nutrido de la clase, media docena de alumnos, entre los que casualmente no hay hijos de inmigrantes, ni jóvenes de etnia gitana, como ocurre en el otro segmento del aula que Miguel ha desestimado sin demasiada sutileza–, los que no acabaréis trabajando de friegaplatos o recogiendo chatarra. A vosotros os debería dar vergüenza, porque estáis malgastando la oportunidad de aprender algo útil. Porque, os lo aseguro, no hay asignatura más importante que la mía, y si no aprendéis Historia os convertiréis en borregos como vuestros padres, que no saben a quién votan ni entienden cómo les gobiernan.

De pronto, Miguel cae en la cuenta de que está perdiendo el hilo, y fuerza una pausa para tomar aire y ordenar sus ideas. Aquél es el peor momento: cuando, al consultar el reloj, descubre que aún quedan cuarenta minutos de clase. Llegados a este punto, el profesor se saca de la manga algún ejercicio estúpido o esotérico, que después no corrige, para así poder sentarse y leer las noticias en la pantalla de su teléfono móvil.

–Hoy no pienso continuar con el temario: ni vosotros vais a aprender nada, ni a mí me apetece desperdiciar mi tiempo. En lugar de eso, vais a copiar un dictado, así que sacad una hoja de papel y un bolígrafo y, en cuanto estéis listos, empezaremos. Ponedme todos el nombre y los apellidos en la esquina superior derecha. La nota del ejercicio cuenta para la evaluación. ¡Vamos!

Lentamente, los alumnos arrancan hojas cuadriculadas de sus cuadernos, y sobre el papel se aprestan a identificarse, añadiendo la fecha, el curso y la letra del grupo, como es costumbre en otras asignaturas.

–Empecemos. Voy a suspender el curso –se arranca a dictar Miguevi, empleando un tono monocorde, propio de este tipo de ejercicios. La frase llama la atención de los chavales, que levantan la vista, retando al profesor que a duras penas enmascara el orgullo de esta argucia–. Repito: voy a suspender el curso porque soy un vago. Repito: voy a suspender el curso porque soy un vago. Prefiero perder el tiempo con estúpidos vídeos de Youtube que aprender Historia. Repito: prefiero perder el tiempo viendo vídeos en Youtube que aprender Historia. Como soy tonto. Repito: como soy tonto, no me doy cuenta de que estoy mandando mi futuro a la mierda... No me doy cuenta de que estoy mandando mi futuro a la mierda. Si tengo suerte, en un par de años encontraré un empleo fregando suelos, repartiendo publicidad o reponiendo estanterías en un supermercado. Quiero tener un trabajo para pagarme los tatuajes, las extensiones de pelo, las uñas postizas, y para fumar porros y *tunear* mi coche. Soy irresponsable, y por eso tendré un par de hijos antes de los treinta que cuidarán sus abuelos, y a los que enviaré al instituto para que los profesores se ocupen de ellos, porque a mí me importa una mierda su educación.

Miguel, que ha estado mirando por la venta durante todo el dictado, para. Los alumnos no han seguido copiando tras la tercera frase, limitándose a soportar la avalancha de insultos, hacia ellos y sus familias, que les ha llovido por gentileza de este tipo amargado que nunca pensó que

acabaría tras estos barrotos.

–Intercambias los folios, y que cada uno corrija el dictado de su compañero. Como siempre, las faltas de ortografía descuentan un punto; la mitad los acentos. Guardad silencio lo que queda de clase. Cuando terminéis, os doy permiso para que hagáis deberes de otras asignaturas, o lo que os dé la gana, pero sin hablar.

Mientras los alumnos salen de su estupor, Miguel Vicente S. se apoltrona en su asiento, orientado hacia la ventana, por donde entran ronceros los rayos solares. Haber aprobado un examen de oposición le da derecho a vejar a sus alumnos, cree él, que se percibe intocable, superior. Sin embargo, Miguel, como cada mañana, no tarda en consultar los boletines del Ministerio y de diferentes universidades, buscando una oferta de contratación que le permita abandonar este agujero donde él mismo se metió hace años. Curiosamente, Miguel no desea salir de allí tanto como sus alumnos anhelan perderlo de vista; tal vez, eso sea lo único que tienen en común.

La mujer estruja la botella de agua mineral como si estrangulara el cuello del tipo que tanto la irrita. Se supone que ha entrado en el despacho en busca de sosiego, pero la candidata aguarda con impaciencia a que alguien acuda a consolarla, y ese alguien no puede ser otro que su hermana mayor.

–No pienso tolerar otra salida de tono de ese desgraciado, sea quien sea. No voy a quedarme callada mientras un cerdo machista me insulta.

–Ángela, por favor –ruega su hermana–. Debes tener paciencia. Piensa en los compañeros. No estamos solas en esto.

–Bien –cede la candidata, sin demasiada resistencia, lo que sorprende a Claudia, quien hace meses fue investida como coordinadora de campaña para resolver esta suerte de problemas–. Asegúrate de que no vuelve a repetirse lo de antes.

Claudia, agotada por el talante voluble y un tanto infantil de su hermana, asiente con fingida compunción. La pareja regresa a la sala de guerra, donde los estrategas del Partido murmuran. Un hombre preside la mesa de reuniones: traje barato, camisa blanca, con una gran orla de sudor en el pecho, panza espléndida y amplia frente perlada de gotas salinas. La luz de un proyector unge al hombre avejentado con un manto azul.

–Ahora que nos hemos calmado –explica Claudia, en un tono neutro–, espero que nadie vuelva a alzar la voz; al fin y al cabo, estamos todos en el mismo barco.

–Antes de continuar –interviene Ángela–, quiero pedirle un favor a nuestro invitado: le rogaría que mida sus palabras; el lenguaje procaz me resulta molesto.

–Le pido disculpas si la he ofendido –responde el hombre acezoso, enjugándose el sudor en un pañuelo de tela–; trataré de moderar mis comentarios. Antes de seguir, permítanme recordarles que son ustedes los que han acudido a nosotros, los que han contratado nuestros servicios para que interpretemos los datos y les ofrezcamos soluciones. Los números no mienten, y si hay algo en lo que todas las encuestas coinciden es que, no sólo van a perder las próximas elecciones, sino que ni siquiera obtendrán grupo propio en el parlamento. Los sondeos les condenan a la insignificancia, y la culpa es de su candidata. –El analista señala a Ángela, que sigue estrujando su botella desde el extremo opuesto de la mesa de reuniones.

–Eso es absurdo –se revuelve Ángela–. Nuestro partido no es presidencialista sino assembleario; no hemos presentado a las elecciones a una candidata, sino una lista.

–Una lista que usted encabeza –replica el hombre, pidiendo a su ayudante que vuelva a proyectar la presentación que estaban discutiendo antes de que Ángela decidiera huir–. Le ruego que no sea ingenua: su cara es la que ocupa los carteles, y es su nombre el que repiten los medios

de comunicación.

–¿Por qué mi hermana es el problema? –Claudia incomoda a los presentes poniendo de relieve el nepotismo de su contratación como coordinadora de campaña.

–Trataba de explicarlo hace un momento. –El analista se aparta para no obstruir la imagen, donde se representan segmentos de población en un gráfico circular–. Como pueden ver en la pantalla, hemos dividido al electorado en tres grupos. El primero, en rojo, representa el diez por ciento de los votantes, absolutamente convencidos de prestarles su apoyo en las urnas, y la principal razón es su candidata –subraya el analista, señalando a Ángela, antes de dirigirse directamente a ella–: para sus electores, es usted joven, está sobradamente preparada y, lo más importante, es una mujer, lo que hace veinte años hubiera sido una desventaja, y ahora representa una oportunidad.

»Después tenemos a ese treinta y cinco o cuarenta por ciento, coloreado en azul, que en ningún caso votaría por una formación como la suya. Y por fin, en verde, el grupo clave: un cincuenta por ciento de los votantes, aproximadamente, que podrían apoyar a su partido, sentirse representados por la opción política que abanderan, pero que no lo harán, y la razón es usted.

–¿Por qué? No lo entiendo. ¿Cuál es el problema?

–Verá; si fuera usted liberal o conservadora, no sería difícil convertirla en la próxima Angela Merkel. El problema es que se presenta usted por un partido que se califica de izquierdas, signifique eso lo que signifique, y esa masa de indecisos dispuesta a votar a una formación de izquierdas la ve a usted como un fraude, una niña bien de paseo por los arrabales, aleccionando a los obreros sobre feminismo y ecología mientras se matan a trabajar por la mitad del salario mínimo.

–Eso es una estupidez –rechaza Ángela, sin dignarse a mirar a su interlocutor.

–¿Lo es? Si me permite. –El analista pide a su colaboradora que le entregue una carpeta con documentación. Tras abrirla, el hombre extrae un hoja, de todos conocida–. Ésta es una copia de la carta que han enviado como publicidad electoral a miles de domicilios, y que viene rubricada con su firma. Fíjese, por ejemplo: en su presentación, una de las primeras cosas que dice de usted es que posé un doctorado en Historia.

–Es cierto –reconoce la candidata con incontestable resolución–. ¿Qué ocurre? ¿Acaso debo avergonzarme de mis logros académicos?

–No, por supuesto; pero tampoco creo necesario restregarle a la mitad de sus electores, que no terminaron la secundaria, su título de doctora. Amén de esnob, no pocas personas asocian una educación superior con cierto estatus socioeconómico.

–Ahí se equivoca –replica la candidata–. Obtuve mi doctorado después de una larga investigación, becada por el Ministerio, y conseguí esa beca gracias a mi esfuerzo, tras años matándome a estudiar.

–También lo menciona en su carta: premio extraordinario fin de carrera, y mejor expediente de su promoción. Dígame, ¿gozó de alguna beca de estudios antes de empezar el doctorado, mientras cursaba su licenciatura?

–Sí, gracias a mis notas. Era una beca insustancial, apenas trescientos cincuenta o cuatrocientos euros por curso, más los gastos de matrícula. La cuantía de las becas resulta vergonzosa, y por eso llevamos en nuestro programa una reforma del sistema de ayudas al estudio, que permita a los alumnos completar su formación con dignidad.

–Durante esos años, antes de empezar con su doctorado, ¿trabajó usted? –pregunta el analista. Claudia y el resto de estrategias del partido asisten al peloteo como simples espectadores de un duelo lejano.

–Trabajé un par de veces, como azafata en congresos; y di alguna clase particular de inglés. Nada importante; mi única dedicación eran los libros.

–¿Vivía usted cerca del campus?

–Sí –contesta Ángela, con una sonrisa de añoranza–. Tenía un apartamento diminuto, apenas veinte metros cuadrados con los servicios básicos. Era una caja de zapatos por la que me cobraban quinientos euros al mes. Mi hermana lo recordará.

–Y, dígame, ¿cómo hacía para pagar ese oneroso alquiler, cuya mensualidad superaba la asignación anual de su beca? Sin un empleo...

Ángela guarda silencio; por un momento, había bajado la guardia, confiando en este hombre que el Partido ha contratado para resolver sus problemas de imagen.

–El alquiler lo pagaba mi padre –reconoce la candidata.

–Espero que ése no sea el modelo de beca que llevan en su programa. –Antes de que pueda contestar, el analista sigue fustigando a su clienta–. Dado que el alquiler era tan elevado, y usted no tenía ingresos regulares, ¿por qué no vivía en casa de sus padres, en vez de en una caja de zapatos junto al campus?

–Mi familia vivía lejos de la universidad.

–Eso no es cierto –puntualiza el hombre–: sus padres residen en una urbanización a cuarenta minutos en coche de donde usted estudiaba, o una hora en tren si lo prefiere. Un bono mensual de cuarenta viajes, ida y vuelta, le costaría mucho menos que el alquiler de aquella caja de zapatos, ¿no? Además, usted fue a la misma facultad que su hermana; incluso coincidieron varios años, si no me equivoco. ¿Compartían ustedes piso?

–¿Mi hermana y yo? –se pregunta Ángela, mirando con dulzura a Claudia–. Imposible. Usted no nos conoce. Hasta hace poco, ni siquiera nos dirigíamos la palabra.

–Así que su padre, y le pido que me corrija si me equivoco, giraba a cada una de sus hijas, ¿cuánto?, ¿mil euros mensuales?, en concepto de alquiler, gasolina, manutención. Y, a todo esto, ¿a qué se dedica su madre?

–No sé qué relevancia...

–Tiene un par de tiendas –contesta Claudia–, de moda y complementos.

–Un par de tiendas que montó con el dinero de su padre, y que no arrojan ningún beneficio. Así que, resumiendo, su padre era capaz de desembolsar dos mil euros mensuales para sus hijas, otros dos mil para su mujer, mantener una casa en una urbanización exclusiva... ¿Ve usted dónde quiero ir a parar?

–No –responde Ángela, taxativa–. Lo único que aprecio es su empeño por embarrar mi imagen, echando mano de información caduca que nada tiene que ver con quien hoy tiene delante. Creí que le habíamos contratado justo para lo contrario.

–Está bien; veamos quien es usted hoy. En la carta de presentación a sus electores dice que es profesora de la universidad.

–Una posición que también me he ganado con mi esfuerzo ¡Nadie me ha regalado ese puesto de trabajo! Si doy clases en la universidad es porque, durante años, he demostrado mi valía, sin aprovecharme ni una sola vez de un favor, de una recomendación, de otra ayuda que mi voluntad.

–¿Y por qué usted ha llegado hasta ahí, y otros muchos han tenido que exiliarse? ¿Qué tiene usted que no tienen los hijos e hijas de esos votantes que, al terminar la carrera, se fueron a servir mesas a Berlín, o a cuidar de unos mocosos malcriados a Londres? ¿Es usted mejor que ellos? ¿Es eso lo que insinúa?

–Yo no... No he dicho eso. –Ángela se dirige a su hermana, rogándole con la mirada que le preste ayuda, que le saque de este atolladero–. Tampoco es un gran trabajo. Soy profesora

asociada; no llego ni a los mil euros mensuales. ¡Por Dios, si cualquier profesor de instituto cobra el doble que yo!

–No le aconsejo que insulte a sus colegas de secundaria –apostilla con malicia el hombre acezoso–; representan una franja del electorado proclive a su candidatura. Pero, dígame, ahora que es usted una *mileurista*, ¿sigue viviendo en una caja de zapatos?

–No... Mi marido y yo vivimos en las afueras.

–En una residencia con quinientos metros cuadrados de construcción y una parcela de una hectárea y media, con jardín y piscina, ¿me equivoco? –Ángela guarda silencio–. Dígame, ¿cómo puede costearse una mansión así cobrando mil euros al mes?

–Mi marido.

–Primero su padre y ahora... ¿A qué se dedica su marido?

–Es especialista en derecho internacional. Asesora a empresas que fomentan el desarrollo de economías locales en regiones del sureste asiático.

–Su marido es asesor legal en procesos de deslocalización –explica el hombre, subiéndose los pantalones–. ¿Qué quiere que le diga? Usted se presenta como adalid de un movimiento obrero actualizado, mientras vive en una mansión pagada con los beneficios de multinacionales que se llevan las factorías a Camboya. ¡Por favor! ¿¡Sigue sin entender cuál es problema!?

–¡Eso que ha dicho no es justo, ni siquiera es cierto! –Ángela se ha puesto en pie, dispuesta a salir por la puerta, otra vez–. ¿Por qué no habla de la asesoría legal gratuita que mi marido y sus socios prestan a organizaciones no gubernamentales que actúan en esos países contra la trata de blancas y el trabajo infantil? ¿Por qué no menciona el tiempo que yo he pasado ayudando en esos lugares de forma desinteresada?

–Sí, es una excelente aportación. Ruth, pásame la *tablet*, por favor. –La asistente del analista le entrega el aparato, que el hombre emplea para buscar en las redes sociales un detalle que le ha venido a la cabeza–. Este es el comentario que acompaña a las fotografías colgadas en Facebook, en las que aparece usted rodeada de niños camboyanos en una aldea mugrienta: «Ser beneficiaria del amor y la alegría –lee el hombre, con ridícula afectación– con la que estos niños pagan nuestra ayuda me permite entender el vacío de la existencia material que, como esclavos, somete nuestras rutinas».

»¿Aún no lo entiende? –se desespera el analista, lanzando brusco el aparato sobre la mesa–. ¿Aún no comprende por qué la mitad del electorado no piensa votarles mientras usted sea la imagen de esta supuesta izquierda? No es porque carezca de la formación o la experiencia necesaria, porque no sepa comunicar, porque la izquierda siempre ha de estar dividida, porque vivimos en una gerontocracia machista o lo que coño quieran ustedes emplear como excusa. ¡La simple razón por la que no piensan votarla es porque no tiene usted nada que ofrecerles!

»¿Ve usted esa porción de la tarta en rojo? –continúa el analista, señalando el gráfico circular–. Ese diez por ciento la admira porque es usted joven y guapa, porque para ellos es usted un prisma donde se reflejan sus propias inquietudes: los ecologistas están convencidos de que en su tiempo libre planta árboles, la comunidad LGTBI la considera emblema de la tolerancia, para los animalistas tendrá usted una manada de perros en casa. Y no importa si nada de eso es cierto, porque ellos ya han decidido creer en usted... Pero los otros... Para los otros usted sólo es una niña mimada, disfrutando de una vida amable, y repartiendo soluciones a problemas que desconoce. Si quiere cambiar eso, necesitará algo que ofrecerles, un argumento que la vuelva creíble. De lo contrario, dispóngase a perder estos comicios, o a cambiar de partido.

–Hay algo. –La voz de Claudia asciende como un eco de ultratumba. Ángela la fulmina con la mirada–. Mi hermana y yo lo hemos discutido, y existen ciertas discrepancias. Se trata de un

asunto delicado; tal vez deberíamos hablar los tres, a solas.

La última frase va dirigida a la claqué, que no tarda en darse por aludida y abandona la sala de reuniones. Al cabo de unos minutos, en torno a la mesa sólo quedan los protagonistas que siempre estuvieron solos, si bien ahora no resta nadie a su alrededor que, de alguna forma, pueda incomodarles.

–¿Y bien? ¿De qué se trata? –pregunta el analista.

–Hay algo sobre mi hermana que podría resultarnos útil –explica Claudia, ejerciendo de portavoz para la candidata, incómoda en su pellejo–. Ángela, sin embargo, se muestra reacia a utilizar esta información.

–Podría ser interpretado como un gesto oportunista.

–¿Por qué no me permiten a mí juzgarlo? Estamos solos. Que alguien me explique de qué va todo esto, por favor.

–Cuando Ángela estudiaba en la facultad –continúa la hermana mayor–, sufrió un intento de violación por parte de uno de sus profesores.

–¿Lo denunció usted? –pregunta el analista, interpelando a la candidata–. La violación, ¿la denunció entonces?

–No.

–¿Por qué?

–No lo sé. Él era una persona respetada en la universidad; creí que nadie me haría caso. En realidad, lo único que deseaba era perderlos a todos de vista, y pasar página, como si nunca hubiera sucedido nada de aquello. ¿Por qué lo pregunta? ¿Qué pasa, como no lo denuncié entonces ahora debo callarme?

–No, para nada –dice el hombre–. Nadie en sus cabales se atrevería a juzgarla por haber eludido el dolor y la humillación de una batalla legal contra ese tipo. Sin embargo, y como muy bien ha dicho antes, sin una prueba que respalde esas acusaciones, sus rivales la descalificarán por oportunista. Si hubiera presentado una denuncia entonces, tendríamos algo con lo que sostener su testimonio; de otra manera, es su palabra contra la de un profesor de la universidad.

–¿Y si no fuera así? ¿Y si tuviéramos algo?

–¡Claudia! –La candidata alza la voz, callando a su hermana.

–Escuchen –interviene el analista, puente entre las dos mujeres–, les aseguro que no es momento de ahorrar munición.

–Por aquel entonces –comienza a relatar Claudia, desoyendo la protesta de Ángela–, mi hermana salía con un compañero de facultad, un tipo violento y posesivo.

–¡Liborio no era violento ni posesivo!

–Cuando aquel animal se enteró de lo que le había sucedido a mi hermana –continúa Claudia, apuntando a la candidata con el dedo–, le dio una paliza al profesor, y a punto estuvo de matarlo.

–Díganme que hay un atestado o un informe policial.

–Mejor. El muy bestia le partió la cara en público, en mitad de una conferencia; varios asistentes lo grabaron con sus teléfonos, y el video está colgado en Internet desde hace años.

Las dos hermanas y el analista guardan silencio tras la última revelación. El hombre se sienta en una silla, por vez primera desde que llegó y, cruzado de brazos, con una mano en la boca, reflexiona en torno a todo cuanto ha escuchado.

–Podría servir –interviene de pronto el analista, rompiendo la quietud del momento–. Podríamos venderle la historia a las televisiones, obtener publicidad gratuita en franjas de emisión de máxima audiencia, incluso en programas del corazón.

–No pienso ir a esos circos, y menos para contar cómo trataron de violarme.

–Si no lo hace, perderá las elecciones –concluye el analista.

–¡Vamos! Esos programas son espectáculos decadentes donde se merodea con la desdicha humana. ¿Qué clase de publicidad voy a conseguir merodeando por un plató inflado de silicona?

–Permítame explicarle algo –dice el analista, con ánimo pedagógico–. Esos votantes con los que ha conectado se mueven en una franja de edad entre los dieciocho y los treinta años, y su ventana al mundo son las redes sociales, un terreno que usted domina. Pero, entre ese noventa por ciento de electores que ahora mismo la desprecian, una parte sustancial pasa sus vidas frente al televisor, escuchando las voces de esos proxenetas de la privacidad, que se han convertido en su banda sonora. Si acepta comerciar con este pedazo de su miseria, no sólo se convertirá en un ejemplo para una nueva generación de mujeres y bla, bla, bla... Además, conseguirá despertar su compasión, hará que la vean como un ser humano, imperfecto, capaz de sufrir, capaz de levantarse, y ahí, amiga mía, tal vez tengamos la clave de las próximas elecciones.

–Pero, ¿qué hay de mi antigua pareja? –Ángela necesita ser convencida, y por ello ya no protesta, sino que pregunta, casi como un ruego–. Si removemos este asunto, ¿cuánto tiempo pasará antes de que esos videos vuelvan otra vez a circular?

–No mucho. De hecho, seremos nosotros los que daremos publicidad a esas imágenes para refrendar su historia, y así convertirla en una heroína, que no sólo consiguió reponerse del acoso sexual, sino que también sobrevivió a un novio violento y posesivo, como lo ha descrito su hermana.

–No puedo hacer eso –se resiste Ángela, abatida–. Desconozco qué ha sido de Liborio: a qué se dedica, si tiene pareja, hijos. Si desenterramos esos videos, si damos publicidad a su nombre, podríamos estar destrozándole la vida.

–Tal vez, pero ese no es su problema, como tampoco eligió usted que su novio la emprendiera a golpes con el profesor que intentó violarla. Ángela, sólo cabe una duda, y es si quiere usted ganar las elecciones; porque, si la respuesta es sí, está claro cuál es el camino. Así que, se lo preguntaré de nuevo: ¿quiere ganar las próximas elecciones?

Las luces le impiden distinguir los rostros en el horizonte. Las cámaras de los teléfonos móviles apuntan hacia el estrado, capturando cada uno de sus gestos, la mímica de su cuerpo leñoso. Liborio toma aire antes de continuar. A lo lejos se eleva un edificio con dos torres gemelas; el apartamento compacto de Ángela se encontraba allí. A Liborio le pasa por la cabeza el inoportuno recuerdo de los dos jóvenes haciendo el amor en una de aquellas azoteas, cubierto el suelo por un aislante esponjoso.

Liborio ríe. No es habitual en él. Salazar se define por esa seriedad que esconde un injurioso sentido del humor. Liborio no resulta cómico, pero en ocasiones divierte con sus blasfemias y ocurrencias. Esta mañana amenazaba lluvia, pero parece que las nubes se contienen a la espera de que termine el acto. Hoy, los chavales de Liborio se gradúan. El profesor los admira en las primeras filas de este patio de butacas improvisado en la zona de juegos del instituto. Vestidos con sus mejores galas, los alumnos se esfuerzan por aparentar una edad adulta que la impetuosidad de sus gestos y los gallos en su voz les niegan. Liborio se siente orgulloso de todos ellos, y con todos ellos ha quedado por siempre en deuda, igual que con sus otros alumnos de segundo que afloran entre la multitud desde el fondo del patio, o los más pequeños, que han venido con sus padres.

–La primera vez que entré en un aula, os vi a un par de vosotros entregados al esfuerzo épico de lanzar una botella al aire, con un poso de agua en la base, y pretender que cayera de pie; luego entró otro haciendo girar un *spinner*, seguido por tres compañeros, hipnotizados por el movimiento de las aspas; y al final, cuando la botellita de los cojones se plantó certera de pie, el artista corrió por la clase embozado el rostro con el brazo derecho y el izquierdo apuntando al

cielo cual aleta de tiburón... Como podéis imaginar, tras esta epifanía, fui inmediatamente a un banco para abrir un plan de pensiones, porque, pensé, si estos chavales tienen que pagarte la jubilación estás jodido.

El público ríe, no porque la ocurrencia sea especialmente graciosa, sino porque se ven reflejados en el chascarrillo, y porque Liborio ha logrado rizar el ambiente solemne del acto de graduación, dándole un tono afable.

–Como os dije –continúa el docente, asido con ambas manos al micrófono–, éste ha sido mi primer año en un instituto, y no sabía lo que me iba a encontrar. Para mí erais unos extraños, pero he tenido la suerte de llegar a conocerlos, y es algo por lo que siempre estaré agradecido. En estos meses, he descubierto que sois personas apasionadas; por supuesto, no os motiva prácticamente nada de lo que aquí venimos a contaros, pero eso es lógico, incluso saludable. Si alguien, en septiembre, se acercara a mí desatado, dando gritos y rasgándose la camiseta porque vamos a estudiar el feudalismo, pensaría que se ha vuelto loco... No. Os apasionan otras cosas: vuestra música, el deporte, los videojuegos, los reportajes fotográficos que os regaláis cuando salís por las tardes con los amigos, vuestras aficiones, y un sentido arraigado de lo que es justo, de lo que es correcto, de lo que importa, que sois capaces de defender con vehemencia y convencimiento, sin cinismo, sin otro rencor que aquél que nosotros, los adultos, os transmitimos. A veces pienso que el instituto existe para contener, incluso reprimir, esa pasión, cuando no deberíamos sino aprovecharnos de ella, cultivarla, reconocerla como el mayor patrimonio de vuestra edad.

»Además de pasión, en vosotros he descubierto talento, y por eso, cuando he escuchado a alguien minusvalorarlo, se me han revuelto las entrañas, y he tenido que morderme la lengua, tragar saliva y cocear alguna puerta. En ocasiones, desconocéis la capacidad que exudan esas cabezas solícitamente peinadas que veo hoy combatir contra el viento, víctimas de la moda. Todos tenéis un enorme talento que muchas veces no sabemos explorar. Empeñados en nuestras materias, los profesores os exigimos aquello de lo que nosotros somos incapaces: la destreza para destacar en todos los frentes, de la gramática al cálculo, de la macroeconomía a la microbiología, y en ese empeño olvidamos que tal vez deberíamos ser nosotros, los docentes, quienes saliéramos al encuentro de vuestras habilidades. Y en esa liza desigual, algunos de vosotros acabáis pensando que no servís, porque alguien os dijo que no eráis válidos para los idiomas, o la formulación, o las carreras de medio fondo, cuando lo cierto es que ellos no sirven para alimentar vuestra curiosidad.

»Ahora que os graduáis sólo tengo un consejo para vosotros, un ruego, una advertencia, una súplica. No dejéis que os arrebaten esa pasión, ese talento; conservadlo más allá de las puertas de este instituto, de las escuelas profesionales, de la universidad. Llevadlo con vosotros, y allí donde lleguéis, habréis encontrado vuestro sitio, y un día os descubriréis en un lugar, mirando a vuestro alrededor y sabiendo que estáis donde queréis estar, no dónde las circunstancias os han arrastrado.

»Pero hará falta algo más que pasión y talento; hará falta esfuerzo. Si nosotros, vuestros profesores, disfrutamos del privilegio de daros clase –continúa Liborio, señalando al equipo docente que escucha serio el discurso de su colega, sentados en la primera fila– no es por inteligencia o casualidad. Si estamos aquí es porque decidimos partirnos el alma para llegar donde nos habíamos propuesto, y por ello deberíamos dar gracias cada día, porque el esfuerzo ha merecido la pena, y tenemos la suerte de compartirlo con vosotros.

»Os he hablado demasiado de mí durante el curso –prosigue Liborio, provocando una sonrisa cómplice entre sus alumnos–, de los trabajos absurdos que he acumulado a lo largo de estos años, de algún embrollo en el que no debería haberme metido, y de otros líos de los que difícilmente me

puedo arrepentir. He pasado media vida dando tumbos, perdido, esperando que sucediera algo, que al girar la siguiente esquina me diera de bruces con lo que andaba buscando, sin saber muy bien qué era eso. Este año, con vosotros, he tenido días mejores y peores, he entrado en clase eufórico y he salido exhausto, me he hecho entender y he terminado hablando con las paredes; pero si algo os puedo asegurar es que todas las mañanas, cuando cruzaba esa puerta, sabía que éste es mi lugar, y daba gracias por no haberme extraviado en el camino.

»Antes de soltar el micrófono, me gustaría añadir una última cosa. Supongo que me quedan algunos años de profesión por delante, y en las próximas décadas pisaré decenas de aulas, coincidiré con nuevos estudiantes, y se multiplicarán los días buenos y malos, peores y mejores. Pero, por mucho tiempo que pase, vosotros siempre seréis mis primeros alumnos, y por ello siempre os llevaré en la memoria y en el corazón. Gracias.

EPÍLOGO

La transición del feudalismo al capitalismo

Prof. Alfonso Torres de Castilla
Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED)

Conocí a Liborio Salazar en el verano de 1996, durante la celebración de un seminario en la Université Paul Valéry de Montpellier. Ambos coincidimos en un momento de confusión, y ese desarraigo compartido nos ayudó a encontrarnos en el otro. Puede que yo pusiera a Liborio en el camino de su tesis, pero él me ofreció algo más importante: un talento generoso que guiar, bajo el signo de una determinación contagiosa. El resultado fue una corpulenta investigación con la que se doctoró diez años después: *La inmortalidad apócrifa*, una biografía del folletinista decimonónico Jean Baptiste Menou. Antes de que le fuera diagnosticado el cáncer, me encontraba en pleno proceso de promoción de aquella obra, que había de ser su aldabonazo a las puertas de la historiografía contemporánea y que, sin embargo, terminó por convertirse en su *magnum opus*, un libro póstumo que continúa a la espera de ver la luz.

En esa década, Liborio escribió sin descanso, y no sólo artículos académicos sino también relatos breves y novelas. Toda aquella pasión quedó inédita, para congoja de un Liborio que siempre soñó con ofrecer una mejor suerte a sus vástagos literarios. De entre todos sus libros, siempre guardé especial estima por *O feudalismo* –en el portugués original–, un relato novelado, peregrinamente autobiográfico, de la etapa como estudiante de su autor. Sobre la base de experiencias propias y ajenas, Liborio trazó un retrato nada complaciente de un mundo fundado en los privilegios y las sevicias, con un crisol de personajes inspirados en sujetos concretos, cuyos nombres y biografías el autor retorció, tomándose numerosas licencias. Me consta que Liborio no pretendía con esta obra componer una crónica de individuos y acontecimientos, y pese a ello, curiosamente, consiguió captar una instantánea de la atmósfera decrepita que exuda la institución bajo el boato que la engalana.

La universidad es una pervivencia feudal, como la monarquía o el Papado, siendo de las tres la que exhibe una apariencia más contemporánea, que en realidad esconde un espíritu reaccionario. Este carácter ha servido para perpetuar, al menos, tres lacras que definen el espacio universitario aún en nuestros días: la ineptitud, el mercantilismo y la corrupción. Estas tres plagas sólo se pueden negar desde el desconocimiento o la hipocresía: el primero es una excusa propia de quienes se ven deslumbrados por el oropel milenario; el segundo argumento es la condición propia del académico.

La inepticia resulta connatural a la universidad. La institución es un cuerpo de enseñanza superior que selecciona a sus docentes atendiendo a numerosos factores, salvo el más importante: su capacidad pedagógica. Lo que menos preocupa a una entidad dedicada a la enseñanza es que sus profesores sepan enseñar; por el contrario, se les reclama suficiencia investigadora, una obra relevante en su campo de especialidad y otras habilidades intelectuales, pero no se nos exige que hayamos malgastado ni un segundo de nuestro preciado tiempo proveyéndonos de los más elementales instrumentos docentes. El resultado, por supuesto, es que la educación universitaria es la peor de todas, quedando el éxito del proceso de enseñanza-aprendizaje al albur de las

capacidades concretas que algunos profesores puedan traer de serie –carisma, locuacidad, etc.– o adquirir a lo largo de su carrera. Al analizar nuestro sistema educativo, debería llamarnos la atención cómo el conocimiento especializado de una materia sustituye paulatinamente a la formación pedagógica, como si la enseñanza fuera un acto espontáneo, inevitable, a medida que el alumno madura.

Esta paradoja alimenta otros vicios, como el desprecio de los profesores hacia sus alumnos. Si nos paramos a analizarla con detenimiento, la situación es fácil de entender: dado que a un docente universitario no se le exige una competencia pedagógica sino conocimientos y habilidades específicos, que se presuponen superiores a los de sus alumnos, para este profesor los estudiantes, carentes de *esa* sabiduría, siempre serán inferiores. En un aula donde resultara prioritaria la enseñanza estos presupuestos no tendrían cabida, ya que el docente no se distingue como un superior jerárquico sino como un facilitador que conduce, asiste y sustenta el aprendizaje del alumno. Este vicio, a su vez, se transmite a las clases, por lo común magistrales, que para muchos ponentes se reducen a un *tour de force* por demostrar sus conocimientos superlativos en temas cada vez más especializados, y con una utilidad limitada o inexistente: aún recuerdo a un colega capaz de departir durante un semestre entero –tres horas semanales durante seis meses– sobre la producción de cítricos en la Valencia decimonónica. Partiendo de este problema, se derivan muchos otros como, por ejemplo, el protagonismo de ciertos profesores, que dirigen el foco de atención sobre sí mismos y no sobre las materias que enseñan; el carácter desfasado de algunas lecciones, impartidas por docentes veteranos que perpetúan un curso tras otro conclusiones acrílicas; la escasa o nula participación del estudiante en su propio aprendizaje; la penalización del pensamiento crítico, como contrario al argumento de autoridad que sustenta esta jerarquía; etc.

¿Qué sentido tiene una institución de enseñanza a cuyos profesores no se les exigen habilidades pedagógicas, ni a sus estudiantes se les invita a hacerse responsables de un aprendizaje autónomo, menores intelectuales de edad hasta el momento de su graduación? Ninguno, y por ello la universidad vive de espaldas al mundo, perpetuando un tópico tan hiriente como certero: la idea de que las facultades expiden títulos y el mercado laboral forma trabajadores. Siendo justos, cabe reconocer que algunas enseñanzas científicas y técnicas se erigen sobre presupuestos útiles; pero en otros terrenos, como las ciencias sociales y los estudios humanísticos, la distancia entre la ficción acartonada de los grados universitarios y la realidad es atroz. Me limitaré a poner un ejemplo, cercano tanto a Liborio como a mí: muchos estudiantes de Historia terminan empleados como profesores de educación secundaria, y sin embargo, en los planes de estudio de nuestros grados apenas se imparte didáctica de la Historia, si bien resultaría descabellado pedir a profesores sin vocación ni pericia que enseñaran a otros a enseñar.

Con la honrosa excepción de algunos docentes y programas, la universidad no es un espacio de enseñanza, por lo que cabría preguntarse, entonces, ¿cuál es su finalidad? Muy simple: la acreditación profesional, la expedición de títulos. Heredera de los gremios medievales, y en connivencia con los colegios profesionales, la universidad certifica conocimientos y destrezas. ¿Significa eso que el alumno certificado posee esa maestría? Ni de lejos; es más, siguiendo los razonamientos anteriores cabe colegir que la universidad se encarga de que el estudiante no adquiera esas habilidades, salvo que ponga de su parte para remediar el problema. Con métodos de evaluación fundados en la memorización de los contenidos expuestos en clases magistrales y manuales de referencia, sólo unos pocos alumnos con una memoria eidética recordarán al graduarse lo que vomitaron sobre un folio cuatro años atrás.

El fin de la universidad, en tanto que pervivencia feudal, es la expedición de títulos como mecanismo de verificación de una serie de habilidades supuestamente aprendidas. En países

desarrollados, como los Estados Unidos, la enseñanza superior cumple una función socioeconómica, perpetuando la jerarquía de clases al vincular los estudios universitarios, prohibitivos para las familias obreras, con un estatus y un nivel de ingresos; se justifica, de esta forma, la distancia entre la burguesía y el proletariado, las élites dominante y las masas populares, la clase alta y la clase baja, los cuellos blancos y los cuellos azules, no en diferencias económicas sino intelectuales, asociadas a la valía y no a la explotación, cuando lo cierto es que esa supuesta pericia se adquiere a precios desorbitados con el pago de la matrícula, en ocasiones mediante préstamos que convierten en rehenes del sistema financiero a los futuros profesionales. En otros países, como España, donde la educación pública universitaria todavía guarda un mayor prestigio que la privada, y donde el contrato que garantizaba un nivel de vida acorde a los estudios superiores hace tiempo que se quebró, la universidad ha maquillado problemas como el desempleo estructural, estabulando a un cierto número de jóvenes en las aulas, y enredándoles en la esperanza de un trabajo cualificado, como por ejemplo en la administración a través de las oposiciones.

La función notarial de la universidad como certificadora de habilidades vivió un momento de inflexión en los países de la Unión Europea tras la Reforma de Bolonia de 2006. Si dejamos de lado la cháchara bienintencionada e insustancial en la que los diferentes documentos del Proceso de Bolonia se prodigan, la reforma se centró básicamente en dos puntos: unificar las titulaciones en un marco común de certificación académica, y buscar formas de financiación autónoma en las universidades para descargar el gasto del Estado sobre los hombros de alumnos y familias. A partir del año 2006, se indicó a las facultades que debían mercadear con sus activos, y dado que la función de la universidad es expedir acreditaciones, desde entonces puso a la venta sus títulos. Este fenómeno buscaba la privatización del espacio universitario, acercándonos al modelo estadounidense al favorecer que los alumnos con recursos pudieran comprar títulos a precios inflados en universidades privadas, en muchos casos sin haber de pasar por el trance de asistir a clase, superar exámenes y demás pirotecnias pseudoeducativas. Los políticos españoles, siempre necesitados de aparentar, se han convertido en clientes preferenciales de estos zocos, comprando segundas titulaciones, másteres, grados, cursos, etc.

Esta acusada mercantilización de la universidad tuvo a partir del año 2006 un curioso efecto. Dado que los estudiantes ya no eran siervos de la gleba sino proletariado consumidor, a los que sangrar con el pago de onerosas tasas, se buscó combatir el abandono temprano simplificando los contenidos, con la excusa de que la formación sustancial llegaría con el máster y el resto de programas de postgrado. Un colega denominó a esta tendencia la *egebeización* de la enseñanza universitaria –recordando a la antigua Educación General Básica que se cursaba en España hasta los 14 años de edad–: la asistencia se convirtió en obligatoria, se acotaron los materiales de estudio y se simplificaron los contenidos, impartiendo asignaturas transversales para regocijo de los departamentos que se aseguraban así horas de docencia. Como resultado, mejoraron las calificaciones, se contuvo la sangría de deserciones en los primeros años de algunas enseñanzas, y en un clima fuertemente estructurado, más propio de un instituto que de una facultad, se condujo al alumno-cliente de forma dócil hasta el anhelado diploma... Sólo para descubrir que tal acreditación carecía de valor, y que ahora el estudiante debía seguir desembolsando dinero, como en cualquier estafa piramidal, a fin de volver útil su inversión previa. El mercado de los másteres, los certificados lingüísticos, las acreditaciones profesionales y demás sandeces se convirtió entonces en El Dorado de estos filibusteros, con la complicidad de la administración regida por los políticos a los que antes hemos hecho referencia.

Pongamos un ejemplo que ilustra este fraude. Un alumno que se gradúa en Historia descubre al

final de su periplo tres cosas: primero, que sabe bien poco de la materia que ha estudiado, por lo que debería leer algo más que los manuales flatulentos que le exigieron comprar en la carrera; segundo, que la profesión de historiador hacia donde le han dirigido es una quimera; y tercero, que si quiere aprovechar su título debe seguir soltando pasta. Para empezar, nuestro flamante graduado deberá pagarse un máster, si no más de uno, sobre todo si comete la insensatez de pasar por alto que no existen los historiadores profesionales y decide, en un rasgo de enajenación transitoria, cursar otro máster que no sea el de profesor de educación secundaria. Una vez resuelto este trámite, deberá cubrir la parte de idiomas, por lo que pagará dos veces, si no cuatro: dos veces en el caso de una lengua extranjera, una por la titulación lingüística y otra por la capacitación para enseñar en esa lengua; y cuatro si suma el mismo tándem a alguna de las lenguas cooficiales del Estado español, como el euskera o el valenciano. Nuestro joven parece ya servido, pero resulta que, si quiere tener alguna oportunidad de empleo, le pedirán que acredite cursos de formación y perfeccionamiento docente –eso mismo para lo que la universidad no le preparó–, terreno pantanoso porque, si bien existe una oferta gratuita, como la de los Centros de Formación del Profesorado, las plazas en sus seminarios suelen cubrirse con funcionarios en activo, y los aspirantes han de decidir entonces entre comprar cursos en la universidad o en los sindicatos, que también viven de esta sinecura.

Y, ¿quién imparte estas enseñanzas exuberantes que florecieron al socaire de Bolonia a partir de 2006? Aquí aparece un personaje clave, que conozco bien porque pertenezco a esa categoría de mercenarios de la enseñanza: los profesores asociados. Esta figura surgió como puente entre la experiencia del mundo real y la burbuja pedante de la universidad: en su origen, los profesores asociados eran profesionales reconocidos que impartían unas pocas horas de clase, compartiendo con los alumnos los conocimientos derivados de su dilatada trayectoria: abogados en activo, diseñadores, arquitectos, ingenieros. Estos ponentes mantenían una relación contractual con la universidad, sin gozar de los privilegios de los profesores titulares y catedráticos, condición que aceptaban puesto que para ellos la recompensa no estaba en su proyección académica o en sus paupérrimos salarios, sino antes en el prestigio de esta tarea. A partir de 2006, se multiplicaron las titulaciones, las horas de clase y las oportunidades de negocio; los becarios no daban abasto, mientras titulares y catedráticos hacían de sus privilegios bandera; y entonces alguien cayó en la cuenta de que existía una figura idónea para esta coyuntura, el profesor asociado, al que podrían cargar de horas, reducir salarios y mantener siempre en vilo con la amenaza de revocar su contrato. Se convenció a becarios y estudiantes de que la condición de profesor asociado sería un paso previo a su consolidación laboral como titulares, y así los estudiantes con expedientes honrosos se echaron a la espalda el grueso del proceso productivo, multiplicando los beneficios de una institución regida por titulares y catedráticos alérgicos al trabajo.

La única ventaja que representamos estos profesores mal pagados es que muchos carecemos del prurito elitista de nuestros superiores, valoramos nuestro trabajo y nos sentimos más cerca de los alumnos, con los que empatizamos lejos del desprecio. El problema es que algunos hemos impartido, y muchos siguen haciéndolo, enseñanzas para las que no estamos formados, ya que el único propósito de la universidad es poner al frente del aula a alguien con una titulación que justifique el cobro de una matrícula al alumno. A quien le escandalice el hecho de que la universidad contrate profesores sin cualificación para hacer caja, le remito a los párrafos anteriores, recordándole que el fin de la institución no es enseñar, educar o formar, sino certificar, ya sea bajo parámetros feudales, capitalistas o en transición.

El tercer problema de la universidad es el más grave, y el más difícil de tratar: la corrupción. Liborio Salazar dibuja en su relato las líneas maestras del asunto, y aunque lo hace desde una

experiencia concreta, algunas de sus conclusiones resultan lamentablemente generales.

La universidad es un nido de corrupción sobre la base de su naturaleza feudal. Desde el franquismo hasta la actualidad democrática, las universidades españolas se han regido por principios que invisten a titulares y, sobre todo, catedráticos de una serie de privilegios, conocidos con el eufemismo de *autonomía*. Cual condes u obispos, los profesores universitarios lo son *ad mortem* –o hasta su jubilación–, y sólo pueden perder su puesto en condiciones extremas, que rara vez se dan. Titulares y catedráticos cuentan con el privilegio de ser juzgados por sus iguales, fomentando un corporativismo que, en ausencia de medios externos de fiscalización, favorece las corruptelas. Los nobles ennoblecen a otros nobles, es decir, la selección del profesorado no se realiza atendiendo a criterios objetivos de idoneidad, competencia o mérito, sino que tribunales opacos seleccionan a los aspirantes sobre la base de criterios amoldados a las características del candidato que se quiere promocionar, evitando que este estamento se vea contaminado por el acceso de individuos díscolos o contrarios a los poderes dominantes.

¿Dónde anidan las corruptelas concretas? En primer lugar, en la relación entre los titulares y catedráticos, por un lado, y sus vasallos y siervos por otro. Becarios y meritorios han realizado todo tipo de tareas ingratas para sus señores desde siempre, algunas relacionadas con la docencia y la producción intelectual, y otras no. Habrá quien piense que los becarios y meritorios cumplen con estos encargos por voluntad, que no existe un vínculo contractual que les fuerce a ello; por supuesto, ahí radica la naturaleza de la corrupción, que sobrepasa los cauces legales, empleando como amenaza la negación de un futuro profesional. Conozco los casos de compañeros que han limpiado coches, paseado perros, fotocopiado libros, escrito artículos para que otro los firmara, impartido clases que no les correspondían, y en ninguno de estos supuestos se nos forzó a ello con otra cosa que la amenaza latente de ahogar en la cuna nuestro anhelo.

Otro supuesto de corrupción infame es el lucro del que algunos disfrutan gracias a los manuales y monografías que los estudiantes deben adquirir. Un docente que prepara los materiales de trabajo para sus clases es un profesional encomiable; un profesor que consigue editar esos materiales en forma de libro para que perduren es un intelectual responsable; un tipo que fuerza a sus estudiantes a comprar su libro para garantizar con las ventas prestigio y royalties es un cabrón. Además, por lo común esos manuales son basura, un contenedor con desperdicios, suma de colaboraciones en el mejor de los casos, cuando no retales fusilados de aquí y de allá que poco o nada aportan a la docencia de la materia.

Un rango más grave de corrupción se encuentra en los márgenes del crimen, del delito más allá de debates morales. Tal es el caso de los plagios y robos de la propiedad intelectual, un fenómeno común en el ámbito universitario. ¿A qué se debe esto? Sencillo. Algunos profesores alcanzan la titularidad de forma azarosa, cultivando relaciones sociales, o bien tras un trabajo intenso que una vez coronada la cima se relaja. En el camino, e incluso después a fin de asegurar complementos en sus salarios, se exige de estos académicos que demuestren una suficiencia investigadora de la que o bien carecen, o bien no alcanzan por falta de tiempo, energías o recursos. Cuando uno de estos profesores queda al frente de un grupo de trabajo, adueñarse del esfuerzo de sus lacayos es sencillo, y apenas tiene repercusiones porque, no lo olvidemos, en caso de denuncia son sus pares los que juzgaran el robo, iguales que en muchos casos han cometido apropiaciones indebidas y plagios. Hay investigadores honrados, hay académicos que viven de las rentas de sus tesis, y luego están los que se aprovechan del trabajo de sus siervos, y como en cualquier sistema feudal, ni siquiera ven en ello un problema pues muchos consideran que es su derecho, que esas páginas que hurtan no existirían sin su guía, como el clérigo que arrebató el diezmo al campesino en pago por

sus oraciones celestes. Y, ¿qué puede hacer la víctima en estos casos? Exponerse a una severa reprimenda por faltar al honor del caudillo que le ha escamoteado el fruto de su trabajo.

Los plagios y robos intelectuales palidecen frente a una lacra de la que sólo ahora empezamos a saber algo más: los abusos sexuales. La universidad es un espacio de poder, regentado por un estamento privilegiado ajeno a prácticamente cualquier control externo: caldo de cultivo para la tropelía. Las relaciones sexuales y sentimentales entre profesor y alumno resultan célebres en el mundo académico –sobre todo, entre profesor y alumna en espacios heteropatriarcales–. Esas relaciones se gestan en un contexto viciado por el que el docente atrae todas las miradas, y el alumno puede confundir la posición dominante del profesor con un interés por su persona. En cualquier caso, las relaciones consentidas entre adultos representan un fenómeno legítimo; no así los abusos sexuales, que distintas universidades han ocultado –al igual que la monarquía y el Papado– por no enfrentarse al origen del problema: su condición feudal. Apuntar, simplemente, un detalle: los flecos de la trama relacionados con este asunto que Liborio Salazar teje en la novela se corresponden con casos reales, tanto de personas conocidas por el autor como de denuncias presentadas en distintas universidades del país.

La universidad debe cambiar; en eso se diferencia de las otras pervivencias feudales, que pueden adaptarse o desaparecer, evolucionar o persistir en sus aspectos más arcaizantes. La universidad no. La universidad debe vivir una revolución democrática porque la necesitamos. Si queremos fomentar una sociedad, una economía e instituciones fundadas en la inteligencia y el progreso, humanístico, científico y tecnológico, no se me ocurre una mejor herramienta que la universidad para proveernos de conocimiento. Y estos cambios deben sustentarse en tres pilares: profesores, alumnos y enseñanzas.

Los docentes deben ser escogidos por sus méritos, pedagógicos y profesionales, eligiendo a los mejores mediante procesos objetivos y externos que incidan en una separación de poderes a fin de que puedan convivir la libertad de cátedra y la transparencia en el contexto de la práctica docente.

Los alumnos deben ser formados como sujetos críticos y autónomos, ofreciéndoles herramientas que favorezcan su capacidad para ir conformando a lo largo del proceso de aprendizaje una personalidad profesional, científica e intelectual propia, dotándolos de los recursos necesarios que pongan en valor las enseñanzas recibidas más allá del aula.

Y las enseñanzas, por último, deben perder su carácter mercantil, simplificando la panoplia de certificaciones, y avanzando al encuentro de la sociedad, de tal forma que permitan la colaboración entre instituciones, entre niveles formativos, entre espacios políticos y económicos, volviéndose sensibles y útiles a unos fines comunes.

Una parte de mí piensa que nada de esto sucederá jamás; otra parte me recuerda que todo es histórico, y como tal, todo está sujeto al cambio, lo que significa que, antes o después, hasta las pervivencias más arraigadas se convierten en pasado.

En palabras de la profesora Lucía Giménez: «¿Vamos a ello?».